



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE
Albacete, 2016

ARTEMIO PRECIOSO

ESPAÑOLES EN EL DESTIERRO

LA VIDA EN FRANCIA DE SANTIAGO ALBA, BLASCO
IBÁÑEZ, SÁNCHEZ GUERRA, UNAMUNO, E. ORTEGA Y
GASSET, CARLOS ESPLA, LÓPEZ OCHOA Y MANTECA,
CON DIÁLOGOS, ANÉCDOTAS, CARTAS Y SEMBLANZAS
DE ESTOS ILUSTRES PERSEGUIDOS



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
“DON JUAN MANUEL”
EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE

Serie II · Clásicos Albacetentes · Número 16
Albacete, 2016

Precioso, Artemio (1891-1945)

Españoles en el destierro : la vida en Francia de Santiago Alba, Blasco Ibáñez... con diálogos, anécdotas, cartas y semblanzas de estos ilustres perseguidos.

[Recurso electrónico] / Artemio Precioso ; estudio preliminar de Francisco Linares. -- Ed. facs. --

Albacete : Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", 2016. --

1 CD-ROM (319 p., 750 Kb.) ; 12 cm. -- (Serie II - Clásicos albacetenses ; 16).

Reprod. facs. de la ed. de: Madrid: Vulcano, 1930

D.L. AB 349-2016 -- ISBN 978-84-944819-0-1

1. Españoles - Francia - S.XX. I. Linares Valcárcel, Francisco. II. Título. III. Serie. 929(=1.460)19(44)

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
"DON JUAN MANUEL"
EXCMA. DIPUTACIÓN DE ALBACETE
ADSCRITO A LA CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE
ESTUDIOS LOCALES. CSIC

Las opiniones, hechos o datos consignados en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor.

Los derechos sobre las imágenes y textos citados y/o reproducidos que aparecen en la presente monografía pertenecen a sus autores y/o propietarios. Su inclusión obedece al carácter de investigación de este trabajo, que en materia de reproducción se acoge al artículo 32 (*Cita e ilustración de la enseñanza*) del Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril (*BOE* nº 97, de 22 de abril).

Maquetación: Grupo Enuno / www.grupoenuno.es

ESTUDIO PRELIMINAR
Francisco Linares

ARTEMIO PRECIOSO Y LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA

ARTEMIO PRECIOSO EN MADRID

Pocas personas viven su vida con la intensidad y la libertad, a pesar de todo y de todos, con que Artemio Precioso lo hizo. Los convulsos años veinte fueron el marco donde este abogado, periodista, empresario, gourmet, viajero empedernido y, en definitiva, *bon vivant*, extendió sus alas. Su personalidad arrolladora cautivó a las gentes de su tiempo en la misma medida que provocó el rechazo en los ambientes más conservadores. Precioso se colocó siempre en el centro de la polémica sorteando como pudo los zarpazos que desde el poder lo rozaron hasta que el exilio primero, durante la dictadura de Primo de Rivera y la represión y las cárceles franquistas, más tarde, se cebaron con él.

Visto desde la distancia de los años la figura de Artemio Precioso se nos revela como una pieza importante, aunque hoy algo olvidada, en el engranaje cultural y social de aquel tiempo. Famoso en su época por ser el abanderado de un tipo de literatura galante y

de tono erótico, consiguió, sin embargo, reunir en su colección *La novela de Hoy* a las mejores plumas de la literatura de los años veinte. Blasco Ibáñez (al que le unió una fraternal amistad), Pérez de Ayala, Fernández Flórez, Valle-Inclán, Zamacois, Alberto Insúa y un largo etcétera de escritores colaboraron en sus colecciones que sirvieron de entretenimiento, a veces banal, para muchos lectores. Pero también defendió las libertades, la emancipación de la mujer, el divorcio, y se enfrentó, a través de la pluma de autores como Valle, Unamuno, Marcelino Domingo o Luis Araquistain, a la dictadura de Primo de Rivera.

Precioso publica *Españoles en el destierro* en 1930, cuando la dictadura de Primo acaba de caer. El libro traza con desigual intensidad el paso de algunos destacados exiliados españoles por Francia: Unamuno, el liberal Santiago Alba, el conservador José Sánchez Guerra, y los republicanos Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega y Gasset y Carlos Esplá, el general Eduardo López Ochoa y el senador Manteca. Omite Precioso a otros exiliados que tuvieron un papel relevante en la lucha contra el directorio militar, los anarquistas como Durruti, los hermanos Domingo o Joaquín Ascaso. Una de las virtudes de este libro es su espontaneidad y el gracejo del anecdotario, siempre jugoso, de un personaje que,

como Precioso, convivió en el día a día con todos ellos, sobre todo con Alba, Sánchez Guerra, Blasco Ibáñez y Carlos Esplá. Como nos recuerda González Calleja (2010:186) muchos de ellos “actuaron como aglutinantes de las distintas facciones y fueron el símbolo reconocible de la oposición a la dictadura a lo largo de esa época”.

Santiago Alba, periodista, abogado, político liberal, varias veces ministro y hombre público desde su juventud, había conocido a Precioso cuando el hellinero acudió a su bufete para ser pasante del mismo. A comienzos de 1920 Precioso se trasladó desde su Hellín natal a Madrid, acompañado de su familia, con la pretensión de “Cultivar la literatura y el periodismo, al mismo tiempo que ejercer la profesión de abogado [...]” (Precioso: 1930: 11). Con una carta de recomendación que le había dado Antonio Falcón, representante del Partido Liberal en Hellín, se dirigió al bufete de Santiago Alba. De la entrevista con este y posteriormente con uno de los abogados de su bufete, Núñez de Arce, salió el compromiso de dejarle «ver papeles» para que se fuera aclimatando a la profesión. La entrevista causó en él una honda impresión, pues Santiago Alba tenía gran influencia sobre la juventud de la época. A los dos meses de acudir cada mañana al despacho le es confiado un pleito sobre unos vagones de

patatas que el cliente del bufete había recibido en malas condiciones. A punto de expirar el plazo para presentar las conclusiones escribe a Núñez de Arce comunicándole que se encuentra enfermo. Ahí acabó la carrera de Artemio Precioso en la abogacía.

Alba, que había mostrado su competencia en sucesivos ministerios, había estado especialmente comprometido con la instrucción pública, que siempre vio como el principal camino para la regeneración del país. Artemio Precioso, antimonárquico, imputa al rey la culpa de que se traspasara a Alba desde el Ministerio de Instrucción Pública al de Gobernación:

El rey debió de ver que Alba era, como ministro de instrucción, un hombre harto peligroso: tiraba con bala contra la ignominia. Iba de veras contra las telarañas y la oscuridad.
(Precioso, 1930: 30)

La enemistad de Alba con parte del ejército y con Primo de Rivera se fraguó cuando e4l primero, como ministro de Estado en 1923, negoció con éxito la liberación de trescientos militares españoles que llevaban año y medio prisioneros, tras el desastre de Annual, a cambio de cuatro millones de pesetas. Este intercambio hirió profundamente el orgullo de

parte de la milicia y en especial de Primo de Rivera, que consideraban la acción armada como la única forma posible de actuación. Como señala Celso Almunia (1995: 291):

En este contexto tiene lugar el 13 de septiembre de 1923 el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera. En el manifiesto correspondiente el único nombre propio que aparece es el de Santiago Alba como símbolo de toda la vieja política y todo lo anatematizable. Alba tiene que exiliarse.

Precioso, al comienzo de sus páginas dedicadas al político, habla de la injusta persecución a que se ve sometido. Es el llamado “proceso contra Santiago Alba” que, como nos recuerda Almunia (1995:292), “no se incoa tanto por sus actividades políticas, que nada había que procesar, por mucho que se discrepase de su actuación, sino por sus actuaciones al frente de la sociedad editora de *El Norte de Castilla*. Un grueso proceso que termina en el Tribunal Supremo por ser anulado”.

Para Precioso la explicación de la persecución contra Alba es que esta “[...] Tiene contra sí la enemiga [sic] irreconciliable del jesuitismo en todos sus grados, del clericalismo, del militarismo [...] Sinvergüenzas

despreciables por una parte y potencias poderosas por otra, pasando por Primo de Rivera”. (Precioso, 1930:19)

Pasa Artemio Precioso revista a la labor de Santiago Alba como político, siempre de manera elogiosa, exaltando su sentido común y sus dotes de orador claro y contenido, poco dado a la ampulosidad en el discurso. Recuerda su campaña contra el juego, sus veintidós proyectos de ley cuando ocupó la cartera de hacienda, su lucha contra el analfabetismo, su pretensión de subida salarial a los maestros para que pudieran cobrar un mínimo de seis mil reales anuales, su idea de crear cincuenta mil plazas de maestros, etc. Con respecto a la educación, Alba siempre pensó que el principal problema de España era un “Problema de escuelas, un problema pedagógico, resuelto el cual, todos los demás se nos darán resueltos lógicamente, como una necesaria consecuencia”. (Precioso, 1930: 35).

Precioso pretende haber averiguado el rencor de Primo de Rivera contra Alba. Primo de Rivera quiso ser diputado por Algeciras y fue derrotado por José Luis de Torres Beleña. Luego el dictador pasó a ser senador por Cádiz en la legislatura 1921-1922 por el partido conservador, pero al caer estos y constituirse el gobierno de concentración, Gómez Aramburu, el jefe de los liberales gaditanos, eliminó

de la candidatura al general y lo sustituyó por Semprún. Según Precioso, Primo de Rivera culpó a Alba de esta sustitución, que, por otra parte, fue obra de Romanones, a la postre jefe de Aramburu. Quizá Primo pensó esto al ver reelegido por Málaga, ciudad donde Alba tenía muchos amigos, al general Burguete, su rival de siempre. Según Precioso (1930:53) “su ira ya no reconoció límites”.

Cuenta con detalle cómo el juez Álvarez Rodríguez, compañero de “franchela” del dictador, persiguió judicialmente a Alba hasta que el Tribunal Supremo “dictó auto definitivo el 19 de noviembre de 1926 y aclaró ejecutoriamente que ni había delito que perseguir, ni en caso alguno podía complicarse en él a Alba”. (Precioso, 1930:57)

Reproduce las cartas que Alba dirigió desde su exilio parisino a los bancos informándoles de su proceso y del fallo de inocencia ya que “no se me permite por la censura publicar siquiera la noticia del fallo del supremo, ni la exculpación rotunda del acusado, como se autorizó y multiplicó un día la voz de la calumnia, amparada por la fuerza.” (Precioso, 1930:62). También reproduce la carta que Alba dirigió a García Prieto en plena campaña de calumnias contra él.

La vida de Alba en París, como refiere Precioso, era una vida recatada, de estudio. Hospedado en el hotel Claridge, atendía desde allí sus obligaciones como abogado de empresas o entidades francesas y belgas. Viajó a Polonia, Alemania, Suiza, Checoslovaquia, Inglaterra y Bélgica y en las tardes parisinas recibió a todo aquel que quiso visitarlo. De especial relevancia, según cuenta Precioso, fueron las conversaciones con Blasco Ibáñez, hospedado en el mismo hotel durante su estancia en París.

La oposición de Artemio Precioso a Primo de Rivera comienza desde el mismo momento en que el dictador toma el poder. Apenas dos meses después de la instauración del directorio, en noviembre de 1923, aparece *Los hombres Libres*, un nuevo semanario dirigido por Juan Brasa y cuyo gerente es el mismo Precioso. Esta publicación contaba entre sus colaboradores con Unamuno, Martínez Sierra, Indalecio Prieto, Julio Camba, Zamacois, Insúa, etc. y se decía imparcial: “Los Hombres Libres no tienen uniforme alguno político, ni literario, ni de casta, ni de secta”¹.

La crítica que desde *Los Hombres Libres* se hace de la dirección política de España es desigual. En el

¹ *La Voz* (Madrid), pág. 5, 12-11-1923, HDBNE.

primer número aparecía una defensa del divorcio que enfrentaba directamente a la publicación con el directorio militar de Primo de Rivera. El artículo titulado *El amor, el divorcio y el directorio*² lo firmaba Juan Ferragut. La campaña se concretó en una petición formal para la implantación de la ley del divorcio³:

Los HOMBRES LIBRES, usando el derecho de petición que el nuevo régimen concede a todos los ciudadanos, van a pedir al Directorio la Implantación de una ley del Divorcio en España.

Con ella podrán deshacerse muchos errores, desvanecerse muchos absurdos, calmarse muchos dolores, rehabilitarse muchas almas. ¿No basta esta razón humana para solicitar de los Poderes Públicos la reforma de un Código Injusto, puesto que produce males Irremediables, ya que, según su artículo 52, “el matrimonio se disuelve por la muerte de uno de los contrayentes”?

Repartidas a lo largo y ancho de algunos números aparecían leyendas⁴ que pretendían

2 *Los Hombres libres*, nº1, pág. 6, 17-11-1923, HDBNE.

3 *Los Hombres libres*, nº3, Pág.3, 1-12-1923, HDBNE

4 Algunas de las leyendas:

ser declaraciones acerca de la ideología supuestamente liberal de la publicación. Lo que reflejan es la ruptura total y absoluta con la clase política. En *Españoles en el destierro*, Precioso se lamentará más tarde de que quizá con la feroz crítica que se había hecho desde la prensa contra la vieja política en los años previos a la dictadura, se contribuyó, de alguna manera, a formar el caldo de cultivo del que después surgió el golpe: “Todos íbamos colaborando al desprestigio de

España ha padecido una gravísima enfermedad. Era un mal de política ladrona que le corroía los huesos, una infección de indignidad y bajeza que le pudrió la sangre. Y después de la crisis violenta, en su convalecencia, van brotando a flor de piel pústulas que espantan. No creíamos que era tan repugnante esta enfermedad de la política española; pero nos alegra el haberla conocido en toda su magnitud para evitarla en lo [sic] futuro.

O:

Resultará inútil el esfuerzo que se haga para que España vuelva a ser gobernada por las fracasadas y carcomidas clientelas políticas, venga lo que venga, como venga y con quien venga.

O esta otra aparecida en el nº3, al lado de una fotografía de la puerta del Congreso de los diputados:

Los fracasados. De esta casa, lector, han salido los tópicos inicuos, las frases cursis, los «programas» rastreros y las «zancadillas» habilidosas con los que nuestros grandilocuentes políticos escarnecieron al país. Cerrada está hoy. Sus inquilinos huyeron. Hace mucho tiempo que el pacientísimo pueblo español, justiciero y honrado, debió expulsar, con un gesto bizarro, de su guarida, a los que se titulaban sus representantes. De ti depende, lector, que los futuros ocupantes de este palacio sean más largos de ideas y de sensibilidad, y más cortos de lengua y de manos.

los políticos, al desprestigio del parlamento y de la Prensa” (Precioso, 1930: 16).

Mientras que en los contenidos que se redactan en Madrid, la crítica es especialmente severa y apunta directamente a Primo de Rivera, la que se inserta en la sección *¿Qué pasa en Barcelona?* es más benévola con el que había sido capitán general de Cataluña. A propósito de la visita de los reyes a la ciudad condal se describe cómo estos son recibidos con vítores y que “[...] también Primo de Rivera ha escuchado vítores y aplausos en demostración del odio que por la vieja y desacreditada política siente nuestro pueblo”⁵.

Precioso llevaba adelante otras publicaciones como *La novela de noche* (1924-1926) y *La novela de hoy* (1922-1932), además de la revista humorística *Muchas Gracias* (1924). Estas dos últimas pertenecieron al editor hasta 1928, cuando vendió la editorial Atlántida a la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (CIAP), y se hizo cargo de su dirección Pedro Sainz Rodríguez.

La campaña emprendida contra el directorio hizo que la censura se cebara contra todas las publicaciones de Precioso. El primer tropiezo lo

⁵ *Los Hombres libres*, nº5, Pág.6, 15-12-1923, HDBNE.

tuvo con la publicación de *La amazona*, de Emilio Carrere⁶, novela publicada en *La novela de hoy* el 12 de octubre de 1923, sin prólogo, e ilustrada por Varela de Seijas. Así defendía Carrere su obra y a su editor⁷:

Los periódicos han lamentado mi procesamiento con motivo de una novela. Yo les doy las gracias.

Es una confusión entre lo erótico y lo pornográfico. Mi novela La Amazona tiene la aspiración de ser un estudio psico-patológico de una pareja de extraños amantes. Yo me considero muy honrado con que el señor fiscal se haya acordado de mí. Gautier y Flaubert corrieron la misma suerte en Francia. ¡Caramba, yo estoy encantado con la distinción! No intento imponer mis obras literarias como textos de ursulinas,

6 Carrere comenzó como poeta modernista seguidor de Rubén Darío. Evolucionó posteriormente hasta posiciones decadentistas e intimó con bohemios conocidos como Alejandro Sawa, Ciro Bayo o Pedro Luis de Gálvez. De inclinaciones izquierdistas (colaboró en *Vida socialista*), se transformó primero en monárquico, a partir de 1929, coincidiendo con la recepción de la herencia paterna, y después definitivamente se adscribió a posiciones ultraconservadoras cercanas al diario *Informaciones*. Después de la guerra defendió y colaboró con el régimen del general Franco.

7 *Madrid cómico*, nº 4, pág. 8, 15-12-1923, BVPH.

pero protesto enérgicamente de que puedan ser consideradas como causa de escándalo público. Mi intención es artística y mi nombre las garantiza en su moralidad estética, que es la única que debe interesarnos. Artemio Precioso, director de La Novela de Hoy, donde se publicó, tampoco es un monstruo de liviandad, sino un escritor de probado talento, y no juzgó mi obra como escandalizante. No estoy arrepentido de haberla escrito. Acaso no habré logrado mi aspiración literaria; pero sé que es una novela de honrada intención científica y de observación de la realidad. Yo no puedo falsificar la vida, la psicología y la carne de mis personajes para complacer a los lectores asustadizos.

Tras su creciente éxito editorial, y a pesar de los múltiples tropiezos con el directorio, los primeros meses del año 1924 son para Artemio Precioso de una agitada vida social, suponemos que siempre a la búsqueda de promoción para sus publicaciones. Por ejemplo, en febrero acude a la una y media de la madrugada, hora de cierre de los teatros, en el salón de té del *Café Savoia*, a un homenaje que artistas y periodistas ofrecieron a Vert y Soutullo autores de *La leyenda del beso*. Fue un acto multitudinario al

que asistieron más de trescientas personas⁸ entre las que se encontraban “un verdadero ramillete de muchachas bellísimas”. Se ofreció un lunch, se leyeron las adhesiones al acto y el *jazz-band Apolo* amenizó la velada. También actuaron el bailarín David Bueno y Teresita España. Todo acabó con un baile hasta la madrugada.

La celebridad del editor va creciendo hasta el punto de que el miércoles siete de marzo de 1924 un grupo de escritores amigos y admiradores se reúnen en el hotel Ritz para ofrecerle una cena homenaje⁹ donde “estaban los más conocidos y prestigiosos literatos de Madrid, deseosos de testimoniar a Artemio Precioso la simpatía y la complacencia con que han acogido los felices éxitos literarios y editoriales del joven novelista”. Los asistentes fueron¹⁰ Luisa Rodrigo, Francos Rodríguez, Manuel Bueno, Felipe Sassone, Tomás Borrás, Mata, Carrere, Tovar, José María Granada, Valero Martín, Pérez Zúñiga, Inza, Julio Camba, Cuenca, Casero, Mori, Fernández Flórez, Gutiérrez de Miguel, H. Bermúdez y otros muchos, y enviaron su adhesión. D. Félix Lorenzo, D. Enrique Fajardo, D. Luis Araquistain, Francisco

8 *La Voz* (Madrid), pág. 6, 05-02-1924, HDBNE.

9 *ABC* (Madrid), pág. 16, 06-03-1924, AABC. // *El Sol* (Madrid), pág. 4, 05-03-1924, HDBNE.

10 *El Sol* (Madrid), pág. 4, 06-03-1924, HDBNE.

Camba, y otros escritores.¹¹

Especialmente interesante, por el ambiente reivindicativo que reinó en la comida, es el siguiente artículo, aparecido en el diario republicano de Santa Cruz de Tenerife, *El Progreso*¹²:

COMIDA DE INGENIOS

Alrededor de Artemio Precioso, editor de "La Novela Corta" y de otras revistas y publicaciones literarias, nos reunimos en el hotel Ritz un centenar de escritores y periodistas. [...] Circuló un documento, que firmaron los presentes, en el que se pedía al Directorio, con el mayor respeto, que, cuando recogiese alguna edición, hiciera constar el motivo de la recogida.

Arturo Mori

La vida social menudea a pesar de la presión que

11 Como cita curiosa, sabemos el precio del cubierto gracias a un artículo de Alberto Insúa (*La Voz, Madrid*, pág. 1, 06-03-1924, HDBNE): [...] *el gerente de uno de los modernos "palaces" de Madrid fue lo bastante heroico para fijar en treinta el precio de los sólidos y los líquidos que debían consumirse en un banquete a Artemio Precioso: editor-catapulta y novelista-tanque, cuya fachada pantagruélica habría asustado a Genyeis...*

12 *El Progreso. Diario republicano autonomista* (Santa Cruz de Tenerife), año XIX, nº 5738, pág. 1, 27-03-1924, BDUL.

Primo ejerce sobre los escritores y editores, y Precioso no parece hacerle ascos a ningún acto. Así, en el mes de marzo acudió a una comida organizada por el PEN Club¹³ y en el mes de abril se le ofreció un banquete en Hellín. La prensa recogía la foto¹⁴ y Emilio Carrere hacía la crónica del viaje en *Muchas Gracias*.

La censura y los tribunales siguieron, no obstante, cebándose con Precioso aupados por una campaña de desprestigio hacia sus publicaciones y, finalmente, es denunciado, en junio de 1924, por haber tergiversado una historia real y haberla utilizado en su novela, *El légamo de la tragedia*. Merece la pena detenerse un poco en esta historia que puede ejemplificar bastante bien el ambiente creado a partir de las ligas contra la pública inmoralidad y del hostigamiento del cardenal Gomá contra las publicaciones que consideraba pornográficas. Isidro Sánchez (2015: 540) en un atinado estudio nos recuerda que:

Todo el ambiente de los primeros años de la dictadura cristalizó en la celebración de la primera asamblea de las ligas contra la pública inmoralidad, celebrada en Madrid los

13 *La Acción* (Madrid), pág. 2, 05-03-1924, HDBNE.

14 *La Unión ilustrada*, pág. 21, 20-04-1924, HDBNE.

días 9 a 11 de noviembre de 1927, promovida por la Liga de Madrid.

Entre las conclusiones destacaba la petición de que los miembros de las ligas recibieran la consideración de agentes de la autoridad y que pudieran intervenir en quioscos y librerías, además de la clausura de las editoriales dedicadas a la impresión de libros y periódicos pornográficos.

Los hechos en los que, según los denunciantes, se basó Precioso para su novela ocurrieron el 15 de marzo de 1924. Purificación González, hija del exministro de la corona don Alfonso González fue asesinada en el atrio de la iglesia de San Ginés por Gonzalo Colina, el que había sido su novio. Parece que la pareja, que se conocía desde la infancia, había establecido hacía unos meses relaciones de noviazgo, que Purificación rompió para pronto comprometerse con el médico Fortunato Gómez. Ginés, desesperado, había confesado unos días antes a su padre que la mataría en caso de no volver con él. El padre alarmó a la chica, la cual no le dio importancia al asunto.

El día 24 a las 8:30 de la mañana, justo antes de la llamada misa de oficios, la joven, junto con una criada, acudió a la parroquia de San Ginés, que estaba frente a su casa. Allí, en el atrio, la abordó

Gonzalo que le disparó dos tiros que le causaron la muerte. Él mismo intentó suicidarse, pero fallaron los disparos y se resguardó dentro del templo donde, frente al altar mayor, lo detuvo un guardia al que acompañaba el encargado del cobro y custodia de las sillas. Llevado a comisaría se confesó autor del crimen.

Artemio Precioso se inspiró en esta historia para escribir su novela *El légamo de la tragedia*, aunque dándole un giro galante. Ciertamente, la novela de Precioso tenía llamativas coincidencias con el hecho y eso no hubiera pasado de la mera inspiración en un hecho real si el escritor no hubiera hecho que su protagonista, Anita Gutiérrez, hija de un supuesto ministro de Hacienda, tuviera relaciones con su prometido, el estudiante de medicina Octavio Arenal, pero, y esto es lo relevante en el proceso que se entabló en contra de la novela, también con la periodista Josefina Alver, un personaje de ficción sin referente real.

En *Muchas Gracias* apareció la primera noticia de la denuncia contra su novela *El légamo de la tragedia*¹⁵. El autor defiende ardorosamente su inocencia con la publicación de un artículo titulado *La novela y la*

15 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 20, pág. 9, 14-06-1924, HDBNE.

*realidad*¹⁶. Pero donde arremete contra la censura y la falsa moralidad es en un escrito titulado *El fariseísmo*¹⁷:

EL FARISEÍSMO

El fariseísmo es una plaga social de imposible extirpación. Los fariseos, a veces, son ladrones, de dinero o de honra, o de ambas cosas juntas; son corruptores de menores, estafadores, de vida depravada o criminal... Los fariseos, siendo lo que son y como son, tronarán, sin embargo, aparentemente escandalizados, por cualquier futesa o nimiedad ajena... ¿Cómo luchar contra los fariseos y el fariseísmo? Con las armas de la verdad, de la justicia y de la moral verdadera..., y, en último término, y en legítima defensa, con las armas... de fuego. Fuego en las almas y armas de fuego son dos cosas que, a las veces, suelen coincidir.

FINAL SABIDO

Siempre que el fariseísmo hable, por ejemplo, de moralizar las costumbres, en España ya se sabe en qué termina todo: en el ensañamiento

16 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 21, pág. 5, 21-06-1924, HDBNE.

17 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 22, pág. 4, 28-06-1924, HDBNE.

contra unos cuantos escritores. ¡Moralizar las costumbres de una sociedad compuesta, en general, por hombres desmoralizados! ¡Ahí es nada! El hombre moral, puramente moral, escrupulosamente moral, no debe mentir, ni fumar, ni beber alcohol, ni ir a los toros, ni desear a la mujer del prójimo, ni cometer adulterio, ni ir al teatro, ni tener afición al lujo, ni leer novelas, ni leer periódicos, que relatan los sucesos inmorales y criminales de la realidad...

Y como todas estas cosas son de imposible realización, algo hay que hacer, y es censurar a unos cuantos novelistas, que tienen la culpa hasta de la carestía de las subsistencias, de la escasez de las viviendas y de la abundancia de mujeres más o menos perdidas... [...]

Artemio Precioso

Casi un año más tarde¹⁸ aparecía en prensa la noticia de la condena contra Artemio Precioso. El juez del distrito de Palacio condenaba al escritor a pagar una multa de diez mil pesetas, sin costas, por “haber proferido injurias contra una señorita ya fallecida”.

Precioso se aficiona a los viajes al norte de España y al

18 *La voz, diario gráfico de información*, año VI, nº 2038, pág.14, 20-08-1925, BVPH.

sur de Francia, zona que después conocerá tan bien y visitará frecuentemente desde su destierro parisino. En agosto de 1924 el editor está en San Sebastián desde donde manda sus crónicas veraniegas a *Muchas Gracias*. Dedicó su tiempo a jugar a bacarrá en el Kursaal. Viaja desde allí, en distintas ocasiones, a Biarritz, visitando a su colaborador Joaquín Belda,¹⁹ en compañía de quien, sentados en un café, recuerda a la vecina España mientras oyen cómo la orquesta interpreta una melodía del maestro Serrano. Sus crónicas veraniegas están llenas de encuentros con amigos como el compositor Jacinto Guerrero, Romero de Torres o la cupletista *La Chelito*, con quien comparte mesa en el casino. Este tipo de vida siempre fue del agrado de Precioso, amante de la buena comida, de los buenos vinos y, si damos crédito a sus múltiples comentarios salpicados en multitud de publicaciones, amante de las mujeres hermosas.

Artemio Precioso conoció personalmente a Blasco Ibáñez en 1921. En 1919 ya había asistido a un banquete que se le ofreció en el ateneo a su regreso de Estados Unidos. Se habían carteadado y Precioso había solicitado a Blasco alguna novela corta para lo que quedaron en hablar en Madrid. La primera

19 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 28, pág. 8, 09-08-1924, HDBNE.

entrevista, que duró tres horas, se produjo en el hotel Palace; la siguieron otras dos, paseando por las calles de la ciudad. Desde entonces se convirtió en habitual del escritor, acompañándolo a diversos quehaceres.

Hacia estas fechas publica Blasco Ibáñez en París *Una nación secuestrada (El terror militarista en España)*, folleto con el que, después de una campaña de prensa bien orquestada, vuelve al ataque contra el dictador tras regresar de su vuelta al mundo. Ya había confesado a Precioso en el prólogo-entrevista que el editor hizo a su novela *La familia del doctor Pedraza*, que solo volvería a la actividad política cuando renacieran en España los movimientos para implantar la República. Pero eso había sido antes de partir, antes de que Primo se hiciera con el poder. Su largo viaje levantó muchas críticas, incluidas las de Azaña, pero el valenciano acalló a todo el mundo con la publicación de sus folletos. Al primero siguieron, *Lo que será la República española (Al país y al ejército)* y *Por España y contra el rey (Alfonso XIII desenmascarado)*. Dice Precioso que:

Los folletos políticos del maestro tuvieron tal repercusión en el planeta entero, que ni en un solo país han dejado de hablar de ellos. [...] Si Blasco Ibáñez salió de su Torre de marfil o

de su Villa Fontana Rosa para combatir al rey fue porque su espíritu liberal y republicano se indignó ante las idioteces vergonzosas de la Dictadura (Precioso, 1930: 207-2010)

Blasco acudía como contertulio al café de La Rotonde donde ya había ido mostrando sus intenciones. El escritor, muy experimentado en cuestiones de propaganda y difusión ideológica, escribió los folletos propagandísticos con la atinada intención de que, con su prosa apasionada e incendiaria, fueran rápidamente difundidos. Introdujo en España cientos de miles de ejemplares del primero de ellos. El folleto tuvo resonancia en todo el mundo. A raíz del proceso que se emprendió contra Blasco por la difusión del libelo, las autoridades francesas pusieron bajo vigilancia al escritor. Desde España se financió al periodista Carretero Novillo para que escribiera e hiciera público un libelo contra Blasco Ibáñez titulado *El novelista que vendió a su patria o Tartarín, revolucionario*. Allí:

Entre otras falacias, aseguraban que la Rusia soviética había cedido al escritor valenciano un millón de francos para su tarea de acoso a la monarquía. El folleto fue convenientemente jaleado por la prensa derechista a sueldo del embajador español,

pero Carretero fue agredido por Esplá, secretario personal de Blasco, en la noche del 27 de diciembre de 1924, y llevó el asunto a los tribunales, quedando en evidencia ante la opinión pública francesa como engranaje de una trama de acoso urdida por un gobierno extranjero. (González Calleja, 2010: 220-221).

A raíz de estas publicaciones y el proceso consiguiente, Santiago Alba junto con Blasco Ibáñez impulsó la publicación de *España con honra*, que dirigió Carlos Esplá hasta su desaparición en noviembre de 1925.

En esas fechas, y a pesar de sus viajes, Artemio Precioso en España seguía dando a la prensa artículos que criticaban con dureza la censura del directorio militar. En el número de *Muchas Gracias* del 1 de noviembre de 1924²⁰, y en plena polémica por el asunto de *El légamo de la tragedia*, aparece un artículo de Precioso criticando el método de censura de libros²¹:

Resulta, pues, que lo que los periódicos refieren, con detalles más o menos velados,

20 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 42, pág. 4, 15-11-1924, HDBNE.

21 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 40, pág. 4, 01-11-1924, HDBNE.

pero lo suficientemente claros para que todo el mundo lo sepa, no puede relatarlo el novelista, que además de su arte, persigue la mayor y única moralidad: poner de relieve las lacras sociales; y ya se sabe que no hay mejores desinfectantes que el sol y la luz, y en materia política, la libertad... bien entendida. Otro ejemplo: ¿quién no ve en los escenarios y en la calle misma mujeres casi desnudas, y este casi ya se sabe que es la pimienta de la visión? Pues, en el odio al arte, se ha llegado a engomar la doble plana de una revista seria, que reproducía La maja desnuda de Goya. Por fortuna, parece iniciarse, como no podía dejar de suceder, la victoria del sentido común, y los fariseos —que en su vida privada dejan, en su mayoría, tanto que desear— están de mal humor. La previa censura para los libros, establecida sin orden del Gobierno, ha desaparecido a estas horas. Pero bueno es no cejar en la campaña contra los falsos defensores de la falsa moral, tan inmorales las más de las veces...

La polémica sobre la moral y la censura continúan y en enero de 1925 Artemio Precioso publica un artículo en *Muchas Gracias* defendiéndose de los ataques de *El Debate* y acusando al clero de falta de moral:

*Glosas actuales**Lo primero...*

El Debate, ese periódico tan admirable —y que yo me resisto a creer que sea el órgano de los jesuitas—, viene un día sí y otro también tronando contra la libertad teatral y contra las novelas cortas; así, sin distinción; con lo que el cerrilismo de esos forajidos que garrapatean en el papel matutino queda más de relieve. El Debate no se ha enterado aún de que ciertas producciones que andan por ahí no son novelas ni cuentos ni siquiera eructos literarios, sino simplemente secreciones hediondas al margen de la literatura. Los escritores, los artistas, no pueden nunca ser pornógrafos, aunque no excluyan los conflictos pasionales y aun sexuales de sus tramas artísticas. Nada perjudica a los escritores llamados de firma como esa baraúnda de indecencia pornográfica que se ha desatado desde que la previa censura fue suprimida para bien del Arte. Pero aquí no distinguimos de términos medios ni de matices. O la bochornosa censura para los libros, o la impunidad absoluta para los malhechores de las letras. O prohibir novelas de Zamacois, Sassone y Belda, o la deyección libre en el Albañal de la pornografía.

¡Triste sino el de los escritores españoles, que se ven confundidos con los leprosos del Arte, si no hacen profesión de fe *antisexual en sus obras!*

Venga una cruzada seria, implacable, inteligente, contra la pornografía... ¿Quién se opondrá a ella, si el primer perjudicado por su imperio es el escritor solvente, el artista consagrado? ¡Guerra, guerra contra la pornografía, señores moralistas de buena, fe! Yo por mí sé decir que si me opuse a la previa censura fue exclusivamente por cuestión de dignidad y de principios morales; pero LA NOVELA DE HOY —por ejemplo— jamás alcanzó mayor tirada que durante los meses en que la previa censura rigió. Y esto no puede atribuirse sino a que, perseguidos los folletos pornográficos, un núcleo, bien nutrido de lectores volvía los ojos al Arte, ya que no encontraba basura a mano.

Pero El Debate olvida que no sólo deben moralizarse el teatro y la literatura. Hay un problema candente que toca más de cerca al periódico aludido: la moralización del clero. Son muchos los curas, los canónigos y los frailes que, no sólo se sabe que infringen el sexto, sino que públicamente viven con la barragana, y hasta tienen hijos, a los que

suelen llamar sobrinos. Son muchos los seres depravados que convierten el confesonario en ganzúa pornográfica y sacrílega. Son muchos los que visten hábitos y no son castos, ni abstemios, ni generosos, ni siquiera cristianos. Algunos de ellos hasta figuran en la crónica sangrienta, como asesinos u homicidas... Y es por este lado de la moralización de los que se visten por la cabeza por donde El Debate, periódico esencialmente católico, la debe emprender... ¡Esos oradores sagrados, jóvenes y elegantes, cuántos adulterios no perpetrar, valiéndose de la idiotez y hasta del fanatismo de pobres mujeres! Preséntenos un clero moral y moralizado, castíguese a los farsantes, a los criminales que detentan la doctrina del Justo, y entonces El Debate podrá con más autoridad comenzar a pedir la Inquisición para los autores dramáticos y para los literatos... Entonces será cuando El Debate podrá emprender, pisando terreno firme, una campaña de alta moral, sin excluir, para ser lógicos en sus diatribas y anatemas, a las madres y a las esposas pornográficas...

Artemio Precioso

La vida social del editor discurre entre comidas, como la que se le ofrece al caricaturista Manolo Tovar en el hotel Nacional el 15 de

marzo de 1925²², o cuando el día dos de mayo la redacción de *Muchas Gracias*²³ se reúne en una cena para homenajearle en *Casa Botín*, aun así, sigue trabajando incesantemente en sus publicaciones. Permanece en París desde finales de noviembre de 1925 hasta enero de 1926, por lo que se desprende de los comentarios insertos en los artículos que Joaquín Belda publica en varios números de *Muchas Gracias* (*La finca de Rostand, Un restorán español, El Congreso*). El propio Precioso escribe unas *Notas de viaje*²⁴ fruto de sus escapadas por territorio francés. El 1 de enero de 1926 está en España, pues organiza y asiste con el pleno de su redacción de *Muchas gracias* a la “botinada” anual²⁵.

Publica en su colección *La novela de Hoy*²⁶, la novela corta de Blasco Ibáñez, *El secreto de la baronesa*, con un prólogo-entrevista del mismo Precioso. En ella se anuncia que la entrevista mantenida por el editor con Blasco en París, extensa y realizada en varios días, se irá fragmentando para formar parte de los sucesivos prólogos de las doce novelas comprometidas por

22 *La Libertad*, nº 1565, pág. 4, 21-03-1925, BVPH. / *La Voz* (Madrid), pág. 3, 30-03-1925, HDBNE.

23 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 67, pág. 14, 09-05-1925, HDBNE.

24 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 102, pág. 4, 09-01-1926, HDBNE.

25 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 103, pág. 8-9, 16-01-1926, HDBNE.

26 26-02-1926

el autor valenciano con su editor. La mencionada entrevista tiene lugar en el hotel Lutecia, con taquígrafo. Blasco Ibáñez muestra su intención de escribir en ese año dos novelas extensas aparte de *El papa del mar*, ya publicada, a saber, *A los pies de Venus* y *Las riquezas del gran Khan*, además de las pactadas con Precioso.

En marzo, abril y junio del mismo año aparecen ya tres de las novelas cortas prometidas, *El rey Lear*, *impresor*, *La devoradora* y *El réprobo*, con sendos prólogos en forma de entrevista, como había anunciado. En el primero de ellos pregunta Artemio Precioso si Blasco había leído el libelo de Carretero Novillo respondiendo a su folleto. Blasco responde:

Pero usted comprenderá que yo no voy a leer lo que se le ocurra decir de mí al primer indocumentado literario, sin cultura alguna, y al margen de todo arte, simplemente con la engañosa ilusión de hacer carrera. Sería darle un gusto que no corresponde a su categoría.
(Precioso: 1930: 219)

A pesar de su intensa vida social, viajes, comidas, y de sus artículos a veces de tono intrascendente y picante publicados en las páginas de *Muchas Gracias*, Precioso también se compromete con

distintas causas: la protección de la infancia, la batalla contra la censura, la liberación de la mujer, la apertura sexual, la hipocresía de la Iglesia y de cierta sociedad pacata, anclada todavía en el siglo anterior, etc. En un artículo aparecido el 17 de julio en el periódico *La libertad*²⁷, había criticado un artículo titulado *Niños perversos*, donde se reclamaba mayor severidad y control con los niños que deambulaban por las calles arrojando piedras a los transeúntes. Preciso comenta: “[...] y en vez de pedir escuelas, y vigilancia, y sanidad e higiene en las viviendas, censurando de paso a los padres, el periódico llamaba perversos a los niños... ¿Cuándo se vio crueldad mayor? ¿Es que vamos hacia el canibalismo jurídico y social? ¿Es que vamos a llegar hasta ensañarnos con la mujer soltera o viuda que ha tenido un hijo y no lo mató ni lo arrojó a la Inclusa?”

Precioso siempre se mostró dispuesto a ponerse frente a las normas establecidas si consideraba que estas eran injustas. Fustiga constantemente la falsa moralidad y las costumbres atrasadas del país. Esta actitud lo sitúa en la línea regeneracionista de Santiago Alba y, como este, quiere escuelas y reconocimiento para los maestros. También toma posiciones contra la iglesia católica. En relación con

²⁷ *La Libertad* (Madrid), pág. 4, 17-07-1925, HDBNE.

los comentarios aparecidos en *El debate* acerca de una pastoral eclesiástica, Artemio Precioso escribe²⁸:

Y se arremete contra la Prensa, contra los libros, contra el teatro y el cine, si no están sometidos a la censura eclesiástica. Y se va contra el furor deportista, donde lucen sus encantos los jugadores, porque ello conduce al paganismo si las autoridades no lo remedian. [...]

Las obras teatrales se someten a una censura previa, que ejerce la Dirección de Seguridad. Las películas son autorizadas por una censura gubernativa.

En los Juzgados hay centenares de procesos contra escritores más o menos escrupulosos. Pues todo esto, señores gobernantes, no le basta a El Debate, puesto que afirma que la inmoralidad hace frecuentes incursiones —son sus palabras— en el teatro, en el cine y en la novela.

¿Qué querrá El Debate? Dígalo claro. Pida el restablecimiento de la Inquisición contra los autores y escritores, y todos aplaudiremos la sinceridad de sus piadosos y cristianos sentimientos.

28 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 122, pág. 6, 29-05-1926, HDBNE.

Breve es la vida, y dura e ingrata, y amarga, y cara. ¡Demasiado cara! Pues ya ven ustedes el programita con que ¡aún! nos la quieren amenizar los sapientísimos prelados y El Debate.

En agosto de 1926 comienza la difusión en prensa de su libro *Flores de Pasión*²⁹. Mientras, el autor se halla en un balneario de la ciudad francesa de Vichy desde donde envía sus “Notas de un viaje” a España. Coincide en el balneario con Ricardo Torres, Bombita³⁰, y realiza una excursión en autocar, de Vichy a Clermont-Ferrand. Más tarde, deja el balneario para trasladarse en tren a París donde se integra plenamente de nuevo en la noche parisina³¹ con visitas a *Fantasio*, acompañado de Juan Pujol o de otros españoles. Tras unos meses en España, en noviembre volverá a Vichy, desde donde escribe *Impresiones de viaje. Vichy, sus manantiales y su río*, aparecido en *Blanco y negro* el mes de noviembre de 1926³².

La censura va atenazando cada vez más las publicaciones de Precioso. En las páginas dedicadas

29 ABC (Madrid), pág. 68, 07-08-1926, AABC.

30 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 135, pág. 6, 28-08-1926, HDBNE.

31 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 136, pág. 6, 04-09-1926, HDBNE.

32 *Blanco y Negro* (Madrid), págs. 36-39, 21-11-1926, AABC.

a Sánchez Guerra en *Españoles en el destierro*, cuenta cómo, al mes de ponerse en venta *Flores de Pasión*, los agentes de la autoridad irrumpieron en la sede de la editorial Atlántida para recoger diecisiete novelas del autor. Se incoaron otros tantos procesos por escándalo público y no se hizo caso a las fechas de publicación de alguna de las novelas que podían haberse beneficiado de medidas de gracia. Precioso intuía que las órdenes venían de arriba. Él mismo vistió la toga para su propia defensa, pero de nada sirvió. El fiscal, en privado, corroboró ante Precioso las órdenes y el riesgo que corría de echar al traste su carrera en caso de no obedecer. Se le condenó a seis meses de cárcel, mil pesetas de multa y a once años de inhabilitación para ocupar cargo público. La condena fue por inmoralidad de título, portada y asunto.

El 27 de octubre de 1926 se celebró un banquete en el Ritz³³ para despedir al periodista Juan Pujol, uno de los más íntimos colaboradores de Precioso, que marchaba a París como corresponsal del periódico *Informaciones*. Fue uno más de una larga lista de periodistas y escritores del entorno de Precioso que emprenderán el camino del exilio. El 21 de diciembre, en un banquete celebrado en el restaurante Botín,

33 *La Libertad*, año VIII, nº 2059, pág 3, 28-10-1926, BVPH.

conocemos la intención de Artemio Precioso de trasladarse de manera permanente a París³⁴: “Los reunidos acordaron reunirse de nuevo para despedir a Artemio Precioso, que muy pronto marchará al Extranjero por una larga temporada.”

El propio Precioso corrobora su intención en un artículo aparecido en *Muchas Gracias* su partida hacia la capital francesa y anuncia, por primera vez, su intención de recoger sus vivencias en un libro de memorias³⁵:

Un breve adiós. Me marchó de España, lector. Nada te diría si mi ida fuese provisional. Pero me voy de aquí definitivamente. Cuando pase tiempo se podrán juzgar las actuaciones de cada uno con más serenidad y más justicia que hoy. Con el fin de aportar datos para mañana, recogeré en un libro sereno, meditado, algo de lo que he hecho y algo de lo que han hecho conmigo. Me marchó satisfecho, a pesar de todo, y me largo por gusto, dejando las empresas por mí fundadas en pleno apogeo y en todo su desarrollo feliz. Voy a intentar en Francia la creación de algunas iniciativas editoriales y literarias. Una de éstas, en

34 *La Libertad* (Madrid), pág. 4, 21-12-1926, HDBNE.

35 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 152, pág. 4, 24-12-1926, HDBNE.

unión de Juan Pujol, el gran escritor de espíritu inquieto, el gran novelista, maestro de la amenidad y de la técnica. Y cuando en París funcionen mis proyectos, es decir, cuando sean realidades, visitaré América con mis dos empresas hermanas, la francesa y la española, y entonces volveré entre vosotros para recorrer incesantemente el camino de Madrid a París, de París a Madrid, de Madrid a las repúblicas americanas...

El libro de que antes hablo se titulará El escritor en España, y se publicará simultáneamente en español y en francés.

Dejo aquí grandes amigos, verdaderos hermanos, que ya me cuestan muchas lágrimas cada vez que pienso que me voy. Dejo aquí a un público que me sigue con simpatía y cariño... Pero a este público en realidad no le dejo, puesto que seguiré en casi diaria comunicación con él.

Nuestros periódicos ganarán. El espíritu francés, el arte francés, estarán en sus páginas. Baste decir que una revista hermana de MUCHAS GRACIAS comenzará a publicarse en París antes de un mes. Y Le Román d'Aujourd'hui aparecerá también semanalmente, dirigida por Pujol y por mí. Es decir, que La Novela de Hoy y MUCHAS

GRACIAS se van a publicar en Francia, aunque con escritores y dibujantes franceses. Pero nuestros escritores y nuestros dibujantes se darán también a conocer allende el Pirineo. Sirvan estas líneas de despedida a los lectores, a los amigos, a todos. De París a Madrid sólo hay «veinticuatro horas de distancia». Un día, Pero este día, en algunas cosas, parece un siglo. De París a Madrid se viene cómoda y prontamente. En realidad, pues, no me voy. ¡Ojalá pueda muy pronto ver realizados mis nuevos sueños, para bien mío, pero también para mejor fortuna y mayor difusión de nuestros artistas! Y felices, después de todo, los que, como yo, siempre soñamos, siempre tenemos ilusiones, y cuantos más zarpazos quieren darnos los buitres, más animosos nos sentimos para seguir soñando, laborando con la vista en lo más alto...

Cuando los asesinos planean sus crímenes, tratando de apresar a las águilas, éstas vuelan, vuelan por el espacio azul, infinitamente azul, y los caimanes quedan aullando entre el fango, viendo sus garras manchadas de barro, viéndose tristemente solos con sus miserias, con sus vicios, con sus odios malditos...
¡Hermanos míos, lectores míos, adiós!

Artemio PRECIOSO

Se ofreció un banquete de despedida³⁶ a Precioso en el Hotel Nacional. Muchos fueron los medios de prensa que reseñaron el mismo, como *La Libertad*, de Madrid³⁷:

36 En el citado banquete el comediógrafo Enrique García Álvarez leyó el siguiente poema: *A luchar en buena lid / para llegar a adalid / por buenas o por "redaños", / hace diez o doce años / llegó un mocete a Madrid; / ni bajo como el león / ni alto como las jirafas, / de regular proporción, / un bigote coquetón, / un flexible... y unas gafas. / Y no hizo más que llegar / y frecuentar dos cafeses, / y discutir y charlar, / y a los tres o cuatro meses / se lo querían rifar. / Y él, al ver la aceptación / que tuvo su personita, / se dijo: "Esta es la ocasión", / y fundó una novelita / que fué la desmigación. / ¿Que quién escribía allí? / ¡Casi nadie! ¡El frenesí! / Cada escritor era un "ás". / Belda, Insúa, Ayala, y / los Camba, Mata y cien más. / Pero de estos cien autores / faltaba un "ás" de escritores / que cortaba el bacalao, / y llevó a Fernández Flórez, / diciéndole: Wen... ceslao... / Y, enormemente galante, / dijo Flórez: "Allá voy", / y subió desde este instante, / cual zeppelin arrogante, / la inmensa Novela de Hoy. / Pero el mozo diligente, / que era el rey de las audacias, / fundó un journal atrayente, / que le decía a la gente: / MUCHAS GRACIAS, MUCHAS GRACIAS. / Y como no le iba mal, / sin descansar un segundo, / va y funda una editorial / con un éxito rotundo / y el desmoronen mundial. / Y como es hombre de vista, / va ciego hacia la conquista / del oro; pero entretanto, / se hace el gachó un novelista / de los que meten espanto. / ¡Qué tío! ¡Rediez, qué tío! / Pero hay que reconocer / que es gratisimo nacer / un Dumas o un Cabarrús. / Yo, con su suerte, iba a ser / "la caraba, en autobús". / Ser listo, ser ingenioso, / agradable, cariñoso, / ser rico y hacer favores. / Esto es "precioso", señores. / Señores, esto es "precioso". /*

37 *La Libertad* (Madrid), pág. 4, 10-02-1927, HDBNE.

Homenaje a Artemio Precioso

Anoche se celebró en el Hotel Nacional el banquete organizado en honor del notable escritor Artemio Precioso, para despedirle, con motivo de su viaje a París.

Artemio Precioso va a la gran ciudad europea a fundar una editorial que ponga en relación literaria a las grandes firmas españolas con las ilustres firmas francesas.

Alrededor del homenajeado se sentó anoche lo más prestigioso de la literatura y del arte que bulle y triunfa en Madrid.

En la presidencia se sentaron con Artemio Precioso la bella señorita Renée de Hernández, Wenceslao Fernández Flórez, «Andrenio», Hernández Catá, Joaquín Aznar, Director de LA LIBERTAD; Sainz Rodríguez, José Luis Salado, Francisco Villanueva, director de «El Liberal», y Juan Ignacio Luca de Tena.

Entre los asistentes recordamos a los siguientes escritores y artistas, Diego San José, «Juan Ferragut», Serrano Anguita, Alfonso Camín, José Lorenzo, Ángel Lázaro, maestro Serrano, Cristóbal de Castro, Fondevila, director del “Heraldo de Madrid”, Somoza Silva. Francisco Camba, José Bruno, Ramírez Ángel, Sáez, Moreno, Graciano Atienza, Antonio Casero, Pérez Zúñiga, Zamacois,

Máximo, Ramos, Martínez Baldrich, Ribas, Pedro Mata, García Álvarez, Hoyos y Vinent y Pérez Bojart.

Sres. Congosto, Salazar Alonso, Emilio Carrere, Octavio Precioso, Riquert, Tomás Romero, López del Oro, Mariano Tomas, Ferrer Sama, Carmona, Manolo Tovar, Federico M. Alcázar, Vázquez Calleja y otros muchos que en este momento sentimos mucho no recordar.

El secretario de la Comisión, José Luis Salado, leyó a los postres las adhesiones muy cariñosas y expresivas de Roberto Castrovido, Sánchez Guerra, Miró, Gutiérrez Gamero, Vidal y Planas, Blasco Ibáñez, Ricardo León, Joaquín Belda, Francos Rodríguez, Roberto Molina, Escola, Antonio de Lezama, Sara Insúa, Fernando Mora, Antonio Robles, Alejandro Pueyo, Polanco, Sarandell, Juan Cristóbal, Jiménez Caballero, Juan Pujol, «Magda Donato», Corrochaho y Giménez Hidalgo.

Durante la comida el sexteto del Hotel Nacional interpretó una selección de las obras del maestro Serrano, allí presente, que fueron oídas con gran silencio y ovacionadas luego con entusiasmo, obligando al ilustre músico a

saludar, agradecido.

A la hora del champaña se levantó el catedrático D. Pedro Sainz Rodríguez, que ofreció el banquete con palabra elocuente, para decir que el acto no era una despedida, sino un estímulo, un acicate, para que el triunfo le sonriese en París.

Luego leyó unos versos graciosísimos, que, según él, «había improvisado en su casa», el ilustre comediógrafo García Álvarez, que provocó [sic] el general regocijo y una ovación cerrada.

Obligado por la concurrencia, habló el maestro Eduardo Zamacois, que con la galanura en él acostumbrada deseó que la nueva empresa de Artemio Precioso tenga los éxitos editoriales que ha tenido en España. En iguales términos se expresó Hernández Catá.

Y, finalmente, en medio de grandes aplausos, se levantó Artemio Precioso, el notable escritor y entusiasta editor que tan alto ha sabido colocar las letras españolas con sus publicaciones, para agradecer modestamente la asistencia de todos y ratificar su deseo fervoroso de trabajar en beneficio y enaltecimiento de la literatura española en sus nuevas empresas francohispanoamericanas.

*Al final fue muy aplaudido.
El banquete terminó en medio de una gran
cordialidad y camaradería.*

ARTEMIO PRECIOSO, EXPATRIADO EN PARÍS

Llegó Precioso a París en febrero de 1927 y todavía resonaban en España ecos de los procesos judiciales a los que había sido sometido, a los que pronto se sumaron otros que no acaban de dejar en paz al escritor, como es la acusación de escándalo público por la publicación de su novela *Lavó su honra*.

El escritor se instala en París y escribe para distintos medios de comunicación a la vez que manda sus colaboraciones a *Muchas Gracias*. Le apasiona la vida parisina que ya había frecuentado en muchas ocasiones y se relaciona con los españoles que residen en la capital francesa, como Unamuno, o que llegan durante su estancia, como José Sánchez Guerra.

Unamuno había sido detenido en febrero de 1924 acusado de haber insultado a Primo de Rivera y se le desterró el 20 de marzo de ese mismo año a la isla de Fuerteventura. Fue liberado poco después gracias a la intervención de Pauline Menard-Dorian,

que reunía en su salón literario de París a lo más granado de la intelectualidad francesa de la época, y por el editor del diario *Le Quotidien*, Henri Dumay. Trasladaron a Unamuno a Cherburgo en un primer momento para después llevarlo a París. Unamuno llegó a la capital francesa acompañado de su hijo Fernando, su nuera, Eduardo Ortega y Gasset y Rodrigo Soriano.

Colaboró en *Le Quotidien* entre julio y diciembre de 1924 y asistió en París a actos de distinta relevancia, como el homenaje a Jaurès. Participó activamente en las actividades propiciadas por la Ligue des Droits de l'Homme, que Unamuno había presidido en España; dio conferencias en el Club du Faubourg, fue invitado de honor en el Congreso del Pen Club, etc. Sus relaciones en París tenían como centro la tertulia del café de La Rotonde, donde figuraba como miembro muy activo el periodista Carlos Esplá y por donde aparecían Santiago Alba, Eduardo Ortega y Gasset, Blasco Ibáñez, José Manteca, Marcelino Domingo, Corpus Barga, Pio Baroja y algún militar como Dámaso Berenguer, Queipo de Llano o Millán Astray, además de catalanistas como Maciá o periodistas como Josep Plá u otros personajes como Hoyos y Vinent o Carretero Novillo (González Calleja, 2010: 210 y ss.). Solía acudir en metro después de almorzar para regresar después a su

domicilio a pie. Unamuno, según recuerda Precioso, solía pasear mucho por la ciudad, paseos de hasta cuatro horas que fatigaban a los discípulos que le acompañaban.

Unamuno se hartó pronto de París, una ciudad que paseaba, pero con la que no llegó a conectar. Le gustaba el río, pero no que estuviera encañonado entre paredes ni que los jardines estuvieran enlosados. Echaba de menos la autenticidad de España y de su tierra. Pensando que podría hacer mejor labor desde la frontera se trasladó a Hendaya y llegó, por tren, a la estación de esta ciudad el 23 de agosto de 1925 y ese mismo día ya dio una conferencia organizada por la Ligue des Droits de l'Homme, de la cual ejercía como vocal Eduardo Ortega y Gasset, que también residía en Hendaya y al que Artemio Precioso dedica unas breves páginas en *Espanoles en el destierro*. Comenzó la sesión Eduardo Ortega y la cerró Unamuno. (Urrutia, 1994: 194).

Muchos de sus amigos españoles estaban en Hendaya. Tenía una tertulia en el Grand Café de la Plaza de la República y gustaba, como en París, de los largos paseos. Forjó una buena amistad con el alcalde Garat que fue “el gerente responsable de *Hojas Libres*, que se publicará durante casi dos años, en Bayona, en

la *Imprimerie La Renovatrice*”. (Urrutia, 1994: 196). Se publicaron diecinueve números de *Hojas Libres* siendo su director y administrador Eduardo Ortega y Gasset. En esta publicación Unamuno dio rienda suelta a sus críticas más aceradas contra el régimen:

La actitud de Unamuno fue inequívoca desde el primer momento y tuvo unas características peculiarísimas. No engendró una verdadera doctrina política: el escritor vasco era republicano por antialfonsismo y era antidictatorial, en buena medida, por antiprimorriverismo. (García Queipo de Llano en Urrutia, 1994: 202).

La admiración primero y después la amistad de Artemio Precioso con José Sánchez Guerra fue gradual. El político, varias veces ministro, presidente del Congreso de los Diputados y presidente del Consejo de Ministros, había comenzado en la política de mano del partido liberal regentado por Sagasta hasta que en 1902 pasa al partido conservador junto con Antonio Maura. Nada más lejos, en un principio, de las ideas liberales y republicanas de Precioso.

La actitud del político, defensor a ultranza del sistema parlamentario y constitucional, su paulatino

alejamiento del rey, al que ve responsable directo del recorte de libertades en España y, finalmente, el repudio a la dictadura de Primo de Rivera, hace que Precioso pase de la tímida simpatía a la franca admiración, hasta tal punto que en 1926 le dedica su libro *Flores de pasión*, no sin antes haber sondeado a Sánchez Guerra al respecto. Coincidieron por primera vez en el homenaje a Gutiérrez Gamero en el Casino de Madrid.

Cuando Sánchez Guerra llega a Bayona en septiembre de 1927 es recibido por una comitiva formada por Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, (ambos habían dejado París en agosto de 1925), Luis Rodríguez de Viguri, José Manteca Roger, Arturo Casanueva y el propio Precioso. Dos horas después, Sánchez Guerra lee su célebre *Manifiesto* a los presentes. Gran parte de las páginas dedicadas a Sánchez Guerra por Artemio Precioso en *Espanoles en el destierro* están dedicadas a este manifiesto. En él se hace referencia al intento de golpe de Weyler y Aguilera conocido como la *Sanjuanada* y también al problema del movimiento artillero.

No todos los militares apoyaban a Primo de Rivera, de hecho, muchos de ellos se mostraron indignados cuando Primo publicó el real decreto que suprimía la llamada *escala cerrada* de los cuerpos de Artillería

e Ingenieros. Según este método los militares de este cuerpo solo podían ascender por escalafón, nunca por méritos de guerra. Ante el problema, los altos mandos del Arma se reunieron con el rey, que aceptó la fórmula que proponían. Aconteció la *Sanjuanada* y Primo de Rivera, airado contra los militares que creía contrarios, negó el acuerdo. Los generales de artillería acordaron la rebelión y el dictador declaró el estado de guerra y suspendió de empleo y sueldo a los mandos del arma.

El coronel Marchesi, director de la Academia de Artillería en Segovia, se declaró en rebeldía junto con sus oficiales, que interceptaron al rey cuando volvía de San Sebastián. Este les dio buenas palabras, pero, a pesar de ellas, cuando llegó a Madrid, Marchesi fue condenado a muerte, aunque luego indultado. El coronel Bermúdez de Castro tomó por asalto la Ciudadela de Pamplona, donde murió el teniente Tordesillas al que alude Sánchez Guerra en su manifiesto.

Sánchez Guerra, que había sido ministro de Gobernación, quedó especialmente impactado por los hechos ocurridos en un Arma donde tenía abundantes amistades. Abomina de la situación de desunión que existe en el seno del ejército y critica la constitución de una asamblea consultiva

única que propone el dictador, y que finalmente se denominó Asamblea Nacional Consultiva, cuyas sesiones comenzaron en 1927. Ya Sánchez Guerra en su escrito anunciaba que traería “el apartamiento inmediato del monarca, cuando no de la monarquía, de todos los hombres monárquicos constitucionales de España” (Precioso, 1930: 79). Esa fue una de las razones de peso que desbordaron la paciencia de Sánchez Guerra, una asamblea, según el político, “sin facultades fiscalizadoras, sin autoridad para el voto de los tributos, sin tener ni siquiera asegurada [...] la libertad de sus deliberaciones ni la publicidad de sus acuerdos” (Precioso, 1930. 79).

En su manifiesto niega la autoridad de un rey que lo despoja de sus derechos y que niega los esfuerzos de los hombres de la restauración que sustentaron la propia monarquía. Acusa al rey de querer formar una monarquía “personal y patrimonial” (Precioso, 1930: 81) y reivindica la vida parlamentaria y constitucional. Propone, por último, Sánchez Guerra la constitución de un gobierno presidido por el general Dámaso Berenguer que impusiera la calma en el ejército e hiciera volver a España a la normalidad constitucional.

Los comentarios de Precioso en las páginas dedicadas al político están dirigidos a defender su

honradez: “Don José Sánchez Guerra ha hecho por la república más que todos los republicanos juntos” (Precioso, 1930: 106). Sánchez Guerra se hospedaba en el modesto hotel Cayre’s en París, y comenzó a trabajar para la compañía de seguros La Unión y el Fénix. Precioso lo visitaba casi a diario, hasta el punto de acabar convirtiéndose en su secretario, un poco informal, eso sí, ya que Sánchez Guerra respetaba su estatus de editor y escritor. Ayudó a Sánchez Guerra con la correspondencia durante un par de meses, hasta que partió a La Habana para participar en el Congreso de la Prensa Latina como representante de *La voz de Guipúzcoa* y *El diario de Alicante*³⁸. Precioso realizó la travesía en barco, en un ambiente festivo. La noticia aparecía en *Muchas Gracias*³⁹:

Nuestro queridísimo amigo Artemio Precioso a estas horas va camino de Cuba, la Bella, la isla maravillosa del azúcar, de las mujeres hermosas y de los habanos legítimos... Va Artemio Precioso formando parte del VII Congreso de la Prensa Latina, que se inaugura el 3 de marzo en La Habana, bajo

38 *Diario de Alicante*, año XVIII, nº 5111, pág 1, 18-02-1928, BVPH.

39 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 212, pág. 12, 02-03-1928, HDB-NE.

la presidencia del jefe supremo de aquella incomparable y acogedora República, representando a dos diarios españoles, “La Voz de Guipúzcoa”, de San Sebastián, que dirige el admirable e ilustre escritor Juan Quixé, y “El Diario de Alicante”, tan hábilmente dirigido por el excelente periodista Emilio Costa.

Va también como miembro de ese importante Congreso otro ilustre y querido colaborador nuestro, Juan Pujol, de cuyas amenísimas producciones, tan llenas de vida y emoción, tienen buena prueba nuestros lectores.

Lo substituyó José Manteca y, a su regreso, Precioso no quiso reclamar el puesto, que cedió gustoso a su compañero de exilio.

El anecdotario que nos relata Precioso sobre Sánchez Guerra en las páginas de *Españoles en el Destierro* es variado, desde cuestiones banales como la descripción de la frugalidad del político que era abstemio y comía poco huyendo de los guisos complicados, hasta los tratos que Sánchez Guerra hizo con Luca de Tena para la publicación de dos artículos semanales en ABC, por quinientas pesetas cada uno y con la condición de no ser censurado:

Bastará que el censor quiera variar el sitio de

una coma, suprima una palabra, se cambie o no con ello el sentido de una frase, para que mi trabajo no se publique. (Precioso, 1930: 108)

Especialmente interesante es la peripecia de la entrevista entre Sánchez Guerra y Blasco Ibáñez, planificada durante mucho tiempo, pero aplazada por la mala salud de Blasco hasta su encuentro cordial en el hotel del político. Allí Blasco Ibáñez, republicano irredento, se permitía darle un consejo a Sánchez Guerra:

Yo conozco muy bien la psicología de nuestro pueblo, como luchador político y como novelista. Usted, ahora, desde que se expatrió, es como un tenor, y un tenor tiene que cantar de vez en cuando si no quiere que le olviden. Usted, a mi juicio, cada tres o cuatro meses debe dar una nota, en la forma que usted juzgue oportuna en cada momento, pero darla. (Precioso, 1930: 126)

Blasco moriría poco después.

La estancia de Sánchez Guerra en París, según Precioso, transcurre entre trabajo, paseos a los que el político era muy aficionado, asistencia al teatro y otros espectáculos, que después comentaba en sus

artículos de ABC y por los que algunos lo acusaban de intrascendente. Durante el año 1928, Precioso continúa con su actividad periodística y durante el verano viaja a Biarritz, San Juan de Luz y Hendaya, donde previsiblemente visitaría a Unamuno y Ortega y Gasset. También tiene tiempo de hacer nuevas amistades como la que forjó con la actriz italiana Clara Galassi, Dolly Grey para la pantalla, con la que coincidió en el casino de Hendaya.

La partida de Unamuno a Hendaya dispersa en parte la tertulia española de *Le Rotonde*. Aun así las reuniones siguen con cualquier excusa, como la comida que ofreció en diciembre del mismo año el pintor Merenciano en su estudio. Se comió una paella y asistieron Sánchez Guerra, Alba, Pujol, Esplá, etc. Parece que este tipo de festejos eran frecuentes⁴⁰:

Esto de las comidas, como todo en la vida, va en rachas. En pocos días, han existido: el banquete con que el Centro Español obsequiaba al gran Hipólito Lázaro, que dio un concierto en el Teatro de los Campos Elíseos a beneficio de la Casa de España; una paella, realmente divina, con que obsequió a unos amigos el

40 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 253, pág. 10, 15-12-1928, HDBNE.

simpatiquísimo y admirado Povo; mañana, la de Merenciano. Luego vendrán... los ataques al frasco de las sales de frutas. Vean ustedes cómo en París no tenemos por qué envidiar a los valencianos, puesto que artistas valencianos se encargan de confeccionarnos el plato delicioso.

Sánchez Guerra recibía visitas de familiares. Una de estas visitas fue la de su hijo Rafael que, a la sazón, acababa de publicar la novela *Renunciar es poseer...*, en *La Novela de Hoy*. Para festejar la visita comieron en el restaurante L'Avenue el escritor, su padre, Santiago Alba, Carlos Esplá, secretario de Alba, Pujol, Aramburu, Ceria, Bedoya, Manteca, Octavio Precioso y el editor. Poco después el autor francés Jules Romains firmaría un contrato con Artemio Precioso y Rafael Sánchez Guerra para la traducción al español de la adaptación que él mismo y Stefan Zweig habían hecho de la obra de Ben Jonson, frustrando de esta manera las aspiraciones de Azorín, que también lo pretendía.

Además de frecuentar a Sánchez Guerra y Alba, Artemio Precioso no se separó de Blasco Ibáñez durante los últimos meses de vida del valenciano. Lo visitaba diariamente y allí se encontraba con Carlos Esplá, su secretario y amigo, y José Luna, su médico de cabecera, que acompañaba al escritor a

las citas médicas. La última nochebuena antes de morir, en 1927, Precioso fue invitado por Blasco Ibáñez a una cena íntima en el hotel Claridge. Solo asistieron Blasco, su esposa, Elena Ortúzar, Precioso y un ramillete de cinco damas de la alta sociedad española e hispanoamericana. Blasco, indispuerto tras la cena, se vio obligado a retirarse y le rogó a Precioso que volviera a visitarlo al día siguiente. Por su abatimiento, el hellinero presiente que el final del maestro está cerca. Días después, en el teatro del Trocadero, Precioso, al ver al escritor con una palidez extrema, vuelve a tener la misma impresión. Blasco Ibáñez murió poco después, el 28 de enero de 1928, víctima de una bronconeumonía, en su villa de Fontana Rosa y en brazos de su esposa

Cuenta Artemio Precioso que, en enero de 1929, Sánchez Guerra mostró la intención de acudir a Mentón para la celebración del aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez. Se había organizado una *procesión cívica* desde Valencia hasta Mentón. Allí, según cuenta en propio Precioso en un artículo publicado en el *Heraldo de Madrid*⁴¹, una multitud visitó el cementerio donde se hallaba el féretro del maestro, que se hallaba expuesto en medio de una sala, a la espera de ser repatriado a España en el

41 *El Heraldo de Madrid*, pág. 16, 02-02-1929, HDBNE.

momento oportuno. Muchas personas visitaron también Villa *Fontana Rosa*, la casa del escritor fallecido.

Poco antes de partir para Mentón con Sánchez Guerra, Carlos Esplá le comentó que, si no se hallaban en la estación a la hora de la partida, algo de importancia estaría a punto de suceder. Precioso pasó días de incertidumbre en Niza, con Libertad Blasco, la hija del novelista; Fernando Llorca, esposo de ésta; el ex diputado José García Pardo, que sabía algo de la cuestión, por venir de Valencia, y el abogado Álvaro Pascual Leone. Allí se enteraron del fracaso del plan para derrocar a Primo de Rivera por parte de Sánchez Guerra.

Las autoridades francesas relacionaron a Precioso con la conspiración y heredó a los vigilantes que habían seguido a Sánchez Guerra durante un tiempo. Cuenta en *Españoles en el destierro* cómo se deshizo de estos una mañana en que el frío arreciaba, cuando uno de ellos subió a quejarse de lo inhumano de la vigilancia, y de sus jefes, que los sometían a la tortura de estar a nueve grados bajo cero durante horas:

[...] *vengo a rogarle lo siguiente: que cada día nos diga usted mismo dónde piensa ir, en líneas*

generales, y así nosotros redactaremos el parte diario. Usted se verá libre de nuestra presencia y nosotros cumpliremos con nuestra misión.
(Precioso: 1930: 156)

Al editor le pareció de perlas, por supuesto. A pesar del arreglo, la cuestión de la vigilancia llegó a desesperar a Precioso hasta el punto de que decidió poner una temporada tierra de por medio y en compañía de José García Berlanga⁴², diputado del partido liberal en varias legislaturas, realizó un viaje por Córcega, Sicilia, Turquía, Grecia, Siria, Palestina y Egipto. El levantamiento de Valencia había sorprendido a García Berlanga en Mentón y Niza. En Valencia se dio orden de detenerlo si volvía a España, así que tuvo que pasar algunos meses en Francia, también vigilado por la policía. Para Precioso fue un entrañable compañero de viaje. En julio, desde Jerusalén mandó una crónica de viaje a *La Libertad*.⁴³

En septiembre acudió a Tours para la celebración del VIII congreso de Prensa Latina⁴⁴, que fue clausurado en La Baule días después. Acudió en representación de España Francos Rodríguez y aprovecharon para

42 Padre de Luis García Berlanga, el afamado director de cine.

43 *La Libertad* (Madrid), pág. 5, 14-07-1929, HDBNE.

44 *ABC*, pág 34, 24-09-1929, AABC.

visitar los castillos del Loira. Artemio Precioso recogía sus impresiones en un artículo de *Muchas Gracias*⁴⁵. Para mitigar los excesos culinarios de su estancia en la zona, tras la clausura, viajó a Dax, célebre por sus aguas termales y por sus baños de cieno que alejaban el fantasma de la artritis⁴⁶.

En noviembre de 1929 viajó a España para visitar la Exposición Internacional de Barcelona, lo que le permite redescubrir una ciudad a la que había viajado en contadas ocasiones y exaltar el carácter y el idioma de los catalanes⁴⁷. Tras esta visita recalca en Madrid, donde es entrevistado para *Muchas Gracias*⁴⁸.

El 28 de enero de 1930 cae la dictadura de Primo de Rivera, coincidiendo con el segundo aniversario del fallecimiento de Blasco Ibáñez. Artemio Precioso acude a la conmemoración⁴⁹:

(Servicio especial de EL SOL)

MENTÓN 28 (5,30 t.)— El segundo aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez se

45 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 296, pág. 4, 12-10-1929, HDBNE.

46 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 299, pág. 6, 21-11-1929, HDBNE.

47 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 302, pág. 6, 23-11-1929, HDBNE.

48 *Muchas Gracias* (Madrid), nº 303, pág. 5, 31-11-1929, HDBNE.

49 *El Sol* (Madrid. 1917), pág. 8, 29-01-1930, HDBNE.

ha conmemorado íntima y fervorosamente con asistencia de la familia y amigos. De Valencia ha venido su hijo Sigfrido, actual director de «El Pueblo», y su hija Libertad, con su esposo, D. Fernando Llorca. El hijo mayor, Mario, se ha visto imposibilitado para venir por hallarse convaleciente de una enfermedad. De París han venido Eduardo Ortega Gasset, Artemio Precioso y Esplá.

Un grupo constituido por la familia y los amigos se ha reunido en Fontana Rosa, desde donde se ha dirigido al cementerio de Mentón, en el que reposan provisionalmente los restos del gran escritor. Se ha cubierto la tumba con flores, destacando una corona de la viuda, un gran pensamiento de su hijo Sigfrido, una corona de laurel de su hija Libertad y una corona monumental que la editorial que dirigió Blasco le ha ofrendado. La ceremonia ha sido grave, íntima, sencillísima, sin discursos. Mañana, los amigos de Blasco llevarán flores al cementerio de Cannes y a la tumba del gran periodista Italiano Juan Amendola, quien murió también en el exilio. (Febus.)

El 5 de febrero aparece en *La Libertad*⁵⁰ una extensa entrevista que Precioso le realiza a la viuda de Blasco Ibáñez, la chilena Elena Ortúzar Bulnes, y que reproduce también, más tarde, en las páginas dedicadas al escritor valenciano en *Españoles en el destierro*.

El 18 de marzo aparece en *Estampa*⁵¹ una entrevista de Artemio Precioso a Santiago Alba tras caer la dictadura militar de Primo de Rivera, que moría en París dos días antes de aparecer este artículo. Precioso intenta desentrañar las intenciones de Santiago Alba con respecto al gobierno del país:

Alguien ha hecho sonar un timbre, y una voz ha dicho:

—Se acabó la Dictadura. Se levanta el castigo de silencio. Deo gratias.

Y la Nación, como un inmenso colegio lleno de alumnos, ha comenzado a conversar, a dialogar, a gritar...

Y Alba no ha creído oportuno, ni delicado, ni elegante precipitarse a formar entre los alumnos que ya pueden hablar. Prefiere seguir callado por ahora. Ya hablará. Ya escribirá. Ya actuará.

50 *La Libertad* (Madrid, 1919), pág. 5, 05-02-1930, HDBNE.

51 *Estampa* (Madrid), pág. 6, 18-03-1930, HDBNE.

Tampoco cae Alba en la candidez de creerse, como otros, jefe de grupo. Hoy no hay jefes. No puede haberlos. Sería estúpido que los hubiese. Presentarse a las elecciones, con el carácter antiguo, los romanonistas, los alhucenistas, los melquiadistas, como si nada hubiese ocurrido, sería grotesco, ridículo y, sobre todo, de una ceguedad conmovedora. Cada uno luchará por su lado, hablará, discutirá. Y de todo eso saldrán los jefes, si salen. Alba es un ciudadano español ilustre, preclaro, todo lo que se quiera. Pero un ciudadano simplemente, que se propone actuar, intervenir cuando se pueda y se deba actuar e intervenir.

Alba no abriga odios contra nadie. En absoluto contra nadie. Puede, en el fondo de su alma, sentir desprecios más o menos profundos. Pero nunca odios. Alba no tiene que perdonar a nadie, porque no se consideró ofendido por nadie. Él no ha descendido nunca a ciertas profundidades, a ciertas cloacas de las almas. Prefiere los paisajes nevados de Suiza, el aire purísimo de las montañas helvéticas.

Aparte del viaje inmediato a Barcelona, no es probable que D. Santiago Alba vaya a España por ahora.

Españoles en el destierro aporta, como hemos visto, una visión a veces anecdótica, a veces intensa sobre los distintos avatares que personajes de distinta relevancia tuvieron durante la dictadura de Primo de Rivera. Queda al final el dulzor del triunfo sobre la dictadura, de los ideales y de la libertad sobre la ignominia. El regreso de los exiliados y expatriados fue desigual.

Eduardo Ortega y Gasset supo de la muerte del dictador por el mismo Precioso. Una mañana paseaba el hellinero con Carlos Esplá por el Paseo de los Ingleses en Niza, cuando se encontraron con Ortega y su familia, que no sabían nada. Cuando le comunicaron que el dictador había caído, partió inmediatamente hacia España, donde ya en abril de 1931 fue elegido concejal en Madrid.

Santiago Alba regresa en abril de 1930 y lo hace por Barcelona, invitado por Cambó. Alfonso XIII le ofreció la Presidencia del Gobierno pero él lo rechazó.

Unamuno abandonó Francia el 9 de febrero de 1930 por el puente internacional de Hendaya. La banda de música del Círculo Republicano, que esperaba a la otra parte del puente, tocó la Marsellesa y unas mil personas vitorearon al viejo profesor.

Sánchez Guerra había sido encarcelado en Valencia tras su intentona de enero de 1929 y juzgado después por un tribunal, presidido por el general Berenguer, que lo absolvió.

Artemio Precioso permaneció en París como corresponsal de distintos medios hasta que fue nombrado gobernador civil de Lugo, momento en el que regresó a España a comienzos de 1934. Obtuvo la Legión de honor, máxima condecoración del país vecino.

Carlos Esplá regresó a España en 1930 y participó en la frenética actividad política que se desarrolló en España a partir de entonces.

Todos ellos contribuyeron de alguna manera a la proclamación de la república y, los que vivieron para verla, ocuparon cargos relevantes durante la misma. Después, con la guerra civil corrieron la suerte de los perdedores: la cárcel y, nuevamente, el exilio.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, Celso (1995). “Santiago Alba, paradigma de político regenerador” *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, nº 15, págs. 269-296.

GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva (1987). *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Alianza Editorial, Madrid.

PRECIOSO, Artemio (1930). *Españoles en el destierro*, Madrid, Vulcano.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro (2015). “Muchas Gracias (1924-1932), más que una revista sicalíptica, en LAGUNA, M y REIG, J. (eds.) (2015). *El humor en la historia de la comunicación en Europa y América*, Ed. De

la Univ. de Castilla-La Mancha, Cuenca.

URRUTIA SALAVERRI, Luis (1994). “Unamuno frente a la dictadura”, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, nº 29, págs. 189-205.

SIGLAS UTILIZADAS

AABC	Archivo hemeroteca del diario ABC
BIDICAM	Biblioteca digital de Castilla-La Mancha.
BOPM	Boletín oficial de la provincia de Murcia
BVPH	Biblioteca virtual de prensa histórica. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
HAMAM	Hemeroteca del archivo municipal del ayuntamiento de Murcia
HDBNE	Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España

LÍNEAS PRELIMINARES

Una parte de este libro fué escrita no sólo en vida de Primo de Rivera, sino en plena Dictadura. Falta material de tiempo, quehaceres ineludibles—los del pan cotidiano—me impidieron terminara antes las siguientes páginas.

Muerto el dictador, y tras larga meditación—pasado el sentimentalismo que la muerte produce en el espíritu humano—, me decido a no modificar ni una palabra del texto. Primo de Rivera pertenece a la Historia, y su muerte no debe cambiar el concepto que, como hombre y como dictador, nos mereciera.

“Ha muerto por España. Ha dado su vida por España.”

No. Yo creo que no. Ha muerto porque estaba enfermo y porque un espíritu tan impresionable como el suyo no podía soportar el brusco cambio de temperatura que supone pasar del Poder omnímodo, sin otras leyes que su capricho, a la caída, a la nada, a verse menospreciado, vituperado, censurado con acritud... Su vida, por otra parte desordenada y alegre, no era de las más a propósito para llegar a centenario.

“Trabajaba catorce horas diarias. ¡Labor agotadora!”

No lo sé. Tal vez. Pero, de todos modos, si trabajaba era porque quería, como espontáneo que se lanza al ruedo y recibe una cornada. El no estaba en el Poder porque los españoles le hubiesen elevado, sino porque por la fuerza se impuso. El no era jefe del Gobierno, atendiendo a ruegos superiores de los demás, sino que se mantenía contra viento y marea. El dictador espontáneo ni tiene derecho a que se le tengan en cuneta sus desvelos ni a la benevolencia de juicio. Lo demás son sentimentalismos históricos, que yo, personalmente, padezco como otro cualquiera, pero que no puedo sostener con la pluma en la mano.

La Prensa, que se vió amordazada por él, pisoteada, escarnecida, le ha llamado luego escritor notable, formidable periodista, literario excelente. ¿Por qué se mofaban entonces de aquellas célebres e hilarantes notas oficiosas, verdadera ignominia para el país que las soportó?

Hay que ser más consecuentes, más educadores. Hay que ser más sinceros defensores de la libertad.

¿Será que el hombre, en el fondo, no ama la libertad? No lo sé. Pero, aún así, hay que adoptarla como ideal, como un deber.

Ante los desmanes dictatoriales, ¿quién no se sintió, en efecto, partidario de otra Dictadura, radical y roja, que barriese todo lo podrido, negro y funesto de España? Las revoluciones son eso: volcanes dictatoriales en plena y violenta erupción. Y hasta ahora, por desgra-

cia, la Humanidad no ha encontrado otro purgativo mejor contra las corrupciones e injusticias sociales que las revoluciones sangrientas.

A mí, que he sido uno de los españoles más sañudamente perseguidos—y entre los escritores, particularmente, el único—, la dicta una de un hombre como Primo de Rivera—tosco, inculto, verdadero señorito juerguista—me hacía el efecto de un cochero que, con el látigo en la mano y con el revólver en el bolsillo, se hubiese apoderado de la casa de sus amos, y en ella hubiese ido, por un fenómeno fenomenal, el tirano durante mucho tiempo.

*Yo confieso noblemente que tengo motivos personales para odiar aquel régimen. Tan hondos y tan personales—ya los explicaré el libro *Mi calvario*—, que huyendo del crimen, y cuando se llevaban de mi casa los muebles heredados de mi madre, me refugié en Francia. Estuve, lo confieso, a dos dedos del anarquismo práctico.*

Quede todo así claro, aunque, con ello, mis anteriores afirmaciones pierdan valor objetivo. Pero al menos, los enemigos, amigos del orden establecido, sabrán disculpar mi pasión, que, sobre descansar en ideas sustentadas toda mi vida, se apoya en infortunios personales.

EL AUTOR

DON SANTIAGO ALBA

Era una mañana clara de enero, una de esas mañanas en que, a pesar del algodón en rama de los picos de la Sierra, la calma y el sol reinan en Madrid. Hacía un mes que yo había llegado a la capital, con los sueños más o menos locos de todos los hombres en plena juventud. ¿Llevaba yo, al instalarme definitivamente en la tierra de promisión de España, procedente de mi pueblo, algún proyecto definido? Cultivar la literatura y el periodismo, al mismo tiempo que ejercer la profesión de abogado, eso era todo. En cuanto a los proyectos editoriales que luego realicé con fortuna—contra el vaticinio pesimista de todos—, surgieron después, cuando comprendí que en la jurisprudencia sobraba tanta prosa como faltaban encantos y amenidades. Puede que algún día tenga que ejercer la noble profesión. Pero, por entonces, y bien pronto, comprendí que no me llamaba Dios por aquel camino.

Desde mi casa—en la calle del General Par-
diñas—hasta el hotel de la calle del Príncipe de
Vergara, donde habitaba don Santiago Alba, sólo se

tardaba unos quince minutos. Con la carta en el bolsillo, que me había dado para el eminente abogado el representante de su política en Hellín, don Antonio Falcón (hoy fallecido), me encaminé lleno de emoción y de cierta inquietud... Don Santiago Alba era el político más radical y más admirado para la juventud de entonces. Había comenzado el año 1920. El periódico *La Libertad* hacía dos años que se venía publicando con éxito. Y yo llevaba aquella mañana hacia el gran político de izquierdas dos pretensiones nada menos: ser «pasante» en su despacho, *ver papeles*, como se dice en el *argot* profesional, y colaborar en el gran rotativo que seguía su credo político.

Tuve que aguardar bastante. Había mucha gente en el gabinete de espera. Clientes, amigos, diputados y senadores, otros que iban a consultar por vez primera, militares que iban a solicitar diversos favores... Yo era el último, el más insignificante de todos. Iban entrando por turno riguroso, después de pasar por el tamiz del primer pasante, Núñez de Arce...

Cuando me llegó mi vez, don Santiago Alba me recibió afablemente, pero con el agobio y la prisa de quien se ve abrumado por demasiadas peticiones y visitas. Y, sin embargo, aun dentro de aquella breve entrevista, supo captarse esa simpatía que, como un don del cielo, posee el político más directamente ligado al programa de Joaquín Costa. Me autorizó a «ver papeles», para lo que me dijo viese a Núñez de

Arce, me dijo que enviase artículos a *La Libertad*... Casi no tuve tiempo de darle las gracias... Pero hoy, desde estas páginas, le envió una vez más el testimonio de aquella primera y gratísima impresión que tuvo un joven provinciano en Madrid...

A partir de aquel día, todas las mañanas iba, de nueve a doce, al despacho de don Santiago. Además de Núñez de Arce, había otros tres o cuatro jóvenes, inteligentes y simpáticos, casi todos con aspiraciones a ingresar en la judicatura, y cuyos nombres estamparía con gusto en este momento, si mi memoria para los apellidos no fuese tan mala. ¿Cuánto duró mi paso por el despacho de don Santiago Alba? Muy poco tiempo. Tal vez un mes, tal vez dos meses, a lo sumo. Un día recibí, para despachar, un pleito. Se trataba de un litigio sobre unos vagones de patatas, que el cliente nuestro había recibido en malas condiciones... Yo cada día me formaba el propósito de estudiar a fondo aquel asunto, de escudriñar la jurisprudencia, de acumular doctrina con que abatir o anonadar al contrario. «Faltan ocho días, me confesaba. Al día siguiente: «Faltan siete días; tengo tiempo». «Faltan seis»... Padecí una verdadera tragedia, superior a la de la piel de zapa, de Balzac... Aquellas patatas eran superiores a mis fuerzas; yo había veni-

do de mi pueblo huyendo de las patatas, y, además, para adelgazar, las tenía prohibidas como alimento... Tres días antes de expirar el plazo escribí a Núñez de Arce diciendo que me encontraba enfermo, y que me sería muy difícil presentar las conclusiones del pleito... No volví más por el bufete. Después, me disculpé, en el Ateneo, con Núñez de Arce. Pero mi amistad, mi devoción por Alba, datan de aquella fecha. Hace nueve años...

De lo otro, de la gran catástrofe política, hace algunos menos.

Todos recordarán, todos tendrán presente en su memoria cómo se iba elaborando el golpe de Estado que llevó a Primo de Rivera al Poder. En aquella obra de demolición todos somos más o menos culpables, aun los que permanecemos al margen de la política; aun los que, como yo, ni siquiera fueron concejales en su pueblo... Pero todos íbamos colaborando al desprestigio de los políticos, al desprestigio del Parlamento y de la Prensa... Los políticos mismos, en primer lugar, son, a mi juicio, los principales culpables. Unos a otros se injuriaban, se calumniaban, sembraban la desconfianza y el desconcierto... Los jefes políticos, unos a otros, se odiaban, se envidiaban. Ahora vemos todos, ahora todos comprendemos, que aquello, con todos sus defectos, era mil ve-

ces mejor que la Dictadura. Ahora, después de unos años de silencio obligado, cuando ha pasado más que el tiempo suficiente para realizar el programa liberal y liberador de Costa; cuando se ha podido barrer todo lo podrido que hay en España—el clericalismo, el militarismo, el Poder judicial—; cuando se ha podido realizar lo de «escuela y despensa»; cuando se ha podido inculcar que «todo español está obligado a defender a su patria con los libros en la mano»; cuando se ha podido combatir eficazmente el analfabetismo, creando escuelas y mejorando a los maestros, vemos que la mordaza sólo ha servido para entronizar lo más vil, lo más abyecto, lo más cobarde, lo más bárbaro y lo más incivil de la nación... Ha sido una lección bien dolorosa, bien costosa, que nos ha deshonrado ante el mundo y, lo que es peor, nos ha puesto en ridículo. Esto lo sabemos, mejor que los que no han salido de España, los que, mientras, hemos habitado en el extranjero.

Pero esta lección, ¿será, al menos, provechosa? Los políticos deben ser los primeros convencidos, si no son incorregibles, de que no hay nada más funesto que el odio, la ambición y la envidia, fuentes del mal que nos aqueja.

Una de las principales víctimas de aquella obra negativa, que había de provocar la gigantista catástrofe cívica, era don Santiago Alba. Primo de Rivera, al ponerlo como pararrayos en su manifiesto ram-

plón, no había hecho otra cosa que repetir lo que, unos equivocadamente y otros canallescamente, murmuraban... No tuvo, pues, Primo de Rivera ni el mérito, en su calumnia, de la originalidad. Hasta en esto fué un imitador...

Quiero, ya que hablo de Primo de Rivera, poner por un momento, sólo por un instante, frente a frente, a la luz de mi modesta linterna, al ridículo dictador y a don Santiago Alba. Mientras éste no es hijo, ni yerno, ni pariente de ningún personaje, y se ha labrado su personalidad en el foro, como en la política, con su propio esfuerzo, el otro debe su carrera al favoritismo de los políticos y a su tío. Mientras Alba es un hombre de talento, un gran escritor, un estadista eminente, Primo de Rivera es un necio, engreído por lo insospechado de su triunfo. Mientras Alba tiene a su favor varias sentencias del Tribunal Supremo, que lo amparan contra las fantásticas acusaciones del grotesco personaje, Primo de Rivera se ha enriquecido, se ha hecho millonario con la política, no sólo secretamente, sino públicamente, apelando con un cinismo sin precedente a la suscripción forzosa que «arroja cerca de cinco millones de pesetas», cometiendo la idiotéz de decir que acepta esos millones porque cree merecerlos...

Nada más justo, a mi juicio, que dedicar unas páginas a la vida y labor política y social de don Santiago Alba. Pocos hombres han sido perseguidos, injuriados, calumniados, combatidos y escarnecidos como él. Tal vez por esto su carácter, aparentemente, es frío. Tal vez por eso se dice de él que no tiene corazón. Sangre fría, en efecto, serenidad, tiene mucha, pues nadie ha sufrido como él los golpes envenenados por la intención más aviesa. Su sencillez, su simpatía, su portentoso talento, han contribuído a crearle muchos enemigos. Es una ley pendular, con la que Dios parece exigir de una parte lo que da por otra. ¿Quién no se «ha metido» alguna vez con Alba? ¿Qué periódico, alguna vez, no le ha injuriado? Los *chantagistas* profesionales, y hasta los caballeros, han tenido, a veces, la debilidad censurable de arremeter—estos últimos por pasión momentánea, casi siempre rectificada—contra el político más anticlerical de España. Porque ésta es otra. Alba tiene contra sí la enemiga irreconciliable del jesuitismo en todos sus grados, del clericalismo, del militarismo. ¿Pueden darse en un país, como España, enemigos de mayor calibre? Sinvergüenzas despreciables por una parte, y potencias poderosas por otra, pasando por Primo de Rivera.

Los elementos clericales saben que el único que podría darles la batalla es Alba. Saben que el único que se atrevería a implantar la escuela con sentido

moderno y civil es Alba. Saben que el único que podría barrerlos, como lo que son, como podredumbre del pueblo, es Alba. Los jesuítas—y entre ellos incluso el capitalismo absorbente de los privilegios—saben que el único que iría a una transformación radical en el régimen de la propiedad, en los tributos, en la campaña contra los latifundios, es Alba. Los elementos militaristas—y no digo militares, porque ambas cosas son bien distintas—saben que el único que ya ha dado pruebas de no defender las criminales ingerencias en Marruecos, que el único que ha impuesto un Comisario civil en África, que el único que ha exigido una sumisión del Ejército a la nación, es Alba.

La sola enunciación de lo que antecede debería bastar—y basta—para juzgar ante la opinión liberal española al político más combatido por los elementos de lo que podríamos llamar «podredumbre nacional». Y los que creemos que España no tiene salvación mientras no se eliminen de su seno esos terribles tentáculos que se llaman clericalismo, militarismo e injusticia, tenemos el deber de defender al hombre que más netamente, y sin ambages ni rodeos, está al lado de los radicales españoles, de los que creen que en lo expuesto están nuestros males.

Todos conocemos la maestría, casi el arte podríamos decir, con que los elementos clericales españoles cultivan la infamia, la calumnia la difama-

ción. Son los mismos, precisamente, que claman contra las armas que ellos manejan con tal destreza. Así creen despistar, así creen estar más seguros de la impunidad, como la ramera que quisiera pasar por mujer honrada saliendo a la calle diciendo:

-¡Viva la virtud! ¡Abajo el vicio!

En septiembre de 1923 estaba yo en San Sebastián. Días antes del golpe de Estado, Martínez Anido—a quien creo superior, ¡incluso en sentimientos humanos!, a Primo de Rivera—se paseaba por el Kursaal. En un grupo, el general hablaba quejándose del rey, doliéndose de no recuerdo qué.

Y en esto surgió el golpe de Estado. La tarde de antes había yo visto a don Santiago Alba pasear por la Concha con unos amigos. Y el mismo día 13, en la estación, un periodista, Antigüedad, nos dijo:

—Alba acaba de tomar el «auto» con dirección a la frontera.

En aquel momento, Martínez Anido apareció en la estación. Nos acercamos. Un amigo del periodista, que no quería a don Santiago, repitió al general la noticia que acababan de darnos:

—Alba se ha ido, acaba de salir de San Sebastián. Aún tendrían tiempo de detenerlo.

Y Martínez Anido, impasible, contestó: -¿Para qué? Si se va, allá él...

Creo un deber de justicia referir esta anécdota, que presencié, y es absolutamente histórica. Mientras en el manifiesto de Primo, Alba era injuriado y se anunciaba su persecución, Martínez Anido, que se encontraba en San Sebastián, no mostraba interés en impedir la salida de don Santiago, y no hacía caso del cobarde delator amigo de Antigüedad. ¿Sinceridad? ¿Hipocresía? ¿Ignorancia?

No lo se. Por esto tal vez he creído siempre que Martínez Anido no sabía nada del golpe de Estado. Su diálogo de queja hacia el rey, y su impasibilidad ante Alba, el Cristo del golpe de Primo, parecen indicarlo.

Una de las más grandes verdades es la que encierra el adagio o proverbio que indica que «no hay mal que por bien no venga». Alba necesitaba el golpe de Estado para salir purificado, para que su verdadera personalidad resplandeciera. Ante las inmundicias de la Dictadura, realizando con el mayor descaro toda clase de tropelías, toda suerte de negocios inmorales y escandalosos, después de más de seis años de vergüenza, las injurias contra Alba en el manifiesto aparecen en toda su grotesca impotencia, en toda su

desnudez mentirosa. Tal como estaba el ambiente en España, Alba sólo podía triunfar moralmente con todo lo que ha acaecido después.

La personalidad de don Santiago Alba, en efecto, a partir del asalto al Poder, ha ido haciéndose cada día más interesante. Si ha habido entre sus adeptos las inevitables defecciones, más o menos farisaicas, algunas de ellas bien dispuestas a entonar el *mea culpa* en el momento oportuno, hoy bien puede decir Alba que tiene mas amigos que nunca. En este sentido la misión de Primo de Rivera bien puede calificarse de providencial. La aversión que el país, injustificadamente en gran parte, sentía por la política y por los políticos sólo podía curarse con un empacho de tropelías, de inmoralidades, de abusos, de tiranía codiciosa y desenfrenada. Muchos, que no podían ver ni en pintura, por ejemplo, a Romanones, hoy piensan en él con una sonrisa de simpatía. En esto Primo de Rivera ha llegado a límites casi inconcebibles, resucitando, en parte al menos, a cadáveres políticos como el de Soriano. Si vamos a hacer, pues, liquidación en el sentido político, tal vez llegaremos a la conclusión de que Primo ha dado más que ha quitado. ¡Si no estuviese por medio el daño irreparable que ha sufrido España!...

A Alba, por ejemplo, además, le ha servido para vivir en el extranjero, para vivir en Europa, condición que debería ser obligatoria a todo gobernante, aun-

que nunca deba perderse el contacto con a realidades nacionales.

Mi teoría, pues, es la siguiente: Primo de Rivera ha logrado ante el país una cosa que los mismos políticos no podían lograr: la santificación de la política española, que puede servir de modelo en Europa.

Alba sale de España dejando atrás un tempestad de injusticia, una ola de inmundicia que amenazaba ahogarle. Mucho se ha hablado de la salida de España de Alba. Mucho ha sido, al principio sobre todo, censurada esta actitud. Nada más injusto. Alba, lógicamente, no podía obrar de otro modo.

—Ningún otro político salió—dicen algunos.

Ningún político estaba acusado como él; contra ninguno, además, sino contra él iba personalmente el golpe de Estado. Si Alba no se va, sería un mártir, lo habría fusilado Primo, tal vez habría sido muerto Primo de Rivera, porque la sangre de inocente sólo con sangre se paga en los movimientos políticos; pero ¿no es preferible para todos que, lo mismo que Alba ha podido leer con sus ojos las sentencias del Supremo rehabilitándolo, pueda presenciar él mismo su rehabilitación ante España entera? Quedarse, además, en aquellas circunstancias no significaba

valor, sino locura o suicidio. Un general ebrio, que no había hecho en su vida más que jugar, arruinando a su familia, y visitar las casas de prostitución, insultaba a Alba y quería juzgarle, quería tomarle como cabeza de turco, como víctima propiciatoria que sirviese de cimbel sangriento a sus ambiciones vulgares, de cuartel, de prostíbulo.

No. Alba, serenamente, con la sonrisa en sus labios, cogió el automóvil y se marchó, después de haber presentado la dimisión como ministro. La fuga, además, no aparece por parte alguna. Pudo detenersele. El golpe de Estado era casi público dos días antes.

Alba no podía, no debía hacer sino lo que hizo: confiar en el tiempo, como buen conocedor de las personas y de las cosas, irse y esperar.

Pero, antes de hablar de la vida de Alba en el destierro, hagamos un resumen de su vida, de su actuación ciudadana y política.

¿Ha sufrido evoluciones políticas Alba? A los once años, el director de un colegio de Valladolid lo expulsó... por liberal. Puede decirse que Alba es un liberal «providencial», porque fué allí, en aquel colegio, llamado «de la Providencia», donde el futuro hombre de Estado nació a la vida pública. El director

quería obligar a sus alumnos a usar una boina con determinadas insignias, y el joven se negó a ello.

—¿Por qué se niega usted a usar la boina, como sus demás compañeros?

—Porque lo creo un atentado a la libertad.

—Pues es imprescindible la boina para asistir a este establecimiento.

—Eso quiere decir que usted me echa...

Adiós.

Y aquel niño, que vivía en Valladolid con sus padres, cogió sus libros y salió. El padre de Santiaguito, don César, escribió al director diciéndole que creía que su hijo llevaba razón, y el profesor, rectificando su intransigencia, llamó al rebelde. Fué el primer triunfo que, como liberal, ha obtenido el ilustre jurisconsulto.

Llevado de su amor a la imprenta, aprendió el oficio de tipógrafo y lo ejerció voluntariamente. Fundó periódicos, editados con la ayuda de otros amigos, en aquellos primitivos «veloz-copistas». Ingresó muy joven en la redacción de *La Lealtad*, de la misma capital de provincia.

A los diez y ocho años se licenció en Derecho. Y fué, además, un Don Juan terrible... Su madre sonreía cuando las amistades de casa venían a contarle los peligros de las aventuras amorosas del hijo...

—Mi hijo—decía—es un chico modelo de aplicación, y no tengo una queja de él. Es el primero

en clase, escribe a su edad en los periódicos, y ha aprendido el oficio de tipógrafo... Si se divierte con las chicas, o con las mujeres, ¿debo reprenderle? Me asustaría si a su edad no lo hiciese y sólo pensase en sus estudios.

Quedó huérfano de padre a los diez y siete años, lo que le hizo tener que mirar la vida cara a cara desde la infancia. Su madre tiene excelente posición económica, pero él se emancipó a los veinte. Fué, pues, Santiago Alba el niño-hombre que desde el principio tuvo que desplegar esa cualidad que sólo es otorgada a los elegidos: la multiplicidad, el realizar con la administración del tiempo lo que Jesús hizo con los panes y los peces... Este milagro se da, repito, sólo en los seres llamados a sobresalir sobre los demás.

Terminada la carrera de Leyes, fué a Madrid y se doctoró. Un día, uno de los catedráticos, don Luis Mendizábal, le preguntó sobre las formas de gobierno, y al combatir la monarquía absoluta desplegó tal elocuencia y habilidad, demostrando además poseer una cultura jurídica completa, que el profesor le profetizó certeramente:

—Señor Alba: Usted será ministro liberal, pero monárquico...

Alba, en su disertación, se había declarado republicano.

Y a los treinta y tres años, en efecto, era ministro,

monárquico, aunque de una monarquía que se llamaba constitucional.

Colaboró asiduamente en el periódico posibilista *La Opinión*, y a poco—hace de esto más de treinta años—adquirió, con don César Silió, la propiedad de *El Norte de Castilla*, el periódico de Valladolid, fundado el año 1854. La escritura de venta se hizo a nombre de su abuela materna, pues el joven Alba no tenía edad legal para contratar. Silió adquirió luego otro periódico, *La Libertad*, que luego fué también propiedad de Alba, y que dirigió Macías Picavea.

De su actuación en Valladolid queda la Imprenta Castellana. Fundó, además, la Sociedad Electra Popular y la de los Tranvías. Había desempeñado, antes de su verdadero nacimiento político, el cargo de concejal en el municipio vallisoletano y el de secretario de la Cámara de Comercio de Valladolid.

Y llegamos a la época de la Unión Nacional. Con la generación llamada del 98, cuando gobernaban los hombres del desastre colonial, en el movimiento de rebeldía que patrocinaban Costa y Paraíso, nació políticamente Alba.

Fué ministro por primera vez en el Gabinete relámpago de Moret, el año 1906. Antes había pasado por el Gobierno Civil y había ocupado la subsecre-

taría de la Presidencia. Llegó el 1909. Moret le rogó que ocupase la subsecretaría de Gobernación en aquel ministerio, que duró un número de días *capicúa completo*: 111.

Refiriéndose a él, Moret había dicho: «Un hombre que gobierna es un capital nacional»

En 1912, Canalejas ofreció a Moret, para Alba, la cartera de Instrucción. Aparte su labor, limó muchas asperezas entre los dos grandes políticos. Un botón de muestra de esta labor: aumentó en cinco millones el presupuesto de Instrucción Pública, para mejorar a los maestros y creación de escuelas.

La Gran Cruz de Alfonso XII, única condecoración que ha aceptado Alba, fué pedida para él por los maestros de España.

Porque una de las características de la historia política de este hombre es que ha tendido, con hechos palpables, a mejorar la enseñanza, a crear escuelas, a combatir el analfabetismo, fuente principal de todos nuestros males. Resuelto el analfabetismo, todo lo demás quedaría solucionado como por encanto, por paradójico que parezca: hasta los problemas de mejora material como riegos y ferrocarriles sin contar el clericalismo, imposible en los pueblos cultos.

Después de su enorme labor en el presupuesto de Instrucción tuvo Alba un accidente de automóvil, que le costó la fractura de un brazo. El rey le

visitó, estuvo con él muy afable, le dijo que estaba orgulloso de tener como ministro a un hombre tan bien preparado y tan inteligente, y le regaló un cabestrillo...

Pero, coincidiendo con estos halagos, el rey debió de ver que Alba era, como ministro de Instrucción, un hombre harto peligroso: tiraba con bala contra la ignorancia. Iba de veras contra las telarañas y la oscuridad. Y, sin enterarse Alba, se vió nombrado ministro de la Gobernación. Políticamente, era un ascenso importante. Pero a la cultura nacional se le había dado una puñalada. A Alba se le dijo por el entonces jefe del Gobierno que era necesaria su presencia en la Puerta del Sol, que era el más llamado, etc., etc.

Ya en Gobernación, Alba emprendió una campaña activa contra el juego. Dictó el actual reglamento sobre espectáculos, resolvió una huelga general en Madrid, la de los mineros de Ríotinto, la textil de Barcelona. Francos Rodríguez, el maestro de periodistas, era por entonces gobernador de la Ciudad Condal, y fué un eficaz y habilísimo colaborador de Alba. Fueron casi dos años de labor incesante y fructífera.

Más tarde, a fines del 1915, volvió a Gobernación. Dirigió la campaña electoral, célebre por su legalidad, sin haberse incoado ni un solo procesamiento de municipios. Y en seguida pasó a ocupar la cartera

de Hacienda. No era un neófito en estas cuestiones. Precisamente Alba estaba preparado para unas oposiciones a la cátedra de Hacienda pública, que no había realizado por sus crecientes quehaceres políticos y de su despacho de abogado.

Alba sorprendió admirativamente al país y a sus compañeros de Gabinete con sus veintidós proyectos de ley. Era todo un programa económico y financiero, que abarcaba reformas importantísimas y radicales en los siguientes ramos:

Contribución sobre los solares.

Recargo de la contribución en las fincas de reses bravas. (Era un golpe serio contra los latifundios.)

Contribución de las utilidades de las casas de banca y entidades poderosas que burlan al Fisco.

Recargo del impuesto sobre grandezas y títulos del reino. (Justo tributo de la vanidad.)

Reforma del impuesto del timbre del Estado; aligerando y hasta suprimiendo el papel en muchos casos. (Los ciudadanos así tendrían menos trabas para sus reclamaciones.)

Reforma del impuesto de Derechos reales en sentido progresivo de las escalas.

Reforma del impuesto sobre el azúcar mejorando los ingresos del Tesoro, pero sin consentir aumento en el precio.

Monopolio sobre la renta del alcohol. Con esto, además de un aumento enorme en los ingresos, se

regularía el consumo y se realizaría una labor social moralizadora en alto grado.

Modificación del concierto con la Arrendataria de Tabacos, llegando al libre cultivo del mismo. (Ya se ha llevado en parte a la práctica, como vía de ensayo.)

Reorganización de los servicios del Catastro, para saber la verdad de la riqueza oculta. (No hay que decir lo beneficioso que esto resultaría para el contribuyente de buena fe. Puede decirse que si toda la riqueza oculta, o que paga poco, contribuyese en justicia, los demás pagarían la mitad de lo que hoy pagan.)

En cuanto a las clases pasivas, había un cincuenta por ciento de economía para los sucesivos presupuestos.

Creación del Banco Agrícola Nacional.

Aumento del valor de la propiedad, contra el absentismo, con arreglo a las bases del georgismo.

Auxilio y protección a las nuevas industrias buques, minas, herramientas y útiles de trabajo, etcétera.

Modificación y prórroga del convenio con el Banco de España, con beneficio para el Tesoro.

Creación de un Banco exterior de Comercio, para facilitar la exportación de productos españoles y en auxilio de la agricultura y comercio nacionales.

Liquidación de los débitos entre la Hacienda y ayuntamientos.

Impuesto sobre los beneficios extraordinarios motivo de la guerra.

Limitación del derecho de propiedad.

La simple enunciación de estos proyectos de ley basta para juzgar a un político y a un gobernante. ¡Cuántos jirones de esta bandera han sacado o han pretendido sacar todos después, hasta los impostores de la Dictadura, hasta los ignorantes del sable, el aguardiente y los vocablos malsonantes, los representantes de esa España que Valle-Inclán trazó con mano maestra en *La hija del Capitán*!

Como jefe de la izquierda liberal, Alba llegó a reunir en las Cortes más de sesenta representantes, diputados y senadores.

Si examinamos detenidamente—no voy a hacerlo yo—, se comprenderá parte de los odios que Alba despertaba en diversos sectores. Aumentar el valor de la propiedad, limitar sus derechos, ir contra las ocultaciones de la riqueza, proponer que las tierras incultas se dieran al cultivador, aunque pagándolas... ¡Qué revolución! ¡Qué aumento, sin embargo, en la riqueza nacional! Baste saber que casi un cincuenta por ciento de la tierra cultivable en España permanece inculta, como tantos millares de inteligencias... Y, sin embargo, en esos proyectos y en ese progra-

ma estaba la salvación de España, y la resolución de una buena parte del problema social... Era, además, una política cristiana, que el mismo León XIII había preconizado... Alba quería ir a la formación rápida de un millón de pequeños propietarios, que se multiplicarían en seguida, formando un gran baluarte para la justicia y el orden sociales...

El Gobierno Nacional... ¡Cuántas esperanzas despertó y cuántas desilusiones trajo!... También aquí se le quiso hacer responsable a Alba de la crisis. También aquí se era injusto con Alba. Recordemos brevemente.

Alba, en el famoso Gobierno, se encargó de la cartera de Instrucción Pública. Los que le conocían debían saber que Alba no iba a ser una figura decorativa, sino a contribuir, por su parte, a la regeneración de España, que venía defendiendo desde su juventud. Alba creía de buena fe que al Gobierno Nacional se había ido a algo más que a matar el tiempo. Si en cada ministerio se hubiese hecho lo que él hizo o pretendía hacer en el que ocupaba, otra sería hoy nuestra situación ante el mundo. Alba, al verse en Instrucción Pública, rodeado además de tan eminentes figuras en el Gabinete, creyó que, ¡por fin!, había llegado la hora de dar la batalla al analfa-

betismo en España. Y quiso, modestamente, sencillamente, crear veinte mil nuevas escuelas en ocho años. ¿Era mucho? Era bien poco. Pues todos recordamos la crisis. El Gobierno no quiso conceder diez y nueve millones de pesetas para enseñanza. Alba pedía, además, para los maestros, un sueldo mínimo de seis mil reales ¡anuales! Alba creía y cree que, sólo a un maestro para cada cincuenta niños, hacen falta en España cincuenta mil maestros más. Sólo la India está por debajo de España en gastos de enseñanza...

Sobran comentarios...

Alba tradujo, poco después de la salir de la Universidad, la obra de Edmond Demoulin *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?* La traducción va acompañada de un largo prólogo de Santiago Alba, que es un pequeño tratado de política y sociología. En este trabajo, henchido de buenas ideas y de pensamientos podrá verse una buena parte del ideario de este político de izquierdas.

Alba insiste siempre, sobre todo, en que el problema de España es un problema de escuelas, un problema pedagógico, resuelto el cual, todos los demás se nos darán resueltos lógicamente, como una necesaria consecuencia. Lo demás es marchar al revés. Un pueblo educado, culto, «necesitará» buenos ca-

minos, excelentes ferrocarriles, construirá pantanos, convertirá el yermo en regadío, pondrá en circulación toda la riqueza hoy yacente o muerta, y esto, naturalmente (como el hombre civilizado necesita la higiene, el baño, el ejercicio, la lectura), no como dádivas, dones o regalos del diputado por el distrito. ¿Cuándo se convencerán o querrán convencerse de esta suprema verdad del problema español cuantos se preocupan de la suerte del país? Pues Alba, discípulo de Costa, ha sido el político activo que mejor ha comprendido en estos veinte años últimos.

Veamos algunas ideas del prólogo a la obra de Demoulin:

«Fuimos a la guerra de los Estados Unidos como una turba de dementes, sin conciencia de los propios medios, y sin conocimiento de los del enemigo.»

«Los políticos, como dijo Ramón y Cajal, fueron atacados de matonismo.»

«Con lo que se gastó en Cuba se habría fecundado la agricultura, vigorizado la industria, impulsado el comercio, construido carreteras y ferrocarriles, dado impulso a la enseñanza. En aquella ocasión del desastre, «unos estaban locos, otros eran malvados; los más, ignorantes».

Refiriéndose a los pueblos españoles, «forzoso es declarar que, tal como se encuentran, precisase de una gran dosis de necesidad o de abnegación para seguir viviendo en ellos». Justo es confesar que los

pueblos españoles, de entonces acá, han cambiado mucho.

El feudalismo real, el caciquismo electoral son certeramente combatidos en este trabajo, en el que además estudia los orígenes del socialismo en España.

«El desenvolvimiento de Inglaterra y de los Estados Unidos, obra es de la política. Políticos fueron Cromwell, Wáshington...»

«Mandando a presidio por ladrón al que lo sea, pero descubriéndose con respeto—antes de la hora de las alabanzas, que es otra mentira—frente a los políticos honrados, que hacen de su gestión un ideal y de su vida un sacerdocio»

Poco después de la jura—es decir, del juramento del rey ante los Evangelios de respetar la Constitución y no reinar sin las Cortes—de Alfonso XIII, publicó Alba en la revista *Nuestro Tiempo* (agosto 1902) un estudio sobre los movimientos de opinión acaecidos durante el período de la Regencia:

«Apenas si se descubre a través de la Historia la existencia del alma nacional.» «Es el ansia de justicia lo que vibra en la conciencia popular», dice aludiendo a los frenéticos aplausos con motivo de la representación de *Electra*.

Aplausos, aplausos furiosos, y luego nada, todo sigue igual, luego «no pasa nada», piensa Alba y pensamos muchos... Diríase que al pueblo espa-

ñol, como buen público de plaza de toros, se le va la fuerza gritando un rato o el entusiasmo aplaudiendo unos minutos...

Siendo ministro de Hacienda, Gómez Carrillo, que dirigía *El Liberal*, pidió a Alba un artículo en el que marcara la orientación de sus planes. Pasaban los días y el artículo no llegaba. Gómez Carrillo insistía...

—Que lo anuncie para el día siguiente cuando quiera, y así no tendré más remedio que escribirlo— contestó por fin el ministro.

Así ocurrió. Un día, al levantarse, Alba lee que *El Liberal* anuncia para la mañana siguiente su trabajo. Y se pone a escribir y lo envía. Ocupaba siete columnas del diario de la mañana. Sánchez Guerra lo comentaba en los pasillos del Congreso:

—Es admirable—dijo el venerado hombre público—, y en él se ve al orador. Tiene la vibración de la elocuencia. Podrá estar escrito de su mano, pero parece dictado a los taquígrafos.

Eran noventa y ocho cuartillas, de puño y letra de don Santiago.

El día 1 de julio de 1901, Santiago Alba surgía por primera vez en la vida parlamentaria. Fué en un debate donde hablaron Germán Gamazo, Moret, Muro, el ex ministro de la República, sobre política electoral. Aquel mismo día quedó Alba consagrado como gran orador, sencillo, profundo, claro, preciso.

Alba jamás ha aprendido de memoria un discurso. Sus oraciones salen espontáneas, al revés que Poincaré, por ejemplo, que escribe y recita luego con su portentosa memoria lo que ha escrito. No hay en Alba la emoción preliminar de otros grandes oradores. Nunca ampuloso, siempre categórico. «Su palabra—ha dicho Ricardo Allué—brota de sus labios limpia, fácil, diáfana, como el agua en la fuente».

Ha dicho Fenelón que «todo el arte del orador es persuadir». Esta es la doctrina de Alba cuando habla. Se han «medido» sus discursos como el agua de un manantial. Alba pronuncia unas ciento cuarenta y cinco palabras por minuto.

Momento interesante de la vida pública de Alba es aquel en que, formando parte del Gobierno Nacional que acababa de constituirse por los jefes de los grupos parlamentarios monárquicos, bajo la presidencia de Maura, se planteó en el Congreso la cuestión de admitir o no a los diputados socialistas

electos, presos en el penal de Cartagena, a consecuencia de la huelga revolucionaria de 1917, Besteiro, Largo Caballero, Saborit y Anguiano. Era el 16 de mayo de 1918. Las derechas extremas, por boca de Pradera y Senante, se oponían a la admisión. Gran parte de los núcleos dinásticos de la Cámara, desde luego los mauristas y los conservadores, simpatizaban con ellas. El Gobierno, casi totalmente, había rehuído el debate. En el banco azul sólo se sentaban los dos ministros más jóvenes: el de Instrucción Pública, Alba, y el de Fomento, Cambó. Al hacerse la pregunta reglamentaria se produjo un momento de confusión en la Cámara, que fácilmente hubiera podido determinar una votación negativa. Alba se levantó entonces, y, en un discurso categórico, brevísimo, afrontó la dificultad, pidiendo a la mayoría que votase la admisión de los socialistas revolucionarios y respetara lealmente así el voto de los electores. «Sin entrar en análisis retrospectivos—dijo—, hemos venido al Gobierno a pacificar España, a reintegrar la vida pública a la normalidad, a restituir al país todas sus funciones.» La Cámara votó la admisión. Los diputados socialistas, todavía afeitados y con el pelo cortado al rape, como los penados de Cartagena, se sentaron en sus escaños de la extrema izquierda. Pocos días después, Alba completaba su obra, llevando al Consejo de Ministros, que la escuchó en silencio, una resolución, en la cual, adelan-

tándose a toda petición del interesado, reintegraba a Besteiro en su cátedra de la Universidad Central, con abono de sus haberes no percibidos. No puede decirse que los socialistas, tan benévolo muchas veces con los Gobiernos reaccionarios, hayan sido muy sensibles ante estos rasgos de Alba. Pero ahí está el precedente. Pronto, muy pronto, habrá que recordarle y reproducirle, para devolver sus cátedras al gran Unamuno y a los demás profesores de la izquierda, hoy eliminados del escalafón ¹.

Alba, sin duda por haber comenzado a actuar muy joven en la vida pública, ha sido constantemente motejado de ambicioso y de impaciente, aunque no lo fueran menos los que se lo gritaban. Quienes le contemplamos ahora en París, soportando, imperturbable y sonriente, una voluntaria emigración, que dura ya más de seis años, no necesitamos acudir a texto ninguno para apreciar la injusticia de aquella vulgaridad. Pero, además, toda su historia lo acredita. Se ha pasado la vida dejando que le adelantaran hombres, muchos de ellos notoriamente inferiores, con tal de no aparecer tocado de las pequeñas codi-

¹ Como se dice en el prefacio, estas líneas fueron escritas en plena Dictadura.

cias que han desacreditado tantas veces la actuación de los partidos liberales en España. Su carta pública de 20 de junio de 1919, dirigida a D. Amós Salvador, es todo un programa de ideas y de conducta, que todavía hoy tiene actualidad y aplicación urgente, al cabo de once años de haberse escrito. «Soy partidario—escribe Alba—, no de la reconstitución pura y simple del viejo partido liberal, sino de una gran coalición propagandista y gobernante, que integren todas las fuerzas de la izquierda, incluídas las más extremas... Y a tal coalición habría de sumarse, llegado el instante de gobernar, una cierta representación de fuerzas sociales y de elementos intelectuales y técnicos, que, aun siendo extraños a la lucha de los partidos, parecen ya indispensables, en la complejidad de la vida contemporánea, para afrontar con éxito la política de realidades útiles, que es el primer anhelo de España, y un imperativo inaplazable ante la paz del mundo... Los liberales españoles, menos que nadie, han de reincidir en el sistema de las reconciliaciones a oscuras, de tapadillo, que tanto daño han causado a nuestros hombres y a nuestras ideas. La historia de muchos años, desde la muerte de Sagasta, es la historia de rupturas y de reconciliaciones sucesivas, sin explicación pública. Lamentábanse un día ciertos hombres de no tener programa moderno, para luego estorbar todo intento que se encamine a crearlo y a cumplirlo seriamente... Para evitar

el estrago creciente de tales maniobras, no hay otra fórmula que la de la publicidad diáfana y constante. Utilicémosla, en primer término, para convenir ante la opinión el programa con que nos proponemos redimir, transformar, «revolucionar» jurídicamente a España. En el exterior, la convivencia cordial y la coexistencia económica con los grandes pueblos que han dado vida a la Liga de las Naciones, y que habrán de moldear las formas, por mucho tiempo definitivas, de una Humanidad mejor. En lo interior, la revisión constitucional; el plan de Hacienda, para realizar una política del tributo, que imponen a un tiempo la urgente necesidad de nivelar el presupuesto y la de satisfacer, mediante formas fiscales de justicia social, los anhelos de las clases media y proletaria del país; la transformación del régimen jurídico de la propiedad inmueble; el amplio desarrollo de las reformas en el régimen del trabajo, no por la virtud maravillosa de Decretos que quedan incumplidos en la *Gaceta*, sino por la acción positiva de instrumentos económicos y de organizaciones peculiares que las impongan y las acomoden a la realidad, en cada caso; la política pedagógica, de multiplicación de escuelas y de enseñanzas técnicas y populares, sin la cual fracasará a la larga todo intento democrático y socializador; la política de reconstitución económica y agraria, tantas veces intentada y burlada, y ya inaplazable ante la pujante acción de los extran-

jeros, conscientes de los problemas de la postguerra; la obra nacional de nuestra política militar y naval, en armonía con los resultados de la última guerra y el espíritu de las grandes democracias del mundo; el ordenamiento civil y comercial de nuestro Marruecos y de Fernando Poo; la restauración de la vida local, sobre la base de la autonomía municipal; la reforma del procedimiento electoral (sufragio proporcional, acumulación de pequeños distritos, castigo a los candidatos y a los pueblos rapaces), para evitar el creciente predominio de la plutocracia cunera... ¿No cabe sobre todo ello una acción común, tenaz, fecunda, de las izquierdas españolas? Un Gobierno y un nuevo Parlamento largo, que se consagrasen seriamente a la obra, habrían abierto la nueva historia de España y realizado aquello que llamó Canalejas «la nacionalización definitiva de la monarquía», hoy tan en riesgo. He hablado del Parlamento, y he aquí otro de los términos del compromiso: vivir, permanecer, morir en el Parlamento. Basta ya de combinaciones domésticas, de intrigas subterráneas, de crisis inexplicables. Un Gobierno que naciera, viviera y muriera como nacen, viven y mueren los Gobiernos constitucionales en el mundo. Un Parlamento que fuese *para siempre* eco y expresión de la soberanía ciudadana. Un núcleo gobernante de gentes de la izquierda, del cual no pudiera decirse lo que de tantos y tantos Gobiernos liberales en los últimos

años: que han vivido discurriendo cómo clausuraban, cómo burlaban la, para ellos, molesta y enfadosa compañía de las Cortes». Y Alba cierra esta carta abordando el problema de la jefatura, mostrándose dispuesto a secundar la acción de cualquier hombre «que ofrezca garantías de formalidad y capacidad»

Es nota curiosa la de que Alba tuvo la visión profética del resultado que había de producir la política que los partidos practicaban, y las maniobras a que ciertos organismos y jefes militares se consagraban, más o menos favorecidos en las alturas... El 7 de noviembre de 1917 publicaba *A B C* unas declaraciones políticas de Alba, que fueron entonces muy comentadas. A ellas pertenece el siguiente párrafo: «El futuro Parlamento, planteado sobre bases que llevan a España de un extremo a otro extremo, del imperio de los partidos convencionales a la lucha caótica de los grupos en acecho, recordará, revivirá aquellos venturosos y fecundos tiempos de las Cortes del 73, que los propios republicanos evocan con tristeza... Gobiernos y ministros de diez y siete días, de veinte días, de un mes, de tres meses... Una lucha feroz, una intriga permanente; las combinaciones más absurdas, el régimen de los grupos trabajando en libertad. La opinión, hastiada. Todas las cuestiones positivas,

abandonadas y agravadas. El Ejército, sin poder reprimir su enojo. El golpe de Estado, abriéndose camino en la conciencia pública... Un Gobierno débil; un hombre ligero o ambicioso; una vorágine política..., y España podrá verse sorprendida un día.» Por una paradoja del Destino, repetida tantas veces en la Historia, el hombre que así hablaba y luchaba había de ser precisamente el blanco elegido por el general insurrecto de 1923 para hacerle objeto de su predilecta hostilidad y de la gran botaratada de su manifiesto.

Como queda ya dicho, Alba ha sido siempre un partidario entusiasta, decidido, resuelto, del Parlamento y del régimen parlamentario, para que en él nazcan, vivan y mueran los Gobiernos dignos de este nombre. Frente al conflicto naciente en Barcelona, de las Juntas de defensa (junio de 1917; presidente, Alhucemas; ministro de la Guerra, el general Aguilera), Alba, ministro de Hacienda, pide en Consejo de Ministros que se convoque inmediatamente las Cortes, y que ante ellas se plantee íntegramente, sin eufemismos, el problema políticomilitar, en todos sus aspectos. La Corona, complicada en la conspiración militar, ya como en 1923, se opone. El Gobierno cae ¡¡también como en 1923 !!

En mayo de 1921 seguía cundiendo, subterráneamente estimulado por Palacio y por las derechas militaristas y plutocráticas, la corriente contra el Parlamento. Alba, jefe de la minoría de la izquierda liberal, se hace cargo de la situación, y a plena luz, encarándose con la intriga, entre los aplausos de todas las izquierdas, dice, según el *Diario de Sesiones* del 27 del mismo mes de mayo: «El que tenga que mirar, que mire, y el que deba juzgar, que juzgue. Nosotros decimos que no nos rendiremos a esa estúpida corriente del día que a algunos empuja a gritar aquel «¡Vivan las cadenas!» que deshonoró nuestra historia. Somos más liberales, más constitucionales, más parlamentarios que nunca. Ponemos el sentimiento de estas ideas y la afirmación de la dignidad del Parlamento, no por encima, pero sí a la par de la dignidad de cualquiera otro de los Poderes del Estado. No hallamos inconveniente en declarar que el Parlamento tendrá sus defectos, tendrá sus máculas, padecerá en ocasiones sus extravíos, pero tiene también su grandeza y su virtud, y es, en definitiva, la única válvula, la última garantía que le queda al país. Que si en ocasiones habrá que criticar, y criticar en justicia, a los grupos, yo, con todos sus defectos, prefiero los grupos a las camarillas.» Por algo y para algo prefirieron en su hostilidad las camarillas militares y palatinas a Alba el 13 de septiembre de 1923.

Como ya hemos dicho, Alba, del mismo modo que todos los hombres de acción de la izquierda, no reducidos a charlas líricas, sino consagrados a una labor positiva y a fondo, ha padecido los estragos de la calumnia. Se han cumplido en él las bellas páginas de Jaurès, según las cuales sólo podrán sentirse satisfechos entre los redentores del pueblo aquellos a quienes la calumnia haya azotado con mayor violencia. Ella será la mejor prueba de que la obra del flagelado es eficaz y útil para la nación y para sus ideas. Así, muchas veces no se ha discutido, porque razonablemente no podía discutirse, la justicia, el acierto, la utilidad pública de las reformas intentadas o promulgadas por Alba en Instrucción Pública, en Gobernación, en Hacienda, en Marruecos, en la política internacional. Pero para impedir su obra se ha procurado desacreditar al autor. Alba ha dado siempre el pecho a la marea y no ha cedido un ápice en su significación y en sus propagandas. Posiblemente, ello le ha traído a la emigración, más que ningún otro factor de su vida pública. Pero quien haya hablado con él siquiera una vez en París sabe que ni se arrepiente ni se enmienda. Volvería hoy de nuevo a entablar la lucha, con el mismo vigor y bajo las mismas banderas. Momento dramático de su vida, la página tan desfigurada por sus enemigos, de los beneficios extraordinarios con ocasión de la guerra. Ministro de Hacienda entonces, lleva un proyecto

de ley a las Cortes, para hacerlos tributar. Soporta una campaña violentísima de obstrucción en el Congreso, durante dos meses—entonces no existía aún el recurso reglamentario de la «guillotina»—, hasta que surge la huelga ferroviaria, y Romanones, presidente del Consejo, aprovecha la ocasión para cerrar las Cortes. Pasado el verano, ábrense solamente para obtener de ellas la llamada «ley de Autorizaciones», del propio Alba, de cuya ley, por cierto, vivieron después todos los Gobiernos, durante cinco años. Alba intenta incluir entre las autorizaciones el proyecto de beneficios extraordinarios, pero es vencido. Todas las minorías, incluso la republicana, con D. Antonio Maura a la cabeza, se oponen al intento, que consideran anticonstitucional. Meses después surge—¡otra vez!—la discordia entre los grupos liberales, e invéntase contra Alba, por sus «dulces» ex correligionarios, la patraña de que el ministro de Hacienda había cedido, ante los requerimientos más o menos seductores de los plutócratas de Bilbao. ¿Que hay documentos, cartas, *Diarios de Sesiones*, discursos, hasta un cheque de pesetas 500.000, de que habló Indalecio Prieto en el Congreso; extendido por los navieros bilbaínos para pagar la campaña de difamación contra Alba; en suma: todo un montón de elementos fehacientes para urdir la infame patraña? No importa. «Calumnia, que algo queda...» Tiempo después, Alba va a Bilbao, con sus colegas

de la Concentración, Alhucemas, Romanones, Alvarez, en vísperas del Gobierno que había de jurar el año 22. Y Alba, sin vacilar, aprovecha la ocasión en el mitin de «El Sitio», ante un auditorio que en gran parte le era hostil y al lado de pseudocorreligionarios, entre los cuales no es aventurado imaginar que se hallaban algunos de los forjadores de la calumnia, para plantear la cuestión de los beneficios extraordinarios, para recordar sus antecedentes, para proclamar su honradez y su fe en las ideas de libertad económica y de socialización del Estado, sustituyendo al viejo liberalismo verbalista y vacuo, para retar públicamente a quienes en la sombra habían intentado deshonrarle. ¡Momento de emoción! No surge ni una voz, ni una protesta. Al contrario. La vibración profunda de los grandes instantes de la vida pública confunde al orador y al auditorio y resuena una ovación ensordecedora... Pocos días más tarde, Alba jura como ministro de Estado, y se consagra a imponer en Marruecos la política civil y de pacificación, que había de conducirle al destierro...

¿Por qué hizo Primo objeto de su grosera predilección a Alba en el celeberrimo manifiesto? Las gentes se lo han preguntado muchas veces. Explicación fácil y recta no cabe, o, al menos, no se halla al

alcance de la opinión popular. Alba no era jefe de la situación derrocada el 13 de septiembre, aunque su personalidad dentro de ella tuviera un relieve tan grande como se quiera. De los males del llamado «viejo régimen», no es lógico imputarle la responsabilidad exclusiva, dejando fuera a todos los que habían presidido situaciones diversas: Maura, Romanones, Sánchez de Toca, etc. etc. Y, sin embargo, ninguno de éstos era mencionado en el manifiesto, y muchos de los antiguos políticos—no de los más recomendables, ciertamente—han recibido cordiales contactos del tiranuelo de España. Por otra parte, es público y notorio que éste había mantenido siempre comunicación amistosa con Alba, a quien en cartas y conversaciones prodigaba los calificativos más halagadores de su prosa andaluza. «Honra de la juventud española y esperanza de la patria», le llamaba en ocasión en que creía que Alba podía ayudarle decisivamente a realizar su soñada ilusión de ocupar el ministerio de la Guerra. En enero de 1923, realizada la liberación de los cautivos de Abd-el-Krim, el ministro de Estado recibe unas líneas autógrafas del capitán general de Cataluña (Primo de Rivera), encomiando, en los términos más fervorosos, el acto realizado y felicitándole calurosamente. «No cabía hacer otra cosa», decía en aquéllas. ¡El mismo capitán general de Cataluña, que, pocos meses después había de azuzar a jóvenes oficiales contra

Alba, presentando la liberación de los prisioneros de Axdir como un acto que denigraba al Ejército! Bien que ello tampoco le ha impedido después confiar el mando más importante de España, la capitánía general de Madrid, al más calificado de aquellos prisioneros, el barón de Casa-Davalillo, que hubo de presenciar, sin un rasguño en su piel, el asesinato de casi todos los oficiales y soldados que le acompañaban el día del desastre... ¡Lógica de la Dictadura!

Pero ya está averiguado el motivo del rencor de Primo contra Alba. El general, que abomina del Parlamento y del parlamentarismo, «se parecía» en otros tiempos por ser diputado o senador. Quiso ser diputado por Algeciras hace muchos años, y le derrotó el inolvidable Pepe Luis Torres (q. e. p. d.), con toda su modestia. Últimamente había logrado ser senador por Cádiz, como ministerial conservador; que siempre fueron con él generosos en honores y recompensas los Gobiernos que después tan duramente fustigó. Al caer la situación conservadora y constituirse el Gobierno de la Concentración, pretendió Primo ser reelegido. Llevaba la dirección de la política liberal gaditana el Sr. Gómez Aramburo, quien eliminó de la candidatura al general, para incluir en ella a Semprún, luego, por cierto, aliado y servidor de la Dictadura. Primo imputó a Alba este desaguisado, obra de Romanones, jefe de Aramburo. Y, sobre todo, cuando vió elegido por Málaga,

donde los amigos de Alba tenían influencia decisiva, al general Burguete, su rival de toda la vida, su ira ya no reconoció límites. «Ricardo, senador, y yo en la calle», se dijo. Desde aquel día, Primo no pensó sino en destruir el ministerio de Estado . Tenía que «cobrarle la cuenta de la senaduría». He ahí los «gloriosos», los «purísimos» móviles del golpe de Estado. Para eso... y para lo que ha venido después, se ha utilizado el concurso del Ejército y se ha creado la formidable fábula de «la regeneración».

Es también vergonzosa la página del llamado «proceso de Alba», que no ha existido, por cierto, ya que Alba no fué nunca procesado, sino simplemente llamado a declarar como testigo en la causa a que voy a referirme. Perpetrado el golpe de Estado, comenzó una persecución furiosa, en la que no se respetó nada, para ofrecer a España alguna prueba de la culpabilidad de Alba. Se registraron su casa y sus papeles, aun lo más íntimos; se analizó día por día su gestión y sus resoluciones todas en los ministerios que había desempeñado; se estimuló la delación secreta; se ofrecieron recompensas espléndidas a los que declararan algo contra él... ¡Nada, nada, nada! Por todas partes resplandecía la perfecta honorabilidad del perseguido.

La acusación más formidable y más ligera, aquella de que había dispuesto de millones y millones de los gastos reservados para Marruecos, caía al suelo de modo incalculado. Resultaba acreditado que los tales fondos no pasaban siquiera por manos del ministerio de Estado, sino de los generales altos comisarios, y que Alba no había dispuesto ni de una peseta de ellos. Había que forzar la máquina e inventar un proceso, fuese como fuese. Entonces surgió el famoso juez especial, José Álvarez Rodríguez, ingresado en la carreta judicial por el cuarto turno (de favor) y nombrado así, de gracia, por un ministro del viejo régimen. Lo mismo que su inspirador y jefe, Galo Ponte, también nombrado, por el propio turno de gracia, juez de Filipinas, siendo ministro de Ultramar D. Tomás Castellano, para quitársele de delante, ya que el gran adúlador hoy de los obispos era entonces rabioso y laico jefe de la minoría republicana en el Ayuntamiento de Zaragoza. La nómina, antes y después, le hizo gubernamental, monárquico y beato. Álvarez Rodríguez, juez en Valencia, había sido compañero de francachelas de Primo durante el mando de éste en tal distrito militar. Hombre de confianza para el tiranuelo, «capaz de todo», púsose así en franquía el que Alba ha llamado, sin protesta ni del mismo interesado, «juez bandolero».

Comenzó una persecución rabiosa, feroz, indignante. Secundado por un secretario también

especial.—¡y tan especial!—(¡como que meses después hubo de ser arrojado de la carrera por actos inmorales!), Enrique Ramos Mollá, trasladóse a Valladolid el juez Alvarez. Todos los días, cinco o seis personas conocidas y respetadas de la población y su provincia ingresaban en la cárcel. No se explicaba los motivos. No se les hacía las preguntas de ley. Se esperaba a que algunas jornadas de detención, y la vergüenza, y la pena de verse reclusos, hicieran en ellos el natural estrago. Entonces, el juez Alvarez, melifluamente, hablaba con los presos, hacía como que se compadecía de su situación, se lamentaba de tener que cumplir órdenes de Madrid...—así decía él—y acababa por proponer a cada uno de ellos que declarasen algo contra Alba para ser puestos en libertad. Ni uno de aquellos hidalgos castellanos claudicó, entre cerca de cincuenta detenidos. Ni uno cometió la vileza de comprar su libertad mediante una invención infame. ¡Había que hacer algo, cualquier cosa, para entretener a las gentes y ocultar el ridículo y la vergüenza del fracaso! Entonces se concibió la idea del sumario llamado del ferrocarril Valladolid al Cubo.

No me voy a entretener en el fárrago de este indignante engendro de leguleyo. Bastará decir que comenzó por suponerse que se había otorgado una prórroga indebida para la construcción de la línea. ¡Delito nefando en un país en el que ningún cami-

no de hierro ha sido acabado dentro del plazo de concesión! Pero, después de incoado el sumario, se cayó en la cuenta de que estas prórrogas las conceden o no los ministros de Fomento. ¡Y Alba no ha desempeñado jamás esta cartera! La cosa sería risible si no se hubieran cometido por ella tan innobles desafueros. El «juez bandolero» comenzó por inventar también una medida precautoria que no existe en ninguna ley española ni del mundo civilizado: confiscó *todos* los bienes de Alba, sin limitación de cantidad ni de tiempo. Y mandó revisar todas sus cuentas corrientes, en todos los Bancos, desde veinte años atrás. Alba mismo no hubiera podido pedir diligencia que más le favoreciera. Ella acreditó, día por día, el movimiento de su fortuna, la limpieza de sus ingresos, la perfecta normalidad de sus operaciones. El Tribunal Supremo echó abajo la orden de confiscación e impuso un correctivo disciplinario al «juez bandolero». Ordenó ampliar las diligencias, y resultó que, de procesar a alguien, el procesado debería serlo el ministro Ortuño, que había acordado el rescate de la fianza. Y Ortuño es uno de los hombres del viejo régimen *resellados* a la Dictadura. Pero, además, no sólo la Compañía de Valladolid, sino otras *veintitrés* Compañías, habían sido objeto de la propia concesión de Fomento; a todas se les devolvieron, antes y después, sus fianzas, y a ninguna, más que a la de Valladolid, se le había

perseguido, por componerla amigos y electores de Alba. ¡Puro y nuevo régimen, que venía a acabar con la injusticia! El Supremo dictó auto definitivo el 19 de noviembre de 1926 y declaró, ejecutoriamente, que ni había delito que perseguir, ni en caso alguno podía complicarse en él a Alba, a quien ni de cerca ni de lejos rozaban siquiera las actuaciones practicadas. ¡Así acabó el proceso ofrecido en el manifiesto del 13 de septiembre! Es decir, no acabó para el «juez bandolero» ni para su inspirador y amo. Aquél fué, en premio, ascendido a juez de Madrid y luego nombrado gobernador de Valencia, a pesar de no reunir aptitudes legales para el cargo. Salió del Gobierno después de una gestión tan escandalosa, que los propios elementos de la Unión Patriótica, con el marqués de Sotelo a la cabeza, tuvieron que pedir su cese. Y, por telégrafo, hubo de decretarse éste, para evitar cierta reclamación de una nación extranjera, saliendo el poncio, de noche y en silencio, de Valencia. Pero Primo, el pulquérrimo, no podía ni quería desamparar a semejante individuo, su instrumento. De nuevo le hizo nombrar magistrado en Madrid. Y en la Corte administra justicia, a su manera, hasta que tiempos de redención aventen toda esta plaga...²

El general insurrecto, el «caballero», el «hombre

¹ A la hora actual el señor Alvarez Rodríguez está procesado y suspendido en su cargo. (N. DEL A.)

de honor» que calumnió a Alba al amparo de sus bayonetas, no sólo no ha rectificado noblemente, sino que ha obligado a la Censura a que no permitiese publicar en periódico alguno ni la noticia escueta del fallo del Tribunal Supremo, concesión de derecho de gentes que en ningún pueblo se niega ni a los presuntos autores de los crímenes más atroces. Con una hipocresía odiosa, ha hecho siempre el gesto cauto de «no saber nada de nada». Pero hay testimonios innegables de caballeros como el difunto Luca de Tena, que en dos ocasiones, movido por su generoso impulso, quiso publicar la noticia en *A B C*, y las dos veces se vió rechazado por la Censura, después de consultar ésta con el propio presidente del Consejo. ¿Será necesario escribir una palabra más para que el lector se sienta, como el que escribe, indignado, asombrado y asqueado? Así se ha vivido en España durante más de seis años. Y éstas son las gentes que hablan a cada instante de justicia, de rectitud de caballerosidad, de desinterés...

Aunque se hace alusión más atrás al incalificable *proceso* de Alba, quiero copiar la carta que D. Santiago dirigió a los Bancos, cuando el Supremo dijo su última palabra. Es un no documento interesantísimo, emocionante, digno de su autor.

Dice así:

«Hotel Claridge.

París, 30 de diciembre de 1926.

Señores míos y de toda mi consideración: Tres años hace que esa respetable sociedad, como tantas otras nacionales y extranjeras, vióse sorprendida un día por el singular requerimiento de cierto titulado juez especial, constituído en Valladolid a virtud de órdenes del Directorio militar. Mandábase en aquel exhorto que se retuvieran a disposición del Juzgado todos mis valores y metálico, sin límite de cantidad. Afirmaba el documento proceder así en méritos de justicia. Y consignaba sonoramente, sin duda para que la inculpación produjera, desde luego, el natural estrago en la conciencia pública, que contra mí y otros honorables ciudadanos se hallaba en tramitación causa criminal por delitos de falsedad y estafa (¡¡¡).

Aparte mi tortura moral ante tamaña iniquidad, tuve que padecer las molestias y perjuicios consiguientes a quien no puede disponer para sí y sus necesidades de familia de su particular peculio. Al cabo, el Tribunal Supremo hubo de advertir a ese juez que en la legislación española no existe, ni aun a título provisional, la confiscación de bienes, y de mandarle devolver todos los míos, imponiendo al complaciente funcionario un correctivo, cuyo alcance y circunstancias podrán algún día referirse y

comentarse en público. Pero ese juez—José Alvarez Rodríguez, bandolero con toga, más tarde recompensado con un ascenso en la Corte, y el Gobierno civil de Valencia, donde hoy sigue refugiado—continuó instruyendo diligencias, encarcelando gentes honradas—ni uno solo de sus procesamientos contra mis amigos ha prevalecido—, inmiscuyéndose, en la vida interior de sociedades importantes, sólo por el hecho de figurar yo entre sus consejeros o sus abogados, y procurando a todo trance obtener, aun por la delación anónima, una sombra de acusación contra mí.

Tres años de persecución tan sañuda no lograron siquiera hallar indicios de culpabilidad para procesarme. El registro de mis papeles más íntimos; el análisis minucioso del movimiento de mis cuentas corrientes, desde hace veinte años; la revisión detenidísima, implacable, de todas mis resoluciones en los ministerios que desempeñé, no fueron eficaces sino para proclamar la rectitud de mi conducta y la diáfana honradez con que he servido a mi país. El Tribunal Supremo, por auto ya definitivo y ejecutivo, sobresee libremente las diligencias incoadas, y con soberana y lapidaria sobriedad dice para siempre: «*Resultando*»: Que incoado este sumario en averiguación de esos delitos (los de la causa) aparece del mismo que *el inculpado Sr. Alba no tuvo intervención ninguna en ellos*; y *Considerando* que no aparecen en

esta causa indicios racionales de haberse perpetrado los hechos denunciado...»

Es curioso que de todas aquellas, tan imbéciles como perversas, acusaciones del 13 de septiembre—a cuya confirmación en papel de oficio hubo de consagrarse frenéticamente el juez especial, libre de toda intervención mía, a tantas leguas de sus desmanes, hallando en cada cargo para mí una nueva patente de honorabilidad, consagrada por las pruebas—, el último sombrío destello fuera ese sumario, instruido, con pretexto de la devolución, por el ministerio de Fomento—que yo no he desempeñado jamás—, de la fianza de un ferrocarril secundario. Y resulta probado que yo no estaba siquiera en el Gobierno cuando se acordó; que expuse en la Cámara un criterio opuesto al régimen establecido para tales ferrocarriles; que los dignos ministros de Fomento, conservadores, autores de los reales decretos y de las reales órdenes de *carácter general* dictadas en la materia, recaban para sí la responsabilidad de los acuerdos, y que más de veinte concesionarios de líneas diversas han obtenido, en idénticas condiciones, la devolución de sus fianzas, sin que a nadie se le haya ocurrido inquietarles, ni menos perseguirles. Ninguno de ellos, por el hecho de ser correligionario mío, podía servir de pretexto a la persecución sistemáticamente enderezada contra el ministro partidario de un régimen en Marruecos

diferente de los varios y contradictorios, pero en definitiva todos igualmente ruinosos para España, que allí vienen sucediéndose desde fines de 1923.

No he de hacer, sin embargo, en esta carta comentario político alguno, que sería inoportuno e indiscreto, dirigiéndome a una sociedad como ésa. Vivo, por otra parte, cada día más gustosamente alejado de las páginas españolas de la decadencia, y sin afán ni deseo de volver a mezclarme en sus ingratos episodios. Pero, como hombre de honor, que honradamente trabaja y ha trabajado toda su vida, a ustedes, hombres de honor y de trabajo también, acudo para que conozcan el desenlace de esta vergonzosa e indignante persecución, ya que conocieron sus comienzos. Y ya también que—cosa inaudita—, a falta de una caballerosa rectificación de los acusadores, no se me permite por la Censura publicar siquiera la noticia del fallo del Supremo, ni la exculpación rotunda del acusado, como se autorizó y multiplicó un día la voz de la calumnia, amparada por la fuerza.

Sepan, pues, ustedes, que no hay, no había, falsedad, ni estafa, ni delito alguno, más que los perpetrados por ese juez lacayuno, a quien algún día podré yo exigir, y exigiré, la expiación de los que cometió. Díganselo así, se lo suplico, a sus amigos y clientes, y a aquellos de sus empleados o corresponsales que, por razón de sus funciones, hubieron de intervenir en la tramitación del exhorto, deliberada

e innecesariamente remitido a casi todos los Bancos y sociedades múltiples de crédito. Y reciban la expresión de mi gratitud por ello, así como por los informadores confidenciales que muchas de aquéllas han remitido al extranjero, haciendo justicia al letrado que durante veinte años se honró asesorando o defendiendo ante los Tribunales, en materia civil, a tantos y tantos banqueros y Bancas nacionales, y que como hombre público y como gobernante cuidó siempre de impulsar y favorecer la vida del crédito y del trabajo en España.

Deseo a ustedes muchos y prósperos negocios en el año 27, y aprovecho la ocasión para reiterarme suyo afectísimo servidor, q. l. e. l. m.,

S. Alba»

A continuación reproduzco la carta—inédita hasta ahora—que D. Santiago Alba dirigió a García Prieto, jefe del Gobierno, a raíz de ser recibido Delgado Barreto por el rey, en plena campaña de difamación y escándalo contra el entonces ministro de la Corona:

«Excmo. Sr. Marqués de Alhucemas.

Querido amigo Manolo: Personas discretas y ecuanímes, partícipes del asombro general, me traen ahora mismo ese recorte de *La Acción* de esta

noche. Ya sabe que yo no tengo la aberración de asomarme a la boca de las letrinas. Por lo mismo, no leo semejante papelucho.

No hago, por mi parte, comentario alguno. Pongo el caso en manos de usted y someto a su juicio mi propio juicio.

El caso es bien claro. Un periódico—llamémosle así—, por motivos que yo conozco y que si es preciso detallaré ante el rey, injuria y calumnia a diario a uno de sus ministros.

Coincidiendo con tal campaña, el rey recibe en audiencia al periodista—llamémosle también así— que la escribe y aun siente interés por el famoso personaje que se firma «Duque de G.». Le colma de atenciones. No era preciso multiplicarlas. Bastaría una sola: la de recibirle.

La dignidad y el decoro de los ministros no son ni pueden ser indiferentes al soberano, a quien lealmente sirven. Ni a él, ni a usted, ni a nadie pido yo benevolencias, sino justicia.

Si no se me hace cumplida y cabal, yo la buscaré delante de mi país, sin miedo y sin tacha, hablando tan alto y tan claro como sea preciso.

Le estrecho las manos.

Firmando: *Santiago Alba.*

Jueves 8, once noche.»

—Pero ¿qué vida hace don Santiago en París? — me han preguntado muchos en mis breves y forzosas escapadas por España, durante la Dictadura.

—Don Santiago Alba—he respondido siempre—lleva en París una vida recatada, de trabajo, de hombre de estudio. Si se instaló en un gran hotel de los Campos Elíseos—el Claridge—, atendiendo a apremiantes requerimientos de quienes en Madrid habían sido clientes fieles de su despacho de abogado, poco se le ha visto en los tés mundanos del Gran Palace, y poco se le ha visto bullir y relucir en fiestas frívolas de sociedad y gran mundo, limitándose a asistir a las que no ha tenido manera de negarse.

Don Santiago ha hecho en París la misma vida de actividad y trabajo que hizo en Madrid. A las nueve de la mañana ya estaba en su despacho del Claridge, dictando a los mecanógrafos o preparando dictámenes profesionales. Aparte de asuntos de España, que se veía obligado a despachar por apremios de amigos y clientes, pesaba sobre don Santiago una gran labor de abogado de diversas entidades francesas y belgas.

Yo siempre le encontré contento, sonriente, dentro de las grandes adversidades que políticamente le habían acaecido, y que, como español, le llegaban al alma y rozaban con el sonrojo. Cuando yo le refería alguna de las enormidades cometidas contra mí, pobre escritor indefenso, sobre el que habían echa-

do todo el engranaje servil y caduco de la injusticia oficial, don Santiago me daba ánimos, invitándome a mirarme en el espejo de su valor y de su voluntad. Y añadía:

—Hay que cuidarse, tener salud, para que la hora de la justicia nos coja preparados. Si yo me hubiese amilanado como usted, en este momento, ¿qué habría sido de mí? Seguramente, habría muerto... Pero no... Ante todo, la salud, que lo demás ya vendrá...

Y durante todos estos años, desde el primer día, don Santiago ha permanecido sereno, sonriente, extrayendo filosofía y enseñanzas de tanta injusticia, de tanta vergüenza, de tanta traición y deslealtad...

En cuanto ha podido tomarse unos días de asueto, Alba los ha aprovechado para viajar: ha estado en Polonia, en Alemania, en Suiza, en Checoeslovaquia, en Inglaterra, en Bélgica, varias veces. ¡Fecundo destierro para un hombre de sus talentos, para un político de sus atisbos, estos seis años de «vivir y sentir Europa», de estar en contacto con sus hombres-cumbres, de asistir, en primera fila, al espectáculo de la política europea, de las palpitaciones e inquietudes mundiales!...

Durante la última estancia en París del llorado Blasco Ibáñez, éste fué al Claridge, y así muchas tardes coincidíamos en las habitaciones del maestro, o éste, con Esplá y conmigo, se trasladaba a las del gran hombre de Estado.

¡Y era de ver el regalo que suponía para nosotros contemplar y oír la conversación de Blasco Ibáñez con Alba! ¡Ante los hachazos de la ironía del maestro y de la sátira de don Santiago caían sobre los tapices lujosos del gran Hotel las astillas de muchos fantoches de madera hechos añicos! Y se referían anécdotas, se recordaban, hechos y cosas, se hacían comparaciones... ¡Tardes inolvidables, que recordaremos siempre con dolorosa nostalgia! ¡Tardes del invierno de París, en que vivíamos cerca de hombres tan ilustres y tan monumentales para la historia patria como Sánchez Guerra, Blasco Ibáñez y Santiago Alba!...

Por las habitaciones de estos tres hombres desfilaban tipos de las más diversas cataduras, algunos pintorescos, otros simpáticos, pero no todos sinceros y de buena fe... De algunos sé que visitaban a las grandes figuras como en espectáculo gratuito que se podían ofrecer a su paso por París, para luego contar «en secreto» la visita, y a renglón seguido manifestar en voz alta alabanzas al dictador...

SANCHEZ GUERRA, EN PARIS

El mismo día que D. José Sánchez Guerra pasó la frontera y llegó a Bayona, tuve el honor de verle en el Hotel del Comercio. En un *auto* guiado por mí, fuimos D. Miguel de Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, Viguri, Casanueva, Manteca y yo. Don Miguel, a quien advertí de que yo acababa de aprender a guiar, montó sin tener un instante de vacilación. Fué una de las muchas pruebas de valor que he visto dar al gran escritor. Confieso que entre la emoción natural de aquel día, en el que Sánchez Guerra, con su manifiesto y su expatriación, daba la primera nota viril y civilizada a la vez, tras tantos meses de silencio y cobardía generales, y la calidad de mis viajeros, no sé cómo no di al traste con las preciosas existencias. Tuve serenidad para no estrellar el coche contra un árbol, y para evitar un choque con alguno de los imprudentes conductores veraniegos que circulan por la carretera de Bayona a Hendaya. Unamuno y Ortega se habían mostrado en el café optimistas y entusiasmados ante el gesto del ex presidente del Consejo. Yo pensaba en las eternas contradicciones de nuestro país, que hace que tantos grandes

de España, aristócratas y palatinos hayan figurado en los partidos llamados liberales, mientras de los llamados conservadores surgían aquellas cumbres defensoras del Poder civil que se llamaron Maura y Dato, y ahora venía Sánchez Guerra, conservador, a dar aquella magnífica y suprema lección de civismo, dignidad y liberalismo frente a la grotesca—y por ello aun más denigrante—dictadura de un hombre tosco, ordinario e inculto.

Don José Sánchez Guerra vino hacia nosotros, sonriente y amable, y dirigiéndose a Unamuno, dijo:

—Tengo siempre mucho gusto, querido don Miguel, en darle la mano, y más aún desde que sé que se negó usted a estrechar la de ese *Galo Pante* del demonio...

Era verdad. Hada unos días, en efecto, que en Hendaia, en un encuentro más o menos buscado, un amigo de don Miguel había dicho, dirigiéndose a otro señor:

—Aquí le presento a don Miguel de Unamuno...

El desconocido que recibía tal honor, se quitó el sombrero y alargó hacia don Miguel la mano, al mismo tiempo que el «presentador» decía:

—Don Galo Ponte, ministro de Justicia...

En aquel instante, don Miguel, no pálido, sino rojo dió un paso hacia atrás mientras con las manos en la espalda, hacia gestos enérgicos de negación con la cabeza...

Los testigos presenciales, casi todos vendidos a la Dictadura, estaban pálidos. He dicho vendidos, porque yo afirmo que *nadie* pudo prestar ayuda al dictador sino por necesidades materiales o venalidad. ¿Está claro?

Los testigos, repito, estaban del color de la cera ante el gesto, lleno de dignidad y orgullo, del gran don Miguel. ¿Qué actitud iba a tomar *su excelencia*, y qué consecuencias tendría aquello para los presentes? Pero Galo Ponte, a quien nadie creerá que se le injuria llamándole quídam e imbécil, sólo pudo balbucir:

—Vámonos... , vámonos... No me ofendo... No me ofende...

Y la comitiva oficial y oficiosa partió. El digno ministro de la indigna Dictadura iba aquella tarde con la esperanza de hablar con Unamuno, para tratar de *un arreglo* con el glorioso pensador. ¡Se necesitaba ser idiota para no comprender que el acto de Unamuno era naturalísimo! Y como escribía el mismo don Miguel a uno de los testigos, magistrado al dictado de la Dictadura, que en tiempos había sido amigo de don Miguel, y que era y es un hombre inteligente:

«Obré así, no por ofenderle, sino por defenderme.»

¡Gran verdad! Porque aquello era la menor ofensa, el mínimo de ofensa que el autor de *Niebla* podía

hacer al rabulilla y tráfuga que vestía la casaca ministerial. Si don Miguel, en efecto, llega a dialogar con aquel incapaz, ¿qué de cosas, horribles y flagelantes, no le habría, dicho? «No por ofenderle, sino por defenderme.» Es una de las frases, de más enjundia y más acertadas, del genial Unamuno.

A don Miguel halagó mucho la frase con que le había acogido el ilustre político. Era, en verdad, por aquellos días, lo que más grato podía ser a Unamuno. Y, después de dedicar a cada uno de nosotros una frase afectuosa, don José nos ofreció el siguiente y magnífico regalo:

—Voy a leer a ustedes el manifiesto...

Me acuerdo bien. Las cuartillas estaban escritas a máquina y corregidas de su puño y letra. Con voz que quería ser indiferente, don José comenzó a leer, teniendo a veces que sujetarse los lentes con la mano.

Entre los momentos gratos e inolvidables de mi vida tengo por uno de los primeros el haber sido, en tan egregia compañía como estaba, con aquel grupo, al primero que don José leía su célebre alocución, dos horas después de haber pasado a Francia. Considero este documento como uno de los más perfectos, viriles y mejor documentados que han

podido escribir los hombres políticos en momentos solemnes e históricos para su patria. Yo casi me lo sé de memoria. No resisto a la tentación de insertarlo aquí. Estará ya publicado en otros libros, y se publicará en sucesivos. No importa. El lector no perderá nada con leerlo de nuevo. Y yo, así rindo un tributo a esas palabras, que oí de labios del gran político, y junto a otra gloria nacional, don Miguel de Unamuno, a quien fuí acompañando aquella célebre tarde. El más modesto del grupo rinde este humilde homenaje a aquel gran momento histórico, que ni Ortega Gasset, ni Viguri, ni Casanueva, ni José Manteca olvidarán tampoco...

Y leyó el ilustre político conservador:

«En septiembre de 1926, hallándome en San Sebastián, y atendiendo indicación transmitida por el duque de Miranda, envié al rey la siguiente nota:

«Aspiro a fijar en esta nota las ideas y los juicios que expuse con toda claridad, y a veces con la necesaria crudeza, en una conversación que sostuve ayer, sábado 18 de septiembre, con una ilustre persona que, por su inteligencia, lealtad y desinterés, me inspira absoluta confianza. A su caballerosidad entrego también este escrito.

»He creído y *practicado* siempre que la verdad es el mejor servicio y el mayor tributo de respeto que puede rendirse a un rey. Juzgo, además, el momento tan *grave* y estoy tan penetrado de que sobre todo y

sobre todos, por alto que cada cual se considere, hay una España, que, al pensar siempre y al hablar ayer, como al escribir ahora, he de hacerlo más inspirado en mis deberes de español que preocupado de mis sentimientos de monárquico.

»Vivimos días críticos, y, por todos los datos, antecedentes y noticias que ampliamente quedaron ayer expuestos, creo que, acaso en el transcurso de esta semana, ha de ofrecerse, quizá por última vez, al rey una opción que le permita salir de la situación presente en condiciones de dignidad y en postura ventajosa para que sea posible a hombres que se respeten defender su conducta pasada, explicar la presente y entregar, con *relativa* confianza, su figura al juicio de la Historia.

»No miremos ahora al pasado; el día 13 de septiembre de 1923, en larga conversación a que fui invitado por su majestad, expuse mi juicio sobre los sucesos y anuncié ya las normas a que había de ajustar mi conducta. En ellas me he mantenido durante estos tres años: sin *ayudar*, porque la dignidad lo vedaba, y sin *estorbar*, porque ello podría parecer, no *siéndolo*, como falta de patriotismo y ser, *efectivamente*, una gran torpeza política. Para mantenerme en tal situación de serenidad, he desdeñado, sin esfuerzo, agravios, desconsideraciones e injusticias de *acción* y de *dicción*, que menciono únicamente para testimoniar la ecuanimidad de

mi juicio, pero sin otorgarles otro valor alguno representativo.

»Repugno yo y rechazo *epidérmicamente* todo lo que represente sedición o indisciplina militar. Considero esencial, para la vida de una nación, la disciplina del Ejército y la autoridad del Poder público, y me he negado reiteradamente, no ya a colaborar, a *simpatizar* siquiera con todo lo que pudiera relacionarse con intentos tales. He de reconocer, sin embargo, que el movimiento que acaudillaron los generales Weyler y Aguilera tuvo más importancia de la que el general Primo de Rivera, hábilmente, pareció concederle, y debió estimarse *por todos* como demostración de que no estaba el Ejército tan unido y tan compenetrado con la Dictadura como a toda hora jactanciosamente se pregonaba.

»El movimiento artillero ha tenido, por su origen, por su tramitación, por su desenlace, mayor importancia y gravedad. Ha *pasado* lo menos *malo que podía pasar*. Un *condottiero* podría estimar como triunfo personal lo ocurrido; un gobernante tiene que contemplarlo con amargura y con tristeza, porque el triunfo se logra a costa del desconcepto creciente del rey ante muchos elementos del Ejército, del quebranto de uno de los pocos prestigios que en España quedaban (el del Cuerpo de Artillería), y, sobre todo, y ello es lo más triste y lo más grave, de la acentuación y la publicidad de la discordia y de la

división del Ejército, esta vez sellada con la sangre del teniente Tordesillas y de los que con él cayeron en Pamplona.

»El duque de Miranda conoce el manifiesto artillero, en el que hay juicios, indicaciones, asertos de extraordinaria gravedad. Tengo parientes y amigos íntimos en ese Cuerpo. Fuí ministro de la Guerra y quedé en relación afectuosa con personas que en él tienen prestigio y autoridad. Puedo asegurar que en conversaciones mantenidas en estos días he oído, con tristeza, juicios acerbos, quejas amargas, *indicaciones graves* en relación con la conducta del rey. ¿Tienen ellos justificación? ¿Son del todo infundados y caprichosos? Lo ignoro. Registro hechos, no juzgo sucesos, porque me faltan para ello los datos necesarios.

»Pero, partiendo de los *hechos*, afirmo que el decreto irreflexivo en que se relevaba de la obediencia y disciplina a los soldados de Artillería produjo indignación justificada no sólo entre los jefes y oficiales de ese Cuerpo, sino entre los hombres más sensatos y previsores de las distintas Armas e Institutos, contribuyendo todo ello, y otras medidas que como próximas se anuncian, a mantener en el Ejército una situación que juzgo cada día más difícil y peligrosa.

»Y en este estado de las cosas, y ante esta irritación de los espíritus—no hablo ahora de los elementos civiles, indignados también, después de tres

años de dominación arbitraria y a veces *desenfrenada*—, se le ocurre al jefe del Gobierno, tras de un llamado *plebiscito* sin garantías y sin seriedad, objeto de burlas en España como en el extranjero, anunciar como próxima la convocatoria, diría mejor el nombramiento o designación por el Gobierno, de una llamada *Asamblea Consultiva única*, sin facultades fiscalizadoras, sin autoridad para el voto de los tributos, sin tener siquiera asegurada, según las mismas declaraciones del presidente del Consejo, la libertad de sus deliberaciones ni la publicidad de sus acuerdos.

»Considero el intento de tal gravedad e importancia, que si llegara a realizarse *creo* que él traería consigo la ruptura definitiva y el apartamiento inmediato del monarca, cuando no de la monarquía, de todos los hombres monárquicos constitucionales de España.

»Por mi parte, y habiéndome negado ahora, como otras veces, a toda acción y manifestación colectiva, considero un deber de lealtad manifestar, con todo respeto, pero con la más firme y meditada resolución, que juzgaría el intento y su realización como un acto *ilegítimo y faccioso*, y así lo declararía desde el extranjero o desde España, afrontando todas las responsabilidades y honrándome con las penas que la arbitrariedad reinante quisiera exigirme. Yo niego derecho a toda persona, llámese como se llame y por

alta que esté, para constituir un país, sin la voluntad clara y libremente manifestada, mediante el sufragio universal, por el país mismo, y niego autoridad a un rey, que lo es principalmente por el pacto con la nación, para despojarme de la suma de derechos y garantías que generaciones anteriores conquistaron con su sangre, que fueron selladas con juramento y manifestaciones y promesas por el rey restaurador y por don Alfonso XIII, y que fueron y son, unidas al esfuerzo y la habilidad de los hombres que gobernaron, principalmente en el período de la Regencia, la *razón única* de la existencia y la permanencia de la actual monarquía, que nadie creyó posible al morir prematuramente don Alfonso XII.

»Tres años lleva de existencia la Dictadura actual, y, con ser claros y significativos los síntomas que en España y en el extranjero se advierten de que va siendo peligrosa su continuación, todavía me parecería menos grave y me asustaría menos la prórroga de este estado de cosas por otros tres años que el hecho de que el rey se complicara, siquiera con su firma, en la preparación de una farsa que representaría, cualesquiera que fuesen las razones con que se quisiera disimularla o explicarla, el deseo y el intento, no ya de establecer y cristalizar en España una monarquía absoluta, *para lo cual carece de todo derecho y autoridad legal o moral la rama de la familia Borbón que ahora ocupa el trono*, sino para instaurar una Mo-

narquía personal y patrimonial, que en España no existió jamás, ni aun bajo la dominación de los Austrias, en que el voto de los servicios por las Cortes y la independencia de los procuradores se mantuvo siempre y ofreció ejemplos de dignidad y entereza que la Historia consigna con aplauso.

»No hay, para volver a la vida constitucional, *si alguna vez ello de veras se desea*, otras normas, otros caminos, que los que la Constitución establece y traza. Hombre de realidad, cualesquiera que sean mis convicciones y mis amores, yo sé y proclamo que hay no poco que cambiar y modificar en el modo de vivir y de funcionar de nuestras Cortes y *nuestras instituciones todas*; pero ello hay que hacerlo, como lo hicieron don Alfonso XII y don Antonio Cánovas, que, enemigos ambos, doctrinalmente, del sufragio universal y de la Constitución del 69, por el sufragio universal, que encontraron establecido en la Constitución entonces vigente, quisieron y lograron sancionar y convalidar el hecho de Sagunto.

»La fuerza, la violencia, si no disculpan, explican muchas cosas. Durante estos tres años, el rey ha podido, en ocasiones, aparecer como resignado, como «prisionero», aun no siéndolo nunca efectivamente. Las consecuencias naturales del régimen actual han traído, a veces, sobre su persona responsabilidades que no le corresponden. El Gobierno, con inconsciencia (que no quiero decir, porque no lo creo, con

deslealtad), no ha puesto siempre, en evitar que así suceda, el cuidado escrupuloso, que era su primordial deber. Un rey, y menos un rey constitucional (lo he dicho en ocasiones diversas al soberano), no puede ser beligerante. La magistratura suprema que le está confiada ha de ejercerse muy por encima de todas las pasiones e intereses partidistas, o de grupo, o de clase, o de Arma, o de Instituto, por esenciales que ellos puedan ser para la vida del país.

»Personas autorizadísimas y prestigiosas del Ejército me han dicho, con repetición, al honrarme con su visita, que el rey tiene todos los medios, *cuan-do tenga la voluntad*, de salir de la situación presente, a pesar de los desplantes y aun de las amenazas que irreflexivamente pregonan—yo creo que contra su voluntad y propósitos—algunos amigos insensatos del jefe del Gobierno. Sería ocasión única la negativa a firmar, si al cabo se le somete, el decreto de convocatoria de esa especie de Asamblea. Ese acto de su iniciativa le restauraría en el corazón de muchos hombres sinceramente monárquicos, pero, por su historia y por su convencimiento, también sinceramente constitucionales, y colocaría a éstos en situación ventajosa para defender privada o públicamente la conducta pasada del rey. Representaría, además, una negativa de hecho contra la propaganda que en España y en el extranjero se ha extendido

tanto, y que le supone enemigo irreductible de las instituciones constitucionales y parlamentarias.

»Y, ya invitado a consignar en el papel mis ideas, no quiero dejar incompleto este escrito ni perder la ocasión que se me ofrece de decir al rey mi pensamiento total, como muchas veces lo he deseado, sin poder realizarlo nunca por mi obligado alejamiento de Palacio... ¿Y la solución?, se me dirá. Y si el caso llega y tu consejo es estimado, ¿qué hace el rey?

»Sería absurdo, impolítico, peligroso, el intento de pasar sin crepúsculo de la noche al día, como fué siempre insensato, temerario, saltar sin declive de la montaña al llano.

»La solución pudiera ser ³ constituir un gobierno que, presidido por un general prestigioso (en estos instantes, acaso mejor que otro alguno, el general Berenguer), desde luego, ninguno, y por razones obvias, de los que pertenecieron al primero ni al segundo Directorio, que apaciguara los espíritus en el Ejército e iniciara reposadamente, con el concurso de algunos hombres civiles y la asistencia benévola, obligada de todos, la vuelta a la normalidad.

»Yo estoy muy lejos de considerar poco inteligente o poco patriota al general Primo de Rivera; yo no creo que él deje de ver tal como es ella hoy la situación que tiene delante. Yo no creo que se resista

¹ No se olvide que esto se escribía en septiembre de 1926.

a su salida del Gobierno, si se convence de que, saliendo, sirve a España y al rey. Pero si yo me equivocado, a los hombres que le sustituyeran en el Poder correspondería ponerle freno, y a la Historia, que a todos, altos y bajos ha de juzgarnos, imponerle un severo castigo.

J. SÁNCHEZ GUERRA.»

San Sebastián, 19 de septiembre de 1926.

«*Septiembre de 1927.*

»Tras varios meses de vacilaciones y aplazamientos, el decreto de convocatoria de la Asamblea ha sido, al fin, firmado. Este hecho, cuya gravedad y significación no cabe desconocer, representa, según ha dicho recientemente un periódico oficioso, la abolición definitiva, en España, del régimen constitucional y el Parlamento. Sería ello igualmente cierto, aunque no lo proclamaran, alborozados, aquellos elementos que, vencidos en tres guerras civiles, encuentran, *naturalmente*, cómodo y grato resultar vencedores *sin guerra* y ver a un mismo tiempo entronizadas sus ideas y sus personas.

»Importa que, ante la gravedad del momento, los hombres constitucionales de España, y muy especialmente los que han gobernado, declaren de un modo definitivo su actitud y propósitos.

»Por mi parte, y no teniendo nada sustancial que cambiar en la nota con que el año pasado hube de

anticiparme al suceso, voy a hacerlo con toda decisión y con absoluta claridad.

»Los hombres conservadores fueron siempre, en España, los defensores más convencidos y más exaltados del régimen constitucional, del Parlamento y de las libertades públicas. El insigne Cánovas, autor de la Restauración y fundador del partido liberal conservador, poco después de la Revolución de septiembre, juzgando los errores y las culpas que la hicieron indispensable, dijo en el Congreso de los Diputados:

«Y, ya que hablo yo de esto, bueno será que añada que sé vivir sin ser cortesano. De bastante tiempo antes de la Revolución de septiembre fuí yo uno de los primeros hombres públicos que voluntariamente se apartaron de la Corte y desde el momento en que la dinastía dejó de estar en el terreno constitucional, *desde el momento que usurpó el trono las atribuciones del Poder legislativo*, desde ese mismo tiempo declaré abiertamente que mis relaciones como hombre público habían cesado completamente con aquella Corte, y ni directa ni indirectamente, ni por un medio ni por otro medio, volví a mantener ninguna clase de relaciones con ella, hasta que cayó al fin, destronada por las faltas tuyas y las faltas de muchos otros.»

Y poco después añadía:

«Jamás los conservadores hemos puesto en duda

que la nación sea dueña de sí misma y que todos los Poderes emanen de ella. En los libros, en la región elevada de las ideas, jamás, repito, se ha sostenido otra cosa en España. Los tratadistas ingleses, los juristas ingleses, que son los que más han trabajado modernamente en estas cosas, dicen y declaran que el rey es, por la Constitución inglesa, inviolable y además institución perpetua; pero añaden que si alguna vez se colocara el rey fuera de las condiciones posibles para gobernar, si el rey atentase contra la nación, si el rey faltase a las condiciones de su juramento, estaría fuera de la ley entonces.» «Pero la ley —dice Gladstone—no puede prever este caso, porque sería *indecoroso* preverlo, en el sentido de que perturbaría toda la legalidad del país, de que haría que toda ley fuera letra muerta, de que destrozaría los cimientos mismos de la sociedad en que esto se consintiera o realizara.»

»Esa hipótesis *indecorosa*, de la que hablara Cánovas citando a Gladstone, ha tenido, y está teniendo en España, por desdicha para todos, triste realidad. En vano intentaríamos desconocerlo o pretenderíamos vilmente disimularlo los hombres monárquicos constitucionales. Frente a eso, nuestro camino está trazado por nuestra historia y nuestra dignidad. En lo que a mí toca, veo claro mi deber y me dispongo a cumplirlo. Dije en mayo de 1925, en nota que publicó la Prensa, que no he sido, ni soy,

ni quiero, ni puedo, ni debo ser monárquico de la monarquía absoluta, repitiendo y copiando en este trance, para suscribirlas, estas frases de Ríos Rosas: «Para que sepa el rey que las Cámaras son la nación; para que sepa el rey que ha de vivir con las Cámaras y con las mayorías; para que sepa el rey que no ha de ser absoluto, que ha de ser constitucional; para que sepa el rey que, rompiendo ese pacto, rasga sus títulos y compromete su trono.»

»El acto que acaba de realizarse es en sí mismo *ilegítimo y faccioso*; así anuncié anticipadamente que lo juzgaría y así continué considerándolo y proclamándolo. Durante cuatro años he presenciado impasible el espectáculo de violencia y desenfreno con que los hombres que gobiernan, o dicen gobernar, han maltratado y desconocido la Constitución, las leyes y los derechos ciudadanos más respetables, y he oído y leído, logrando enfrenar mi indignación y mi repugnancia, cómo se nos dice por el general Primo de Rivera que ha venido, *él*, a adecentar la vida pública, y se presenta a la totalidad de los hombres que gobernaron y prestaron algunos grandes servicios a la patria y a la monarquía como una cuadrilla de facinerosos, sólo atentos a su personal provecho y dedicados a destrozarse y a empobrecer al país.

»He desdeñado siempre tales infamias; pero, ahora que la ocasión llega, quiero decir que los hombres públicos españoles, en su inmensa mayoría, han

sido y son, por su patriotismo, por su inteligencia y su desinterés, dignos de los puestos que ocuparon, y podrían aceptar ventajosamente la comparación con los que en tiempos antiguos gobernaron y con los gobernantes de otros países; no pudiendo, en cambio, resignarse a admitir la equiparación con algunos de los que acompañan y secundan al señor presidente del Consejo.

»Esos hombres públicos son, sin embargo, injuriados y calumniados a diario y a mansalva por el jefe del Gobierno, que utiliza, para hacerlo, su posición excepcional y privilegiada; sin que actúe siquiera sobre su conciencia, y ello es lo que más sorprende e indigna, aquel freno moral, que se impone nativa y automáticamente a los caballeros, ante el adversario indefenso y maniatado. Cuidadoso del propio; he sido yo, durante toda mi vida pública y parlamentaria, muy respetuoso del honor ajeno, y por eso no imitaré, en esta ocasión, ni el léxico ni las imputaciones de algún famoso manifiesto; pero no puedo dejar de invitar a todos y a cada uno de los ciudadanos a que, aparte su propia y personal experiencia, recuerden cuánto en círculos y tertulias y en conversaciones privadas se oye y se difunde respecto a la delicadeza y al cuidado con que se administran y manejan los asuntos públicos por los que actúan, libres de toda vigilancia y de todo freno, sin la fiscalización del Parlamento, sin la vigilancia de la Pren-

sa, sin las ligaduras de la ley de Contabilidad... A veces ni se logra—supongo que el Gobierno lo habrá procurado siempre celosamente—dejar a salvo de la maledicencia el nombre de quien debe estar libre de toda sospecha y limpio de toda mancha.

»No cabe soportar por más tiempo este espectáculo. España es una nación demasiado grande y demasiado noble para que pueda resignarse a que todos los derechos y prerrogativas de la ciudadanía resulten, de un modo definitivo y permanente, desconocidos, hollados y atropellados. No hay, en estas circunstancias, ni respeto para los derechos y la dignidad del hombre, ni garantías para la fortuna pública, ni seguridad para la fortuna privada, ya que repetidamente se dan ejemplos de confiscaciones, que los mismos que las imponen declaran ilegales, y que reproducen en pleno siglo aplicaciones de una pena borrada ya de todos los códigos y abolida en todos los países civilizados.

»El ejército español, de tan gloriosa historia liberal y constitucional, no quiere resignarse, seguramente, a borrarla, ni ve con agrado, en su mayor y mejor parte, dígase en contrario cuanto se diga, que se intente ahora con la Asamblea (y cuanto ella supone y representa) legitimar y consolidar la violencia y convertir en permanente una situación que se le ofreció solemnemente como transitoria, que le aparta de su verdadera misión, que disminuye su

prestigio como institución y que presenta a España ante el mundo (de tal modo actúan los que usurpan su representación) como un país conquistado por su propio Ejército.

»Contra todo eso levanto yo, de un modo enérgico y resuelto, bandera de protesta y de rebeldía, y a procurar su triunfo fío que habrán de acudir todos los hombres constitucionales españoles sin distinción de matices, antecedentes ni partidos. En la hora presente hay que recordar sólo cuanto nos une y nos congrega. Una constitución, una restauración y afirmación de las que el insigne Thiers llamó «libertades necesarias» y un Parlamento mediante el cual la nación soberana disponga libremente de sus destinos y establezca las normas dentro de las que habrán de moverse y desenvolver su acción los gobernantes futuros. Yo no tengo personalmente nada que desear ni menos que ambicionar; yo lo he sido todo en España; pero precisamente por eso no me considero en libertad para atender a lo que pudiera ser sugestión de egoísmo, o de comodidad, o de cobardía, y aun viendo, desgraciadamente, tan extendidas esas lacras, me lanzo a una expatriación que en las condiciones y circunstancias de mi vivir es, desde luego, una aventura y puede convertirse para mí y para los míos en un sacrificio.

»Pero tras largas y amargas y detenidas reflexiones veo claro mi deber y lo cumplo..., y se-

guiré cumpliéndolo, cualesquiera que sean las dificultades y los desengaños que encuentre en mi camino. Lo demás queda en manos de Dios. El ve la pureza de mi intención y el desinterés de mis propósitos. Bajo su protección me coloco y a ella me entrego, confiado en que sabrá dar a cada cual lo que merezca.

»A nada que sea esencial de mi historia política quiero renunciar. La última vez que habló en el Congreso el ilustre Dato, pocos días antes de su asesinato vil, él, tan ponderado y tan monárquico, dijo de un modo categórico que los conservadores éramos monárquicos, pero constitucionales y parlamentarios, y no serviríamos nunca a una monarquía que no lo fuera.

»Ese es para mí el caso actual; aprovecho la oportunidad para coincidir por una vez con el presidente del Consejo, que en uno de sus recientes monólogos dijo públicamente, dirigiéndose al rey, en cuyo nombre actúa, que las ideas lo eran todo y las personas no representaban nada. Así lo pienso y lo siento yo también, y las ideas, en este caso, para mí, son esos apellidos *constitucional* y *parlamentario*, de que hablaba Dato. Si se cierran todos los caminos, si ellos resultan definitivamente proscritos en España, yo procuraré por todos los medios restaurarlos y repatriarlos, y si no lo consiguiera, entonces, y aun haciendo los sacrificios necesarios, iría e iré

a buscarlos donde ellos puedan estar y yo tenga la seguridad de encontrarlos.

J. Sánchez Guerra.»

Dirigiéndose a mí, dijo don José Sánchez Guerra: —Mi libro *Galicia descubierta por un andaluz* lo tengo bastante adelantado. Creo que pronto se lo entregaré. Ahora, en París, sólo voy a dedicarme a la literatura...

Este libro, que don José no ha terminado aún, desgraciadamente, me lo ofreció para la editorial que yo entonces dirigía, por lo siguiente:

Estando yo en París, durante el verano anterior a su destierro, leí en un telegrama publicado en un periódico que don José Sánchez Guerra, que acababa de llegar a Galicia, había expresado su propósito de escribir un libro con el título antes dicho. Y yo me apresuré a escribirle pidiéndoselo para nuestra Editorial, en las condiciones que él señalase, ya que al solicitar de él su libro no me guiaba idea alguna de lucro sino la adhesión a su actitud y a su persona, que ya le había yo expresado públicamente, dedicándole mi libro *Flores de pasión*.

Quiero copiar ahora aquella dedicatoria, con el solo objeto de que se vea que no todo fué silencio en la época de la Dictadura, y para señalar los *motivos* que yo di para que contra mí se desatasen las persecuciones más sañudas de que se recuerda contra un

literato, que *osaba* dedicar un libro a Sánchez Guerra, una novela corta a Alba, llamándole AMIGO en letras mayúsculas, y expresar su radicalismo en otra interviú celebrada con Blasco Ibáñez, en la que aludía al «fariseísmo que gallea a la hora de ahora» y a «las injusticias y persecuciones», que contra muchos ya se habían desencadenado.

Había yo pedido previamente permiso a don José para dedicarle mi libro, y hasta le había enviado una copia de la dedicatoria. La más elemental delicadeza me aconsejaba, tratándose de hombre tan preclaro, no dedicarle públicamente un libro sin que él antes lo supiera, y hasta sin que conociese los términos de mi ofrenda. En cuanto recibí la autorización pedida, di orden tirada en la imprenta. Decía yo así:

DEDICATORIA

A D. JOSÉ SÁNCHEZ GUERRA

«No es al artista, no es al poeta a quien va dedicado este libro, aun reconociendo sus altas cualidades como favorito de Apolo y de las Musas, con las cuales—dicho sea de paso—ha sido usted ingrato. Es al político a quien dedico estas páginas. Aunque estas *Flores de pasión* se hallan tan lejos de la *cosa pública*—a pesar de que para el público fueron escritas—, el impulso liberal y humano de mi alma me mue-

ve a rendirle este humilde, pero sincero homenaje. Humilde, por ser mío; sincero, porque no puede ser más espontáneo. Nunca hablé con usted, salvo aquella *memorable* noche del homenaje a Gutiérrez Gamero, *celebrado* en el Casino de Madrid, en que fuí presentado a usted... (¡Cuántos aplausos cosechó usted aquella noche, en unión de García Sanchiz, Melquiades Alvarez, conde de Romanones y don Emilio!)

Es, repito, al hombre político a quien dedico este libro. Al político que de manera más rectilínea, leal y noble *reacciona* ante las realidades y ante los acontecimientos. Al político, del cual puede afirmarse, sin temor a equivocaciones, que daría cien vidas que tuviera por defender los prestigios del Poder público y la Constitución. Al político que, antes que otra cosa, es español y liberal. Al político honrado... Y no aludo al hombre, al hombre de veras, porque esa cualidad debe suponerse en las anteriores apuntadas.

Devotamente,

EL AUTOR».

Recuerdo que al mes de ponerse este libro a la venta, tan cariñosa y tan devotamente dedicado al jefe de la dignidad pública, dos agentes de policía se presentaron en las oficinas de la Editorial «Atlántida», con «diez y siete mandamientos judiciales», para recoger otras tantas novelas mías. Yo soy un

escritor que no ha detenido nunca ante ningún temor ni *escrúpulo* con la pluma en la mano. Tengo a mucha honra ser *un escritor sin escrúpulos*, es decir, sin temores ni vacilaciones ante ningún problema, aunque haya procurado siempre proceder ante las cuartillas honrada y limpiamente, sin que jamás me hayan guiado ni deseos de popularidad, ni ambiciones económicas. Por lo mismo y por lo que antes he dicho, entre mi modesta producción existen obras de los siete colores del espectro: rojas, azules, verdes, amarillas y aun blancas. Ya lo decía yo en el prefacio de aquel libro, *Flores de pasión*, ramillete sacado al azar de entre mis trabajos dispersos, y que sólo coincidían en la nota *blanca, impecable*, en el sentido más burgués y farisaico de la palabra.

De ahí mi sorpresa ante aquella avalancha de «mandamientos judiciales», pues entre las diez y siete novelitas que mandaban recoger, no sé si en dos o en tres podría hallar un fiscal algún pretexto para *escandalizarse*; pero lo indudable era que las restantes no podían, si se leían, ser objeto de ningún procedimiento judicial. Me equivoqué. Se me incoaron diez y siete procesos por «escándalo público». Pero había en esta enormidad algo todavía más gracioso. *La Novela de Hoy* era una publicación semanal, y, como tal, llevaba a la cabeza la fecha de cada número o tirada. A los efectos de la ley de Imprenta, era un periódico, sencillamente. Pues bien: con arreglo a las

fechas, había varias novelas que se habían publicado antes que algunas amnistías o indultos por supuestos delitos de imprenta. De esta forma, cronológicamente, los diez y siete procesos deberían haber quedado reducidos a seis o siete, ya que las restantes obras, aun suponiendo que predicasen el robo, el estupro o el incesto, estaban incluídas en medidas de gracia o perdón. Nada de esto sirvió en los alegatos de defensa. En los antros curialescos «había orden de arriba»—así me lo aseguraban en privado muchos que debían de saberlo—de que cuanto llevase mi firma, no sólo fuese sometido a proceso, sino que en su día fuese condenado con las máximas penas. Y así fué. Ni siquiera me sirvió, en la primera de esas causas, ponerme yo mismo la toga, como abogado perteneciente al Ilustrísimo Colegio de Madrid y defenderme yo mismo, sin sentarme en el banquillo. Allí, en mi *début* jurídico de la Corte, leí ante el Tribunal, casi íntegramente, la novelita en cuestión, demostrándoles así no haber ni un solo pasaje, ni una sola escena escabrosa. El fiscal estuvo conmigo amable y cortés y casi me dió la razón. «Hay casos —decía luego— en que uno debería retirar la acusación. Pero las órdenes que tenemos son severísimas. Y ¡ay de aquel compañero que quiera *salirse del tiesto!* Pierde la carrera y, además, nadie le hace caso luego.»

«Mi novela—acabé diciendo—no tiene nada de

pecaminosa, ni, por lo tanto, puede haber *escandalizado a nadie*, como acabáis de ver. Además, visto hoy la honrosa toga por vez primera y defendiendo mi propia causa. ¿Vais a condenarme sin haberme oído?»

Claro que sí. Fuí condenado a la pena de seis meses y no sé cuántos días de cárcel, a mil pesetas de multa y a once años de inhabilitación para cargos públicos, y no sé si a algo más. Pero no es esto lo más chocante. En los considerandos de esa peregrina sentencia se dice que se me condena «porque los dibujos, el título y la portada, así como el *asunto*, pueden considerarse inmorales». Como no podían copiar una escena, me condenaban a mí por los dibujos, por el título, por la portada y por «el asunto»...

¡Y así diez y siete veces, aunque yo no volví ni a sentarme en el banquillo, ni a ponerme la toga! Mientras se me condenaba en estos procesos, así como al pago de quince mil duros por un lado, al de dos mil por otro—todo por novelitas mías—, etc., etc., yo contemplaba el Vaticano, el Foro, el Circo, la Columna Trajano, y me paseaba en góndola por el Gran Canal, a la luz de la luna, oyendo canciones de amor, en los brazos de una mujer hermosa, dulce y enamorada, en aquella primavera inolvidable pasada en Venecia...

Una hora después, cuando nos disponíamos a marchar, fueron llegando muchos al hotel del Comercio. El doctor Marañón, D. Santiago Alba, D. Joaquín Payá, D. José Limón, etcétera, etc. Todos se mostraban llenos de entusiasmo ante el gesto de don José.

—Ha sido una ducha reparadora, tras tantos meses de oprobio y de vergüenza—decía Alba.

Fué transcurriendo el tiempo. Llegó la hora de irse a cenar. Se fueron despidiendo todos, todos..., y si a última hora no se apercibe de ello don Santiago, D. José Sánchez Guerra se queda solo aquella noche... No recuerdo quién le hizo compañía.

—¡Habría estado bueno—me decía Payá—que este hombre, en esta noche, se hubiese encontrado solo!

Tras unos días pasados en un hotel céntrico, don José se instaló en el Cayre's Hotel, situado en el número 4 del bulevar Raspail. El Cayre's Hotel es un establecimiento confortable, limpio, cómodo, regido por personas inteligentes y amables, que rodearon a su ilustre huésped de todas las consideraciones y de todos los cuidados.

Aunque don José tiene de antiguo el hábito de los viajes, y como todas las personas de intensa

vida interior no pueden nunca dejarse ganar por la melancolía, la aventura que realizaba no podía por menos de impresionarle grandemente, con hondas huellas en su espíritu sensible. El venía aquí, a París, no sabía para cuánto tiempo, tal vez para siempre. El, aunque en perfecto estado de salud, no era un joven... Y aunque rodeado de los suyos—su dignísima compañera, mujer abnegada, amantísima y con una voluntad gemela de la de su esposo, y sus hijas, llenas de simpatía y de cultura, prescindiendo de los encantos físicos—, la idea de no saber si volvería algún día a su patria habría de hacerle sufrir a ratos... Además, la familia... Para su familia, ¿no era también un duro sacrificio abandonar Madrid, España, con sus relaciones, afectos, amistades, para entrar de pronto, con perspectivas inciertas, en el clima de este París, que sólo va ganando nuestro espíritu poco a poco, precisamente porque luego nos gana en absoluto y para siempre? Y para don José tenía que ser más doloroso el sacrificio de la familia que el suyo propio.

¡Hombre admirable, en verdad, D. José Sánchez Guerra, que gana nuestro afecto a medida que se le trata, hasta sentir por él cariño entrañable!

De siete a siete y media era la hora hábil para verle, la más cómoda, porque, salvo que hubiese ido al teatro o al *cine*, era cuando había terminado sus lecturas y sus trabajos del día. Por allí desfilaban a

esa hora, casi a diario, el periodista veterano Jerique, José Manteca y tantos otros. Una de mis preocupaciones en la vida es la de «no molestar». Esto, unido a una susceptibilidad excesiva, casi morbosa, que me complazco en reconocer, hacían que dejase de ir durante unos días a ver al gran expatriado. ¡Y cuál no sería mi satisfacción cuando don José me decía: «¿Dónde se ha metido estos días? Le he echado de menos... ¿Qué le ha pasado?!» ¡Hombre de gran corazón, de tierno y generoso corazón! Yo, yo le he visto llorar algunas veces, no en llanto cobarde, sino en emoción santa y noble... En una de ellas estábamos los dos solos en su cuarto. En otra, era a los postres de un banquete, en el que se vió obligado a hablar. Más adelante referiré ambas escenas.

Una advertencia: Durante la estancia en París de D. José Sánchez Guerra no he tomado ni una sola nota. Yo jamás anoto nada, ni cuando viajo. Pero es que, además, el hecho de *anotar*, de hablar con una persona que tiene confianza en nosotros, para luego llegar uno a casa y comenzar a escribir lo que ha oído, me parece, no sé por qué, que no es leal, que no es noble... Lo que no haya dejado huella en nuestro espíritu ni en nuestra memoria, es que no somos dignos de recogerlo...

Así, estas páginas son recuerdos naturales y espontáneos, escritos además cuando don José acaba de recordar refiriéndose a su actitud política hacia el rey, los versos de su paisano el duque de Rivas, y que yo le había oído recordar otro día:

«No más abrasarse el alma
 en sol que apagarse puede.
 No más servir a señores
 que en gusanos se convierten.»

Y yo confieso que si, contra toda lógica, don José se hubiera declarado presto a gobernar con el rey, yo no hubiera publicado estas páginas, y no porque puedan entibiarse por nada ni por nadie la devoción que por él siento, sino porque entonces este libro tendría, *sin tenerlo*, cierto tufillo a eso que se llama *hacer méritos*, y que tanto me repugnó siempre, pues yo, en política, ni he sido ni quiero ser nada.

¡Cuántos trataron de *quitarle de la cabeza* su decisión de expatriarse! Pero él contestó siempre:

—Para mí pasó la hora de la reflexión. Una vez que decido una cosa, nada hay que pensar ya; la acción sucede a la reflexión.

Le he oído también:

—Cuando decido una cosa pienso que es la mejor.

¡Admirable sentencia, que es todo un curso de energía en una vida rectilínea como la suya!

Don José es el hombre que más anécdotas y chascarrillos sabe y que sabe relatar con más gracia. Un día Primo de Rivera acababa de publicar una nota llena de amenazas risibles contra sus enemigos.

Se habló de ella aquella tarde, y don José refirió:

—Había, en los célebres tiempos de Fornos, un hombre, arruinado por el juego y la mala vida, que interpellaba, a la salida del teatro Real, a los enchisterados personajes que salían. El amenazador sujeto decía con voz de trueno:

—Deme usted dos pesetas..., porque si no...

Los interpellados, en general, y tras breves momentos de vacilación, se metían la mano en el bolsillo y «se expresaban». Pero uno de ellos, que había sido ya objeto de diversas peticiones por el mismo pedigüeño, una noche regresaba de mal humor a su casa, cuando se le interpuso el *héroe*:

—Deme usted dos pesetas..., porque si no...

El otro se detiene, y con calma, lentamente, paladeando las palabras, contestó:

—Porque si no, ¿qué? ¿Qué?

Y entonces el otro, humildemente, balbuceó:

—Porque si no... me quedo sin cenar.

En París, contra lo que creen muchos españoles que no han estado aquí o que suelen venir a divertirse unos días de vez en cuando, la gente madruga mucho, trabaja de firme y se acuesta temprano. Don José no tuvo que adaptarse a la vida de París sino en pequeña parte, porque siempre había sido un madrugador.

Su vida aquí era sencilla, laboriosa, serena. Se levantaba a las siete y media, desayunaba, leía, salía a pasear, iba por las oficinas de La Unión y el Fénix —sociedad de la que es abogado desde sus primeros tiempos, cuando ni siquiera era diputado—, regresaba a las once y media al hotel, para almorzar, si no estaba comprometido a hacerlo con alguna personalidad política o literaria—en cuyo caso regresaba a las tres de la tarde, a escribir y a despachar sus asuntos...

Aficionado al teatro y al *cine*, don José, durante su estancia en París, no ha dejado de ver un espectáculo, ni ha dejado de oír una conferencia de interés, ni de leer ningún libro que valiera la pena... Ni de recibir a los españoles que han querido verle. Los que le decían:

—No le conocía personalmente; pero, estando en París, creí un deber de español venir a verle...

Halagaban a don José en su fibra más sensible.

Para todos tenía una sonrisa. Para todos tenía un apretón de manos.

No dejaban de visitarle tampoco muchos «camaleones», que querían no perder el contacto con el «ex jefe», por si acaso un día volvía a empuñar las riendas del Poder. Algunos, «asambleístas», que veían en lo presente y en lo futuro el marchamo de irredención política, y en muchos casos, personal. Para éstos, don José observaba una actitud cortés, glacial en el fondo, fría a todas luces. Y algunos hasta querían darle explicaciones, justificarse. Don José les atajaba con un gesto, al mismo tiempo que les decía, por ejemplo:

—Yo adopté mi actitud, personalmente, y nadie estaba ni está obligado a seguirme. Siento no poder felicitarle por ese nombramiento.

Y se hablaba de otra cosa.

En ningún país se carece, aun entre profesionales, de sentido político como en España. Durante el período emigratorio de Sánchez Guerra, como antes y después de su discurso en la Zarzuela, la eterna y necia pregunta asomaba a infinidad de labios:

—Pero don José, ¿es o no republicano? ¿Se va a declarar partidario de la República, o no?

¡Qué inconsciencia! A los enemigos del rey y de la monarquía no les basta que el hombre más prestigioso del régimen monárquico se decidiera primero

a combatirlo, incluso con levantamientos militares, que había repudiado y censurado siempre, y luego dando una estocada a fondo en pleno pecho del monarca. Esto, por lo visto, nada significaba si Sánchez Guerra no grita con todas sus fuerzas:

¡Viva la República!

Y así hemos visto que los más fanáticos defensores del republicanismo regateaban su aplauso a Sánchez Guerra, sin agradecerle, en una ingratitud política monstruosa, que fuese él quien en realidad acabó con la gangrena dictatorial.

Los que tratamos a don José sabíamos que, republicano o monárquico, no podría nunca colaborar con el rey. Ya era tarde. Ya no tenía salvación el monarca. Ya, dignamente, don José no podría despachar con él. Y así lo dijo, sin ambages ni rodeos, a los embajadores de toda índole que le visitaron durante su destierro *voluntario*.

¿Voluntario? Don José dijo varias veces que si él estaba en París cumpliendo con su deber de político constitucional y parlamentario, y que si el deber era obligatorio él no estaba allí por su voluntad... Y el argumento no podía tener más fuerza.

Don José Sánchez Guerra es, en realidad, republicano por la fuerza de las circunstancias, desde hace algunos años. El ha dicho lo que cree que puede y tiene que decir. Pero en los grandes patriotas, en los gobernantes de realidades y de temperamento, el

amor a la patria se impone sobre todas las creencias de forma de gobierno. Y así como creo que el mismo Maura, en una república conservadora y burguesa, no habría permanecido sordo a los deberes políticos si se hubiera apelado a él, tengo la seguridad de que Sánchez Guerra sería presidente de la república española si el país lo juzgara conveniente.

Lo principal, a mi juicio, son los hechos, los actos de los hombres, no las declaraciones formularias y huecas de mostrar adhesión a determinada forma de gobierno. De ahí que, o mucho me equivoco, o si la república triunfara por la fuerza avasalladora de los acontecimientos y de la opinión, sería una república sin los republicanos doctrinarios e intransigentes de siempre, los cuales formarían la extrema izquierda, pero no podrían en mucho tiempo, a menos de un cambio radical de procedimientos y de orientaciones, dirigir la nave del Estado.

Don José Sánchez Guerra ha hecho por la república más que todos los republicanos juntos, los cuales ni siquiera han sabido ponerse de acuerdo para luchar por el triunfo de la idea.

Es decir, hay otro hombre que ha hecho mucho por la república, puesto que a él se debe lo que ha hecho Sánchez Guerra: D. Miguel Primo de Rivera y Orbaneja.

Llegaba yo, de seis y media a siete, al Cayre`s Hotel. Al verme, el conserje cogía el teléfono y pedía comunicación con la habitación número 8. Y cuando le contestaban, y tras dar mi nombre, me respondía:

—Baja en seguida.

Y yo me dirigía al salón de visitas. A aquella hora estaba desierto casi siempre. Me sentaba en un diván, desde donde veía la escalera. Así podía ver al venerable don José descender tranquilamente, a veces con aspecto cansado; otras, las más, juvenil, erguido, como su alma andaluza, que tiene de moza tanto como de indomable y altiva, pero que encierra la nostalgia y la ternura de las civilizaciones árabes derrocadas por el cristianismo.

—He aquí—pensaba yo muchas veces al ver a don José—el tipo de hombre antitético al judío, al trepador, al arribista, al oportunista.

Y se aparecía ante mí el ejemplo de su vida inmaculada, de su vida austera, que alcanza esa austeridad hasta en el régimen alimenticio. Don José, en efecto, que no prueba el vino, es uno de los hombres que comen con más moderación, huyendo de las salsas y de los guisos complicados, que no sólo perjudican al estómago, sino que dañan muchas veces la pureza del pensamiento.

... Llegaba yo, como digo, y don José, tras saludarme cariñoso e invitarme a que me sentara, me preguntaba si sabía algo nuevo de aquí o de allí. Y en

seguida comenzaba a hablar sobre cualquier tema de actualidad, todo salpicado de anécdotas, chascarrillos, sentencias latinas y adagios.

A veces me mostraba las pruebas de uno de sus artículos de *A B C*, que acababa de recibir. Escribía dos al mes y percibía por cada uno la suma de quinientas pesetas. Este precio fué tácitamente convenido porque un día, mucho tiempo antes de que don José pasase la frontera, éste había dicho a D. Torcuato Luca de Tena, hablando de lo que cobraban por sus artículos algunos políticos extranjeros:

—Yo no escribiré nunca una crónica por menos de cien duros.

Y así, al solicitar don Torcuato la colaboración literaria de su selecto y buen amigo, el mismo día en que éste se iba a Francia, le dijo:

—Si te parece, te daré quinientas pesetas por cada artículo. ¿Con cuántos puedo contar al mes?

—Por ahora, con dos. Más adelante tal vez pueda escribir alguno más. Pero siempre con una condición: que no colaboraré jamás con la censura. Bastará que el censor quiera variar el sitio de una coma, suprima una palabra, se cambie o no con ello el sentido de la frase, para que mi trabajo no se publique.

Y así era, en efecto. Don José prefería sustituir por otro el artículo en el que el censor había intervenido, a soportar el inquisitorial lápiz rojo.

... Y he aquí a don José Sánchez Guerra, en Pa-

rís, a los sesenta años de edad, haciendo la vida juvenil de un periodista. Sus artículos en el *A B C*, tan intencionados, tan buídos dentro de los temas más literarios e inocentes, le valieron no sólo adhesiones y entusiasmos sin cuento, sino acerbas censuras entre muchos graves varones, que se indignaban, con más o menos sinceridad, viendo a un ex presidente del Consejo, encanecido en la vida política y parlamentaria, *descubriendo París con un entusiasmo de neófito y divagando sobre temas literarios como podría hacerlo un poeta de juegos florales*. Y algunos aún eran más severos en el juicio que les merecía la actuación periodística del ex jefe del Gobierno y del partido conservador. Una gran personalidad política, cuyo nombre no diré, porque el diálogo no estaba destinado al público, sino que se desarrollaba en el seno de una amistad que aquel día me proporcionó el natural disgusto, me habló de la colaboración literaria de Sánchez Guerra en el *A B C*.

Me encontraba yo de paso en Madrid, y fuí a visitar al amigo a quien yo tenía la costumbre de consultar sobre las inicuas persecuciones de que me hacía víctima. Se habló de París, de política, y, claro, el nombre de don José apareció en seguida en mis labios.

—Le veo casi a diario. Está muy bien de salud y de ánimos.

—¿Y no comprende—prorrumpió—que nos está

poniendo en ridículo con esos artículos del A B C? Nos está, sí, poniendo en ridículo a todos...

Me quedé de una pieza. De un lado, a mi ilustre amigo y colutor yo profesaba y profeso una gran estimación moral, y de otro, el cariño que yo sentía y siento por don José Sánchez Guerra raya en el fanatismo. Por otra parte, los artículos de don José, a mí como a casi todos los españoles, me parecían muy bien. En ellos, don José, al socaire de la literatura, burlando las estrechas mallas del censor, combatía a la Dictadura, disparaba cañonazos, hería con el florete de su pluma intencionada... ¿Qué más se podía pedir? ¿Qué más se podía desear de un hombre que, además, estaba en París por dignidad política, dispuesto a *repatriar* la libertad y a buscarla *donde él creyera que podía encontrarla*? Muchos ex ministros nos *regalan* con sus producciones, más o menos literarias, en la Prensa. ¿Podía nadie, en justicia, decir que los trabajos literarios de don José desmerecían de los de sus colegas?

Todo esto, en las mismas o parecidas palabras, contesté a mi opulento amigo. Pero salí de su casa triste, pensando, sin embargo, en que no debían sorprenderme las injusticias y persecuciones que llovían sobre mí, si personalidades tan austeras y respetables como la de don José Sánchez Guerra eran objeto de juicios tan adversos, aun en la parte de su actuación pública, sobre la que menos podían esperarse ataques tan severos.

Un día, don José y yo fuimos invitados a almorzar, en el hotel Crillon, por el aristócrata y escritor don Antonio de Hoyos y Vinent, que gusta, tanto en París como en su casa de Madrid, de sentar en su mesa a sus amigos. Era precisamente un día en que yo acababa de leer en *A B C* un artículo del marqués de Vinent elogiando a Primo de Rivera, y yo admiraba la ductilidad y el eclecticismo del autor de *Un caso clínico*.

La conversación con el literato marqués, habida cuenta de su absoluta sordera, resulta bastante difícil, sobre todo si se desconoce el alfabeto mímico, como me ocurre. La estilográfica o el lápiz tienen que suplir a las *letras-gestos*, y aun así la conversación deviene a las veces vagarosa, pues el autor de *Las hogueras de Castilla* está, por desgracia, cada día más miope, y casi tiene que llevarse el papel hasta las mismas niñas, azules y claras, de sus ojos.

Para don José, en cambio, no había problema, pues conoce como pocos el idioma de los dedos.

Refiero todo esto porque aquella tarde estuvo a punto de ocurrir una verdadera desgracia nacional.

Ingerido el café, y transcurridos los oportunos instantes de la sobremesa, nos despedimos del notable novelista, acusado tantas veces, sobre todo en sus primeros tiempos, y con notoria injusticia, de cultivar la baja y hedionda pornografía en sus escritos. Con su terno verde, impecable, de género y sastre

londinenses, el señor Hoyos y Vinent nos acompañó hasta la puerta del hotel, y don José y yo atravesamos la plaza de la Concordia, dirigiéndonos a pie hasta el boulevard Raspail. Pasamos junto a la Cámara de los Diputados, tras de detenernos breves momentos en el puente, para contemplar el solemne decurso de las aguas del Sena.

Gusta don José de pasear a pie por las ciudades. Aquella tarde parecía más ágil y animoso que nunca. Ibamos de prisa porque el gran patriota había citado a las tres y media, en su hotel, a unos señores, y el tiempo apremiaba. Y ya casi estábamos en el Cayre's Hotel cuando, al atravesar una calle—la rue du Bac—, un caballazo normando, inmenso, como la pesadez de ciertos ensayistas, se nos echó encima casi por completo. El inmenso animal tiraba de unos de esos carros inconmensurables que miden casi medio kilómetro de longitud. Yo, cogiendo del brazo a don José y dándome cuenta de la enorme responsabilidad histórica que en aquellos instantes pesaba sobre mí, quise maniobrar, retrocediendo. Pero don José, rápido, sereno, enérgico, tiró de mí, avanzando hacia la acera opuesta. Y tal vez aquello fué su salvación, y la mía, pues yo puedo asegurar que, pasase lo que quisiera, no habría soltado su brazo. El caballo, que a mí me parecía mayor que la catedral de Notre Dame, habría atropellado primero

al ex jefe de los conservadores y futuro Presidente ⁴ por la posición en que nos encontrábamos.

Cuando nos vimos a salvo, miré a don José. Sonriente, sereno como nunca, sin darle importancia al grave peligro que acababa de correr, se limitó a decir:

—Siempre es preferible avanzar, nunca retroceder...

¿No eran aquellas palabras como el lema de su vida política, como el emblema de su actuación ciudadana y gallarda, digna y ejemplar?

Don José, a quien en Bayona había yo ofrecido mis modestos servicios como secretario, amanuense o cosa análoga, me había preguntado varias veces si no sabía yo de algún muchacho o chica españoles que pudiesen despacharle la correspondencia. Siempre que me hizo tal pregunta, yo le había dicho:

—Yo puedo hacerlo.

Pero él se excusaba. Sabía que yo tenía mis trabajos, mis contratos, mis colaboraciones.

Cuando se tienen seis hijos y la vida está cara, y se vive en París junto a la plaza de l'Etoile, casi en las puertas del Bosque de Bolonia, y no se tienen rentas

¹ De la República

ni cupones que cortar, hay que trabajar de firme, y para mí el trabajo es cosa fácil y cómoda, con tal de que no tenga que realizarlo a horas fijas. Por fortuna, mis colaboraciones, mis novelas, mis andanzas personales yo las realizaba cuando quería, a las horas que me eran más gratas: por la mañana, por la noche, por la tarde o de madrugada. Y esta elasticidad en mi labor me permitía, con verdadero placer, ofrecer mi ayuda al hombre a quien yo había llegado a querer verdaderamente. Si mi oferta reiterada tenía algún mérito, aparte la sinceridad y el cariño, era que yo no sólo no había sido nunca secretario ni amanuense de nadie, sino que, primero en casa de mis padres y luego en las empresas editoriales por mí fundadas con éxito rotundo, yo había tenido secretarios y empleados a mis órdenes. Pero como para mandar, para saber mandar, es preciso obedecer y saber realizar lo que se manda, y yo siempre *supe mandar*, me consideré dichoso cuando, por fin, D. José Sánchez Guerra aceptó a darme el primer paquete de cartas para contestar. El me entregaba veinticinco, treinta o cuarenta, poniendo sobre cada una dos o tres palabras, y yo, en el papel timbrado suyo que me daba, las contestaba a máquina en mi casa, y al día siguiente se las llevaba a la firma. Fué para mí una breve temporada llena de satisfacciones. Nunca me consideré tan dichoso como durante aquel par de meses, y no duró más mi trabajo junto

a don José, porque me fuí a la Habana, formando parte del Congreso de Prensa Latina; y a mi regreso, el bueno de José Manteca me había sustituido en el honroso cargo. Y ni Manteca lo habría dejado de buena gana, ni yo era capaz de intentar el rescate, tratándose de un amigo, de un desterrado como Pepe Manteca. Despachar con Sánchez Guerra era un honor tan grande, que nadie osará disputárselo a quien lo tenga. Yo me había ido a la Habana, ya que no a Sevilla, y era justo que, por el placer de tan grato viaje, perdiese la inolvidable silla. ¡Era pagar cara la travesía!

A don José se le invitó, por encargo expreso de la Prensa de Cuba, a asistir, como jefe de honor, al citado Congreso de la Habana. Pero él no pudo aceptar, por las mismas razones que rehusó cuantas proposiciones le fueron hechas para recorrer América dando conferencias.

—Ausentarme de París en estas circunstancias parecería indicar que yo abandonaba mi puesto, que yo me desentendía de las cosas de España, y eso no puedo hacerlo.

Y como le dijese que yo vacilaba en si debía yo ir, no por mí, sino por otras causas, él me decidió:

—Le conviene hacer ese viaje, que no puede ser más interesante.

Y me fuí. Pero él me dió una cuartilla de saludo a Cuba, que se publicó en *El Diario de la Marina*.

Unamuno me entregó otro mensaje, que se publicó en el mismo periódico. Llevaba yo, además, por mi exclusiva iniciativa, pero con su autorización, el deseo de gestionar una colaboración periódica de don José en *El Diario de la Marina*. A este efecto hablé con el director, Pepín Rivero, quien se mostró encantado y ofreció trescientas pesetas por artículo, solicitando uno a la semana.

—Si en Madrid cobra cien duros, proporcionalmente, ateniéndonos a esta casa, creo que está bien —me dijo Rivero, quien tuvo para los periodistas españoles gentilezas inolvidables, dicho sea de paso—. La Habana no es Madrid, ni Cuba, numéricamente, es España...

A mi regreso hablé a don José de mis gestiones. Y aunque las agradeció, por fin no aceptó la oferta de Rivero. Había para ello varias razones. En primer lugar, si en Cuba podía escribir libremente, don José era enemigo de llevar las contiendas fuera del país, y más teniendo en cuenta que Cuba había pertenecido a España. Y escribiendo sobre temas exclusivamente literarios, no le parecía tampoco oportuno... Total: una nueva renuncia, por patriotismo, a una justa retribución a su trabajo...

Pero ¿y *Hojas libres*?, dirán algunos. ¿No aprobaba don José la publicación y la campaña de *Hojas libres*? Tema delicado es éste para mí, pero que no quiero soslayar, sin embargo. De mi devoción por

Unamuno, de mi amistad por Ortega Gasset hay pruebas en este libro. Además, yo, por mi parte, declaro aprobar en todo los artículos violentos de don Miguel, las campañas de salud pública de Ortega.

Don José no podía menos de reconocer la justicia y la lógica de la actuación de *Hojas libres*. Pero, enemigo de violencias de dicción, no podía, personalmente, aprobar el tono de aquellos vibrantes escritos. Pocos como él sienten respetos por don Miguel de Unamuno. Pero de esto a aplaudir sus sátiras terribles, media un abismo.

Disintiendo de ello, pero respetando su manera de pensar, he creído un deber aclarar lo que a mi juicio pensaba y sentía a este respecto don José Sánchez Guerra.

Cuando yo despachaba el correo con don José, éste levantaba con frecuencia la cabeza para hablarme, queriendo con ello dar a entender, sin duda, que no me tomaba por un empleado. Y bien sabe Dios que yo, al servirle, lo hacía sin la más pequeña reserva mental, satisfecho de poder ser útil a un hombre, por el cual—por la causa que él representaba y defendía—yo habría dado sin vacilar la vida. Fué en una de aquellas tardes cuando le vi llorar... Estábamos los dos solos en su cuarto. Don José llevaba

firmadas ya más de un centenar de cartas cuando yo le hablé de su hijo don Luis, el ingeniero-jefe del puerto de Alicante. Todo el mundo conoce en España las altas dotes de probidad y pericia que adornan a este ingeniero. Y por aquellos días había ocurrido un incidente entre él y el gobernador de la capital levantina.

Don Luis Sánchez-Guerra ha permanecido siempre apartado de la política. En el desempeño de su cargo no se ha doblegado ante ningún Gobierno. Y no iba a hacer una excepción con el ominoso de la Dictadura. Sabido es cómo ésta pretendía, y en general lograba, las sumisiones de todos los elementos oficiales de la Península. El gobernador de Alicante pretendió que el ingeniero del puerto fuese un número más en la comparsa incondicional del Poder. Pero el hijo de don José Sánchez Guerra, que ha heredado de su padre todas las cualidades de integridad moral, contestó al cabecilla dictatorial:

—Jamás me he mezclado en la política. Jamás he recibido órdenes de ningún Gobierno, ni aun de aquellos que presidió mi padre. Yo no tengo otra misión que la del estricto cumplimiento del deber... Menos había de acatar órdenes de los gobernantes de ahora...

El poncio, indignado, se dirigió en queja al Gobierno. El cual mandó que se girase una *visita de inspección* al puerto de Alicante. Y fué todo minu-

ciosamente examinado, contrastado, revuelto. ¡Qué triunfo para Primo si se lograba separar del Cuerpo de Ingenieros, por irregularidades probadas, a un hijo de don José! Pero, claro, la inspección resultó un homenaje rotundo para el ingeniero-jefe. El gobernador fué destituido, aunque poco después, en vista de que a Primo le resultó estéril su fingido gesto de gallardía, fué ascendido al Gobierno civil de Valencia.

Don Luis Sánchez-Guerra, ante el rasgo postrero del Gobierno destituyendo al gobernador, que había osado poner en duda la rectitud del ingeniero—que es respetado y querido unánimemente en Alicante por todas las clases sociales—, escribió dos líneas al jefe de Gobierno agradeciendo la rectitud con que se había procedido en el asunto. Primo de Rivera aprovechó la ocasión para escribir a don Luis una carta, de su puño y letra, llena de elogios para él y para su padre. «Es usted—venía a decir Primo de Rivera—digno hijo de su padre, del cual yo soy el primer admirador, a pesar de las diferencias que nos separan.»

Sin desconocer que en esta carta existía, por parte del dictador, una habilidad política, encaminada a dulcificar los ánimos del ex jefe de los conservadores, sería ignorar el carácter de éste creer que algo podía desviarle de lo que él juzgaba el cumplimiento sagrado de su deber.

... Y fué, hablando de esto, de todo esto, cuando,

al referirse a su hijo, la voz de don José fué tornándose más opaca, más húmeda, hasta romper en un sollozo...

—Porque como él nada tiene que temer de nadie, como él puede llevar la cabeza muy erguida, como el...

Y don José, uno de los hombres de más temple moral, uno de los caracteres más valerosos del siglo, lloraba como un niño... ¿Qué de extraño tiene, entonces, que yo también llorase?

Siendo don José gobernador civil en Madrid, la Policía francesa detuvo en España a la famosa Cecilia Humbert, la precursora de tantas mujeres-águilas en el campo financiero...

La Humbert se disponía a salir, con sus esbirros, de una de las habitaciones del Gobierno Civil, hacia la estación del Norte, para ser conducida a Francia. Don José Sánchez Guerra estaba presente. Uno de los policías sacó de su bolsillo las esposas y avanzó hasta la detenida para atarle las manos. Pero don José detuvo al agente francés con un gesto. El policía no comprendió, por lo visto, y trató de explicar su actitud:

—Voy a atarla, excelencia, porque, dada la gravedad de los delitos cometidos por esta mujer...

—Yo no discuto, señor —dijo don José—. Yo no discuto; ordeno. Y así, mientras esta mujer pise tierra española, irá con las manos libres...

Cuando lleguen ustedes a Hendaya, señor agente, podrán ustedes obrar como quieran. En España, no...

La desventurada mujer, que era eso, una mujer, por encima del drama de su vida, se arrojó a los pies de Sánchez Guerra, llorando de gratitud...

Fué una escena que ni don José ni cuantos la presenciaron podrán olvidar nunca... Y la actitud del entonces gobernador de Madrid, ¿no revela, mejor que todas las loas, el alma y el temperamento de Sánchez Guerra?

La primera entrevista que tuvieron en París Blasco Ibáñez y Sánchez Guerra se celebró en el Cayre's Hotel. Fuí yo quien sirvió de intermediario, y, modestia aparte, quien hizo que esa entrevista se verificase, ya que por el estado de salud de Blasco se iba aplazando indefinidamente. Todos los días, a Blasco yo le daba noticias de Sánchez Guerra, y a éste, de Blasco Ibáñez. Hacia las cinco de la tarde me encaminaba al Claridge, y allí permanecía hasta las siete menos cuarto, en que me dirigía al Cayre's. Y a uno y a otro yo expresaba el deseo que tenían de verse.

Un día dije a don José:

—Don Vicente está bastante delicado. No es sólo la vista, sino la diabetes. No ha venido ya a verle porque anda siempre entre los médicos...

Y don José, confidencialmente, y después de lamentar el estado de salud del maestro, me dió una tarjeta suya:

—Puesto que usted va por allí, deje esta tarjeta. Como a la hora en que yo iría, por la mañana, él no estará, deja usted allí mi nombre...

Así lo hice, dando al conserje del hotel una propina, pues conociendo a Blasco, sabía que preguntaría detalles sobre el visitante.

—Esta tarjeta—dije—la ha traído un señor de cierta edad, ágil, con barba, Gran Cordón de la Legión de Honor.

Y por la tarde me encontré al maestro contento, satisfecho, optimista.

—Ha venido a verme Sánchez Guerra y yo no estaba... Lo he sentido mucho. Es preciso que yo le vea.

-Sí; yo creo que debe usted hablar con él. Los días pasan y ustedes no se ven. Es lástima...

—Pues pasado mañana, a las tres, que me espere en su hotel—me dijo Blasco, con su vehemencia un poco infantil.

¿Cómo decirle a don Vicente, a quien yo tanto quería, que a don José no podía imponérsele sitio y hora, sin convenirlo de común acuerdo? Pero era tal mi interés en que se juntasen, en que hablasen, en la seguridad que establecido el contacto se verían con frecuencia, que nada quise replicar.

Y con *la papeleta* de un día fijo, una hora fija y un sitio fijo partí aquella tarde a ver a don José. Yo no sabía cómo iba a quedar aquello. Sólo sabía que yo no podía decírselo así a Sánchez Guerra. Ya vería yo cómo me las arreglaba. Nunca me he visto en un aprieto semejante. Era toda una señora prueba para un diplomático. Si salía bien de aquello, indudablemente había errado la vocación, porque yo quise, hace años, ingresar en la carrera diplomática, y, por fin, no me presenté a las oposiciones. ¿Hice bien? ¿Hice mal? Ya lo veríamos...

Llego al Cayre's Hotel. Tengo la suerte de que nadie espera a don José, el cual desciende en seguida, me saluda con cariño y se sienta. Me hace sentar junto a él en el diván. Deseoso de no perder tiempo, por si llega alguien, comienzo:

—Vengo de ver a Blasco. Ha agradecido mucho su visita. Está muy contento. Tiene muchos deseos de verle en seguida. Y...

—Yo también deseo verle. Cuando él quiera, por la mañana, porque así nadie nos molestará.

—Es que precisamente por la mañana tiene que ver a los médicos.

—Pues cuando a él le convenga.

—Me ha dicho que, si le parece a usted, a las tres.

—Bueno. Conforme.

—Y como muy pronto, tal vez no pueda abandonar el hotel en unos días, por el nuevo régimen a

que va a ser sometido..., le agradecerá mucho que lo reciba pasado mañana, a la hora indicada.

—Bien. Le esperaré.

¡Qué peso se me quitó de encima!

Y el día indicado, a las tres menos cuarto, yo entraba en el Claridge, y minutos después, con el maestro, en su automóvil, nos dirigíamos al número cuatro del boulevard Raspail. ¡Blasco Ibáñez! ¡Sánchez Guerra! Aquellas dos grandes figuras iban a verse, iban a hablar, después de muchos años, cuando Blasco, en la Prensa, en el Parlamento, en el mitin, combatía con noble pasión y fuego a la monarquía, que Sánchez Guerra defendía con no menos noble pasión y fuego... Los enemigos irreconciliables—políticamente—de ayer, hoy iban a verse... ¡Cuántas cosas habían pasado desde que Blasco, abandonando la política, había salido de España, llamado por la Gloria! Había pasado eso: que Blasco había conquistado la Gloria, del brazo de la Fortuna. ¡Dúo admirable para un artista! Y había pasado... que se estaba padeciendo una Dictadura, la cual había tenido la admirable virtud—sobre todas sus vergüenzas—de sacar a Blasco Ibáñez de su retiro político, y de que hombres como Sánchez Guerra, expatriados, se declarasen desengañados de la monarquía.

Los enemigos irreconciliables de ayer iban a darse hoy la mano, formaban en las mismas filas de combate, iban a cambiar impresiones sobre la con-

ducta a seguir, sobre los medios de acción a desarrollar... Y yo, que he creído siempre en la fertilidad del dolor y de la desgracia, que creo en la veracidad del adagio «no hay mal que por bien no venga», pensaba, una vez más, que la Dictadura de Primo de Rivera, por lo mismo que despertaba indignación y provocaba coincidencias entre elementos ayer tan distantes, podría ser y sería el comienzo de la regeneración de España...

Se saludaron efusivamente. Subimos al salón del entresuelo, y allí comenzaron a hablar... Quise retirarme, y, tras breves elogios a mi persona, rogaron que me quedase.

Aludieron, primero, a la fecha en que se vieron por última vez en el Congreso, siendo el uno—Blasco—diputado republicano por Valencia, y el otro —don José—ministro de la Corona. Después, Sánchez Guerra pidió a Blasco, con interés, noticias de sus éxitos mundiales, sobre todo de los obtenidos en América del Norte. Y tras relatar Blasco, con el colorido vibrante de su verbo, la contraodisea de sus triunfos, se habló de política... Pero antes debo señalar mi complacencia al ver a don José interesarse más, mucho más por los éxitos artísticos de Blasco que por sus triunfos económicos. Sánchez Guerra no es que desprecie el triunfo financiero de nadie, sino que no le interesa. ¡Y bien lo ha probado él mismo!

—Mire usted—le dijo Blasco cuando comenzaron a hablar de la situación de España—, yo conozco muy bien la psicología de nuestro pueblo, como luchador político y como novelista. Usted ahora, desde que se expatrió, es como un tenor, y un tenor tiene que cantar de vez en cuando si no quiere que le olviden. Usted, a mi juicio, cada tres o cuatro meses debe dar una nota, en la forma que usted juzgue oportuna en cada momento, pero darla.

Don José seguía con gran interés las palabras del novelista.

—Usted me perdonará que yo le diga esto—siguió Blasco—, pero es que sería una lástima que su noble gesto cayese en el vacío tras algunos meses de silencio y ausencia. Los españoles necesitan ver y oír. De lo contrario, olvidan. Son como los niños. A mí se me ha ocurrido una idea... Y voy a decírsela. Usted sabe que una de las cosas que se dicen contra la revolución es que no se sabe qué ocurrirá después: que el desorden reinará, que la propiedad no existirá... Pues yo creo llegado el momento de dirigir un manifiesto al país, un manifiesto del cual usted debe ser primer firmante y yo el último. Con nosotros firmaría Alba, Unamuno, Villanueva, y los demás elementos de solvencia y responsabilidad. En ese documento se daría al país la sensación de que, caída la Dictadura, reinaría el verdadero orden, y se pediría la convocatoria de unas Cortes constituyen-

tes, en las que el país se declarase por la república o por la monarquía, comprometiéndonos todos de antemano a acatar la decisión de las Cortes. Por mí se decir que sí España quiere continuar con la monarquía, me retiraría definitivamente de la política, ya que no podría renunciar a mis ideales republicanos de toda la vida.

Don José prometió meditar detenidamente en lo que aconsejaba Blasco Ibáñez. Y tras hablar de otras cosas, se dió por terminada la histórica entrevista, celebrada días antes de la muerte del glorioso escritor. Acompañé a Blasco, en su automóvil, hasta el Claridge. Durante el trayecto, el maestro insistió en la conveniencia de aquel acto público.

—Porque es preciso que la gente se convenza de que si la situación cambia, no sólo no pasará nada, sino que todo mejorará, entrando por derroteros legítimos y sólidos. Yo en ese documento me sacrifico realmente, ya que es la renuncia a mi vida de revolucionario. Pero creo que la situación delicada de España merece bien el sacrificio de todos sus hijos.

A renglón seguido me habló de lo que era el gran tema de sus charlas, cuando se hallaba en la intimidad: de su señora, doña Elena, que sentía los entusiasmos republicanos con más intensidad, si cabe, que él mismo.

Debo aclarar que el documento propugnado por Blasco suponía un movimiento revolucionario, un

esfuerzo supremo de hombres y de dinero para derribar la Dictadura.

—Y por lo que toca al esfuerzo económico, estoy dispuesto a ayudar con más dinero que ninguno. Y mi mujer, estoy seguro que contribuirá con cuanto haga falta.

Días después, al hablarle a don José de la iniciativa de Blasco, me dijo:

—Yo, por ahora, he hecho y he dicho lo que tenía que hacer y que decir.

El proyecto de Blasco quedaba, pues, descartado.

A un hombre como D. José Sánchez Guerra es no ya difícil sino imposible, sacarle o apartarle del camino que se haya trazado. Fué una lástima, a mi juicio, que en ese camino no coincidiese con Blasco. Si a un esfuerzo supremo de propaganda y de dinero, se une un manifiesto asegurando al país el orden y el respeto a los derechos legítimos de todos, la Dictadura habría caído mucho antes y las Cortes constituyentes hubieran terminado su labor, y es casi seguro que estaría establecida la República en España. Blasco sabía que su renuncia a la lucha política era muy problemática, pues el pueblo consciente y libre, no podía optar sino por la forma de Gobierno racional y lógica en un país donde jamás ha habido

ni verdadera libertad, ni verdadero Parlamento, ni verdaderos liberales, ni verdaderos revolucionarios.

Juan Pujol iba a dar una conferencia en una de las salas de la Sorbona, y me dijo:

—Invitaría de buena gana a don José. Pero no quiero coaccionarle ni molestarle.

—Yo creo que, al saberlo, irá con mucho gusto. Por si acaso, dame unas tarjetas de invitación.

Y así, aquella tarde, en mi visita a don José, hablé de la conferencia de nuestro amigo. El gran expatriado me contestó:

—Iré con verdadera satisfacción.

Y el día indicado fuí al Cayre's Hotel, y con don José y otros amigos nos dirigirnos a pie a la Sorbona. La sala estaba llena de estudiantes que aprendían el español y a quienes interesaban las cosas de España. Pujol leyó su interesante conferencia en nuestro idioma, sobre *Paisajes y costumbres españolas*, y fué muy aplaudido. Al final, en un pasaje sentimental en elogio del desinterés de las gentes pobres de nuestra patria, don José se emocionó visiblemente.

Don José, a la salida, ofreció el brazo a la señora de Pujol, y a pie atravesamos el Barrio Latino. Nos acompañaban Ortega Gasset y Manteca.

Sánchez Guerra elogió el trabajo de Pujol con

sinceras palabras de estimación literaria. Se habló luego de la instalación definitiva de D. José en París, esto es, de la probable conveniencia de tomar un piso y abandonar el hotel. Pero, al final, don José expresó:

—¡Quién sabe si no estaré mucho tiempo en París! Mejor será, por si acaso, continuar en el hotel.

Todos interpretamos aquellas palabras en el sentido optimista que es de suponer. Pero pasaron varios meses, casi un año, antes de que Sánchez Guerra saliese de París.

Recuerdo que aquella mañana, a las doce, estaba yo citado con don José, para acompañarle después a un banquete de la Prensa latina, en *Le Journal*, y cuya comida era ofrecida en honor de nuestro gran político.

Al leer la prensa del día, mis ojos no podían dar crédito a lo que veían: Blasco Ibáñez estaba gravemente enfermo. Corrí al teléfono, pedí noticias a cuantos podían tenerlas. Esplá sólo sabía lo que yo. ¡Qué angustia! Pero la realidad era aún, más implacable. A aquella hora, Blasco Ibáñez había muerto.

Al salir de casa, el *Paris-Midi* traía ya la terrible noticia. Lo que yo sentí, lo que yo «no pude pensar», sólo Dios lo sabe...

Don José Sánchez Guerra no sabía nada. Había enviado por el *Paris-Midi* en aquel momento. La impresión que le produjo la fatal nueva fué grandísima. Le temblaba la voz.

—Lo siento, lo siento de verdad... Creo que no debemos ir al banquete.

—O podemos, puesto que era en honor de usted, ir personalmente a excusarnos.

—Sí, eso es lo mejor.

Y siguieron varios minutos de silencio, en que nuestros pensamientos estaban con Blasco, a quien días antes habíamos visto animoso, hablando de proyectos para los que hubiera necesitado otra vida... ¡Pobre Blasco!

Dentro del taxi, camino del *Journal*, yo no pude más y rompí a llorar. Don José asentía a cuanto yo decía, y bien veía yo su dolor.

Ya en el periódico, Sánchez Guerra se apresuró a decir a De Waleffe:

—Venimos para decir que nos vamos.

—¿Por qué?

—¿No sabe usted que Blasco Ibáñez ha muerto?

—Sí, y soy de los primeros en sentirlo. Precisamente, el acto de hoy será un homenaje a su memoria. Yo le suplico, Excelencia, que no se vaya. Nuestros amigos han venido para conocerle y aplaudirle. No es una fiesta. Es un acto de camaradería, de confraternidad periodística.

Y yo hablaré del gran español que acaba de morir.

Don José no tuvo más remedio que quedarse. Eran casi las dos de la tarde cuando nos sentamos a la mesa. Sánchez Guerra estaba asombrado de la falta de puntualidad de la *gente latina*.

A los postres, el Sr. De Waleffe, tras dedicar grandes elogios a la figura gloriosa de Blasco, propuso un momento de silencio en su memoria. Y todos en pie, religiosamente, permanecieron callados.

Habló después Sánchez Guerra. Estaba más emocionado que nunca. Comenzó hablando en francés, para continuar en nuestra lengua. Tras el recuerdo a Blasco, habló de sí mismo.

—Se ha dicho aquí por el Sr. De Waleffe que yo soy un desterrado voluntario. No sé hasta qué punto puede ser eso cierto. Si yo estoy en Francia en cumplimiento de lo que juzgo mi deber, ¿no es acaso obligatorio su cumplimiento?

Habló después de Francia, de su civilización, de su tolerancia, de sus bellezas. Después dedicó un recuerdo a la patria, España, a la que no sabe cuándo volverá, ni si volverá... Y en este momento, la emoción del gran político es tan grande, que sus palabras acaban en un comienzo de sollozo..., que acaba en una estruendosa ovación de la concurrencia.

En el primer viaje que hizo a París Rafael Sánchez-Guerra, después de publicar *La Novela de Hoy* su primera novela corta—titulada *Renunciar es poseer...*—, quise organizarle una comida, y a ese efecto, una mañana, a la una, nos reunimos en el restorán L' Avenue, cerca de la Gare de Montparnase, con el homenajeador y su ilustre padre, el gran político D. Santiago Alba y los compañeros Carlos Esplá, Juan Pujol, Aramburu, Ceria, Bedoya, Manteca, mi hermano Octavio y yo.

Momentos antes de comenzar a almorzar, alguien señaló una circunstancia que había pasado inadvertida para todos: era Viernes Santo. Y don José, que es sinceramente religioso, dió la gran prueba de tolerancia y buen gusto, comiendo de todo.

A los postres me levanté y pronuncié las siguientes palabras:

«Nos reúne aquí, queridos maestros y amigos, el grato motivo del triunfo de un escritor joven que escribe como un escritor viejo, dando a la palabra vejez el sentido de ponderación y madurez, no el de caducidad. Rafael Sánchez-Guerra, a quien todos conocéis como periodista que pertenece a la Redacción de un gran diario español, acaba de obtener un gran éxito en el campo de la novela corta, y también aquí cabría especificar el sentido de la poca dimensión, pues una novela corta puede ser muy grande, puede ser inmortal, mientras tantos ladrillos de más

de trescientas páginas caen y merecen caer en el silencio despectivo de todo el mundo... Rafael Sánchez-Guerra, puesto en contacto con el gran público, ha triunfado en toda la línea, puesto que su novelita *Renunciar es poseer*, inserta en *La Novela de Hoy*, ha logrado el máximo de venta, que es, quieran que no, salvo bien raras excepciones, la piedra de toque del escritor. Quien escribe lo hace para los demás, para el público, no para sí mismo ni para los amigos... Un escritor joven, el último de todos vosotros

—acabo de aludirme, ya lo habréis notado— ofreció su revista a otro escritor joven... Y lo que era y parecía un acto romántico, resultó de utilidades materiales, puesto que al venderse la edición, *La Novela de Hoy* hizo un pequeño negocio... De donde resulta, una vez más, queridos maestros y amigos, que *renunciar es poseer*...

Pero es que en la bellísima sentencia benaventurana hay otras fuentes o sugerencias que no debemos pasarlas por alto, que no podríamos aunque quisiéramos. ¿A cuántas cosas no ha renunciado el venerable hombre público, autor del autor de *Renunciar es poseer*? El, que lo ha sido todo en España, donde se le quiere como todos sabemos; él, que ha realizado el acto más bello de juventud y romanticismo, contrastando con la mísera cuquería de tanto jovenzuelo caduco y arrivista, renunció a muchas cosas que sería inútil citar..., y posee la devoción y gratitud de

todos los españoles conscientes. No podíamos hablar en esta fiesta del hijo sin levantar la vista hacia el padre... A ambos ruego que acepten esta fiesta de íntima camaradería y de homenaje sincero y cordial, de amistad firme y... de lectores asiduos.»

Al acabar la lectura, miré a don José. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Llegamos a los últimos días, es decir, cuando todo, para los que respiraban el ambiente de don José, parecía anunciar la buena nueva. Yo preparaba mi viaje a Menton para el aniversario de Blasco. Así se lo dije a don José, que me contestó:

—Pues yo iría también con mucho gusto..., tal vez vaya... Todo depende de un telegrama... Me gustará ver a los valencianos... Pero quizá aproveche, si voy, para detenerme un día en Marsella...

Era decirme que no debía decirle nada. El hecho de que no hablase de que yo podía acompañarle, era bien elocuente... Y su in perceptible sonrisa... Salí de allí contento, satisfecho. ¡Por fin iba a ocurrir algo! Nada dije a nadie de mi optimismo...

Al día siguiente no pude ir por el Cayre's. Pero a las ocho y media de la noche, Rafael Sánchez-Guerra me llamaba por teléfono.

—Llegué esta mañana. Creí le vería por aquí hoy.

Y como no quisiera irme sin verle... Voy al teatro.
¿Quiere venir?

—Podemos vernos a la salida, porque yo también voy al teatro.

—Bueno. ¿Dónde?

—¿En el Café Madrid?

—Conforme.

Y a media noche nos encontramos en el sitio indicado. Como Rafael casi acababa de marcharse, su nuevo viaje tenía que extrañarme, como él mismo dice en su interesantísimo libro *El movimiento revolucionario de Valencia*; es decir, más que extrañarme, *hacerme saber*... Una el lector mis impresiones anteriores a las de este viaje del notable periodista, y se vera cómo yo no no podía dudar...

—He venido a traer un pliego de D. Miguel Villanueva—comenzó diciendo Rafael—. En Madrid he dicho que venía a firmar el contrato de la traducción del *Volpone*.

—No me diga nada, Rafael. No me diga nada, porque ni usted puede, ni yo quiero que usted se violente.

Y hablamos de otra cosa.

Un periodista reaccionario estaba, en un rincón del Café, muy acurrucado contra una linda rubia.

—¿Qué dirían los beatos directores de su casa—pensaba yo—si viesen al joven y devoto correli-

gionario medio abrazado a una mujer que no es su mujer, ni siquiera su prometida ante Dios?

Este joven, que se las tiraba de *Argos de las derechas*, no vió aquella noche a Rafael Sánchez-Guerra, junto a mí, en el Café de Madrid, de los grandes bulevares. A mí sí me vió, y no de muy buena gana me saludó al pasar, cuando partió en unión de su Venus rubia. Luego me han dicho que este consecuente católico, que juzga compatible tener queridas en París y exhibirlas en público, con el dogma, fué la causa de que yo estuviese seguido durante dos meses largos por la policía francesa. Si es así, no le guardo rencor, sino gratitud. Porque mediante aquella molestísima fiscalización de mis pasos, pude comprender muchas cosas, y al mismo tiempo que se me daba una importancia absurda, se me hacía ver la relatividad de los derechos de un pacífico ciudadano extranjero en la tierra libre de la libre Francia.

Al dejar aquella noche a Rafael Sánchez-Guerra en la puerta del hotel, miré el reloj. Era la una menos diez. Tenía tiempo de tomar el Metro, siquiera fuese el último. En París, a partir de las once de la noche, rige la doble tarifa para los taxis, lo que es el azote de cuantos se ven obligados a recorrer la ciudad, o simplemente a recogerse, en las altas horas. Cuento esto

porque ese día estuve a punto matarme. Al cambiar de Metro en la Concordia para tomar la dirección Maillot y descender en la estación Obligado, que me deja a un minuto de mi casa, vi que el tiempo andaba demasiado justo. Y corrí escaleras abajo tanto, que perdí el equilibrio y caí. Me herí, primero en la mano derecha, al querer evitar la caída agarrándome a la barandilla dorada, y después en ambas rodillas. Quedé unos segundos sin sentido, traspasado de dolor. No podía incorporarme y nadie llegaba en mi auxilio. Sacando fuerzas de flaqueza, me levanté como pude, en un supremo esfuerzo. El último Metro llegaba en aquel instante. Y yo pensaba en España, en Sánchez Guerra, en que algo extraordinario iba a ocurrir. Y juro que el dolor de mis heridas lo ofrendé, en mi fuero interno, porque los dolores de la patria, porque las vergüenzas de la patria tuviesen fin.

De rodillas, con las rodillas sangrantes, con el dolor que pueda redimirme de mis culpas o errores, pedí que cesase la indignidad de la Dictadura... Y pedí, sobre todo, para mí y los míos, justicia, justicia...

¡Justicia! Vana palabra que por lo visto no puede obtenerse en la tierra!

Y así, la víspera partir D. José Sánchez Guerra de París, está para mí unida a un accidente que pudo ser muy grave, que fué muy doloroso, y a un ruego, a

una oración formulada entre lágrimas, bajo las galerías del Metropolitano, que eran en aquel momento para mí como un panteón de pesadilla y de fiebre...

Al día siguiente, cojeando, con vivos dolores, fui al Cayre's Hotel a la hora de costumbre.

Como sospechaba, D. José no estaba. Fernando, el portero de las patillas, me comunicó que don José había salido para Mentón, con motivo de celebrarse el primer aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez.

Había olvidado decir que el día anterior había yo celebrado una larga entrevista con Carlos Esplá, en un café del Barrio Latino. Esplá, que sabía podía confiarse en mí, pero que no podía decirme a dónde iba, me dió instrucciones para Mentón, «por si él a última hora, como sospechaba, no podía ir». Añadiendo: «Ya comprenderá que se trata de algo político, que esperamos tenga su centro en Barcelona. Si no voy mañana a la estación, es que no voy a Mentón, lo que, dentro del sentimiento que ello me cause, será buena señal. Además, en secreto, si no voy, puede decirle a Sigfrido Blasco que causas políticas me han impedido ir a Mentón. Le ruego envíe dos o tres crónicas al *Heraldo de Madrid*, explicándole a Fontdevila que yo no

he podido asistir a los actos conmemorativos.»

... Y así supe yo, sin saber, que algo serio iba a intentarse para librar a España de la carcoma dictatorial.

Fueron, sin embargo, en la Costa Azul casi cuarenta y ocho horas de angustia inhumana. Sabiendo que Sánchez Guerra y Esplá habían salido de París para España, los periódicos nada decían, y algunos de los españoles que llegaron para asistir a la procesión cívica de los valencianos, que vinieron en tren especial, confirmaban que algo había preparado. Sobre todo, el ex diputado José García Pardo, hijo ilustre del inolvidable García Berlanga, aseguraba que un íntimo amigo suyo, importante personalidad del republicanismo valenciano, le había asegurado «que no se sorprendiese si le cogían fuera importantes acontecimientos».

Pasé aquellos dos mortales días sin decir nada a nadie, en Niza, con doña Libertad Blasco, hija del inmortal novelista; de su esposo don Fernando Llorca, uno de los hombres más amenos, más simpáticos y más cultos que he conocido en mi vida, y del citado García Pardo, hombre de corazón que se gana en el acto la amistad y el afecto de cuantos le tratan. Estaba también con nosotros, es decir, con el Sr. Llorca y

señora, acompañándolos, el notable abogado Alvaro Pascual Leone.

Las noticias que nos llegaron de pronto fueron desoladoras. Fracaso del movimiento. Detención de Sánchez Guerra. ¡Cómo lloré, de pena y de rabia, delante de Pascual Leone y García Pardo!

Pocos días después; una tarde, García Pardo, Pascual Leone y yo tomábamos el tren en la estación de Niza. En el departamento viajaba una dama rubia, bastante guapa, y frente a ella, un hombre alto, que resultó ser un inválido de guerra. La señora estaba de muy mal humor. El militar protestaba del mal servicio de los trenes de la mala calidad del material, de todo. Y aquella señora llegó a decir a su compatriota:

—¿Pero no le da a usted vergüenza decir estas cosas delante de extranjeros?

Aquella mujer, no cabía duda, era una patriota *enragée*. Pero al militar, hombre sencillo, honrado, sincero, sin trucos, le parecía natural la protesta ante las cosas malas, y en su antipatriotismo llegaba hasta a conceder al extranjero el derecho a reclamar contra lo malo o deficiente.

—Los extranjeros, señora, pagan como nosotros, y como nosotros pueden quejarse. Me permito in-

sinuar que mi patriotismo no admite lecciones de nadie.

Lejos de indignarse, como parecía lógico, aquella mujer se humanizó bastante, y sin que Pascual Leone se diera cuenta, comenzó a mirarle con interés. Pero Pascual Leone, que es uno de los pocos maridos fieles que he conocido, creo que ni siquiera se apercibió de la presencia de la dama. Que, repito, era bastante guapa, rubia, con piernas bien torneadas; pecho saliente, sin llegar a la exageración, y ojos azules, muy dulces y agradables.

A fuerza de amabilidades logré calmar por completo a aquella ex furia de los Alpes. La conversación se hizo general, y la señora, ante la indignación de Berlanga, comenzó a mostrar sus ideas ultrareaccionarias, mientras lanzaba tiernas miradas a la cara pálida e interesante de Pascual Leone. Berlanga rugía como un león.

—No, no, dile que no, que una dictadura es una vergüenza siempre...

Yo sentía muchísimo, por primera vez en mi vida, no dar, en parte al menos, la razón a aquella mujer. Procuré cambiar de tema, y hablamos de viajes, donde nadie debe contradecir a nadie sin parecer incorrecto.

Llegó el tren a Marsella, descendió Leone para cambiar, con dirección a España. La señora rubia, desolada, me preguntó, no queriendo dar crédito a

sus ojos, si nuestro amigo se quedaba en Marsella.

—No se queda aquí, pero toma otro tren para Barcelona—le contesté.

—Parece enfermo—añadió ella—. Y es guapo. Pero el pobre se diría que padece de alguna afección seria del pecho.

—No. Su palidez no responde a una dolencia, sino a un temperamento tranquilo, tal vez algo linfático.

Nos dirigimos al restorán del tren y nos sentamos a la misma mesa el militar inválido, la señora, Berlanga y yo. La conversación transcurrió animada, y a la hora de pagar, cada uno liquidó su nota, menos Berlanga..., que además de la suya abonó la mía.

Después, el ex diputado pasó al coche-cama, el militar se fué a una litera de segunda... y yo quedé, en el compartimiento de segunda, a solas con la blanca matrona. Estaba apetitosa, en verdad, y la soledad, los vapores del vino de Borgoña, el traqueteo del tren, hacían que aquella mujer se me apareciese como una dama de Rubens, vestida.

Antes de apagar la luz hablamos un rato. Yo notaba que ella estaba de mal humor, como ofendida. Creyendo adivinar, comencé por decir:

—Señora: ha estado usted en nuestra mesa. Yo no he podido tener el honor de invitarla, porque he sido invitado. Y mi compatriota tampoco ha podi-

do hacerlo, porque había un militar, compatriota de usted, en la mesa, y era a él, sólo a él a quien pertenecía el honor y el deber de obsequiarla. Otra cosa hubiera sido aleccionar al ciudadano francés, y en un extranjero eso podría haber parecido intolerable. Pero sepa que en España, la señora que se sienta con españoles en la mesa y habla con ellos amistosamente, esto es, establece con ellos una relación, no puede abonar un céntimo...

No me había equivocado. La bella rubia estaba ofendida porque la habíamos dejado pagar. Pero mis palabras la desagraviaron. Me dió las gracias y comenzó a hablar mal del militar:

—Se ve que es de origen humilde; un hombre ordinario, bueno, pero sin principios...

Y a renglón seguido se presentó a mí. Me dió su tarjeta; leí su nombre, que por discreción no puedo ni debo estampar aquí. Era una poetisa, escritora, y me enseñó un libro de versos, ofreciéndomelo poco después. Aparenté leer unos cuantos de aquellos cortos renglones, mostrando el entusiasmo obligado.

—Y ahora, a dormir. Buenas noches y hasta mañana.

Apagué la luz. Y cada uno en un lado, tendidos, comenzamos a pensar, a dar vueltas, a tratar de descansar...

De pronto, me incorporé. Ella preguntó:

—¿ No puede dormir?

—No. Y si usted lo permite, voy a leerla a usted. Me entusiasman sus versos.

Encendí la luz, cogí el diminuto volumen... y cogí una mano de la señora, besándola.

—Permítame que comience por besar respetuosamente su mano.

Sin embargo, aquella mujer, que me había oído antes hablar del porqué no se le había pagado la cena y que me veía tan galante y madrigalesco, tenía de España y de los españoles una idea bastante incompleta. Me lo demostró al pedirme noticias de mi país y contestarle yo:

—La dictadura de España es algo tan grotesco, tan absurdo, que nadie se explica cómo puede subsistir.

Ella dijo:

—Pero tengo entendido que ustedes, como ciertas Repúblicas de su lengua, están... , vamos, no sé cómo decírselo..., están ... necesitados de Gobiernos duros.

—Es decir, que somos salvajes dignos de ser custodiados por la gendarmería. Señora, usted olvida que España....

Y le endilgué uno de esos centenares de manidos tópicos de patriotismo que hasta los internacionistas se ven compelidos a usar en el extranjero ante ciertas agresiones verbales o escritas más o menos inconvenientes.

Pero pronto volví a olvidar las incompreensiones un poco violentas de la hermosa *femme de lettres*. Yo la encontraba cada vez más deseable, y tenía que desplegar todas mis fuerzas de civilización para no agredirla de cierta manera. La emprendí, pues, con los versos, y una rara emoción, producida tal vez por los contenidos impulsos y por mi triste estado de ánimo, me hizo romper a llorar como un pobre chico desgraciado. Ella, naturalmente, atribuyó las lágrimas a la lectura de sus versos, y quiso consolarme, atrayéndome hacia sí, acariciándome el cabello. Por mi parte la abracé y la besé. Fué un beso en la boca, que casi la hizo desfallecer. Pero ella era más cerebral que otra cosa, y no desfalleció. Veía a un hombre llorar con la lectura de sus versos, y a ese espectáculo no podía renunciar así como así. Se rehízo, pues, y yo comencé otro poema. Salí a página por beso, pero en cuanto se acabaron los versos, se acabaron las besos. ¡Qué voluntad de mujer! Lloré más que Jeremías, pero tuve que cambiar de disco, porque la cantinela hacía cada vez menos efecto. No era mujer capaz de entregarse a las primeras de cambio. Si ella hubiera tenido en el cuerpo unos kilos de menos y una cuantas copas de más, los acontecimientos se habrían desarrollado de modo bien distinto.

Ya en París, fuimos sabiendo detalles de las ver-

gonzosas jornadas que llevaron a la prisión, por voluntad propia, por gesto digno de él y de nuestra raza, a D. José Sánchez Guerra. Su señora, la nobilísima dama que ha compartido con el glorioso político las alegrías y las amarguras—más aquéllas que éstas, pues en el diáfano y puro hogar de don José siempre reinó la más franca y sana alegría, la alegría que dimana siempre del deber cumplido—, pasados los primeros y naturales momentos de inquietud, estaba serena, tranquila, como su hija mayor, «la única de casa—frase de don José—que tiene preocupaciones políticas». Ambas sonreían ante las persecuciones visuales de la policía francesa, que llegaba a traspasar los umbrales del hotel, a seguirlas hasta dentro de la iglesia. Recuerdo que una tarde, dos o tres días antes de que la ilustre dama abandonase París para reintegrarse a España y esperar la suerte del amado esposo, un criado del hotel vino, alarmado, a las habitaciones para decir que la policía me seguía y había preguntado por mí, por si yo creía oportuno aplazar mi salida. Y la hija mayor de don José, riendo, me acompañó hasta la puerta del hotel. Fué, a partir de aquel día, cuando yo noté que dos hombres, como dos sombras, seguían todos mis pasos, de la mañana a la noche. ¡Qué honor para mí, pero qué injusticia, qué vergüenza... y ¡qué ridiculez!

Era la primera vez en mi vida que una cosa semejante me ocurría. ¡Yo, que había salido de España

asqueado de la pesadilla curialesca y me había instalado en París—¡sueño de mi vida!—, me veía en la capital de Francia perseguido silenciosa pero implacablemente por dos agentes de la policía francesa! Pero de todo esto hablaré a continuación.

En la estación del Q'uai D'Orsay fuimos pocos los que acompañamos a la señora y a la hija de Sánchez Guerra. Dos o tres señoras, dos caballeros que no conozco, Manteca, Pujol y yo. Y varios agentes de la policía.

—Si en lugar de haber fracasado el movimiento de Valencia, hubiera triunfado, ¿cuántos seríamos hoy en la estación a despedir a la familia de don José?—pensábamos.

Nunca habrá palabras bastantes para expresar cuánto la Humanidad abriga de triste, despreciable e ingrata.

—¡Ha terminado el destierro de Sánchez Guerra en París!—dijo Manteca.

Para nosotros, que quedábamos en la gran urbe, en un invierno que parecía más oscuro y tristón que nunca, sabiendo a don José preso, y viéndonos seguidos y aun perseguidos por los esbirros sin uniforme de la República, París, realmente, no resultaba grato.

—¡Adiós, señora! ¡Que la tranquilidad y la dicha la acompañen! ¡Que el ilustre compañero de su vida triunfe al fin en la lucha por el digno ideal! ¡Que la salud reine siempre entre los suyos!

Y el tren partió. Yo había entregado a la señorita de Sánchez Guerra una carta para su hermano Rafael, y un ejemplar de la adaptación francesa de *Volpone*. Hubiésemos querido también haber traducido *Topace*, de Pagnol, pero llegamos tarde.

Salimos al Quai D'Orsay. Llovía. Todos pensábamos en don José, que en la distancia nostálgica tenía para nosotros semejanzas con un cuadro del Greco; en su compañera, toda raíz y entereza, y sonrisa, y estoicismo de la raza; en el Cayre's Hotel, donde cada vez que pasásemos por el Bulevar Raspail entraríamos, tristes, a decir *bonjour* y a comunicar lo que supiéramos del gran político en prisión...

Y los tres, casi sin pronunciar una palabra, nos despedimos en la Plaza de la Concordia.

Y de los tres, al único que siguieron los *argos* de la Prefectura fué a mí...

Al hablar del atropello de que fuí víctima, durante dos meses, por parte de la Policía de esta bendita y hospitalaria tierra de Francia, quiero que la serenidad guíe mi pluma a través de las albas cuartillas.

No me será difícil. Primero, porque mi amor a Francia no puede estar condicionado por este incidente, minúsculo por tratarse de mí, y segundo, porque la Prefectura, a mi juicio, obedecía a ruegos, órdenes, denuncias o presiones de la Embajada de España, que pagaba espléndidamente estos servicios de vigilancia establecidos precisamente después que don José Sánchez Guerra, sin ocultarse, había salido de París y abandonado Francia sin que nadie se diese cuenta, lo que lógicamente debía colocar al señor Quiñones de León en una situación difícil y delicada cerca del Gobierno de Primo de Rivera.

Los vigilantes puestos a *mis órdenes* eran, como antes he dicho, dos: ambos corteses, simpáticos, pero que me seguían, sin recatarse, a muy pocos pasos de distancia. Al principio, la novedad casi me divertía. Pero pronto aquello resultaba intolerable. ¡Figúrense ustedes!

Tuve, por lo pronto, que suspender toda visita, entrevista o *rendez-vous* de índole privada que pudiese, de cerca o de lejos, comprometer a alguien. Porque los agentes, si yo entraba en una casa, ellos iban a preguntar a la portera o al dueño o dueña del piso informes sobre mí, sin aclarar por qué se me seguía, lo que le colocaba a uno en una situación equívoca, de sospecha turbia o probable delincuencia. Y, así, algunas veces, indignado, delante de los esbirros

secretos, yo gritaba al verlos hablar con el conserje de un hotel:

—¡Eh! Que éstos me siguen por supuestos manejos políticos... ¡Que no soy un bandido!

Y ellos, valga la verdad, siempre fueron prudentes y nunca me contestaron.

Una noche que había salido a pasear, tras varias horas de trabajo, por las inmediaciones de mi casa, en la Avenida de la Grande Armée, me dirigí a ellos y les dije:

—Ustedes me siguen, ¿verdad?

—Señor, podríamos no contestarle o contestarle mal. Pero usted merece todos nuestros respetos. Y, así, le decimos que sí, que tenemos orden de seguirle, de dar cuenta exacta y detallada de todos sus pasos... Y confidencialmente le añadimos que tenemos prohibido hablar con usted. Nosotros somos los primeros en lamentar las molestias que se le ocasionan, porque participamos en ellas con más intensidad que usted mismo...

—Pero, bueno, ¿por qué se me vigila?

—Usted debe saberlo.

—¿Yo? No soy un delincuente...

—De sobra lo sabemos. A un delincuente no se le sigue: se le detiene.

—Pero es que tampoco soy un probable criminal.

—En fin, señor Precioso, usted sabe que la política...

—¡Pero es ridículo! Yo no he sido ni soy nada en política. Soy un modesto escritor, que hace, ante todo y sobre todo, literatura.

—Usted no puede juzgar de su importancia. ¡Es usted demasiado modesto!

¡Como veis, me encontraba ante dos funcionarios que de buena fe me creían un personaje influyente, un enemigo de cuidado de la Dictadura! ¡Lástima que no fuese cierto!

—Nosotros—siguió diciendo el mismo que hablaba antes—sólo sabemos (y seguimos en el terreno confidencial) que la Embajada ha ordenado a la Prefectura que se le siga...

A continuación los policías me enseñaron sus insignias y sus carnets. Y el mismo, el que hacía de jefe, un rubio casi rojo, que demostraba ser bastante inteligente, añadió:

—Si alguna vez tiene usted que hacer una visita reservada..., vamos, ya me entiende..., no tiene más que decírnoslo.

Agradecí la gentileza, con el propósito firme de no caer en la candidez de solicitar nada.

Al día siguiente escribí una carta al embajador, señor Quiñones de León, en la que, poco más o menos, le decía: «Señor embajador: Como español que reside por su propia voluntad en París, como escritor y como periodista, me dirijo a usted para protestar contra la insoportable vigilancia de que vengo

siendo víctima por parte de la policía francesa y por orden de esa Embajada. A muchos halagaría ciertamente esa vigilancia, porque es dar importancia a una persona. Pero yo amo tan de veras la sinceridad y la verdad, que considero esa vigilancia absurda, ridícula, grotesca. Yo no podría, aunque quisiera, hacer el menor daño al Gobierno. Y el hecho de ser amigo fervoroso del excelentísimo señor don José Sánchez Guerra, de haberle visitado con frecuencia en París, y de haber ido a despedir a su señora a la estación, no creo que sea motivo para molestar a un ciudadano español, inscrito en el Consulado y en la plenitud de sus derechos. Yo quiero ir y venir por París con absoluta libertad e independencia, y antes de apelar a mis colegas franceses y a la Prensa de París, creo un deber prevenirle a usted, ya que estas cosas redundan en perjuicio del buen nombre de España.»

Horas después de que en la Embajada se recibiera mi carta, al salir a la calle, se dirigieron a mí los policías, sombrero en mano:

—Perdone. Tenemos orden de rogarle que nos acompañe a la Prefectura.

Quedé sorprendido. Creí que aquello era mi detención o mi expulsión. Y pedí permiso para subir un momento a mi casa.

—No, no se le va a detener ni a expulsar. Se le va a decir algo de palabra, y nada más.

Miré el reloj. Era la una. A las dos yo debía asistir a una Repetición general de la Comedia Francesa.

—Vamos ahora mismo—dije. Y les rogué subieran en mi mismo taxi.

En la Prefectura no se hallaba el funcionario que quería hablarme. Esperé, y al rato, mostrando mi entrada para el estreno, rogué se me recibiese en el acto o se me autorizase a volver después. Delante de mí se telefoneó al jefe que me había llamado, el cual anunció que venía en seguida. Y llegó, en efecto, a los pocos minutos. Me recibió amablemente, y cuando me hube sentado frente a él, comenzó:

—Soy el encargado de la vigilancia de extranjeros. Ha escrito usted a su Embajada quejándose de que se le vigile. Y le llamo para decirle varias cosas: Primera, que se le somete a vigilancia, no a ruegos de la Embajada de España (*aquí una leve e irónica sonrisa subrayó estas palabras*), sino de orden del señor ministro del Interior (M. Tardieu, a la sazón). Segunda, que estamos enterados de sus manejos (*aquí, el funcionario me examinaba para ver el efecto de sus palabras*), y que si continúa conspirando se le expulsará del país, como se ha hecho con otros... Hay que corresponder escrupulosamente a la hospitalidad que Francia, generosa, otorga...

Yo tenía unas ganas de reír como pocas veces las he sentido. ¡Estaban enterados de mis *manejos*! ¡Me

consideraban, nada menos, que el sustituto del señor Sánchez Guerra en París!

No voy a transcribir aquí todo cuanto contesté a aquél señor, el cual pronto se convenció de que todo aquello era grotesco.

—Mire; tal vez haya sido usted víctima de una denuncia...

Mostré mi sorpresa ante el hecho de que el prefecto, tan inteligente, consintiera tamaños desafueros con un miembro de la *Asociación de la Prensa Extranjera en París*, de la cual el referido M. Chiappe era presidente honorario. Mostré mi carnet, la tarjeta de *corta-filas*, en la que el propio prefecto rogaba a los agentes de la autoridad y de la fuerza pública me facilitasen el cumplimiento de mi misión, como corresponsal de un periódico de Madrid. Entonces el funcionario ofreció trasladar mis quejas al prefecto, y acabó:

—Sabemos que va usted a realizar un viaje con un amigo al próximo Oriente. Se le vigilará hasta ese día, y a su regreso, suponiendo que no faltará a las leyes de hospitalidad, no se le volverá a molestar.

Y así acabó mi entrevista en la Prefectura, donde fuí llevado por quejas de la Embajada de España a consecuencia de mi carta. Se me había hablado de una denuncia... Si ello es cierto, yo envió desde aquí al denunciante, junto con mi más absoluto despre-

cio, mi gratitud. Porque gracias a él conocí nuevas sensaciones. Porque gracias a él supe, ¡ay!, de la fragilidad de tantas y tantas convicciones. Y aprendí a amar más a España, donde, a pesar de los pesares, es muy difícil que se llegue a tales extremos del capricho y de la arbitrariedad, y donde se tiene del extranjero la noción y el respeto debidos.

Una mañana de frío intensísimo, uno de mis vigilantes subió a mi piso, y después de pedirme perdón por el atrevimiento, me dijo:

—Como esta vigilancia es absurda y no podemos resistir al frío—¡es inhumano tener a dos hombres en la calle a nueve grados bajo cero!, añadió—, vengo a rogarle lo siguiente: que cada día nos diga usted mismo dónde piensa ir, en líneas generales, y así nosotros redactaríamos el parte diario. Usted se verá libre de nuestra presencia y nosotros cumpliremos con nuestra misión. ¿Qué le parece?

Como yo no celebraba ni tenía que celebrar entrevistas misteriosas de ninguna clase, acepté el *statu quo* que se me proponía, pero no porque creyese cándidamente que se me iba a dejar libre. Por el contrario, así se convencerían de que en París, con mi intervención al menos, no había conspiraciones de ninguna clase.

Durante unos días, pues, así se hizo. Yo decía por la noche, por ejemplo:

—Mañana por la mañana no salgo; por la tarde iré a un estreno del teatro de la Michodière; después iré al café de la Paz, y luego regresaré a casa.

Y los policías, aparentemente, se limitaban a esperar mi regreso.

Recuerdo que una tarde no pude resistir, y al preguntarme a la salida de un teatro adónde me dirigía, les contesté:

—Miren, lo siento mucho, pero de esta forma yo experimento todavía más que antes la sensación de estar preso. Si yo les digo ahora que voy a ir a tal sitio, inmediatamente siento deseos de ir a otra parte, y todo esto me *enerva* hasta tal punto, que no puedo más. Síganme o no me sigan, pero no me pregunten nada... Renuncio, pues, al *statu quo*, y, por mi parte, no pienso preocuparme de si me siguen o no. Y les advierto una cosa: si esto se prolongase aún durante algún tiempo, crean que no daría yo lugar a que me expulsasen: sería yo quien se iría de un país tan amado por mí y al que vine creyendo que era la tierra de la libertad para los hombres de buena voluntad, sencillos y pacíficos...

Muy cortésmente se excusaron de las molestias y se separaron de mí.

Os aseguro que verse así seguido es un tormento terrible, que si a ratos se toma a risa, acaba por exas-

perar. Produce la sensación que debe experimentarse con una camisa de fuerza.

—Pero—me decían algunos amigos— esa es la vigilancia que llevan tras de sí los grandes personajes. ¡Alégrese!

Pero, como le decía al señor Quiñones de León en mi carta, amo sobre todo la libertad de movimientos, y no envidio la importancia de las personas importantes.

Otros colegas franceses no querían creer que fuese la Policía francesa la que me siguiese.

—Serán espías particulares de su país—me aseguraban—. Eso no es posible...

Y algunos tuvieron que convencerse por sus propios ojos.

Lo primero que hicieron los *argos* galos al recibir la misión de seguirme y dar cuenta de mis andanzas, fué informarse de mí cerca de la portera de casa. Quién era yo, cuántos éramos de familia, la respetabilidad de ésta, mis costumbres, mi correspondencia, etc. Debo decir, por si alguien no lo sabe, que la *concièrge* es en Francia una institución, una autoridad, a quien se saluda sombrero en mano cuando uno se la encuentra limpiando la escalera, función que a veces no se realiza con la debida frecuencia. En

ausencia de la autoridad, la portera es la representación de la misma, y la policía, cuando quiere saber los secretos de alguien, apela confidencialmente a la *concièrge* para todo cuanto juzgue conveniente. En Francia el cartero no sube a los pisos a dejar la correspondencia, a menos que ésta venga certificada, sino que la deposita en la portería, y de allí la portera la entrega en persona al inquilino, sea al verlo pasar, sea subiendo a su casa. Cuando se trata de un extranjero a quien se le vigila por cualquier causa, no existen los más elementales derechos del hombre. Pero aun para los nacionales, ¿no son públicas y notorias las caricias y los medios de convicción de que se vale la policía cuando se pretende la confesión de un hecho delictivo? Nosotros, que hemos cultivado con tal celo la leyenda negra de la Guardia civil—con razón en parte—y de la Policía, ¿qué diríamos ante las formidables palizas que propinan los subordinados de M. Chiappe a los supuestos delincuentes, que a veces, como en el caso Almanzoff, resultan más limpios de culpa que un cordero pascual?

Harto de la inicua persecución a que me veía sometido, aproveché el ofrecimiento del querido amigo García Berlanga para acompañarle a un viaje por

Córcega, Sicilia, Turquía, Grecia, Siria, Palestina y Egipto.

Este amigo, bueno y noble, fué también objeto de varios registros policíacos. Su personalidad política, como ex diputado a Cortes, enemigo de la Dictadura y conspirador decidido en la sanjuanada, le valieron los honores de ser molestado por los esbirros franceses. Encontrándose por azar en Mentón y Niza cuando el levantamiento de Valencia, no pudo regresar a España hasta pasados varios meses, porque había en la ciudad del Turia orden de detenerle. Y con él pasé horas de amistad fraterna en sus día de forzado e injustificado destierro.

El viaje que realicé con él por el próximo Oriente nos desquitó de muchas amarguras. A no ser por la interesantísima y deliciosa excursión, ni él ni yo habríamos resistido la vejación constante de los agentes franceses, y habríamos partido de Francia para siempre. ¡Sirvan estas líneas al querido amigo como homenaje de amistosa gratitud a las horas pasadas con él y por aquel viaje inolvidable que sin su ayuda no habría yo podido realizar en aquellos momentos!

Voy a decir pocas palabras del señor Quiñones de León, embajador en París de su majestad el rey.

Este respetable señor, que habla nuestro idioma

bastante mal y con acento galo, a causa de su larga permanencia en París, y de su educación francesa, puede considerarse como un francés más. Los políticos de París saben que cuentan en el señor Quiñones de León con un decidido amigo y partidario. Es íntimo del señor Briand y de otras personalidades de aquí, y todo ello le sirvió durante la Dictadura para molestar a cuantos españoles le vino en gana. Cometió, como antes he dicho, errores tan lamentables para su Gobierno como no enterarse de la salida de don José Sánchez Guerra de París, y, en cambio, persiguió a algunos periodistas de su patria oficial, sobre todo a Carlos Esplá y a mí, cuyas órdenes de expulsión llegaron a presentarse a la firma del señor Tardieu.

Es público y notorio en los medios oficiales franceses que el Sr. Quiñones de León es más amigo de Francia que de España, y que no siente por su patria el menor interés.

Díganlo los vinicultores y cuantos tienen aquí intereses que defender.

—Francia tiene dos embajadores: uno en Madrid y otro en París.

Esta es la fórmula que se emplea para definir la actuación del representante de su majestad en la capital de Francia.

Por molestar, hasta hizo seguir por dos policías, en París, a través de Francia y hasta la frontera suiza,

a don Santiago Alba, su íntimo amigo particular y jefe suyo varias veces.

Si el señor Quiñones de León quiere dejarme en ridículo, no tiene más que pedir a don Santiago que desmienta lo que acabo de decir. Estoy seguro que el señor Alba no me dejará por embustero.

Entre las pequeñeces ridículas de este señor, ha llegado a hacer eliminar nombres—el mío y el de Esplá— de la lista de una recepción particular a la que su Excelencia debía asistir. Podrá él decir que de sus labios no salieron tales órdenes. Es igual. Puedo probar que el hecho se realizó como queda dicho. Y el amigo que iba a dar la recepción—que no se celebró por la muerte de la reina Cristina— con motivo de la estancia en París de Pepita Sampedro, la reina de belleza valenciana, se sometió al capricho de este embajador tan europeo, y tachó nuestros nombres. Pero, repito, la recepción no se celebró, y el amigo débil, a quien estimábamos y estimamos todavía, tuvo que ingresar a poco en una casa de salud, y allí creo que continúa.

Hombre de mal genio, soberbio, capaz de adular al dictador hasta el punto señalado por Rafael Sánchez-Guerra en su interesante libro sobre los sucesos de Valencia, alentándole a fusilar a un hombre como don José, gloria de la política liberal española, cree que el cargo de embajador de España en París es un feudo suyo. Su amistad particular e íntima

con don Alfonso le hacen creer que él en ese cargo es consubstancial con la Monarquía. No sé si tendrá razón. Lo que sí sé es que cualquier Gobierno medianamente liberal tendrá que substituirlo en el acto.

Naturalmente, si se pregunta a la mayoría de los políticos franceses, dirán que el señor Quiñones de León es insubstituible. Pero los embajadores no deben ser tan sólo a gusto de las naciones que los reciben, sino también al de las que los nombran. Y el Sr. Quiñones de León no goza de la confianza de ningún español consciente. El mismo rey puede convencerse de ello consultando sobre el caso a los políticos suyos más representativos, excepción hecha de dos o tres incondicionales de su majestad.

¡Hace falta, pues, un embajador de España en París!

Finalmente diré que uno de los mayores pecados del señor Quiñones de León fué creer que la Dictadura iba a ser eterna, y así, sin el menor miramiento para nada ni para nadie, siguió al pie de la letra cuantas indicaciones policíacas recibía de Madrid, inventando además otras que no recibía. Así hizo expulsar con la mayor crueldad al general López Ochoa, y así hizo que el Gobierno francés cometiera los atropellos que cometió contra varios ciudadanos españoles, haciendo creer que el Gobierno de Primo de Rivera no era un Gobierno po-

lítico, pasajero, como todas las situaciones políticas, sino que era la misma Monarquía. ¡Gravísimo pecado para un diplomático, que por comodidad, desidia y abandono se identificó en absoluto con el Gobierno de la Dictadura!

Por eso, para mi, como para muchos españoles, mientras este señor siga de embajador en París, la Dictadura continúa en España.

RECUERDOS DE BLASCO IBAÑEZ

Personalmente, conocí a Blasco Ibáñez en el año 1921. Había asistido al banquete que, dos años antes, a su regreso de los Estados Unidos, le había organizado un grupo de ateneístas, al que me había sumado humildemente. Pero cuando, luego, volvió a Madrid, ya nos conocíamos por carta. Yo le había pedido novelas cortas para *La Novela de Hoy*, y después de aplaudir mis planes editoriales, me había escrito que a su paso por Madrid hablaríamos.

Esperé, con ansiedad, que llegase el momento anunciado. Blasco era un hombre que leía con atención las cartas que recibía, sobre todo de jóvenes escritores, y yo había tenido la suerte de interesarle. A él, escribir novelas cortas, ni para nuestra colección ni para nadie, no le interesaba lo más mínimo. Ganaba una fortuna, anualmente, en los Estados Unidos. La simpatía que me mostró desde el primer momento, y que luego había de convertirse en un cariño precioso para mí, no podía, pues, en modo alguno relacionarse con los asuntos editoriales. Blasco, a mi juicio, vió en mí un caso extraordinario de entusiasmo y romanticismo literario, por servir a

los cuales habría dado, sin vacilar, vida y hacienda.

—He aquí un joven—pensó— que tiene algún dinero, que es abogado, periodista, que no escribe peor que la mayoría de la grey literaria,—y que en vez de dedicarse al ocio, a medrar en política y a ir publicando articulitos en la Prensa y a editarse sus trabajos, funda una publicación semanal, en la que cada viernes lanza una novela corta de los más conocidos y estimados literatos, a los que paga más del doble que los demás. Y este joven deja pasar seis meses antes de publicar una cosa suya, y esto cuando tiene pruebas de que el público le sigue en sus amables y bondadosos prólogos-interviús, que son siempre un homenaje franco y cordial al autor de turno. Decididamente, este joven merece mi simpatía, mi amistad y mi protección.

Y su simpatía, su amistad y su protección me acompañaron desde nuestra primera conversación, que duró tres horas; la primera, en el Hotel Palace, y las otras dos, recorriendo las principales calles de Madrid.

Por cierto que un amigo, que nos vió por la calle de Acalá, me expresó luego su sorpresa, mezclada de envidia. No podía comprender que, desde mi primera visita al gran novelista, éste me llevase por las calles cogido del brazo y sirviéndose de mí para contrastar sus recuerdos de Madrid sobre las personas y las cosas.

Yo confieso que desde el primer momento quedé subyugado por el verbo cálido y colorista de aquel hombre extraordinario. De buena gana habría abandonado mis nacientes empresas y me habría ido con él, acompañándole siempre, oyéndole y admirándole.

Desde aquel día, me rogó le viese a diario. Yo le acompañé por todas partes, le llevé a casa de un notario, donde él tenía que otorgar unos poderes a favor de su yerno, D. Fernando Llorca, y muchos días me quedaba a almorzar con él. Le acompañaba su señora, doña Elena Ortúzar Bulnes, esa gran dama que hizo la felicidad del maestro, que fué para él su hada y su guía y que, desde que se unió a nuestro gran novelista, se dedicó a él con toda su alma excelsa y todo su espíritu superior, aristocrático y grandioso. Algunas veces, en estas páginas, he de referirme a esta mujer, cuyas cualidades parecen ser producto de la imaginación de un novelista de imaginación sorprendente; a esta mujer, que pasará a la Historia junto a la figura del inmortal autor de *Los argonautas*.

Blasco Ibáñez, sobre todas sus cualidades, tan valiosas como variadas—tribuno arrebatador de multitudes, político republicano, diputado batallador y

temible, periodista más temible todavía, luchador y hombre valeroso de verdad, colonizador, viajero, etc., etc.—, era novelista. Claro que para un novelista, todas las cualidades apuntadas vienen a las mil maravillas. *Vivir*, tener la experiencia directa, es la única escuela de ley en el constructor de tramas y conflictos imaginarios. El novelista que no tiene a mano, para mojar su pluma, el tintero de su substancia, de sus experiencias, de su vida, podrá ser un gran escritor, pero no un gran novelista. Claro también que no basta haber vivido intensa y extensamente. Si no *hay visión*, es el caso del avaro, que *no puede* gastar un céntimo, no porque no sepa, sino porque una inercia moral, una aberración de su fuero interno, se lo impiden. En cambio, el novelista de visión, de poder analítico, dará más color de vida y calor de realidad a sus escritos, sin experiencia, que el experimentado, sin *poder gastar* el capital que lleva en sí, como el tesoro del avaro en las sombras de las cajas férreas.

Pero ¿qué animación, colorido y vitalidad no alcanzarán las páginas del novelista verdadero, el de la visión y el poder analítico, si además tiene propicia su propia sangre, su propia experiencia, para escribir obras literarias? Y este era el caso de Blasco Ibáñez.

... Pero estas páginas no son una biografía del gran literato, sino una serie de impresiones personales, de recuerdos sobre aquel grande hombre que

tanto amé, que tan indeleble huella dejó en mi mundo afectivo.

Una mañana me encontré con una carta del maestro. Yo había cenado con doña Elena y con él en el Casino de Madrid, en la terraza, invitación que la ilustre pareja se había dignado aceptar. El agradable fresco que se disfrutaba frente al reloj de la Equitativa, la terraza llena de flores, de agua; el público que allí había, entre el que no escaseaban las damas, todo mereció sinceros elogios de doña Elena y del maestro. Todo, hasta el menú, que comenzaba con el célebre gazpacho andaluz, muy frío, y que mereció nuestro entusiasmo. La música acariciaba las palabras del inolvidable y egregio amigo:

—Está bien esto. Si tengo que pasar alguna vez una temporada en Madrid, me haré socio del Casino... Es la primera vez que veo esta terraza. En el verano, y en pleno Madrid, no creo pueda encontrarse otro sitio tan fresco y tan agradable... ¿Quién es ese señor que acaba de saludarle?

—El doctor Hernando...

—¿El famoso doctor Hernando? Me gustaría que me examinase... No porque me encuentre mal, sino por gusto. Iremos un día a verle.

Tras un breve silencio, dijo de pronto:

—Se me acaba de ocurrir el asunto de un cuento. Acuérdesse, cuando lea *El sol de los muertos...*

La carta a que antes hago referencia, decía: «Ven- ga a verme cuanto antes. Tengo que comunicarle algo interesante.»

Fuí. Y sin que yo esperase nada, me encontré con que me proponía un contrato por doce novelas cor- tas al año.

—Además, se las escribiré en dos o tres meses. Porque cuando escribo novelas largas, me es impo- sible hacer otra cosa. No puedo alternar la labor de escribir cuentos con la de hacer novelas. Así, pues, me pondré a ello, y recibirá usted muy pronto las doce que le prometo. ¿A cuánto voy a cobrar cada una?

—A mil quinientas pesetas.

—Pero ¿es posible que pueda pagarse tanto?

—Es posible, maestro.

—En fin, allá usted. Mándeme el contrato cuan- do quiera. Y ya puede anunciarlo en la Prensa. Le he dicho varias veces que me inspiraba usted gran interés, y quiero demostrárselo con hechos.

Pero dejemos a Blasco Ibáñez hablar él mismo. A través de sus cartas queda reflejado su carácter complejo, de niño, de hombre, de novelista, de gran corazón... Son documentos preciosos, con los que me pagó con creces la devoción que le tributé siempre.

Menton, 1 noviembre, 1922.

Señor don Artemio Precioso.—Madrid.

Querido amigo: No me gusta que me cobren las cosas indebidamente, y como verá por la adjunta carta, la Agencia Cook, de Madrid, me ha cobrado por dos veces, cuando yo estuve ahí, el traslado de mi equipaje a la estación.

Luego me ha escrito poniendo a mi disposición las nueve pesetas que me pidieron de más, y yo le ruego que en mi nombre se presente a cobrarlas.

Adjunto le remito la carta que me envió Cook y otra mía dirigida a él para que haga a usted dicho pago.

Guarde las nueve pesetas, y cuando me pague otra novela corta las añada a la cuenta.

No he podido trabajar durante varios días, por haber estado en Montecarlo una compañía de cómicos célebres de los Estados Unidos enviados por una gran casa cinematográfica de Nueva York, para filmar mi novela «Los enemigos de la mujer» Creo que será un film muy interesante, grandioso y de notable elegancia.

La semana próxima volveré a escribir cuentos.

Afectuosos saludos de su amigo

Vicente Blasco Ibáñez.

28 de noviembre de 1926.

Querido amigo Precioso: Ayer le envié un telegrama autorizándolo para que me represente en la protesta contra esos ladrones editoriales que han hecho ese libro mío sin mi permiso. Adjunto le remito una carta de Menéndez Pallarés. Según verá en ella, todo esto se debe a un defecto de nuestra ley de Propiedad intelectual. La ocasión es oportuna para hacer una campaña contra esto, al mismo tiempo que se protesta del abuso de que he sido objeto. Hoy he sido yo la víctima. Mañana será usted o será otro editor.

Le repito que tiene usted mi representación plena. Mueva usted ruido sobre esto; especialmente desacredite a ese editor pirata para que el libro no se venda. Además hay que decir la verdad, o sea que se trata de novelas cortas escritas por mí cuando tenía diez y seis años, tímidos ensayos escritos con la torpeza propia de dicha edad, que, aunque hacen sospechar que yo iba a ser un novelista, no valen las cinco pesetas que piden por el volumen.

Confío en que me ayudará usted en esto, pues realmente es usted el amigo más íntimo que tengo en Madrid, y el que tiene el deber de defenderme, como yo lo haría por usted.

Vamos ahora a otra cosa. Me ha gustado mucho su prólogo. Es muy sincero, elocuente y vengador. Representa un golpe del que no podrá rehacerse ese sinvergüenza. Le felicito de verdad, y no olvide, cuando escriba otra vez sobre dicha materia, el hablar de los anuncios en «Prensa Gráfica». Hay mucha gente América y algunas personas en París que no se explican esta continua publicidad y la atribuyen a un prestigio de novelista popular y a una gran venta de libros, que permite a su editor pagar tantos anuncios. Conviene decir la verdad sobre el origen de tales anuncios, que casi representan un *chantage*, y que no cuestan un céntimo a dicho tipo.

Ya sabe, querido Artemio, que puede contar siempre conmigo y que después de la Editorial Prometeo, con la que estoy ligado tantos años (casi toda mi vida), es usted mi único y cariñoso

representante en España.

Dentro de dos meses ya estaré bien de la vista y empezaré a hacerle novelas cortas para su publicación. Tengo preparadas unas seis, hasta en sus últimos detalles. Sólo necesito tiempo y ojos para escribirlas, pero confío que a fines de enero podré empezar.

Un abrazo de su amigo de siempre,

Vicente Blasco Ibáñez.

Si quiere más detalles sobre lo de la Ley, puede consultar en mi nombre al ilustre Pallarés.

5 de diciembre de 1926.

Querido Precioso: Agradezco mucho su carta, en la que me demuestra un cariño amistoso, igual al que yo siento por usted. Creo muy oportuno hacer una campaña para la reforma de la ley de Propiedad intelectual, en el sentido que usted indica. Mi yerno, Fernando Llorca, que es muy entendido en esta materia, y el ilustre Menéndez Pallarés, creen lo mismo.

Usted podía prestar un gran servicio a la literatura emprendiendo esta campaña, no por mí, sino por el interés general.

Le diré, en lo que se refiere a Luca de Tena, padre e hijo, que yo siento por ellos el mismo cariño de siempre, a pesar de lo que haya existido entre nosotros, y que fué obra de nuestros diversos criterios políticos, no de falta de estimación personal. Ellos son monárquicos y yo soy republicano: he aquí todo; pero esto no impide que nos apreciemos mutuamente. En España no están acostumbrados a estas situaciones, que son muy frecuentes en otros pueblos, más poderosos y de mentalidad más elevada.

Yo soy un hombre para el que no existen las ofensas cuando se trata de personas que han sido buenas conmigo desde larga fecha. Y ésta es mi situación con Luca de Tena, que desde 1896, cuando empecé yo mi carrera literaria, me ha favorecido y dis-

tinguido siempre con una especial amistad. ¿Voy yo a olvidar un agradecimiento de muchos años por un simple accidente político de mi vida?...

La prueba del aprecio en que tengo a Luca de Tena es que en lo más fuerte de nuestra campaña contra el rey y el Directorio, exigí siempre a los que redactaban *España con Honra* y otros periódicos revolucionarios que respetasen siempre a Luca de Tena, y así lo hicieron por darme gusto, lo que les agradecí mucho. Jamás se publicó nada contra él: ni siquiera una chirigota de las que son frecuentes en los periódicos. Que él sea amigo mío o no lo sea por exigencias de la política, nada me importa. Yo continuaré siendo amigo suyo, pues creo que la principal condición del caballero es el agradecimiento. La prueba del aprecio en que le tengo es que antes de publicar mi primer folleto le escribí para hacerle conocer mi actitud (antes que a nadie), diciéndole que lo único que lamentaba era que esto iba a interrumpir nuestra amistad, cosa más penosa para mí que todas las persecuciones de que pudiera ser objeto.

Ya sabe mi actitud en lo que se refiere a Luca de Tena. A su hijo Ignacio lo aprecio mucho, reconociendo en él un verdadero talento literario, y al mismo tiempo un hombre muy simpático y de sentimientos elevados.

Luca de Tena, que acoge con entusiasmo todas las iniciativas justas y patrióticas, podría realizar un gran cosa pidiendo la reforma de la ley de Propiedad intelectual.

Celebramos muchísimo mi mujer y yo que venga usted con su esposa a la Costa Azul. Procuraremos hacerles agradable la vida aquí en todo lo que podamos. Espero que me avisará con anticipación la venida de ustedes. Ya me dará noticias.

Otra cosa. Mi mujer lee ahora con mucho gusto *¡Muchas Gracias!*, pero ocurre que todos los números anteriores se han perdido, pues los tomaban nuestros criados, que leen español.

Si usted tiene una colección completa de todos los números publicados, celebraríamos mucho que nos la enviase. La haría-

mos encuadernar, y en lo sucesivo iríamos guardando los números para hacer lo mismo.

No olvide este encargo.

Esperando sus noticias, le envía un abrazo su amigo, agradecido,

Vicente Blasco Ibáñez.

5 de enero de 1926.

Querido Artemio: Yo también he estado enfermo, y todavía no me encuentro restablecido completamente. La víspera de primero de año, cuando me preparaba a escribir los cuentos para usted, me dió un ataque de reuma como nunca lo había sufrido, pero tan fuerte que me dejó paralizado el lado izquierdo, sin poder mover el brazo, y sufriendo agudísimos dolores. Esto ha durado más de una semana, pero ayer, a pesar de que aún me duele el brazo izquierdo, me puse a escribir «El secreto de la baronesa», y pasé todo el día trabajando. Hoy tengo que acudir a la invitación y mañana también. Pero pasado mañana terminaré la novela, pues ya tengo escrita la mitad, y a fines de semana se la enviaré.

Confío en que inmediatamente iré haciendo las otras, pues creo que estaré bien de salud. En cuanto a las invitaciones para comidas y fiestas, las renuncio todas con el deseo de trabajar intensamente.

Debe usted escribir una carta, en mi nombre, a *Los Contemporáneos*, diciéndoles que tengo un compromiso moral con usted desde hace dos años por un número determinado de novelas, y que mientras no cumpla este compromiso no pienso escribir para ninguna otra publicación. Es, pues, inútil que anuncien nada mío, pues no permitiré que publiquen ninguna novela de las ya conocidas. Esto representaría un gran daño para las nuevas que estoy escribiendo para usted.

Si *Los Contemporáneos* han anunciado obras mías, esto representa un abuso. Yo no les he escrito ni les he prometido nada. Recibí una proposición de ellos pidiéndome condiciones

para publicar novelas mías, pero como he estado enfermo y muy ocupado, ni siquiera he tenido tiempo para contestar dicha carta. No han recibido, pues, de mí ninguna promesa, ni siquiera vaga, para interpretarla favorablemente. Esta es la verdad; haga usted lo que juzgue más conveniente.

Ya le hablé en París de lo que pienso en esta clase de asuntos. Al señor Mercadal, que me pidió obras viejas y se las prometí antes de que hablase con usted, ya sabe que le escribió Esplá en mi nombre, a última hora, diciéndole que no podía darle ni viejas ni nuevas por estar comprometido absolutamente con usted.

Sea usted enérgico en este asunto, pues ya sabe que tiene mi confianza. He autorizado algunas veces a pequeñas REVISTAS literarias para que exhumen algunos de mis cuentos antiguos. Pero se trata de REVISTAS y no de colección de pequeños volúmenes. Por esto, cuando vea que alguna de esas colecciones rivales de la suya anuncian obras mías, puede usted protestar inmediatamente.

Agradezco lo de la modificación del precio, y reciba un abrazo de su amigo

Vicente Blasco Ibáñez.

11 de enero de 1926.

Querido Artemio: Por este correo, en paquete certificado, le envió la primera novela, «El secreto de la baronesa».

Cuando la lea se convencerá seguramente de que vale lo que le cuesta, pues la he hecho con toda atención.

Como estoy un poco desorientado todavía en lo que se refiere al tamaño conveniente, dígame sin pérdida de tiempo si debo hacer las otras con el mismo número de cuartillas o algo menos. Yo temo que tal vez le parezca ésta un poco larga, pero usted puede remediar tal defecto poniendo menos dibujos.

Escríbame inmediatamente para hacerme saber esto y para que me entere yo que el original ha llegado a sus manos.

Otra cosa. Las 1.500 pesetas puede usted entregarlas al Banco Anglo-Sud-Americano (Gran Vía), como lo hizo usted otras veces, pero ingréselas en la cuenta corriente de doña Elena Ortúzar Bulnes, que es mi esposa. Estamos casados bajo el régimen de separación de bienes, y ella tiene cuenta corriente en dicho Banco. En mi actual situación yo no puedo tener bienes en España, pues me los embargarían, como ya me embargaron mi casa de La Malvarrosa los tribunales militares. Vaya usted, pues, ingresando las cantidades en la cuenta corriente de doña Elena Ortúzar Bulnes, y me envía el recibo.

«Las pruebas de las novelas deben sacarlas en un papel que tenga márgenes anchas, para poder corregir cómodamente. Dígame en mi nombre al corrector de la imprenta que se cuide de repasar la puntuación del texto antes de enviarme las pruebas, y si hay alguna errata de bulto le autorizo para corregirla. Hay que pensar que escribo desde muy lejos y que mi dactilo es extranjero, y que sólo puedo corregir una vez las pruebas. Con mis libros me es el trabajo más fácil, pues me envían pruebas dos o tres veces. Si estuviese en Madrid podría ir a la imprenta igual número de veces a mirar las pruebas detenidamente. Como aquí sólo puedo verlas una vez, necesito que me las envíen de tal modo corregidas que sólo necesite ocuparme del sentido del texto, sin necesidad de que me fije en si hay letras mal puestas, palabra equivocadas o signos ortográficos mal distribuidos.

En una palabra, que salgan de la imprenta las pruebas lo que se llama «limpias», para que yo sólo tenga que preocuparme de su sentido literario.

Las pruebas, apenas las, tenga, las envía a don Fernando Llorca. Editorial Prometeo. Apartado 130. Valencia.

Mi yerno Llorca me las remitirá inmediatamente, y yo, a vuelta de correo, se las devolveré a usted. Entre ida y vuelta será asunto de una semana, o tal vez menos.

No olvide ninguna de estas indicaciones. El obro día me escribió Llorca sobre el asunto de *Los Contemporáneos*, remitién-

dome una carta que había recibido de esta revista pidiéndole autorización para publicar un capítulo o dos de «La vuelta al mundo de un novelista».

Sin duda basaban en esto el anuncio de que me habló usted en su última carta. Le he dicho a Llorca que les conteste que lo siento mucho, pero tengo un antiguo compromiso moral con usted y en mucho tiempo (sin fijar fecha) sólo podré escribir novelas para «La Novela Hoy», y tampoco puedo autorizar la publicación de cosas viejas, porque esto causará gran daño a la propaganda hecha por usted.

Creo haber contestado con esto a todo lo que me decía en su última carta.

Aviseme inmediatamente que ha recibido la novela que le envío hoy, para no sufrir dudas sobre su llegada.

Esperando sus noticias, le envía afectuosos saludos su amigo

Vicente Blasco Ibáñez.

11 de enero de 1926.

Querido Artemio: Le he escrito esta mañana, enviándole en paquete aparte «El secreto de la baronesa». Ahora le vuelvo a escribir para decirle que he visto en los periódicos de Madrid el anuncio que habla de mí.

Está bien, pero le ruego que si ha de hacer más anuncios hable en ellos de *mí sólo*, y si habla de otros, póngame en primer lugar. Creo que por *mi volumen* y por mi fama mundial es el sitio que me corresponde en estos anuncios. Comprendo que esta postergación está hecha involuntariamente. Es un error maquinal de redacción. Me han puesto en segundo término, para hablar a continuación de mis próximos cuentos. Pero de todos modos, la cosa resulta rara, y más por tratarse del carácter reaccionario del que va delante. La prueba es que hoy mismo, junto con los periódicos que contienen los anuncios, he recibido

dos cartas de gentes que se extrañan de la manera de unir los dos nombres.

Yo no hago caso de esto, pero creo que será mejor, para evitar futuras equivocaciones, anunciarme a solas y colocarme donde debo ir. En las circunstancias políticas en que me hallo, casi parece una cobardía, una manera de quererme hacer entrar de contrabando, amparado por el pabellón de un beato. Usted ya sabe que yo no necesito de esto, y que me gusta ir solo a todas partes, venga lo que venga.

Otro ruego. Creo que ya habrá recibido «El Papa del mar». Hágame el favor de poner un anuncio en *¡Muchas Gracias!* y otro en una planilla que tenga libre de *La Novela de Hoy*. Favorézcame con unos cuantos anuncios y se lo agradeceré mucho. No es por afán de venta, sino por el deseo político de que suene mi nombre, ya que todas esas gentes, con una soberbia ridícula, pretendieron suprimirlo.

Nada más por hoy. Reciba afectuosos recuerdos de su amigo.

Vicente Blasco Ibáñez.

21 janvier 1926.

Querido Artemio: Acabo de recibir su carta certificada y celebro que le haya gustado la primera novela. Ya tengo dos más escritas y las estoy corrigiendo en este momento: «El rey Lear, impresor» y «La devoradora». En la semana próxima, tan pronto como las haya corregido, se las enviaré y así podrá usted con tiempo ir preparando su ilustración, etc. Antes del 15 de febrero le enviaré tres más, y así tendrá usted para seis meses, mientras yo escribo «A los pies de Venus», segunda parte de «El Papa del mar».

Adjunto le envío una lista de las doce novelas que voy a escribir para usted y los meses en que aparecerán. Puede usted anunciarlo para que el público se convenza de que se trata de una cosa seria y que las novelas existen y tienen título.

Como veo que muestra usted gusto en hacer un prólogo sobre mi persona y mis obras, y me ha dicho muchas veces que esto place al público, creo oportuno hacer una cosa. Mañana o pasado me dedicaré a escribir las contestaciones del cuestionario que usted me envía. Escribiré también sobre otras cosas que considero oportunas. Con todo lo que yo le enviaré, que será un poco extenso, puede usted hacer varios prólogos, poniendo cada uno de ellos al frente de una de mis novelas, según vayan apareciendo. Digo esto, porque no conviene ponerle a la primer novela un prólogo enorme. Estos diversos prólogos deben basarse todos en lo que hablamos durante nuestras diversas entrevistas en París. Usted puede poner al final de cada uno de ellos: «Y de otras cosas que me dijo, ya hablaremos más adelante, al publicar la novela del próximo mes.»

En resumen: creo que habrá usted comprendido lo que le propongo, y no hay que hablar más de ello.

Salude en mi nombre a don Emilio Gurtiérrez Gamero, y dígame que me asocio de todo corazón a los justos homenajes de que es objeto. Siempre le he querido mucho. En esta época de castrados y de sacristanes, que va durando tantos años, ha sido siempre un liberal y un anticlerical, no recatándose de parecerlo en sus admirables novelas. Dígame también que si hubiese sabido lo del banquete le habría enviado un telegrama para *dar más carácter* a dicha fiesta.

Otra cosa. El otro día me envió usted un telegrama con una dirección larguísima y podía usted haberse evitado este gasto. Tengo registrada aquí mi dirección telegráfica y no es necesario ni poner mi nombre. Bastan dos palabras, como verá en el membrete de esta carta: *Fonrosa Menton*. La palabra *Fonrosa* es para mí lo que la palabra *Noveloy* es para usted. Queda advertido para cuando me envíe otro telegrama.

A ver si con la lista de novelas que le envió aumenta la masa de lectores de su publicación.

Esperando sus noticias, le envía afectuosos saludos su amigo.

Vicente Blasco Ibáñez.

NOVELAS DE VICENTE BLASCO IBÁÑEZ QUE PUBLICARÁ, EN EL AÑO 1926, «LA NOVELA DE HOY»:

Febrero.—*El secreto de la baronesa.*

Marzo.—*El rey Lear, impresor.*

Abril.—*La devoradora.*

Mayo.—*Piedra de Luna.*

Junio.—*El réprobo.*

Julio.—*La montaña de luz.*

Agosto.—*La señorita Pico y Uñas.* (Novela grande) Dos volúmenes, que aparecerán en dos semanas consecutivas.

Septiembre.—*El hombre que llegó a deber quince millones.*

Octubre.—*Lo que no tiene remedio.*

Noviembre.—*El príncipe del Encarnado y el Negro.*

Diciembre.—*El danzarín de mamá.*

5 de febrero de 1926.

Querido amigo Precioso: Por este correo, en paquete certificado, le remito las pruebas corregidas de «El secreto de la baronesa», y también mi tercera novela «La devoradora».

Mejor es que la tenga usted ahí, y así podrá ir preparando con tiempo su ilustración y su cubierta.

Esta tercera novela es de distinto género que las otras dos. Su acción transcurre en la Costa Azul y pasa entre extranjeros. Hay que variar para que todas las novelas no sean parecidas y de igual fisonomía dramática.

Ya he terminado la cuarta novela, «El réprobo», y se la en-

viaré igualmente la semana próxima, con la quinta novela, «Piedra de Luna». Juzgo preferible que las tenga usted ahí, pues no hay por qué conservarlas aquí cuando ya están hechas.

Con estas cinco novelas tendrá usted hasta el mes de junio inclusive, y yo me pondré el 15 de este mes a escribir «A los pies de Venus», segunda parte de «El Papa del mar».

Celebro mucho lo que usted me dice sobre el prólogo, e igualmente que le parezca oportuna mi idea de que usted publique un libro de conversaciones conmigo. Este libro tal vez será traducido al francés y al inglés.

Le agradezco igualmente lo que dijo usted de mi en su artículo publicado en *¡Muchas Gracias!*, y que leí hace días. Yo leo todas las publicaciones de usted apenas llegan.

Habrà usted visto el artículo, repleto de elogios, que ha publicado espontáneamente el *A B C*, con motivo de «El Papa del mar». Yo he sido el primero en asombrarme, y a estas horas aún no comprendo qué finalidad pueda tener este cambio de conducta. Tal vez no tiene ninguna, y es un acto espontáneo de noble franqueza y de opinión leal, que no sé cómo agradecer, pues verdaderamente resulta raro en nuestro país.

De todos modos, ese artículo es una demostración de que se puede hablar de mí *literariamente*, sin miedo a la censura, y hay que aprovechar esto para hacer un poco de propaganda.

Una advertencia que había olvidado. Me gustan mucho más las tapas que publica ahora *La Novela de Hoy*, dejando un blanco a los lados. Le dan más aspecto de libro. Son más aceptables que las otras de cuando publicó usted mis anteriores novelas, todas de color, sin borde alguno blanco, lo que les daba el aspecto de libros para niños,

Por si no me explico bien, le envío adjunta una de las tapas de su publicación. Esa es la forma que me gusta: forma de libro grande.

Nada más por hoy. Entregue la adjunta carta al amigo Ma-

riano Tomás, y reciba usted un abrazo de su amigo afectísimo

Vicente Blasco Ibáñez.

Ya sabe que puede venir aquí cuando quiera. Será para nosotros un verdadero gusto.

11 de marzo de 1926.

Querido amigo Precioso: Voy a pedirle dos favores, que no son de gran importancia, pero que representan para mí el verme libre de un engorro.

Necesito pagar en Madrid 768 PESETAS a don Antonio Perea Riaza, representante de la Agencia M. de Librería, San Joaquín, 6, principal, Madrid. Puede usted enviarle dicha cantidad y que le conteste con una simple carta de dos renglones acusando recibo. Dígale que este pago lo hace en nombre mio.

Otra cosa. En Zaragoza existe, en un estado miserable, el primer criado, o, mejor dicho, escudero, que tuvo Mariano de Cavia, el cual, recordando nuestros tiempos de 1898, me escribe de vez en cuando pidiendo protección. Ahora solicita una «indumentaria» de verano, según verá en la adjunta carta. Envíele 200 pesetas con esta dirección: «Señor don Francisco Alvaro. Estrella, 2. Zaragoza.»

Todo esto suma 968 pesetas. Me las descuenta de mi tercera novela, «La devoradora», y las 500 y pico que quedan puede pagármelas uniéndolas a las 1.500 de la cuarta novela, cuando publique «El réprobo». Quiero decir con esto que no necesita pagarme la tercera cuando aparezca, y este resto de 500 y pico me lo entregará cuando me pague la cuarta.

Sé que le proporcione dos molestias algo tontas, pero aquí no tengo dinero en pesetas; necesitaría hacer cambios, y me resulta más rápida y cómoda esta combinación, que no repetiré. Sírvale de consuelo que esto sólo va a ser una vez.

Esperando sus noticias, le envía un abrazo su amigo

Vicente Blasco Ibáñez.

15 de diciembre de 1926.

Querido Artemio: Creo que ya se ha publicado a estas horas mi última novela «A los pies de Venus (Los Borgia)». Creo también que usted la habrá recibido.

Espero que va a echar el resto en el anuncio de la obra y que hará todo cuanto pueda para su difusión.

Juzgo oportuno decirle confidencialmente que los de «Prensa Gráfica» se portan conmigo todo lo mal que pueden, a causa de mi amistad con usted. A docenas me enviaron las cartas pidiéndome con toda clase de ruegos y promesas que les hiciera novelas para *La Novela Semanal*. Tenían la falsa esperanza de que con esto podrían salvar su publicación. Lo mismo que les ocurre a los enfermos de muerte, que se imaginan poder salvarse si les asiste un médico famoso. Como yo no les atendí, por mis compromisos amistosos con usted, me guardan un rencor injusto. Recientemente mi hijo Mario estrenó una obra en Madrid, en el teatro Fuencarral.

José Francés, que lo conoce desde niño, se interesó por él. Hizo que fuese un fotógrafo de «Prensa Gráfica» para sacar fotografías de la obra y un retrato de Mario, y no pudo conseguir que ninguna de las tres revistas publicase nada, por tratarse de un hijo mio. Francés, en realidad, ya no es más en aquella casa que un simple colaborador.

Cuando publiqué «El Papa del mar», los periódicos de «Prensa Gráfica» no publicaron ni una línea.

Ahora harán lo mismo indudablemente. Existe el odio contra mí por no haber querido escribir para *La Novela Semanal* después de tantísimos ruegos.

Es preciso que usted haga propaganda en *Muchas Gracias* y

en *La Novela de Hoy*. Usted leerá mi novela, pero le puedo anticipar lo siguiente, para que redacte el anuncio. Esta novela tiene la importancia patriótica de que los Borgia son los españoles más calumniados de toda la Historia.

Los atacaron tanto, principalmente por su calidad de españoles. Yo creo cumplir un deber patriótico defendiendo a estos españoles, célebres en todo el mundo, con una celebridad trágica, demostrando que fueron calumniados. Y esta demostración será de influencia universal, pues la novela va a ser traducida a todos los idiomas. Con este fin la he escrito, como estoy escribiendo la de «Cristóbal Colón».

Además, puede añadir que aunque yo soy un autor muy serio, el libro resulta un poquito «verde», pues he tenido que escribir las costumbres del Renacimiento italiano, anteriores a los Borgia, período de general libertinaje como no se ha visto tal vez nunca en toda la Historia humana.

Cuando usted lea la novela ya se convencerá de esto. He tenido que decir cosas fuertes, porque así lo exigía la veracidad del relato y la justificación de los Borgia, para demostrar que no fueron unos seres excepcionales en su época; pero las digo como un artista, sin insistir en ellas para explotarlas malsanamente, sin «dormirme en la suerte», con la ligereza y la discreción de un novelista integro.

Creo que con esto tiene usted de sobra para un bonito anuncio, que le agradeceré muchísimo.

Mi mujer y yo esperamos que ustedes dos cumplirán su promesa y vendrán aquí en febrero, pues este año el Carnaval cae a principio de marzo. Ya sabe que les veremos con mucho gusto aquí, y avíseme con anticipación.

Un abrazo de su amigo

Vicente Blasco Ibáñez.

Dígame la dirección de Belda, en París, para enviarle la novela.

7 de enero de 1927.

Querido Artemio: Como no me ha dicho usted su dirección en París, le escribo a Madrid y espero que desde ahí le reexpedirán mi carta.

Le deseo toda clase de prosperidades y éxitos en el año que empieza. Me entero por sus artículos de la enorme empresa que va a acometer, y hago votos por que obtenga en ella un triunfo completo. No me parece desprovista de fundamento, pero mi deber es advertirle que me parece muy mal escogido el momento. Hace un año o dos, la cosa hubiera sido más segura. Ahora todo decae en Francia, y aún va a caer mucho más durante tres o cuatro años, porque el franco ha subido de una manera extemporánea, el costo de la vida no ha bajado ni bajará y, obligados todos a hacer economías, lo primero que suprimen es la adquisición de papel impreso. Yo lo sé, por todos los editores de Francia, grandes y pequeños. El tiraje de los que somos un poco leídos en Francia ha bajado repentinamente en varios miles de ejemplares, y las revistas más famosas han disminuido la tercera parte de los derechos de autor, y parece que aún irán rebajando más.

Repito, querido Artemio, que su idea es muy buena. Yo mismo he pensado muchas veces que un periódico como *¡Muchas Gracias!* podría tener éxito en París. Pero esto lo pensaba hace seis meses o un año, cuando abundaba el franco y todos tenían manía de comprar cosas. Ahora llega el periodo de las siete vacas flacas y el francés es terrible cuando se mete a economizar.

En resumen, usted está ahí y puede ver las cosas mejor que yo, pero le recomiendo calma y serenidad y mucha pupila para apreciar bien las circunstancias. Ya sabe usted que la batalla mejor preparada se pierde cuando se da a destiempo. Deme sus señas en París para poder escribirle directamente.

Su último prólogo estaba muy bien, como todo lo que lleva hecho contra ese indocumentado.

Inútil es decirle cuánto celebramos aquí su propósito de venir a la Costa Azul con su esposa. Este año ha venido menos gente que nunca. La mayor parte de los hoteles están vacíos y la queja de los industriales es general. Unicamente ha venido la gente muy rica, que no falta ningún año. Naturalmente que habrá mucho público en la temporada de Carnaval, pero éste dura un mes nada más y no salva la temporada.

Le doy este dato como un informe más para su negocio futuro. El hecho de que la Costa Azul esté todavía desierta en el mes de enero, es un signo de la escasez general que empieza, del deseo rabioso de economía. Si usted no expone muchísimo en ese negocio, láncese a él; pero si va a comprometer su fortuna (y París es terrible para devorar fortunas), échese atrás; aún está a tiempo. Es el consejo que le da un amigo que le quiere mucho, tal vez el que le quiere más de todos, pues ha visto nacer sus empresas y las considera como cosa suya.

Feliz año nuevo y un abrazo de su amigo de siempre,

Vicente Blasco Ibáñez.

15 de enero de 1927.

Querido amigo Artemio: Celebro haberle enviado mi anterior carta a Madrid, ya que todavía está usted ahí. Mucho más celebro que mis consejos prudentes hayan llegado a tiempo. Veo por su carta que se da usted cuenta exacta de la situación y que procederá con cautela, sin arrebatos ni ofuscamientos de principiante. Cuando usted venga a Francia ya se convencerá directamente de que la situación no es la más propicia para empezar una campaña editorial como la que usted anuncia.

Inútil es decirle cuánto agradezco su hermoso, brillante y sincero artículo en *El Liberal* sobre mi novela. Es usted un mo-

delo del perfecto amigo, y tengo la satisfacción de creer que poseo igualmente sus mismos nobles afectos en el trato amistoso. Una vez más deseo ocasión propicia para corresponder a sus continuas muestras de afecto.

No deje de avisarme, tan pronto como esté en París, y dígame también con anticipación cuándo vendrá por aquí.

Mi consejo de hombre práctico en la Costa Azul es que se instale usted en Niza. Es una gran ciudad que ofrece muchos medios de diversión: una pequeña sucursal de París. Sobre todo por la noche podrá usted entretenerse más que si vive en Montecarlo, en Menton o en Cannes. Con toda facilidad puede usted ir a todos estos puntos y volver a dormir a Niza. Tiene ferrocarril, tranvías y, sobre todo, numerosos servicios de autobús que llevan con tanta rapidez como un automóvil particular. Y el día que no quiere usted salir de Niza, si es que hace mal tiempo, tiene usted teatros variados con artistas de París. Me parece muy bien su idea de instalarse en Niza. En Menton, por ejemplo, sería terrible la noche, pues no hay más que el Casino, donde bailan y bailan.

En fin, ya trataremos de todo esto cuando esté usted en París y se prepare para venir.

Un abrazo de su amigo agradecido,

Vicente Blasco Ibáñez.

27 de febrero de 1927.

Querido Artemio: Como no sé dónde se halla usted en este momento, le sigo escribiendo a Madrid, y creo que de ahí le remitirán la carta.

Eso que usted me propone de una novela por capítulos, le diré francamente que no me complace. Está bien como una *coña* urdida en una tertulia de café entre novelistas jóvenes, pero ni mi edad ni mi situación actual me permiten tomar parte en dichas bromas literarias. Yo necesito todo mi tiempo para la grave

empresa que llevo entre manos, o sea para mis novelas sobre el descubrimiento de América, que serán la obra más importante de mi vida. En este momento estoy terminando la segunda parte de dichas novelas, o sea «El caballero de la Virgen», segunda parte de «En busca del Gran Khan», y esto me hace trabajar mañana, tarde y noche, completamente obsesionado por el asunto, viviendo en pleno siglo xv, y no voy a romper una atmósfera de ensueño que yo mismo me he creado, para escribir esa ligereza, que no digo no fuese aceptable en otros momentos, pero ahora resulta inoportuna, dada mi situación.

Tengo algo mejor que proponerle. Llevo en mi cabeza, desde hace más de un año, una novela corta que ocuparía entre 100 ó 120 páginas de *La Novela de Hoy*. Se titulará «Los progresos del Infierno», y tengo la certeza de que va a ser lo más original de toda mi producción, algo que está destinado a conseguir celebridad en toda la tierra. Yo mismo enamorado de este asunto, he procurado ir dilatando su ejecución, añadiendo nuevas reflexiones al núcleo primitivo de la obra, que, como le digo, es muy original. Pensaba publicarlo en un volumen en la Editorial Prometeo, con unos cuantos cuentos a continuación, pero si a usted le conviniera esto, podría dárselo para la *Novela de Hoy*. Es algo que hará pensar muy profundamente al lector, algo terriblemente irreligioso, pero que hasta los beatos leerán con gusto, encontrándolo muy gracioso y original, sin darse cuenta, en el primer momento, del terrible explosivo que oculta dicha historia.

Le advierto que este pequeño libro no podré empezarlo hasta el próximo mes de abril, pues marzo lo necesito para terminar «El caballero de la Virgen».

Y después que haya escrito «Los progresos del Infierno», cuelgo la pluma y no vuelvo a escribir hasta octubre. Llevo dos años trabajando sin veraneo, y este año nos vamos a ir a Suiza y otros países del centro de Europa, para vivir sin pensar en nada.

Si viene por aquí, ya hablaremos más extensamente de todo eso.

Un abrazo de su amigo de siempre,

Vicente Blasco Ibáñez.

Esta novela corta sería una mitad más que mis otros cuentos.

16 de junio de 1927.

Querido Artemio: Celebro que haya hecho un feliz viaje por esa Italia, que antes era uno de los países más agradables del mundo, y ahora ya no es así, gracias a Mussolini y a sus bandas negras. Eso que me cuenta usted de mi libro es una demostración de la cobardía jesuítica de esas gentes. Empezaré por decirle que Italia es el único país de la tierra que no me ha dado ni un céntimo, hasta la hora presente. Lo mismo editores que traductores me han llorado siempre, haciéndose los pobres, y les he dado mis libros GRATIS. El único italiano que me ha pagado una traducción es un editor italiano..., pero que vive en Barcelona.

Esa casa que ha publicado mi libro de cuentos a que usted se refiere, me envió ejemplares de la obra, pero sin la faja injuriosa que usted ha visto, así es que hasta el momento en que he recibido su carta, sólo conocía vagamente tal grosería. Y vuelvo a repetir que el libro se lo había dado gratis por favorecer a su traductor, un joven llamado Beccari, que ha traducido y publicado no sé cuántos libros míos, sin darme una sola lira.

La desvergüenza idiota de estas gentes aún ha ido más lejos. El traductor tuvo el tupé de escribirme hace poco tiempo diciéndome que yo debía publicar un artículo a favor de Mussolini, o hacer declaraciones públicas en el mismo sentido, con lo cual sería enorme mi fama y mi gloria en Italia. ¡Imagínese usted!... Como si yo no pudiese vivir sin esa fama y esa gloria dada por los fascistas... Como si, aparte de Italia, no existiesen otras naciones en la tierra... Y lo más gracioso del caso es que siempre, sin ofrecer ni una lira por mis obras.

Si esas gentes no hubiesen hecho tantos crímenes, resultarían bufos e impagables para hacer reír.

Como usted ve, no había ninguna obligación ineludible para la casa editorial de publicar mi libro. Podían no haberlo hecho, y yo ni siquiera me habría enterado, pues, como le digo, lo de Italia, por ser siempre gratuito, no figura en mis cuentas. Las traducciones mías al italiano representan un regalo.

Ahora, según detalles que recuerdo, creo que lo ocurrido fué que esa casa editorial de Florencia, que ya había publicado otros libros míos, la compraron de pronto los fascistas, y al encontrarse con mi libro impreso y todavía no publicado, lo lanzaron *para no dejar de ganar dinero*, y al mismo tiempo le pusieron esa faja, que es un reclamo negativo, pero reclamo al fin.

Si usted cree oportuno decir algo, dígalo. Si no le parece, no diga nada. A mí lo de la Italia actual no me interesa. Vivo a sus puertas y no me acuerdo de ella. Cuando desaparezca la actual tiranía volveré a amarla lo mismo que la amaba antes.

Dejemos este asunto.

Inútil es decirle la triste impresión que me ha causado su sentencia en el pleito-*chantage* contra usted. No me asombra tal iniquidad en la España presente. Deseo que usted haya tomado todas sus precauciones para que esa infamia no se realice «prácticamente». ¡En qué país nos ha tocado nacer!

Nosotros llegaremos a París del 6 al 10 de julio, y probablemente nos alojaremos en el hotel Claridge. Estaremos luego en Suiza hasta fines de septiembre. Volveremos a «Fontana Rosa» hasta fines de octubre, para ver cómo marchan los trabajos, y volveremos a París hasta fines de dicho octubre, para estar en la nueva casa hasta principio del próximo año.

Por el amigo Esplá sabrá usted siempre dónde estoy, pues él se encargará de enviarme las cartas a Suiza.

Muy afectuosos recuerdos para su señora, de parte de mi esposa y también de mi parte, y reciba usted un fuerte abrazo de su amigo de siempre,

Vicente Blasco Ibáñez.

25 de octubre de 1927.

Querido Artemio: Del 10 al 15 de noviembre espero estar en el Hotel Claridge, de París. Crea usted que deseo mucho verle.

No puedo ir antes, porque ha venido desde Nueva York un gran dibujante del magazine *Cosmopolitan* para ilustrar mi novela de Colón, y necesito dirigirle en su trabajo, desde el punto de vista histórico.

Hasta muy pronto. Saludos a su esposa, y usted reciba un abrazo de su amigo de siempre, que continúa enfermo de los ojos,

Vicente Blasco Ibáñez.

6 de febrero de 1927.

Querido Artemio: Recibo en este momento su carta del 1 de los corrientes, y me apresuro a contestarla a vuelta de correo.

Me adhiero de todo corazón al banquete con que le obsequian el día 9, y deseo que esta carta llegue a tiempo.

Ya que no puedo asistir a él, quiero que mi nombre figure en el homenaje. No le envío telegrama, por miedo a que no llegue, y le ruego que haga lo siguiente:

Redacte usted un telegrama, *enviado desde Menton y con mi firma*, algo muy cariñoso, ensalzándole a usted de un modo doble: como escritor que ha publicado cuentos y novelas muy dignos de alto aprecio y que hará en lo futuro obras aún más eminentes, y como organizador literario, que con sus empresas dignifica y purifica la literatura española.

En fin, ponga en ese telegrama todo lo que le parezca, explicando lo antedicho y haciendo constar que en espíritu asisto a la fiesta.

Lo que usted me cuenta de la censura no me extraña. Ver-

dugo, me escribió hace días, anunciándome que la censura le había prohibido publicar mi cuento «Dimoni», que escribí hace cuarenta años, aproximadamente. Para esto dieron el pretexto de que yo acababa de publicar en América un nuevo folleto contra el rey. Esto es mentira, y además, ni en París ni en América ha visto nadie dicho folleto. Como es natural, escribí a Verdugo manifestando esto último, y hoy me envía una carta (al mismo tiempo que usted) diciendo que presentó la mía a la censura y que ya le dejan publicar cosas mías. Pero no dice una palabra de lo del folletofantasma, que tal vez resultará alguna mentira ridícula para justificar extemporáneas persecuciones.

Nada más por hoy. Espero que le veré pronto, y le envío muy cariñosos saludos, celebrando de todo corazón el homenaje de que es objeto.

Vicente Blasco Ibáñez.

30 de marzo de 1927.

Querido Artermio: Después de veinticinco días de parálisis del ojo derecho, hoy me encuentro un poco mejor, un poco nada más, y puedo dedicarme a contestar alguna de las cartas que han llegado a centenarse durante mi enfermedad, quedando sin respuesta.

Teníamos el proyecto, mi esposa y yo, de ir a París en estos días para la compra de una casa que se propone adquirir, pues pensamos pasar en París cuatro o cinco meses todos los años. Pero los oculistas dicen que este viaje puede serme fatal y que debo esperarme unos dos meses para tener los ojos más fuertes.

Hasta junio no iremos, pues, a París. Dígame qué piensa hacer, si va a venir antes por la Costa Azul o si nos veremos ahí en junio.

Le advierto que nuestra idea es quedarnos en París desde junio hasta noviembre o diciembre, amueblando la nueva casa. En pleno verano haremos excursiones a Normandía, Bretaña,

etc., pero volviendo siempre a París para vigilar los trabajos de instalación, y en octubre empezaremos a dar reuniones en nuestra nueva casa.

Como los trabajos en «Fontana Rosa» ya van de vencida y creo terminarán, definitivamente en el año próximo, vamos ahora, mi mujer y yo, a volver a hacer vida parisién, como en otro tiempo, pero ahora más brillante y *chic*, por ser otra nuestra situación.

Dé afectuosos saludos al amigo Esplá, y usted reciba cariñosos recuerdos del que tanto le quiere y le desea toda clase de prosperidades,

Vicente Blasco Ibáñez.

Uno de los regalos que Alfonso XIII debe a la Dictadura son los famosos folletos de Blasco, que tanto daño han hecho al rey en el mundo entero. Blasco Ibáñez era un hombre que salió de España asqueado de la política y de sus actores. Cuando le vi en Madrid por vez primera, se mostraba indignado de que algunos que le visitaban en comisiones políticas, le ofrecieran tal presidencia o tal dirección. Blasco había triunfado ya en el extranjero. Y se reía de que algunos creyesen que iba a abandonar la gloria literaria y su labor de novelista, para volver a las pequeñeces pasionales y personales de la política al uso. Oíd cómo se expresaba, en la conversación que sostuve con él y que publiqué entonces en *La Novela de Hoy*, como prólogo a su novela «La familia del doctor Pedraza» (3 de noviembre de 1922).

A MANERA DE PROLOGO

HABLANDO CON BLASCO IBÁÑEZ

La mejor obra de Blasco Ibáñez, aun siendo por tantos conceptos admirable cuanto ha salido de la pluma del insigne valenciano, será su autobiografía, cuando el maestro se decida a plasmar impresiones, anécdotas y aventuras de su vida interesantísima...

—Es que mi vida no ha terminado aún—me decía un día—. ¡Quién sabe si ahora comienza!...

—No, maestro. Usted ha llegado, pero de la manera completa que todos los verdaderos artistas deben alcanzar, saboreando las caricias de la Gloria Universal, y al propio tiempo gustando de las comodidades y magnificencias que proporciona el dinero... Y aunque en su vida futura puedan existir hechos y apoteosis superiores a los de hoy—si es que esto es posible—, ¿acaso no podría usted volcar en un tomo las impresiones y acciones de su vida hasta ahora? ¿Por qué, entonces, no comenzar ya la hermosa tarea, que será, no lo dude usted, superior a *La barraca*, con ser esta novela una obra-cumbre?

—Si llevo vida de millonario—decíame en la intimidad otro día—, no soy digno de envidia. Trabajo doce o catorce horas diarias para atender a los compromisos adquiridos con revistas y editores de Europa y América... Además, la gente ve el resultado final de

una vida de continua producción, pero ignora lo que he tenido que sufrir y trabajar para obtener eso. Baste decir que jamás fui tertuliano de ningún café, ni perdí el tiempo figurando en grupitos literarios, infecundos y murmuradores. Tal vez el haberme dedicado a la política revolucionaria desde los diez y siete años me libró de esa vida de pereza y crítica negativa que ha atrofiado las facultades de tantos jóvenes en nuestro país.

—Realmente, no parece usted un español. ¡Tiene usted alma de norteamericano!

—Eso me han dicho muchas veces, hasta cuando me vieron de cerca en Estados Unidos. Muchos yanquis esperaban asombrarme con la prodigiosa actividad de su país, y finalmente, los periódicos de allá acabaron por reconocer que en punto a voluntad enérgica y a potencia productora, yo podía figurar entre los más fuertes de sus compatriotas.

El gran novelista español tiene en su vida un éxito material que pocas veces se ha visto.

Un día, estando en su regia posesión de la Costa Azul—y perdone el maestro tan poco republicano adjetivo—, le visitó el presidente de una de las más grandes casas cinematográficas de Nueva York. Venía a comprarle sus derechos de autor de Los cuatro jinetes del Apocalipsis, para hacer con esta novela—famosísima en el mundo entero y de la cual se han vendido en Estados Unidos cerca de dos millones de

ejemplares—un film de gran espectáculo. Y le entregó por dicha autorización 200.000 dólares, o sea más de un millón de pesetas. ¡Eso es recibir una visita grata!... Pero hay que recordar que la citada novela la vendió en 1916 en 300 dólares a la traductora inglesa, y que ésta se ha enriquecido con ella, así como los editores, sin que Blasco Ibáñez recibiese un céntimo más. Justo es que la Providencia, en forma de Empresa cinematográfica, le haya proporcionado esa magnífica compensación.

—¿Usted sigue siendo republicano?

—Lo seré mientras viva. Yo no soy un político; no lo he sido nunca. Soy un romántico de la República. A veces pienso, como digno final de mi existencia, morir lo mismo que aquel viejo desconocido que muere en Los miserables sobre una barricada, sin que nadie sepa su nombre, sirviendo de bandera a la juventud revolucionaria. No quiero volver a la actividad política para ser un político..., un diputado. Hay veinte mil españoles, por lo menos, que pueden ser diputados, tan bien o mejor que yo lo fui durante muchos años. Españoles que puedan escribir novelas y las hagan leer a los públicos de toda la tierra, son, indudablemente, algunos menos. Yo creo servir a mi país haciendo lo que hago ahora: novelas. Y si algún día renacen en España los movimientos para implantar la República, entonces yo, aunque tenga ochenta años...

El brillo de los ojos del famoso novelista parece

terminar esta profesión de fe, verdaderamente de «romántico», eternamente joven. Luego queda pensativo y añade:

—*Dicen que disminuye el número de los republicanos en España. Esto no significa nada. En veinticuatro horas una nación entera puede pasar de monárquica a republicana. Además, no me impresiona que aumenten las deserciones y se abran claros en las filas. Yo repito el verso del inmenso Hugo en una situación semejante, cuando Napoleón III parecía victorioso para siempre, y cada vez eran menos los republicanos en Francia: «Si sólo queda uno, ése seré yo.»*

—*¿La literatura de nuestro país hoy... ?*

—*Hay muchos novelistas jóvenes a los que leo con verdadero deleite. Todo el que trabaja y expresa sinceramente su manera de ver la vida tiene en mí un admirador. Lo único que les falta a algunos de ellos es asomarse al mundo, vivir en otros ambientes, respirar otros aires, renovarse...*

La charla de Blasco Ibáñez esta a su altura como escritor. Me gusta casi tanto cuando habla como cuando escribe. A veces es mordaz, irónico, y en dos palabras tajantes va el resumen de la cuestión.

—*¿No ha hablado usted nunca con el rey?*

El novelista me mira. ¿Quiere sondar con su mirada de estilete la intención de mi pregunta? Ha debido ver en mis ojos lealtad, cuando tranquilamente, pausadamente, me responde:

—No; no he hablado nunca con el rey. ¿Qué motivos hay para ello?... Si escribiese novelas, tal vez me interesaría verle. No digo que no acabe haciéndolas, pues según dicen ha nacido con variadísimos talentos para todo; pero hasta el presente sólo ha hecho discursos... Viviendo en el extranjero, como yo vivo, bien podría ocurrir alguna vez que me encontrase con él en sus viajes, y hablásemos. Fuera de España no hay política; todos somos españoles.

Blasco Ibáñez añade:

—Yo soy amigo particular de otro rey de España, que no está sentado en el trono, pero cuyos derechos a la Corona sostienen aún muchos españoles. Algunas tardes veo a don Jaime de Borbón, y echamos un párrafo con la alegría de dos compatriotas que se encuentran en tierra extranjera.

Don Jaime ha comprado una propiedad agrícola en los alrededores de Niza; Blasco Ibáñez tiene su poética «Fontana Rosa» en Menton; entre estas dos ciudades cercanas de la Costa Azul viene a ser Montecarlo un lugar intermedio, y es en el Casino de Montecarlo donde se encuentran con frecuencia el pretendiente al trono de España y el novelista, como dos vecinos.

—El tiene sus creencias y yo las mías. Somos dos españoles que amamos a España, cada uno a su modo, y nunca reñimos. Además, don Jaime posee la más sólida de las ilustraciones; la que no se adquiere en los libros, sino viajando.

¡Ojalá todos sus partidarios y los más de los españoles hubiesen hecho lo mismo!... El ha corrido una gran parte de la tierra; yo no he viajado menos que él, y eso hace que nos entendamos perfectamente, con la tolerancia y el mutuo respeto de dos hombres que se libertaron de esas estrecheces de criterio y miserias mentales que sufren los que no han salido nunca de «la sombra de su campanario». Además, lo repito: somos dos españoles, y hay que vivir fuera de España para saber lo que representa esto como fuerza atractiva.

—Y si España peligrase, maestro, ¿abandonaría usted su dorada y altísima Torre del Arte para acudir?

Los ojos del maestro llamean de patriótica exaltación.

—¡Claro que sí!... ¿Acaso hay quien crea que porque no resido habitualmente en España no la quiero y venero como el que más? ¿No presto yo mejor servicio a mi patria estando fuera de ella, que si viviese aquí como uno de tantos españoles?...

En la terraza del Casino de Madrid, a los postres, hablamos de España, de Europa, del mundo...

—Sí, indudablemente, España progresa—dice el eminente novelista—, pero el progreso que se ve es «material»; un progreso de ladrillos puestos unos sobre otros y de nuevas calles en las ciudades. Pero

progreso moral, espiritual, intelectual..., ¡lo dudo un poco! La vida sigue siendo aquí dura, agresiva y áspera. Aún no hemos aprendido «la dulzura de vivir». Yo YA no podría residir aquí continuamente, como en otro tiempo. Al que viene de fuera le parece que todo en este ambiente le molesta y le pincha... Para las mujeres no hay respeto, sino procacidad, grosería... Los hombres, ante una mujer hermosa, parecen lobos hambrientos... Es triste, pero es cierto...

—Sí—interrumpo—, aun los que todavía no hemos vivido, ni viajado, ni aprendido, ni visto lo que usted, comprendemos con dolor y con tristeza que España, en estos aspectos de que hablamos, es una aldea, una pobre aldea sin botica, pero con cura... Una aldea en la que, naturalmente, todo llama la atención: la mujer hermosa, los brillantes, las pieles, las pantorrillas, los hombres altos, los hombres flacos, los hombres gordos... , ¡hasta las mujeres feas despiertan estupor! Y luego, todo se toma por la tremenda, por lo trágico, en cobardes huídas del ingenio... Tiene usted las corridas de toros...

—No me hable usted de las corridas de toros—interrumpe ahora el maestro—. ¿Para qué hablar de tan cobarde espectáculo? El caballo, amigo fiel del hombre, que le ayuda en todo, encuentra, como premio a su vida abnegada, la plaza de toros, donde se le somete a los más infames martirios... No hablemos, no hablemos de las corridas de toros...

Pasamos a conversar de otra cosa que interesa particularmente al novelista: el viaje que va a hacer alrededor del mundo.

En noviembre del año próximo 1923, Blasco Ibáñez irá a Nueva York para embarcarse en un gran yacht que dará la vuelta a la tierra. Es un viaje organizado para millonarios norteamericanos, a juzgar por lo que cuesta. Un centenar de pasajeros hará esta circunnavegación en un trasatlántico de 20.000 toneladas, convertido en yacht. Después de visitar muchas islas de Oceanía, el Japón, Corea, China, Java, la India, Ceilán, Egipto, etc., el novelista bajará a tierra en Montecarlo, único puerto de Europa en que tocará el yacht, y se irá tranquilamente a su villa «Fontana Rosa» en el tranvía de Menton (veinte minutos), o en uno de sus dos automóviles, mientras el buque continúa navegando hacia Nueva York con los demás pasajeros.

Esto se llama vivir en nuestro planeta como si fuese casa propia.

Referir cuanto hemos oído al maestro durante su última estancia en España, sería labor prolija.

Vicente Blasco Ibáñez es el más alto y más sólido prestigio literario de la España de nuestros días, y uno de los primeros novelistas del mundo, como lo han

declarado famosos críticos de Europa y América. La Novela de Hoy experimenta verdadera satisfacción al decir a sus lectores: el maestro, el glorioso autor de La barraca, de Entre naranjos, de Mare nostrum, de Los cuatro jinetes del Apocalipsis, de tantas obras famosas, leídas y saboreadas por millones y millones de almas, traducidas a todos los idiomas; el maestro Blasco Ibáñez, el insigne valenciano, el célebre español aclamado por los más diversos públicos, colaborará asiduamente en nuestras páginas.

¡Salud, maestro! Hasta su próxima novela, y hasta la visita que le prometí en la Costa Azul, le abraza su devoto

ARTEMIO PRECIOSO.»

Pero hay más. Y voy a revelar esto como una prueba de mi afirmación. En mi trabajo yo había expresado algunas manifestaciones del maestro, que éste, ante las pruebas de imprenta, creyó oportuno suprimir. Yo había hablado de la posibilidad de que un día Blasco hablase con Alfonso XIII. Y yo preguntaba:

—Dicen que el rey habla de tú a todo el mundo. ¿Qué haría usted si se viese *tuteado augustamente*?

—Muy sencillo: yo tutearía a don Alfonso, al rey. Puede usted asegurarlo terminantemente.

Pero luego, como queda dicho, Blasco llegó, en

su delicadeza, a tachar esas palabras, añadiendo, en cambio, de su puño y letra las otras consideradas que se publican.

Fué precisa la Dictadura, con sus infamias cobardes y viles, con sus vergüenzas, con sus tropelías, para que Blasco se decidiese a volver a la lucha política, para implantar la República en España, y en cuya lucha estaba dispuesto a arruinarse económicamente y a jugarse la vida, desembarcando en Valencia para dirigir, a la cabeza de la multitud y dando el pecho, un movimiento revolucionario.

—Sería un fin bello para la vida de un novelista... Me gustaría morir así...

Y cuando le hablaban de las ofertas que para derrocar el régimen vigente hacían los señores Cambó y Romanones, Blasco Ibáñez decía:

—Yo doy un dólar por cada peseta que den esos señores.

Algunos, en Madrid, me decían ante esta afirmación de Blasco:

—Eso lo dice porque conoce la tacañería de Romanones y Cambó...

No era verdad. Blasco decía aquello simplemente porque estaba decidido a luchar con tesón por la implantación de la República. Y Alejandro Lerroux se le había ofrecido como soldado de filas.

Blasco Ibáñez afirmaba aquello porque, como republicano de toda la vida, se creía con más obliga-

ciones y con más derechos que los burgueses y potentados políticos que tanto habían colaborado con el rey.

Pero, a mi juicio—y a eso iba yo—, queda plenamente demostrado que la última actuación de Blasco Ibáñez contra la monarquía fué debida única y exclusivamente a la Dictadura, que nos deshonró ante el mundo. Los folletos políticos del maestro tuvieron tal repercusión en el planeta entero, que ni en un solo país me han dejado de hablar de ellos. En mis andanzas por Grecia, Turquía, Córcega, Siria, Palestina, Egipto, sin contar los naturales de todos los países que he tratado en París, no han dejado de decirme, al saber mi nacionalidad:

—En España..., sí... Hemos leído los folletos de Blasco Ibáñez contra el rey... La República parece que es cosa segura...

Don Gabriel Maura y Gamazo, escritor de mérito, historiador que aspira a la imparcialidad, siendo un defensor incondicional de la persona y de los actos de Alfonso XIII, califica el primer folleto de Blasco de *avieso*, en su reciente libro *Bosquejo histórico de la Dictadura*. La Academia Española define así el adjetivo *avieso*: *torcido, fuera de regla*. Y en sentido figurado, *malo o mal inclinado*. Como se ve, la

Academia resulta tan insuficiente definiendo como el conde de la Mortera, queriendo cohonestar la imparcialidad del historiador con la de monárquico incondicional, o *realista* a ultranza. Yo, que soy *realista* en literatura, no lo puedo ser en política. El *realismo político*, para mí, resulta más que pornografía en literatura y más inmoral que un incesto.

No pueden desconocerse las grandes dotes de D. Gabriel Maura como escritor, y que es digno sucesor de aquella gran figura blanca y nítida que se llamó Antonio Maura, verdadero grande hombre en nuestro páramo político, pero que padecía astigmatismo en su visión. Entre la egregia estirpe de Maura, figuran con honor sus hijos D. Gabriel y D. Miguel, el uno con su autoridad de escritor, el otro con su actuación ciudadana, y ambos honrando el apellido con la sinceridad de sus creencias, tan dispares entre sí.

Comienza diciendo el autor del *Bosquejo histórico*—modelo de buena fe, pero tan equivocado en casi todo lo que aplaude en el grotesco y grosero dictador—que a Blasco Ibáñez se le tenía, en general, por fracasado en la política. «Ni durante sus años mozos, ni en su plenitud, ni en su comarca natal, ni desde la tribuna parlamentaria, había conseguido el agitador valenciano hacer eficaces sus ímpetus revolucionarios.»

¡Peregrinas afirmaciones de un historiador!

¿Cómo puede cegar la pasión hasta ese punto?

Blasco Ibáñez fué, desde su primera juventud, el tipo del triunfador, del hombre con tal fuerza biológica—fuerza avasalladora de la Naturaleza—, cuyo triunfo se imponía irresistiblemente. Perseguido por las autoridades monárquicas, diputado a Cortes, ídolo de la multitud, Blasco electrizaba hasta tal punto, que habría bastado un gesto suyo, una palabra, para que Valencia hubiese ardido por los cuatro costados. Si Blasco Ibáñez se asqueó de la política, en pleno triunfo suyo, fué por los demás, no por él. Y sobre todo, fué porque oyó la voz de su Destino, que implacable y gloriosamente le señalaba el camino verdadero para él, que era, ante todo y sobre todo, un gran novelista.

«Desprovisto de sólida formación cultural» cree Gabriel Maura a Blasco Ibáñez. Se deja llevar, en éste como en tantos casos, el ilustre político monárquico por el tópico, tejido tan amorosamente alrededor de la gran figura literaria. ¿Habría alguien que ponga en duda su gran inteligencia, sus poderosos medios de asimilación? Pues unid a esto que Blasco Ibáñez era uno de los hombres que más habían leído en su época. Unid a esto que poseía tal capacidad de retención, que al leer grababa en su mente cinco o seis líneas a la vez, y a que a la media hora de tener el libro en sus manos, os podía dar una magnífica conferencia sobre las doctrinas del autor, citando párra-

fos enteros de memoria, analizando el argumento...

«Poco adueñado de las riquezas del idioma castellano...»

Ya se ve cómo sigue el Sr. Maura recogiendo tópicos de la más tosca inconsistencia... ¿No será mejor que de una vez se nos sirvan las pobreza dialécticas y las incorrecciones gramaticales del maestro? A Felipe Trigo se le perdonaban sus extravagancias gramaticales. De Pío Baroja se dice que si escribe mal, es adrede, porque le da la gana. (Conste, de pasada, que soy un sincero admirador de la obra literaria de Baroja, sobre todo en su primera parte, cuando sus piruetas anarquizantes parecían sinceras. Como admiro también, en su primera etapa, a Ricardo León. Muchos no comprenden que se pueda admirar a la vez a escritores tan distintos como Baroja, Valle-Inclán, Gabriel Miró, Ricardo León y Blasco Ibáñez. Estos *unilaterales* me hacen el mismo efecto que un señor al que, por gustarle la paella a la valenciana, se declarase enemigo del bacalao a la vizcaína o de los cochinitillos de Botín.)

¿Cuántas veces habrá que repetirlo? Si Blasco Ibáñez salió de su «torre de marfil» o de su «Villa Fontana Rosa» para combatir al rey, fué porque su espíritu liberal y republicano se indignó ante las idioteces vergonzosas de la Dictadura, que nos deshonraba ante el *mundo civilizado*, que no es precisamente el *mundo oficial*, que se ve obligado a dialogar

con los jefes de Gobierno, cualesquiera que sean. Si tantos y tantos millares de españoles habían salido del marasmo y del indiferentismo político ante la acción demoledora e inmoral de la Dictadura, ¿por qué achaca el Sr. Maura la vuelta a la lucha del maestro de novelistas al «morbo de la política»? Esto del *morbo de la política* es otro tópico, señor conde...

Dice que su folleto está mal escrito. A muchos se nos figura una obra maestra... ¿Nos ciega a unos y a otros la pasión? Tal vez. Pero ¿en qué sitio queda entonces el *historiador*? Cúrese don Gabriel Maura de la manía histórica y defienda, como partidario, a Alfonso XIII, a quien declara intangible e inviolable, haga lo que haga... Allá él. Pero no injurie a la memoria de Vicente Blasco Ibáñez. Sobre todo y sobre todos, la Historia, la Verdadera, la Unica, dirá la última palabra, por encima de alegatos más o menos ingeniosos para demostrar que tres y dos no son cinco, sino *siete y pico*.

El día 26 de febrero de 1929 se publicó en *La Novela de Hoy*, como prólogo a su admirable novelita *El secreto de la baronesa*, la siguiente interviú que celebré con el maestro en París:

«A MANERA DE PROLOGO

EN PARÍS.—CON EL MAESTRO.—BLASCO, GRAN
ORADOR.—SUS MUTISMOS Y SUS CHARLAS.—SUS
IDEAS POLÍTICAS.—SE CONTINUARÁ.

He ido a París exclusivamente para ver y hablar a Blasco Ibáñez. Desde hace algunos años—fué durante la última visita que hizo el glorioso escritor a su patria—no había yo visto al maestro. ¡El maestro! No ya para mí, que soy un joven principiante, sino para muchos escritores consagrados, Blasco Ibáñez es eso: el Maestro. Para mí, además, es el jefe, el amigo, el consejero, el que, con una generosidad sin límites, abandona sus quehaceres y me escribe largas cartas contestándome con todo detalle a mis consultas.

En los últimos tiempos, el nombre de Blasco Ibáñez ha sido glorificado varias veces y calumniado también. Lo que no puede negarse son estas cosas fundamentales: Blasco Ibáñez es un novelista de fama mundial; Blasco Ibáñez es un hombre que posee millones; Blasco Ibáñez ha podido serlo todo en España, con merma de su gloria literaria. Por lo tanto, a Blasco Ibáñez, en sus actos, en sus determinaciones, en sus actitudes, no le puede guiar ni la vanidad, ni la ambición, ni el afán de lucro... Esto es mas claro que la luz del sol. Ahora, que digan lo que quieran...

Y lo repito: fuí a París con el exclusivo objeto de hablar con Vicente Blasco Ibáñez. Le encontré en el

Hotel Lutecia, uno de los más suntuosos de la metrópoli francesa, acompañado de su señora, una bella y gentil dama chilena, culta y afable, digna compañera del maestro, y multimillonaria por añadidura. Con el dinero que reúne esta ilustre y célebre pareja se podría cubrir de billetes de mil pesetas todo el suelo de España.

Hallé a Blasco Ibáñez más fuerte, física y espiritualmente, que nunca. Le hallé también —todo hay que decirlo—abrumado, casi anonadado por la vida que se veía forzado a hacer en París. Entre el mundo literario, el mundo Político y el mundo americano (este último por su señora), el maestro no disponía de tiempo para recibir y devolver las visitas, para asistir a los homenajes en su honor, para contestar a las preguntas de los periodistas... Viendo todo esto de cerca, puede uno formarse una vaga idea de la figura gigantesca, colosal, de este glorioso compatriota nuestro...

Obtenida la hora—una cada dos días—para entrevistarle con destino a La Novela de Hoy, me hice acompañar por un taquígrafo notable, para que las palabras de Blasco Ibáñez llegasen fielmente a los lectores. Como el maestro va a honrar—nunca mejor empleado el cliché de esta frase—la colección de La Novela de Hoy, a partir de esta fecha, con una producción cada mes, quiere decir que a cada una precederá algo de lo que Blasco Ibáñez me dijo en París. Este primer prólogo habrá de ser más breve que

los sucesivos, por falta material de espacio y por este necesario introito a sus palabras. Después, cuando le visite en su palacio de la Costa Azul, en su «Fontana Rosa», en Menton, ampliaré sus declaraciones, tomaré nuevos datos y publicaré un libro que se titulará Hablando con Blasco Ibáñez, y que se editará simultáneamente en español, francés e inglés. Así me ha autorizado ya el célebre escritor para hacerlo público.

Todo el mundo sabe que Blasco Ibáñez, además de excelso novelista, es un orador formidable, elocuentísimo. Y quizá por eso, porque es artista de la palabra, se desquita de los prolongados mutismos en que se sumerge cuando está planeando una obra—hasta el punto de permanecer semanas enteras sin casi pronunciar un solo vocablo—en cuanto se halla con amigos que le inspiran confianza y le son gratos.

Demos comienzo a la charla con el Maestro:

—¿Prepara usted muchas novelas?

—Pienso escribir este año dos novelas grandes, a más de «El Papa del mar», ya publicada, y doce novelas cortas. Las dos novelas grandes serán «A los pies de Venus», que aparecerá en junio, y «Las riquezas del Gran Khan», que espero haber terminado en diciembre. Las doce novelas cortas las publicará La Novela de Hoy en el curso del año, y sus títulos ya los conoce usted.

—¿Tuvo usted siempre los mismos ideales políticos?

—Siempre. Yo soy un republicano «viejo», más por mi larga historia que por edad. Me mezclé en la política activa cuando tenía catorce años y acababa de salir del Instituto. Varias veces me ocurrió en mi adolescencia tratar como amigos y correligionarios a mis catedráticos cuando asistíamos juntos por las noches a las sesiones de un comité republicano.

Mi extremada juventud me hizo intervenir igualmente en trabajos políticos de carácter secreto. Cuando se necesitaba un emisario que no inspirase sospechas, se valían de mi. Así pude tratar de cerca a varios generales. Los más han muerto Algunos viven todavía. ¿Quién podía sospechar que fuese portador de mensajes interesantes un estudiantuelo que aún no tenía diez y siete años y viajaba por España en un vagón de tercera, llevando por todo equipaje un saco de mano y capita en que iba envuelto?

»Antes de los diez y ocho fui sentenciado a seis meses de arresto por un soneto contra los reyes, no contra un rey particularmente, sino contra todos los reyes de la tierra, y me indultaron al fin por considerar que aún no había cumplido la edad precisa para delinquir. En cambio, años adelante estuve en la cárcel unas treinta veces y hasta fui condenado por un Consejo de guerra, en 1896, a varios años de presidio.

»Siempre he tenido las mismas ideas políticas y puedo afirmar que moriré fiel a ellas. El estudio ha trastornado varias veces mis creencias literarias y

sociales. En las creencias políticas soy de una firme inmutabilidad. Allá donde yo esté existirá siempre un republicano.

»Hace más de veinte años que, sin alardear de ello, procuro arreglar mi vida de tal modo que siempre resido en una república. Primero viví en las repúblicas de la América del Sur, luego en Francia, en los Estados Unidos, etc. Hasta en verano, cuando tengo que abandonar la Costa Azul, prefiero instalarme en Suiza, república federal. Lo que siento es que muchos compatriotas míos no puedan hacer lo mismo.

Imposible continuar por hoy. Falta materialmente espacio. Continuaremos hablando con el gran escritor en su novela próxima, titulada «El Rey Lear, impresor».

Pero no queremos ocultar al lector la pregunta primera del próximo prólogo, a la que contesta cumplidamente el Maestro. Dice así la pregunta:

—¿Llegó a sus noticias la publicación de un libelo contra usted?

Hasta muy pronto , pues, queridos lectores.

ARTEMIO PRECIOSO.»

La anterior conversación continuó en el prefacio

de su obra *El rey Lear*, impresor, publicada el 19 de marzo del mismo año, y era como sigue:

«A MANIERA DE PROLOGO

LOS LIBELOS y LOS HOMBRES CÉLEBRES.—LAS PRÓXIMAS NOVELAS.

— *¿Llegó a sus noticias la publicación de un libelo contra usted?*

— *¡Se han publicado tantas cosas contra mí y espero que en el porvenir se publicarán tantas otras!... Es la moneda de cobre, la calderilla de la celebridad. Todo pobre diablo amargado por sus fracasos, o todo ambicioso sin talento, pero sobrado de osadía, cree haber encontrado un camino que le conducirá directamente a la gloria, y se dice: «Voy a escribir un libelo contra Fulano, que es célebre.» Y el infeliz se engaña como un tonto, pues el insultar a un hombre célebre no es bastante para arrebatarse su celebridad y escaparse con ella como un ratero que roba una capa o un reloj.*

Yo guardo en mi biblioteca un libro curioso que titula Los libelos contra Víctor Hugo y consta nada menos que de dos abultados volúmenes. Contando a la ligera, creo que se publicaron contra Víctor Hugo unos ochenta libelos atacando en ellos no sólo su gloria literaria y su pureza política de sembrador de

ideas generosas, sino que también su vida de familia. Hasta inventaron que era jorobado y lo ocultaba hábilmente.

Resulta divertido repasar ahora esta serie de ataques imbéciles contra el más grande y universal de los escritores del siglo XIX. Todos los que firman dichos libelos escandalosos y que fueron en su época forjadores de versos malos y de novelas despreciables, resultan ahora absolutamente desconocidos. El único que conozco un poco es Xavier de Montepin, autor de novelas de folletón para porteras, el cual tuvo osadía «fantástica» de insultar a Víctor Hugo cuando estaba en su largo destierro, llamándole «mal patriota» y «enemigo de Francia» porque había atacado a Napoleón III.

—¿Supongo que no habrá usted leído el tal libelo?

El maestro se echa a reír con una risa franca y ruidosa:

—¿Por quién me toma usted? Yo leo todos los días varias horas; es una costumbre que tengo desde hace muchos años, y leo cuanto cae en mis manos, sin preocupación alguna, pues para un novelista todo sirve. Una vez que me desterraron de Valencia siendo joven, me leí toda la biblioteca teológica de un canónigo y la biblioteca de erudición militar de un general de Ingenieros, ya difunto.

Si un escritor de mi clase publica algo contra mí, lo leo, y si el autor de la crítica es un joven que empieza

y sostiene de buena fe sus opiniones, lo leo igualmente. Tengo la esperanza de que esto me puede servir de lección. Muchas veces encontramos en las lecturas más inesperadas algo que nos sorprende y puede modificar nuestros pensamientos. Pero usted comprenderá que yo no voy a leer lo que se le ocurra decir de mí al primer indocumentado literario, sin cultura alguna y al margen de todo arte, simplemente con la engañosa ilusión de hacer carrera. Sería darle un gusto que no corresponde a su categoría. Yo necesito mi tiempo para leer otras cosas. Bastante castigo sufren esos infelices con su fracaso. «Blasco Ibáñez—se dicen—es popular por sus novelas en las primeras naciones de la tierra. Vamos a escribir contra él y se fijarán en mí en todos esos países.»

Y después de lanzar su escuerzo venenoso resulta que no lo traducen en ninguna parte, y si pagan de su bolsillo una traducción expurgada en francés, nadie se entera. Pero... hábleme usted de otras cosas más interesantes.

—¿Quiere usted decir algo de la serie de novelas que va a publicar, y cuya primera—que tan enorme éxito ha logrado—ha sido El Papa del mar?

—Hace más de quince años que estudio y preparo estas novelas españolas «evocativas», que empiezan con El Papa del mar. Para poder escribirlas he hecho viajes por casi todos los mares y continentes de la tierra y leído numerosos libros y manuscritos anti-

guos. Todas ellas serán a modo de poemas en prosa, celebrando las mayores glorias del pueblo español, las verdaderas, las únicas que le hicieron influir sobre el progreso humano o le dieron una actuación en la historia de la humanidad.

El Papa del mar es la novela de don Pedro de Luna, primer español que preocupa a Europa después de los tiempos de la antigua Roma. A los pies de Venus es la de los Borgia y la influencia española en la época del Renacimiento. Las riquezas del Gran Khan, la de los navegantes españoles y Cristóbal Colón: un Colón completamente distinto al que conoce el vulgo de todas las naciones. Y en las novelas siguientes aparecerán los descubridores y conquistadores que han inmortalizado el nombre y la lengua de España en todo el planeta, descritos tales como fueron, con sus grandezas y sus defectos.

Estos libros serán novelas modernas. Su acción transcurre en nuestros días, y al mismo tiempo resuscita otra acción paralela, desarrollada algunos siglos antes.

He buscado durante varios años una forma completamente nueva de expresión novelesca en la que se junten la antigua novela histórica y la novela contemporánea.

Bien sabido es que el público acaba por fatigarse de las novelas históricas al modo antiguo. Tolera y admira las resurrecciones arqueológicas cuando son

un caso único, pero no puede admitir, como en los tiempos de Walter Scott, toda una serie de novelas históricas cuya acción transcurra completamente en otros siglos.

Creo haber encontrado una nueva forma novelesca, que tal vez será imitada luego por muchos. Sitúo mis relatos en el tiempo presente, mis personajes son contemporáneos por sus aspiraciones y su modo de vivir, y al mismo tiempo evoca el pasado en los mismos lugares donde se desarrolló.

Las dos primeras novelas, El Papa del mar y A los pies de Venus, resultan una sola, por figurar en ambas los mismos personajes modernos. Las otras que publicaré después están unidas entre sí por el enlace de los acontecimientos históricos, pero su acción novelesca será completamente independiente. Tal vez dichas novelas sean apreciadas en el porvenir como la obra más importante de mi vida.

Por la transcripción,
ARTEMIO PRECIOSO.»

El 30 de abril del mismo 1926 continuaba yo, siempre en La Novela de Hoy, mis entrevistas con el Maestro, y que reflejan mejor que hoy podría yo hacerlo el espíritu de aquel hombre extraordinario.

A manera de prólogo de su novela *La devoradora*, decía yo:

«A MANERA DE PROLOGO

UN PASEO.—EL HIJO DEL MAESTRO.—LA FELICIDAD Y LA AMBICIÓN.—DEL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO.

Hoy el Maestro me ha invitado a dar un paseo por el Bosque de Bolonia. Era el estreno de un magnífico y lindo automóvil, modelo de comodidad y estética, que el autor de El rey Lear, impresor acababa de regalar a su señora, la cual—radiante de belleza y simpatía, de sencillez y cultura—nos acompaña. Viene también con nosotros el joven Sigfrido, hijo del gran novelista, que se encuentra en París en ese viaje ideal que se llama la luna de miel. Sigfrido es un joven esbelto, de grandes ojos negros y nariz aguileña, muy moreno, con un carácter franco y decidido, noble y leal, aunque a primera vista parece reservado y frío. Es republicano, como su padre, y de los que darían sin vacilar la vida por el triunfo del ideal. (Somos muchos los españoles que, sin habernos hasta ahora significado en las luchas políticas, nos hemos visto obligados a adoptar con toda decisión el ideal republicano, si quiera sea como un emblema contra las injusticias,

las persecuciones y el fariseísmo frailuno que gallea a la hora de ahora.)

Y es al regresar del grato paseo, sentados alrededor de una mesa de mármol, en una de las habitaciones que usufructúa el Maestro, en el Hotel Lutecia, cuando reanudamos la charla para La Novela de Hoy. Sin saber por qué le pregunto:

—¿Se considera usted feliz en la vida?

El rostro del maestro se cubre de una tenue pátina de melancolía. Sus ojos, esos ojos tan penetrantes que parecen lanzar destellos de lumbre, se apagan un momento. Pero sólo un momento. Después, contesta:

—¡Oh, feliz! Esa palabra no quiere decir nada. En nuestra vida nada hay homogéneo, absoluto. Somos felices y desgraciados en el curso de un mismo día. La única felicidad inmutable es la de poseer una tranquilidad interior. Yo tengo una conciencia exagerada que me atormenta muchas veces, como una persona quisquillosa y peleadora. Me afligen de pronto cosas insignificantes que hice hace muchos años y de las que nadie se acuerda. Pero de todos modos gozo la tranquilidad de una paz interior.

»No hago daño a nadie a sabiendas. He podido vengarme en mi vida de muchos enemigos y no lo he hecho. ¿Para qué? Ellos con su malignidad y yo con mi tolerante indiferencia, todos moriremos igualmente. Aquí de Renán: «¿Qué pueden importar a los habitantes del planeta Sirio, que tarda miles de años en

enviarnos a través del espacio un rayo de su luz?»

»Además, el mal exige mayores esfuerzos que el bien. Hay que ser bueno... aunque sólo sea por comodidad... Los que aman el mal no encuentran la calma necesaria para los trabajos de una verdadera producción, que debe ser dulce y serena.»

Blasco Ibáñez queda pensativo, como absorto. Hay un silencio que bien pudiéramos llamar religioso. A la entrevista de hoy, a más de los apuntados antes, asiste Carlos Esplá, el inteligente periodista, y Joaquín Belda, el hombre bueno, el gran humorista a quien no se le quiso perdonar su popularidad por el grave delito de entretener y hacer reír a los lectores. ¿En qué pensamos tras las breves y reposadas palabras del Maestro, tan llenas de sabiduría y de serena bondad? Cada uno de los que, en una esfera más o menos modesta, nos consagramos al Arte, ha padecido su Calvario de dolor, de ingratitud o de odio, y las palabras del gran novelista nos han hecho sin duda un efecto balsámico.

Yo sigo preguntando:

—¿Ambiciona usted algo, ya que tiene la más alta gloria literaria, la fortuna material más cuantiosa, una familia amada y una mujer culta, con gran talento y belleza?

—Ambiciono para mí mucha salud, pues merced a ella podré escribir todas las obras que llevo en mi pensamiento. Mi imaginación ya sabe usted que es a modo de un molino incansable y muele más que lo

que yo voy envasando en forma de libros. Esta es toda mi ambición personal.

»El trabajo ya no es para mí un medio: es un fin. Trabajo unas catorce horas todos los días: mañana, tarde y noche. Algunas veces paso mas de medio mes sin salir de mi jardín de Fontana Rosa y hasta sufro las molestias del hombre primitivo cuando me pongo un traje de calle.

Trabajo por el placer de trabajar, por sentir el noble orgullo de la creación. Nada me importa ya la ganancia o la gloria de mi trabajo. Produzco como la madre que da vida a su hijo, dolorosamente, sin saber si será hermoso o feo y sin arrepentirse de este suplicio necesario.

Tengo otras ambiciones más vastas, más altas, que no se refieren a mi persona, que van dedicadas a varios millones de hombres, a un grupo histórico, a una nación. Mas ¿para qué hablar de ellas? Es inútil. Usted, como tantísimos españoles, conocen bien estas ambiciones mías; pero no podrá repetir las, no le dejarán.

—¿Puede sintetizar en varias líneas la impresión de su viaje alrededor del mundo?

—Esta impresión la encontrará usted al final del tercer volumen de La vuelta al mundo de un novelista. Creo, como digo allí, que: «Todos los hombres son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores mecánicos y materiales. Aún no ha llegado la gran re-

volución, la interior, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crear-nos un alma nueva, y entonces será fácil. Necesitamos matar el egoísmo, y así, la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus privilegiados, llegarán a ser virtudes comunes de todos los hombres.»

Suena un timbre del teléfono. Comienza la tanda diaria de demandas (entreviús, invitaciones, peticiones de autógrafos por personas a las que no hay modo de negarse, etc., etc.).

Nos vamos. Al salir al bulevar Raspail es de noche. Lluve. No encontramos un taxi. Belda y Esplá parecen desesperados ante el frío y la lluvia. Entramos en un café. Y allí, ante las mujercitas lindas y elegantes, y entre la atmósfera tibia, comenzamos a glosar las palabras del Maestro.

ARTEMIO PRECIOSO.»

Finalmente, el 18 de junio de aquel año se publicó, como líneas preliminares a su novela *El réprobo*, la siguiente e interesantísima conversación:

«A MANERA DE PROLOGO

LOS NOVELISTAS.—LO QUE LE PRODUCE LA LITERATURA.—LAS VACAS «GORDAS» Y LAS VACAS «FLACAS».

Ante todo, como preliminar de esta hermosa novela El réprobo, el glorioso escritor Blasco Ibáñez quiere hacer constar «que mucho después de escrita se enteró de que hace más de cincuenta años el poeta don Constantino Gil, injustamente olvidado, escribió un soneto en el cual habla de un moribundo que desea ir al infierno para juntarse con la mujer que amó. Inútil es decir que la historia contenida en estos catorce versos es muy breve y vaga. Ni siquiera tienen nombre sus protagonistas. Además, este tema del amor perpetuándose hasta el infierno, ha sido tratado muchas veces por autores de diversas literaturas. Pero como dicho soneto está olvidado, otro hubiese prescindido tal vez de mencionarlo, después de hacer su descubrimiento casualmente. Mas él cree un deber de conciencia hacer constar que existe una poesía cuyo final se asemeja al desenlace de esta novela.»

Y hecha esta manifestación, sigamos nuestra charla con el maestro.

—¿Cuáles son los novelistas que más le interesan entre los españoles?

—Todos, desde el venerado y admirable maestro Palacio Valdés hasta los más jóvenes. España es la tie-

rra de la novela, y yo, que creo conocer bien el movimiento literario de los países más importantes de Europa y América, declaro que ninguna nación supera a la nuestra en número y calidad de novelistas. Para un pueblo de veintidós millones de habitantes como España, tal vez somos demasiados. Los otros países tienen menos novelistas, con arreglo a su población.

»A los únicos que no admiro es a los que producen fríamente y a sabiendas la novela pornográfica. Soy partidario de la libertad absoluta en la novela, pero por lo mismo que tenemos derecho a nuestra libertad, debemos procurar no envilecerla abusando de ella. Un novelista debe decir todo lo que considere necesario para dar vida real a sus relatos, pero tiene la obligación de decirlo con arte, con miramientos para el lector; ahí está uno de los más grandes méritos del novelista.

»Decir las cosas brutalmente como en una conversación de café, eso puede hacerlo cualquiera: el mismo camarero del café. Es fotografía burda. Un pintor de la vida, un verdadero artista, sabe describir las escenas más difíciles sin escándalo de nadie; mejor dicho, sabe sugerirlas y hacérselas ver al lector sin expresarlas con palabras. Yo puedo admitir una apuesta (y como yo, los que son verdaderamente novelistas) para describir los episodios más escabrosos si los juzgo necesarios en mi relato, sin caer en vulgares groserías.

»Esa tendencia pornográfica que demuestran al-

gunos para conseguir una deplorable celebridad, me entristece como novelista y como español. Hay que añadir que resulta igualmente triste la continua preocupación del acto genésico que muestran la mayoría de los españoles. Parece que en la vida no exista otra cosa; en cafés, en teatros y en ciertas novelas sólo se hable del encontronazo de los dos sexos y se hace de dicho episodio la única finalidad de nuestra existencia. En otros países—sin que los hombres sean por ello menos «amatorios»—se preocupan de las demás aspiraciones de nuestra vida: la libertad, el bienestar, el progreso, el trabajo, la conquista del dinero. El amor (si es que es amor esa hidrofobia sexual no saciada que se nota en nuestro país) resulta en otras naciones simplemente una de las numerosas y variadas finalidades de nuestra existencia.

»Un pueblo que sólo se alegra cuando habla de los roces de unos cuantos centímetros de dos pieles humanas, y no va más allá en sus ilusiones y deseos está destinado fatalmente a que lo exploten y lo dominen del modo más envilecedor.

Le basta con que le dejen cabalgar sexualmente o le dejen hablar y leer sobre las diversas suertes de tal equitación, y con eso se cree dichoso, sin protesta alguna.

—¿Cuánto le produce la literatura al año?

—De eso hay mucho que hablar. ¡Se han dicho tantas cosas sobre mis ganancias!... ¡Y tales comen-

tarios han ido envueltos en tan enormes disparates!... Efectivamente, yo soy, sin haberlo esperado ni buscado nunca, uno de los contados novelistas «mundiales» que ganan verdaderas riquezas con su pluma. Mirándolo bien, en todo el mundo somos tres los novelistas que hemos ganado millones escribiendo: los ingleses Kipling y Wells y yo, español. Esta situación de novelista «mundial» me ha acarreado muchas envidias, no crea usted que en España solamente.

Las envidias de España las acepto con una bondad fraternal, las comprendo y las disculpo.

Reconozco que no es agradable vivir rabiando allá, persiguiendo ásperamente a la fugitiva peseta, y ver a un compatriota, a un amigo de ayer, libre de tales preocupaciones, viviendo donde le da la gana y siendo leído en el mundo entero. Pero fuera de España, en países que no juzgo oportuno nombrar, aún tengo peores envidiosos. El orgullo patriótico les hace considerar como algo extraño e inadmisible que un español obtenga en los Estados Unidos y en otros países importantes un éxito literario y material que ellos han perseguido toda su vida, sin conseguirlo nunca.

»En cuanto a valorar lo que me produce la literatura todos los años, ya sabe usted que tal producto no es algo diario y continuo como las ganancias que deja una fábrica o una simple tienda de comestibles. Si trabajo mucho y mis obras tienen éxito, gano mucho. En otros años de pereza o de ocupaciones distintas, la ga-

*nancia disminuye considerablemente. Esto es una pe-
rogrullada, pero creo oportuno decirlo, pues muchas
veces los que comentan mi fortuna parecen olvidarlo.*

*»Tengo en mi historia un año que es hasta ahora
el de «las siete vacas gordas». Fué el año que vendí
los derechos de autor de mi film Los cuatro jinetes
del Apocalipsis. (De mi film, no de la novela, pues
ésta, como es bien sabido, la vendí por 300 dólares a
su traductora inglesa, consiguiendo fabulosas ganan-
cias ella y el editor.) La venta del film fué el primer
negocio que hice a los tres meses de haberme instalado
en mi propiedad de «Fontana Rosa». Un magnate de
la cinematografía vino desde Nueva York solamente
para comprarme mis derechos, y después de discutir
con él me pagaron por cable 200.000 dólares; algo así
como millón y medio de pesetas.*

*Pero esto no se verá más. El que era entonces presi-
dente de la «Metro Film» de Nueva York, al entregarme
en mi jardín de Menton el cablegrama del Banco
de Nueva York, anunciándome el cobro de tan enorme
cantidad, me dijo: «Que esto no sirva para que usted
se forje ilusiones y se desorienta en el porvenir. Nunca
volverá a repetirse en la historia de la cinematografía
un negocio como el de Los cuatro jinetes. Este film va
a darnos unos tres millones de dólares. Está bien que
se lleve usted su parte, pero en lo futuro todas sus no-
velas serán pagadas muchísimo menos y de una sola
vez, sin reconocerle derechos de autor.*

»Y así ha sido. De mis otras novelas filmadas me han dado 30.000 dólares, 25.000 dólares, 40.000, y sólo en una de las últimas La reina Calafia, llegué a los 60.000.

»Todo esto es la cara bonita de la moneda del éxito. Vamos ahora al revés de la pieza. Hace catorce meses que no gano dinero. El motivo de esto no es ningún secreto. Durante dicho tiempo he escrito muy poco, y lo que salió de mi pluma no fué obra novelesca. Los pequeños volúmenes que produce, vertidos a todos los idiomas de la tierra, los di gratuitamente a traductores y editores. Hace año y medio que no he vendido una sola novela en el extranjero, por la razón de que no he producido nada. Ahora, con El Papa del mar y las novelas siguientes, volverá tal vez a restablecerse mi antigua producción, pero con gran modestia monetaria, por lo que le diré luego.

Al mismo tiempo que he vivido tantos meses sin ganar nada, he gastado más que nunca. En mi vida el año 1925 es el de las «vacas flacas». Yo, que jamás he jugado, tal vez hubiese procedido con más prudencia yéndome por las tardes a Montecarlo para tomar asiento ante una mesa verde y jugar con fichas de mil francos. Usted no sabe lo que he gastado en dicho período, y como yo soy algo tenaz (hijo de aragoneses), no quise hacer caso de las protestas de los que me rodeaban, justamente alarmados por tanto gasto. Ahora gasto menos. La experiencia me ha hecho ver que una

fortuna individual, por grande que sea, si se la compara con el Tesoro público de una nación, vale tanto como una gota de agua perdida en el mar.

Por la transcripción,
ARTEMIO PRECIOSO.»

Antes de morir, es decir, días antes de sucumbir, el maestro acababa de pasar dos meses en París, en el Hotel Claridge, con su amadísima esposa y los fieles servidores Casilda y Ramón, matrimonio ideal para millonarios, ya que si ella posee la abnegación de una hermana de la caridad, él es prototipo como chófer y como servidor, de corrección, cultura y lealtad.

Durante estos dos meses que Blasco Ibáñez pasó en París, no recuerdo haberle dejado de visitar ni un solo día, salvo una enfermedad que me privó de verle por espacio de una semana.

Por allí como asiduos, sólo iban Carlos Esplá, a quien el maestro quería entrañablemente, y el doctor José Luna, hombre de ciencia, notable escritor y mejor persona, que acompañaba a Blasco en sus dolorosas andanzas por los gabinetes de consulta más famosos de París, y que le cuidaba, como médico de cabecera.

A Carlos Esplá, el gran periodista, el hombre íntegro, bueno e incorruptible, le cabe la honra de haber sido en este mundo la persona de más confianza de Blasco Ibáñez. El mejor elogio para ambos, a mi juicio, es éste: para Esplá, haber merecido tal confianza y tal cariño, y para Blasco, haber despertado en un hombre del temple, del valer y del valor de Esplá aquella devoción, aquella adhesión, aquella admiración... ¡Eran, en verdad, bien dignos el uno del otro!

Espíritu indomable, rebelde, cerebro de gran envergadura, Carlos Esplá sentía por Blasco un respeto y una ternura sin límites. Lo conocía y lo comprendía—y por eso lo quería—mejor que nadie...

Una tarde, el maestro esperaba la visita del joven profesor Luis Jiménez de Asúa, que debía llegar acompañado de Esplá. Por una confusión de la hora, Blasco les esperaba a las seis de la tarde, y los esperados no llegaron hasta pasadas las siete. Yo estaba allí desde las cuatro, contándole al gran novelista las pequeñas pintorescas de nuestro mundillo literario y político, que tanto le divertían. Así pasó la tarde sin darnos cuenta, intercalando el maestro, entre mis apostillas y murmuraciones, sus pinceladas clarividentes de color y de sarcasmo. Pero cuando miró al

reloj y observó que eran más de las seis y media, su indignación comenzó mansa, hasta hacerse furiosa.

—¡Me está bien empleado, por aguardar! ¿A mí qué me importan estos niños peras de la ciencia, estos gomosos de la revolución, estos castigadores de la libertad? ¡Y tenía yo que haber asistido a un té esta tarde! ¡Y he sido tan tonto, que dejé de ir! Pero aún me extraña más en Esplá, tan formal, tan exactísimo, que...

—Ya sabe usted lo que pasa en París. No se puede nunca llegar a tiempo...

Repito esto para que el propio Jiménez de Asúa se dé cuenta del estado de ánimo de aquel grande hombre, que había de morir días después. La irritabilidad, como el entusiasmo de Blasco, llegaron en sus últimos tiempos a las cumbres morbosas que correspondían a su gran cerebro y a su gran corazón, próximos al eclipse total.

Llegaron, por fin, el catedrático y el periodista. Esplá lo aclaró todo, ante los reproches nerviosos del maestro. Blasco había comprendido mal. La cita era para las siete, y eran las siete y diez...

Pero el humor de Blasco no cambió por ello. Como un niño mimado, no quería dar su brazo a torcer...

—A las seis; habíamos quedado en que a las seis...

Había venido Jiménez de Asúa acompañado de una señorita rubia, brasileña, bastante guapa, admi-

radora de Blasco y de Asúa... Y sin sentarse, el diálogo se desarrollaba cortés, lleno de fe republicana por parte del visitante, pleno de escepticismo y de displicencia por parte de Blasco.

Decía Jiménez de Asúa:

—La opinión comienza a responder. El espíritu público es excelente...

—Déjese de tópicos. No hay tal opinión ni tal espíritu... No pasa ni pasará nada... Yo he hecho cuanto he podido, y más... Pero ¿no ve usted que es vergonzoso lo que ocurre? ¿Cuántos desterrados de nota hay en París? Se pueden contar con los dedos de una mano: Alba, Sánchez Guerra, Unamuno, Ortega... , yo... ¿Sabe usted cuántos desterrados italianos hay en Francia? Millares, millares... Una legión de políticos, otra de catedráticos, otra de periodistas, otra de escritores, otra de soldados de filas... Allí, en España, todo el mundo aguanta y se resigna...

—Pues yo me permito decirle... —objetaba Asúa.

—No, no me diga nada, no me objete nada... Yo sé, yo sé... Pero, en fin, ¿se va a intentar algo serio por una vez? ¿Sí? Pues diga que yo doy en dólares la misma cantidad que den Cambó y Romanones, juntos, en pesetas... Puede asegurarlo así. El dinero está depositado en un Banco de Nueva York...

Asúa y Esplá se fueron a cenar al Café de París, con la joven rubia transatlántica. Doña Elena, la señora de Blasco, que había asistido a la última parte

de la entrevista, aseguraba con toda moderación y dulzura:

—Has estado muy fuerte, muy nervioso, Vicentito; muy fuerte...

Pero el león ya era un cordero que sentía en el alma sus impetuosas palabras...

—Es que llegaron tan tarde, después de esperarlos... Otro día le recibiré mejor. Es simpático, tiene cara de buen chico y vale, vale mucho...

Y estas últimas palabras, que Jiménez de Asúa desconocía, he querido yo repetirlas ahora para que las sepa y las coloque a continuación de los recuerdos, tal vez no muy gratos, de aquella entrevista que yo presencié...

Una tarde, en el vestíbulo del Claridge, estando yo con Blasco Ibáñez, pasó García Prieto, el hombre bueno, el hombre simpático que cometió la *debilidad* de hablar un día de que pasarían antes sobre su cadáver que entregar el Poder civil en manos mercenarias... ¿Por qué, quién, en virtud de qué tuvo el marqués de Alhucemas la humorada de aquel gesto heroico, que luego, meses después, había de convertir en bufonada viviente? Pero, en fin, dejemos esto y continuemos. García Prieto pasó por delante de nosotros, y yo me permití decirle, aparte:

—Don Manuel, aquí está Blasco Ibáñez. ¿No le conoce? ¿No le recuerda?

El marqués se deshizo en amabilidades, dirigiéndose al maestro, con toda la orquesta de sus seis o siete voces diferentes, desde la de bajo profundo hasta la de vicietiple ligera.

—Precisamente, mi mujer, que está aquí, es una gran admiradora de usted. Espere, se la voy presentar...

Y en efecto, llegó la marquesa de Alhucemas, verdadera gran señora, llena de belleza, elegancia, distinción; una de las damas más inteligentes de España, más cultas y más distinguidas, dando a la palabra «distinción» todo el sentido profundo y aristocrático. Blasco quedó encantado de la conversación con la egregia señora, que demostró conocer a fondo toda la obra del inmenso novelista.

Pero la contemplación del marqués de Alhucemas, como hombre, produjo a Blasco una triste impresión. No sé por qué se le figuró que el ex presidente del Consejo estaba enfermo de la médula.

—Sí, sí, de la médula; no lo dude, de la médula...

Y con aquel afán suyo de generalizar, continuó:

—Todos, todos los políticos españoles están tocados de la médula... Todos, todos. Este hombre que acabamos de ver vivirá muy poco, muy poco...

¿Quién iba a decirle a Blasco que García , Prieto tres años después de su muerte, goza de una salud

perfecta, que quiera Dios prolongarle largos años para dicha y alegría de los suyos?

—Pasarán antes sobre mi cadáver...

Allá por el año 1960, cuando entierren al ilustre patricio, volverá a recordarse su frase heroica del Senado, su frase histórica, que será célebre por los siglos de los siglos...

¡Había que oír a Blasco referir su falta de fe en el valor de los militares para dar el pecho en las conspiraciones! Yo recordaba sus palabras a raíz del fracasado movimiento revolucionario de Valencia...

—Una vez, un general (no digo el nombre, porque ha muerto) estaba comprometido con nosotros. Hace ya muchos años... Y cuando el plan estaba a punto de llevarse a la práctica, me llama a su casa y me dice: «Mire usted, he pensado que lo mejor es que usted dé el grito con unos cuantos, y entonces yo echo a la calle la fuerza pública, me uno a ustedes...» «Pero bueno, repítamelo, que yo me entere... No comprendo.» «Sí, usted da el grito, y yo, después...» «¡Pero lo convenido es al revés! Que usted se subleva y yo me lanzo a la calle con los míos, que ya están armados...» «No, no; es mejor que dé usted el grito antes.» Claro que el grito lo dí yo, y bien alto, pero fué a él... ¡Las cosas que le dije! Pues a aquel hom-

bre, meses después, siendo él ministro de la Guerra y yo diputado, le grité en la antesala de su despacho, delante de todos los que aguardaban: «¡Ahora es la ocasión de sublevarse; ahora, que es usted ministro de la Guerra!» Y el pobre casi me llevó en brazos a su despacho, diciéndome: «¡Cállese, cállese, hombre del diablo!»

Nochebuena. Frío y niebla. Blasco me espera, con su señora, en el Hotel Claridge, para la cena del Reveillon, a las doce de la noche. Llego y me presentan a Henri Duvernois y señora. El gran novelista francés es un hombre alto, cargado de espaldas. Diríase que lleva a las costillas el saco de sus observaciones humorísticas de la vida y de los hombres. Pero Duvernois y señora se van antes de que la cena comience. A la mesa del maestro nos sentamos unas ocho personas. Tengo el honor de ser colocado a la izquierda de doña Elena. De hombres sólo somos el maestro y yo. Damas de la aristocracia española, que consideran compatibles sus ideas religiosas y monárquicas con la admiración por el glorioso novelista español. Mujeres francesas, distinguidas, elegantes, que beben y bailan muy bien, Y alegría, muñecas, bolitas de algodón, música, serpentinas, toda la gama que requiere una cena de Pascuas bien

regada con champán seco de primera calidad. El maestro es feliz viéndome beber y reír. De vez en cuando me dice:

—Fíjese bien, observe. Puede servirle para una novela de amor... Beba, beba... Yo también levanto mi copa...

Las dos de la madrugada. Blasco Ibáñez, aunque apenas ha bebido, no se encuentra bien. Se ve obligado a retirarse a sus habitaciones. Pero no consiente que su señora le acompañe... No. Que los demás sigan divirtiéndose. Si él no puede más, qué se le va a hacer. Pero que nadie se moleste. Pero que nadie se preocupe.

—Hasta mañana. No deje de venir...

Y los ojos del maestro tienen una melancolía tan honda, que yo me doy cuenta, tal vez por primera vez, de que el coloso está herido de muerte.

La segunda vez que observé la triste realidad física de Blasco Ibáñez fué en el teatro del Trocadero. En el centenario del romanticismo se celebraba el gran homenaje a Víctor Hugo. Blasco Ibáñez ha escrito un discurso en español, que Renée Lafont ha vertido al francés y que un gran actor lee, tras breves palabras de Blasco, que son fervorosamente aplaudidas por la concurrencia. Eduardo Herriot pronuncia

un discurso. Después, el gran político francés abrazó con efusión al gran novelista español. Santiago Alba, desde el público, cerca de Carlos Esplá y de mí, aplaude con gusto. Y vemos a Blasco Ibáñez, vestido de *smoking*, pálido, cadavérico, y yo se lo digo a Esplá:

—Está muerto.

Carlos no contesta. Pero yo, por segunda vez, vi que estaba acabado... Lo vi así; pero cinco minutos más tarde, en el hotel, viéndolo de buen color, hablando como siempre de sus obras futuras, de sus planes, olvidé mi macabra visión y volví a creer que Blasco Ibáñez era un hombre destinado a no morir nunca...

Horas antes de partir para Menton—¡su último viaje terrenal!—le hablé de un proyecto mío concebido hacía tiempo: la creación de un gran semanario de literatura y arte, de política y teatros, verdadero *magazine* popular, con mucha lectura y mucha amenidad. Aceptó con tal entusiasmo la idea, que la hizo suya, ofreciéndome toda clase de ayudas. El estaba encariñado con un título, ya que a su vez abrigaba el mismo propósito, nunca realizado: *Literatura*. Me ofreció, no sólo su colaboración asidua, sino escribir para el periódico los *Recuerdos de su vida literaria*.

Lanzado bajo sus auspicios, con su nombre y con sus trabajos, yo no dudaba del éxito.

Prometí escribir a Madrid aquel mismo día pidiendo presupuesto a la imprenta. Carlos Esplá participaba a la vez de nuestros entusiasmos. Días después de su regreso a Menton—la víspera de caer en la cama herido de muerte—escribió a Esplá, alarmado, preguntándole si yo había desistido del proyecto. ¡Hasta tal punto sentía el maestro el entusiasmo por las empresas literarias! Pero yo no es que hubiera cambiado de idea, sino que no había recibido el presupuesto.

También recuerdo que por aquellos días escribí a don Luis Montiel, propietario de *Estampa*, diciéndole que Blasco Ibáñez estaba dispuesto a enviar periódicamente artículos con fotografías de la Costa Azul y de diversos puntos del planeta. El maestro, como se ve, en sus últimos meses, sentía los entusiasmos juveniles más puros. Pero sea que la carta se perdió, sea que cometí el error de no dirigirme al director, Antonio G. de Linares, lo cierto es que se dió el caso peregrino—¡sirva de consuelo a los principiantes!—de que una colaboración, ofrecida sin condiciones de precio de Vicente Blasco Ibáñez, quedó sin respuesta... Debo decir que si me dirigí a Montiel y no

al notabilísimo literato y periodista, fué por mandato expreso del maestro, que me había oído hablar de mi amistad antigua con el ilustre ingeniero, en cuyos talleres nacieron *La Novela de Hoy*, *Muchas Gracias*, *La Novela de Noche* y la Editorial Atlántida. Fuí un cliente del señor Montiel, durante algunos años, que pagaba facturas por unas 300.000 pesetas anuales.

Como Blasco me preguntaba casi a diario si yo no había recibido aún contestación de don Luis, yo tuve que decir que éste se hallaba ausente de Madrid... Porque a mí no me cabía en la cabeza que la colaboración de Blasco Ibáñez, en aquellos tiempos precisamente, en que su fama y su gloria habían llegado a la cúspide, no se aceptase en el acto a toque de campanas...

He asistido al primer aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez, en Menton. He asistido al segundo aniversario... Y asistiré al tercero, y al cuarto, y a todos, mientras pueda, mientras viva... La fidelidad, en el amor, en la amistad, en el recuerdo de los que se fueron, es precisamente lo que distingue, sobre todo, al hombre de las bestias...

Ya expliqué por qué Carlos Esplá no asistió al primer aniversario. Al segundo fuí con él, y doña Elena Ortúzar, la ilustre viuda, no nos dejó regresar

en seguida a París, y nos instaló magníficamente en uno de los preciosos pabellones de Fontana Rosa... Pero Esplá, como corresponsal de importantes periódicos—*El Sol, La Voz, La Vanguardia, El Liberal*, de Bilbao, etcétera—, tuvo que regresar a París, a raíz de la caída de Primo de Rivera... Y yo quedé sólo en el soberbio piso, que tenía, además, salida independiente a la calle. Pasé un mes inolvidable, en la casa y en los jardines del maestro, gracias a la egregia hospitalidad de doña Elena. Y por las noches, de sobremesa, la ilustre dama me hablaba de él... Con sus recuerdos, con sus palabras, pienso hacer un libro, que espero ha de publicarse pronto. Hoy sólo quiero consignar aquí el testimonio de gratitud hacia la compañera piadosa del gran novelista, hacia la mujer extraordinaria e ideal, verdadero temperamento de artista, que supo ser el hada y el ideal, la fortuna y la felicidad para el maestro querido... En la vida de Blasco Ibáñez doña Elena juega un papel decisivo, importantísimo, que no debe desconocerse, que no puede olvidarse...

Quiero reproducir la conversación que entonces, durante mi estancia en Fontana Rosa, publiqué—el día 5 de febrero de este año—en el gran rotativo *La Libertad*:

En Villa Fontana Rosa.—Una conversación con doña Elena Ortúzar Bulnes, viuda de Blasco Ibá-

ñez.—*En el segundo aniversario del maestro.—La estancia de doña Elena en Chile, Argentina y Perú.— Dos importantes premios literarios.—América y Europa.—Los últimos momentos del glorioso escritor.*

«Este año, por haberse retrasado la inauguración del monumento erigido en la plaza de la Reina Victoria, en Menton, el segundo aniversario de la muerte de Blasco Ibáñez se conmemoró en familia, en la más estricta intimidad. Además de la viuda del maestro y de sus hijos Libertad, Sigfrido y Fernando (no pudo venir Mario, por razones de salud), sólo asistimos Carlos Esplá, el amado discípulo; Eduardo Ortega y Gasset, el Sr. Durá y yo. Fueron unos minutos de silencio junto a los restos del autor de «Mare nostrum», de un silencio pleno de emoción y de añoranzas...

He querido sostener, para *La Libertad*, una conversación con la ilustre dama doña Elena Ortúzar Bulnes, viuda del inmortal escritor, perteneciente a una de las más linajudas familias de Chile, en la que se cuentan tres presidentes de aquella República. Doña Elena marchó a Chile, por razones de familia, meses después de la desgracia, y ha permanecido por tierras americanas hasta hace unos días.

—Vengo agradecidísima de las constantes pruebas de afecto que me han dispensado, tanto en mi patria como en las Repúblicas del Plata y del Perú. En Chile, por ejemplo, ni un solo día ha transcurrido sin que los periódicos, todos, hablasen de nuestro llorado Vicente. En Buenos Aires, al enterarse de mi llegada, repusieron en los cinematógrafos todas sus películas, y en las librerías los escaparates estaban repletos de sus obras. Los periodistas no cesaron de hacerme interviús, y hasta Casilda, mi fiel sirvienta desde hace tantos años, fué sometida a los honores del reportaje dialogado.

—¿Dónde estaba alojada en Buenos Aires?

—En casa de mi tío, D. Gonzalo Bulnes, embajador de Chile en la Argentina.

—¿Estuvo usted también en el Perú?

—Sí. Y el presidente de la República tuvo la atención, apenas anclado nuestro barco, de enviarme una lancha, con el ruego de que le visitase apenas pisase su tierra.

—En Chile, ¿ha creado usted ya el *Premio literario Blasco Ibáñez*?

—Sí. Este año, por falta de tiempo, se otorgará a una novela corta. Pero, a partir de 1931, se dará a una novela grande.

—¿Cuáles son, en líneas generales, las condiciones de ese premio?

—Consiste en cinco mil pesos para la mejor no-

vela del año, a juicio del Jurado, que nombrará don Carlos Silva Vildósola, director del gran diario *El Mercurio*, de Santiago de Chile, y gran periodista, amigo y devoto de Vicente.

—En España, ¿piensa usted crear otro premio semejante?

—Desde luego. Será de cinco mil pesetas, y sus condiciones distributivas ya las estableceremos: ustedes, los íntimos y devotos de Blasco, y yo. No está instituido ya por razones fáciles de comprender, idénticas a las que hacen que los restos de mi esposo no hayan sido todavía trasladados a Valencia.

—¿Qué impresiones tiene de su permanencia en Suramérica?

—Sobre todo, la de que Europa se queda atrás. En mi país he observado un progreso increíble. Por ejemplo: todos los trenes son eléctricos, y las carreteras, innumerables, atraviesan montañas gigantescas. El nivel cultural de Chile no tiene que envidiar, por ejemplo, al de Francia.

—¿Va usted a permanecer mucho tiempo en Europa?

—Un año, por lo menos; tal vez más. Hacía veinticuatro que no iba a mi país. Y mi vida, ¡está tan ligada a la Costa Azul, a esta adorada Villa Fontana Rosa, que tanto amaba Blasco! El resto de mi vida pienso dedicarlo, sobre todo, a continuar el pensamiento de él.

Como en aquellos días trágicos de la muerte del maestro no había sido posible, ni a la ilustre dama contestar ni a mí interrogar, hago ahora algunas preguntas a doña Elena sobre los últimos días de Blasco Ibáñez.

—¿Sintió que la muerte le seguía de cerca?

—No. Desde que cayó con la bronconeumonía, hasta que expiró, no se dió cuenta—ni él ni yo—de que se iba... Sólo una tarde, la víspera de caer enfermo, en el jardín, como yo le expresara mi deseo de que nuestros finales coincidiesen, él, apretándome el brazo con terror—¡él, siempre tan sereno!—me dijo: «No mientes ahora a la muerte, no... No la nombres... Está rondando, muy cerca, muy cerca, y es preciso que se vaya...» Pero desde que guardó cama, su conversación casi única, su único deseo, era levantarse, para comenzar su nueva novela *La juventud del mundo*... Quería afeitarse «para comenzar dignamente su trabajo»... Un día—cuarenta y ocho horas antes de su muerte—comenzó a reír como nunca él acostumbraba. Usted sabe que él contaba las cosas más pintorescas y graciosas del mundo, con su verbo inolvidable (que hacía entregarse a sus oyentes a la hilaridad más franca, mientras él permanecía serio)... Ruidosamente, con aquella insistencia, era muy raro que riera... Le pregunté qué le pasaba. «No puedes imaginarte—me dijo—las cosas tan graciosas que se me están ocurriendo ahora para

mi próxima novela. Te aseguro que es algo que llamará la atención...»

Y yo, por primera vez desde que había caído enfermo, me sentí inquieta, sorprendida...

—Y en sus últimos momentos...

—Murió en mis brazos. Se había incorporado en la cama, queriendo levantarse... Al cogerle las manos noté que las tenía frías... Le toqué la frente: fría también. Me sentí contenta: «¿Ves?—le dije—. Ha desaparecido la fiebre. Mañana estarás ya bien. Pero acuéstate ahora...» Y en aquel momento inclinó la cabeza... Acababa de morir...

Carlos Esplá, que oye conmigo este relato de doña Elena, siente con ésta y conmigo la emoción indescriptible del instante...

Salgo al jardín de los novelistas, una de las mayores ilusiones del maestro, donde, con el monumento a Cervantes, desparramados por la gran extensión, llena de árboles gigantescos, surtidores de agua, azulejos y palomas blancas, con la cola rizada en forma de teja, se yerguen los bustos de Dostoiewski, Flaubert, Dickens, Víctor Hugo, Zola, que aguardan a los de Balzac, Boccaccio y Tolstoi, aun no terminados. El cielo, azul, tiene la transparencia del cristal, y el sol, que ilumina la tierra con su triunfo solemne, tras una

ausencia de tres días, nos acaricia el rostro. ¡El jardín de Fontana Rosa! Recorriéndolo, examinándolo, permaneciendo en él horas y horas, como hemos hecho Esplá y yo, se comprende el amor del maestro por este trozo de paraíso terrenal, donde él vivió, con su nobilísima compañera, sus horas de triunfo, de gloria, de trabajo y de paz más dulces y fecundas...

*Envío a la que fué compañera,
amada e inseparable,
del maestro inmortal.*

Señora: Para comprender su grandeza de alma, la estirpe selecta de su espíritu, basta saber que usted inspiró a Vicente Blasco Ibáñez su amor y su pasión más fuerte y perdurable. El maestro amaba a usted sobre todas las cosas. Para un espíritu tan humano y tan superior, a la vez, como el suyo, pocas cosas resistían al análisis implacable de su visión de novelista, que de una mirada desentrañaba y veía los más complejos laberintos de las almas. Tal vez porque usted, señora, encarnaba para él dos cosas en una misma persona, el amor y la gloria, el maestro al hablar de usted lo hacía con el entusiasmo y la unción con que el creyente sincero habla de lo sagrado. Quien supo inspirar, merecer y corresponder tal pa-

sión de tal hombre, será, sin duda alguna, lo que es tan raro encontrar en la vida: la mujer ideal; es decir, la mujer superior, hermana del superhombre.

ARTEMIO PRECIOSO.

Menton, febrero, 1930.»

Coincidencias simbólicas. Al cumplirse el primer aniversario de la muerte del maestro, se produjo el movimiento revolucionario de Valencia, con don José Sánchez Guerra a la cabeza y Carlos Esplá de acompañante meritísimo... ¡Carlos Esplá, el hijo espiritual de Blasco! Al cumplirse el segundo aniversario de la desaparición del inmortal valenciano, cae la dictadura indigna de Primo de Rivera... Y cuando esto ocurre, Esplá y yo estamos con doña Elena Ortúzar, en Fontana Rosa... Esperemos con ansiedad siempre la fecha del 28 de enero... Si la República ha de venir, ¿será a últimos de enero o primeros de febrero? Diríase que el espíritu del gran republicano vela por sus correligionarios... ¡Razón tenía en afirmar que en cuarenta y ocho horas la mayoría de una nación puede cambiar de monárquica en republicana! Pronto hemos de salir de dudas...

DON MIGUEL DE UNAMUNO

Mitad estudiante, mitad seminarista, con su chaleco cerrado hasta el cuello, don Miguel de Unamuno—llamado indistintamente *Unamuno* o *don Miguel*—ha llevado en Hendaya una vida de colegial, en un hotel realmente—y sin hipérbole—modesto, donde se come bien, pero donde se tiene de la limpieza una idea nada religiosa ni de adoración incondicional. En general, todos los hoteles próximos a la estación adolecen de este defecto básico de abandono, de *antisucismo hotelero*. En los hoteles modestos de los alrededores de una estación de gran movimiento—en este caso a mayor tráfico corresponde fatalmente mayor abandono en las reglas fundamentales del aseo—no debéis extrañaros de que la sopa no sea calva, sino que luzca, más o menos parcialmente, de magníficos ejemplares capilares, procedentes de la rubia joven, de la canosa camarera o de la negra y ardiente española *de paso*. El *Petróleo Gal* no está recomendado—por innecesario—en estos establecimientos, que son, que deben ser al menos, como salas de espera para el viajero...

No es que diga yo—¡Dios me libre!—que el

acreditado *Hotel Broca*, donde Unamuno ha pasado—¡maldición para la Dictadura!—un trozo de su vida, adolezca de los defectos apuntados. El señor Broca es tan buen hotelero como ha sido excelente marido, civilizado y moderno, y en el barrio de la Estación no existe otro comedero mejor reputado. Por lo menos, es el menos malo y donde la sopa suele ser más calva y substanciosa, valga la paradoja.

Lo que quiero dejar sentado—y no en elogio, que sería necio, por banal y por innecesario, hacia don Miguel—es que, de los desterrados, el que real y verdaderamente ha vivido con modestia, en un sitio modesto, y aun más que modesto, ha sido el más famoso de todos, el más admirado y celebrado por las minorías selectas del mundo: don Miguel de Unamuno, catedrático de Salamanca, filósofo con la obsesión de la Muerte; escritor originalísimo, hombre paradójico, complejo y contradictorio, que ama la polémica, y sobre el que es muy difícil expresar un juicio acertado y concreto.

Aun en cuanto a su ideología, es difícil, si no imposible, señalarla. ¿Es liberal? No. ¿Es reaccionario? No. ¿Es, en el fondo, un intransigente? No. Pero ¿es tolerante? Tampoco. Don Miguel... es *él* y nada más. En el océano de las ideas, de los sistemas, de la filosofía, forma un mundo, un islote aparte. No creo que se le pueda clasificar ni catalogar de otro modo.

Un día le oigo decir: «Esos libros que cultiva-

ron en la infancia el falso sentimentalismo de la ternura, de las lágrimas, merecían ser quemados.» Y entonces se piensa: «Este hombre, en el fondo, es un inquisidor, puesto que se declara partidario de determinada *quema* de libros.» Y nada más injusto que ese pensamiento del oyente, porque nadie hay, nadie, que ame más la controversia y que sea capaz, con más serenidad, de oír las más audaces y opuestas doctrinas.

Otro día dice: «Comprendo que se defienda y se sea partidario de la Dictadura como forma de gobierno. Lo admito. Pero éste no es el caso de la que sufre España. La Dictadura española está regida por delincuentes, bandidos, incapaces y mentecatos. De modo que no se trata de una cuestión de doctrina, sino de personas.»

Una noche, a poco de llegar a París, procedente de Fuerteventura, habla en un mitin de controversia política, organizado por el *Club del Faubourg*. Leo el anuncio en los periódicos y asisto al espectáculo. Se levanta Unamuno. Y sus primeras palabras son:

«He visto que los periódicos anuncian este acto diciendo que hablará *el célebre republicano* Unamuno. Y yo debo comenzar diciendo una cosa: *que no soy republicano...*»

Y a renglón seguido arremete contra Primo de Rivera llamándole necio, mentecato, idiota... Y arremete contra el rey... Por cierto, que aquella noche

nadie defendió a Primo sino un portugués, muerto ya ¡y famoso!: Homen Christo.

Don Miguel da largos paseos al aire libre, mientras habla con quien le acompaña. Estos paseos, a veces, duran cuatro horas, y rinden de fatiga a muchos jóvenes discípulos.

La mayor voluptuosidad de don Miguel: leer echado sobre la cama.

No fuma. Pero como sustitutivo del tabaco se distrae de otra manera: guarda la miga del pan de sus comidas, hace con ella una bola y la trabaja con la mano sin cesar... A veces parece que la va a lanzar contra un enemigo imaginario. Pero no. Se contenta con pellizcarla, hacer una bolita menor que una avellana, mayor que un garbanzo... Esta bolita, cuando está terminada, vuelve a la bola-madre...

Una de las cosas que más indignan a don Miguel es que, al dar él una opinión, se le objete:

—No estoy conforme...

—¿Y qué importa que no esté usted conforme? Las cosas seguirán siendo como son...

Hablando del golpe de Estado, alguien recordó una tarde, en la tertulia del café de la Plaza de la República, donde don Miguel solía ir después de almorzar, las

palabras de García Prieto en el Senado, meses antes de que *anidase* el asalto de Primo, relativas a que, mientras el marqués de Alhucemas gobernase, antes pasarían sobre sus restos mortales que abandonar el Poder civil a los militares. Unamuno pronunció una frase tan humorística como lapidaria:

—Sí; es verdad. García Prieto nos debe el cadáver...

Cuando le hablaban a don Miguel de la probable duración de la Dictadura, respondía invariablemente:

—¿Cuánto podrá durar? ¿Cinco años más?

¿Diez años más? Tengo sesenta y cinco años, pienso vivir noventa... De modo que aún me sobrará tiempo para dejar sobre la frente de los dictadores el hierro candente de la ignominia...

Y los que oían decir esto al gran escritor, y le veían marchar por la calle, sin sombrero, ágil y desenvuelto, con su hermosa cabeza clásica, que tantas mujeres y hombres admiran, no dudaban que don Miguel viviría, no noventa, sino cien años... Hombre de hierro y de roble, con la tez sonrosada y el pelo blanco, como don Antonio Maura, abstemio como el político mallorquín, monógamo y casto como el creador del maurismo... Un día, en la Rotonda, Es-

plá definió, previa obtención de permiso, al maestro Unamuno con estas palabras:

—Usted es un fraile disidente, cismático, que permanece en el convento con el sólo objeto de fastidiar a la comunidad.

Unamuno, sonriendo con benevolencia, y halagado en el fondo, no contestó a la humorada—con grandes ribetes de verdad—del notable y brillante periodista.

Unamuno estuvo poco tiempo en París. Para él, ya que no Salamanca, el país vasco, su país, era una necesidad. Y por eso se instaló en Hendaya, en el hotel del que antes hablé, y donde de seguro que no cobrarían al maestro más de treinta francos por día. Frugal en las comidas, y cenando apenas por las noches, ocupando una habitación interior—mejor que las exteriores, por otra parte—que daba a una huerta, el señor Broca debe dar gracias a Dios y a don Miguel de que éste optase por su casa, dando a su hospedería, al mismo tiempo que la celebridad ante el presente y ante la Historia, no pocos beneficios materiales, pues muchísimos españoles se han alojado allí sólo porque allí estaba el hombre representativo de la España intelectual, aherrojada y vilipendiada por la tiranía. Aunque en un traspaso,

es posible que ni el señor Broca ni el probable comprador se atreviesen a cotizar el valor histórico del establecimiento, no cabe duda de que el hotel debe un honor inmenso, a la vez que ingresos metálicos indudables, al célebre catedrático.

Poca ha sido la labor de Unamuno durante estos años de destierro. No cabe duda que para la producción intelectual se requieren indispensables condiciones de tranquilidad moral, de que Unamuno careció en esos años. Para el maestro la lucha contra la tiranía alcanzaba los límites, si no los traspasaba, de la tragedia. Puede decirse que Unamuno no ha pensado ni ha escrito, ni ha hablado de otra cosa en ese largo período angustioso. Comenzó renunciando a escribir en periódicos y revistas españolas, para no tolerar el zarpazo, la agresión brutal e irrazonada de la censura. Su corazón no ha latido sino por la noble pasión, que en él tenía mucho, además, de personal—por la falta de solidaridad de los afines—de combatir, con todas sus fuerzas, contra Primo de Rivera y sus secuaces. Y cuando su alma de poeta necesitaba liberarse de la realidad amarga, de la realidad, que para Unamuno tenía las angustias de pesadilla de un cuento de Poe, entonces escribía versos, dulces versos de nostalgia, que leía con el entusiasmo de un jovenzuelo romántico a sus amigos y contertulios.

¿Cuántos inviernos ha pasado sin interrupción

don Miguel en Hendaya? Cuatro o cinco. Inviernos lluviosos, tristes, llorones, sin la familia, solo, con su edad, con su historia, con su prestigio, en una habitación modesta de estudiante de casa pobre... Es cierto que nunca le han faltado amigos, fieles amigos, incluso desterrados, como Eduardo Ortega y Gasset, director y principal redactor de *Hojas Libres*... Pero ¿no es admirable la entereza de este hombre, que a su edad y con su prestigio mundial, vive solo, por menos de treinta francos al día?

Durante los veranos, la vida de don Miguel de Unamuno era bien distinta que la del resto del año. Su señora y sus hijos alquilaban una villa o un piso amueblado, y el glorioso escritor respiraba a sus anchas, con su amada familia. Y de julio a últimos de septiembre, desfilaba por Hendaya, a diario, una buena parte de España, que iba a ver, a oír al maestro, quien se veía obligado a repetir las mismas frases, los mismos conceptos, los mismos anatemas...

Las principales anécdotas que pueden referirse de Unamuno durante su destierro, las ha contado él mismo en conferencias y actos públicos, y la Prensa

las ha recogido casi todas, después de su reingreso en España.

El interés de Primo de Rivera en alejarlo de la frontera, rayaba en la obsesión. Quiñones de León podría referir esto mejor que nadie. Invitaciones amistosas, amenazas, ruegos, toda la gama oficial y oficiosa se agotó en ese sentido; culminando en una llamada del prefecto de Pau.

Pero Unamuno contestó:

—Que venga el prefecto, si quiere, a verme.

Yo no me muevo de Hendaya. Pero, en fin, por lo menos, que me envíe una orden por escrito...

Demasiado sabía Unamuno que las autoridades francesas no armarían el escándalo mundial de su expulsión, de todo o parte del territorio de la República. Por eso, y porque estaba dispuesto a hacerlo, si el caso se presentaba, manifestó varias veces:

—De aquí no saldré sino por la fuerza, atado de pies y manos... Estoy aquí porque este es mi país, y ni puedo ni quiero volver a España.

Que no quería, por dignidad, era cierto. Que no podía... ¡Qué más hubiesen deseado los dictador-zuelos! Primo de Rivera y sus secuaces intentaron por varios procedimientos el armisticio, si no la paz, con el gran guerrero de la inteligencia; todo fué inútil.

El prefecto de Pau no fué a Hendaya. Pero envió a un subordinado, con el ruego de que don Miguel

abandonase la región fronteriza o cesase en sus campañas contra la Dictadura. No hubo nada ni nadie que le hiciese desistir de su ejemplar actitud.

Pero si don Miguel de Unamuno dejó de percibir sus honorarios como catedrático y sus ingresos como colaborador eminente de periódicos y revistas españolas, recibió otras cantidades importantes, fruto de su prestigio mundial: el importe de las traducciones de sus obras al alemán, al inglés y a otros idiomas. Me consta que don Miguel—y no porque él me lo dijese—llegó a tener en la cuenta corriente de un Banco francés más de cien mil francos, todo producto de sus derechos de autor en países extranjeros.

Sin contar con que en España y América la venta de sus libros aumentó mucho.

Hace dos veranos en unas crónicas publicadas en *Estampa* sobre las vacaciones de la gente conocida, la censura tachó totalmente lo que yo escribía sobre los dos hombres más representativos: Unamuno y Sánchez Guerra. La zarpa cerril y criminal de la censura no respetó ni el retrato de don Miguel con su familia. ¿Cuántos retratos no habrá que quemar un día en la plaza pública para tratar de compensar

algo aquellas infamias? Me diréis que eso sería ponerse a nivel con los Atilas de la dictadura. Y no es verdad. ¿Es que puede olvidarse que don Miguel de Unamuno y don José Sánchez Guerra representaban los más altos valores de la inteligencia y de la dignidad civil?

«Queda abierto el proceso contra don Santiago Alba», decía el vergonzoso manifiesto de Primo. Y a eso hoy podemos contestar: «El proceso contra los dictadores, contra Primo y sus ayudantes, está abierto ya y su sentencia será ejecutada por el más alto tribunal: la nación.»

Quiero terminar este capítulo dedicado a Unamuno, con una idea: la de que es preciso que las obras de don Miguel se editen, todas, a precios verdaderamente populares. El pueblo español tiene derecho a conocer, dentro de sus medios económicos, la obra total del genial escritor.

EDUARDO ORTEGA Y GASSET

La labor realizada por Eduardo Ortega y Gasset durante el período de la Dictadura, ayudado por D. Miguel de Unamuno, es algo de cuya importancia no todos los españoles parecen darse cuenta. Se podrá, pasados los seis años *dignos*—dignos de los mentecatos y bandoleros que abusaron del Poder—, ser republicano o ser monárquico. Pero ningún español consciente debe desconocer que *Hojas Libres* fué la única fortaleza desde la que se cañoneó a la Dictadura. Y es en vano que los espíritus hipócritas desdeñen o aparenten desdeñar la violencia de lenguaje de los señores Unamuno y Ortega. Junto a los adjetivos más denigrantes, iban muchos números, muchas cifras, muchas denuncias, concretas y bien documentadas. Las notas oficiosas del insensato dictador, haciendo el reclamo a *Hojas Libres*, con una inconsciencia admirable, demuestran hasta qué punto abrían brecha los disparos del cañonero de Ortega.

¿Cómo respondían los españoles a estos esfuerzos heroicos? Muy mal. Hablándome de una promesa incumplida, me escribía Ortega el 16 de febrero de 1928:

«Ello me ha creado una difícil situación en estos días, en que me veo forzado al ya repetidísimo heroísmo de aplicar dinero, ganado en el fatigoso elevar cangilones de escribir artículos, en pagar la imprenta. Crea, Artemio, que es para desesperarse. ¡Y si le contase las luchas con el ejército de policías, bien pagados, que no tienen aquí otra misión que la de impedir la entrada de *Hojas Libres!* Pero esta carta sería interminable. En resumen: el enemigo, activo y diligente. Los amigos, ociosos e indiferentes.»

Sus luchas, sus apuros, los peligros a que se expuso, las ofertas para que claudicase, que hubiesen hecho morir de placer a cualquier hombrecillo venal de la república de las letras, es él mismo quien debe referirlos un día. Yo sólo puedo y debo rendirle hoy desde aquí el homenaje que merecen sus arrestos de hombre y de escritor y sus altas virtudes ciudadanas.

Ortega y Gasset fué expulsado de Francia, y después la medida quedó reducida a que abandonara la frontera y pasase «a la otra orilla del Loira», según las atribuciones de un antiguo convenio diplomático francoespañol. Una verdadera vergüenza para el Gobierno que se prestó a tan enorme atropello, llegado para Ortega en momentos críticos... Eduardo Ortega y Gasset había vivido en Hendaya en un

modestísimo pabellón que el Sr. Rodríguez de Viguiri—pariente del conocido político—le había cedido por cien francos mensuales, cantidad que revela por igual la generosidad de su amigo y la humildad de la vivienda. Pero (un año antes de caer Primo) con unas pesetas heredadas por la señora de Ortega, éste adquirió un pequeño solar en el camino de Behovia, y construyó una casa de dos pisos para pagarla en veinte años. Y poco antes de terminar la construcción, y cuando el valiente luchador político hace toda suerte de sacrificios para ir pagando y está en vísperas de ofrecer a sus pequeñuelos una casa con luz y con sol, modesta, pero pulcra y nueva, llega la orden de expulsión... ¿Principal responsable de la tropelía? *Nuestro* embajador en París. Porque que Primo de Rivera, con su idiosincrasia de botarate, quisiese que expulsasen de Francia, o de Hendaya por lo menos, a quien le decía tan crueles verdades, se explica. Pero que el embajador de su majestad el rey, el representante, no de Primo, sino del monarca y de España, se prestase a servir las pasiones del tiranuelo con aquella fruición servil, con aquel fervor canino, es intolerable. El Sr. Quiñones de León pudo, a mi juicio, reírse del dictador, *toreándole* como merecía, por el buen nombre de España y por lealtad a Alfonso XIII. Pero el Sr. Quiñones de León, como todos los que llegaron a ocupar sus puestos gracias al favoritismo, a la intriga y a la puerta falsa, sienten

un miedo patológico en cuanto creen que pueden perder el cargo... Y el miedo les ciega y les pierde. Porque ¿qué mejor carta podía haber jugado el Sr. Quiñones de León, para conservar su puesto, que la de caer, la de ser destituido por Primo, no pres-tándose a ser juguete de sus odios? A estas horas, el Sr. Quiñones de León sería de nuevo embajador de España en París, con una aureola de hombre íntegro, liberal y digno... Mientras que hoy la presencia de este señor en París se hace incompatible con la conciencia liberal española, republicana y monárquica.

Quando Ortega y Gasset abandonó Hendaya, obligado por la orden del Gobierno de la República francesa, en el automóvil donde realizó el viaje a París puso unas fajas impresas, pegadas al vehículo, en las que explicaba a los ciudadanos franceses cómo un escritor español se veía perseguido por las autoridades del país... En Bayona, en Burdeos, en cuantos sitios se detuvo el automóvil de Ortega, la gente se agrupó, comentando con indignación una medida propia de un país de tiranía, no de una república libre y culta. Los buenos y nobles franceses—nunca debe confundirse a un país con los desaciertos de sus gobernantes—felicitaban a Ortega, estrechaban su mano y daban vivas a la libertad...

Después vi a Ortega en París. Iba seguido por la policía. Pero ¿por cuáles agentes? ¿Por los mismos que me habían seguido a mí durante dos meses!

—He hablado con ellos—me dijo Ortega—.

Son simpáticos y hacen de usted grandes elogios.

—¿De mí? ¿Por qué? ¿Qué dicen?

—Que es usted muy simpático, que es usted...

—Vamos, que me tomaron cariño durante nuestro común calvario. ¡Dios se lo pague! Pues díales que les correspondo..., con tal de que no vuelvan a molestarme.

En Niza, una mañana, Carlos Esplá y yo nos encontramos, en el Paseo de los Ingleses, a Eduardo Ortega y Gasset con su familia. En la cara de nuestro amigo vimos que no sabían la gran noticia...

—Pero ¿cómo? ¿No sabe?

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Que Primo de Rivera ha caído, de manera grotesca, ridícula, como debía caer, sin grandeza!

Y allí pusimos al corriente a Ortega, que, emocionado, no sabía qué decir. El era el español que más había combatido al tiranuelo, el que más había dado la cara y el pecho, el que más personalmente

había zarandeado al dictador, a su camarilla y a la obra inmoral y criminal de la Dictadura.

Era lógico, pues, que por mucha que sea su entereza de ánimo, la emoción fuese honda, fuerte... Sus hijos, sobre todo el chico, que es un ángel travieso e inteligente, guapo y desenvuelto, gritaba, dando saltos de júbilo:

—¡Ha caído! ¡Ha caído! ¡Iremos a España!
—¿Cómo que si iremos? En este mismo instante tomamos la carretera... Vamos a pagar el hotel y haremos noche donde sea. A París, para liar los bártulos, y pasado mañana, ¡a España!

Y el director, fundador y casi único redactor de *Hojas Libres* se sentó frente al volante, puso en marcha el motor, nos estrechó la mano y partió con los suyos.

CARLOS ESPLA

Entre los periodistas españoles de la última hornada ocupa, sin duda, el primer puesto Carlos Esplá. Tiene treinta y cuatro años. Cursó la carrera de profesor mercantil. Nació en Alicante, donde fundó *El Luchador* hace tres lustros. Alfredo Vicenti, el inolvidable director de *El Liberal*, acogió sus escritos desde el primer momento. Desterrado de Alicante por *méritos de imprenta*—¿qué es eso de *delitos*?—, fué a Valencia, donde, durante dos años, estuvo empleado como contable en la Sociedad de Aguas, colaborando al mismo tiempo en *El Pueblo*. Marcos Miranda lo llevó a la redacción del diario republicano, donde Esplá llegó a ganar sesenta duros al mes, que, por entonces, representaba el máximum de retribución posible.

Carlos Esplá había conocido, al llegar a Valencia, a un muchacho inteligentísimo: Julio Blasco, hijo de Blasco Ibáñez. Julio y Carlos Esplá llegaron a tener una amistad fraternal, íntima. Julio Blasco había heredado todo el talento del padre, y su muerte fué un golpe terrible para cuantos tuvieron la fortuna de tratarle.

Esplá conoció a Blasco Ibáñez cuando el gran

novelista recibió, en el año 1921, el grandioso homenaje de Valencia. Esplá había ido a Madrid con la Comisión organizadora, y entonces el maestro, recordando la amistad íntima que Esplá tenía con sus hijos, sintió hacia él una fuerte simpatía, que había de convertirse luego en cariño entrañable.

Esplá estuvo en *El Pueblo* hasta el 1923, en que salió de allí por solidaridad con Marcos Miranda, que había discrepado de Azzati. Y entonces Esplá se va a París con veinte duros y unas cartas de recomendación de Blasco, que Esplá no entregó a los destinatarios, y que aún conserva en su poder. Por toda fuente de ingresos Esplá contaba con una pequeña colaboración en *Las Provincias*, de Valencia, y el encargo de unas traducciones del francés para la Editorial Prometeo.

Al dejar Paco Madrid, el inteligente e inquieto periodista, la corresponsalía en París de *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*, indicó el nombre de Esplá, y así fué, durante algunos años, el representante de estos diarios en la capital de Francia.

Al regresar Blasco Ibáñez de su viaje alrededor del mundo, pidió las señas de Esplá, manifestando deseos de verle. Carlos Esplá llegaba al Hotel del Louvre momentos después de la llegada de Blasco a París.

El inmortal novelista dijo a Esplá:

—Vengo a hacer un folleto contra el rey y contra

la Dictadura. Vuelvo a la actividad política. Necesito quien me ayude. ¿Quiere usted ser mi secretario?

Sobre Esplá pesó desde aquel momento todo lo relacionado con los célebres escritos de Blasco y con su actuación pública. Fué el encargado de que los folletos entrasen en España. Fué el director y principal redactor de *España con Honra*, periódico que se publicó durante un año...

Se ha dicho que cuando Esplá abofeteó a Carretero y Novillo fué porque éste había injuriado vilmente al maestro. Yo debo declarar, sin que por ello pierdan mérito las célebres bofetadas, que si Esplá castigó duramente al autor de *La bien pagada* — título oportuno — fué porque éste, en una carta dirigida a Blasco, y que Esplá abrió, como abría toda la correspondencia del glorioso escritor, había injurias para él, para Carlos Esplá. De modo que la durísima y ejemplar agresión fué porque el señor Carretero y Novillo cometió, con la villanía de injuriar a Blasco, la imprudencia de ofender a Esplá.

Refiero esto porque, al hablar de *España con Honra* y de Esplá, no podía pasar por alto el ruidoso incidente, pero no porque yo quiera meterme de nuevo con ese individuo. Si yo le dije las cosas que le dediqué por escrito, culpa suya fué, cuanto trató de agredirme por la espalda en Biarritz. Pero yo declaro que ni entonces ni ahora tenía ni tengo el menor interés en tener cuestiones con un señor—llamé-

mosle así—que siempre ha buscado y ha provocado el escándalo. Con estos hombres que se pasaron la vida injuriando y promoviendo alborotos, para mí no cabe más que un camino, si una y otra vez se interponen en el nuestro: aprovechar la ocasión para quitar de en medio un ser dañino y perjudicial a la comunidad, como se suprime a un can que viene derecho a mordernos.

Y continuémos con nuestro Esplá.

Cuando Sánchez Guerra fué a Valencia, Esplá fué su único acompañante, porque Esplá, aparte sus grandes méritos, era quien había puesto en contacto al ex jefe de los conservadores con los elementos revolucionarios de Valencia después de la muerte de Blasco Ibáñez.

He oído referir a Esplá el histórico viaje y las escenas que se desarrollaron en la ciudad del Turia. De París fueron a Marsella. El barco, a causa de un viento fortísimo, no había llegado. Se trasladaron a Cette. Allí tampoco estaba el navío. Por teléfono preguntaron a diversos puertos, hasta que de Rosas contestaron que tal vez fuese uno que allí había. Era domingo.

—Salga ahora mismo para acá—se le dijo al jefe del barco.

—No puedo. No hay carga bastante—contestó.

—No importa. Vaya a Port-Vendres—se le contestó—. Pase lo que pase, aun a riesgo de que el barco se hunda, vaya a dicho puerto.

Y el barco fué a Port-Vendres. Y allí embarcaron don José y Esplá.

A Sánchez Guerra se le había ofrecido la entrada en España disfrazado, con pasaporte falso. Pero don José era incapaz de utilizar ese procedimiento, y se negó a ello.

—Entraré en España sin disfraz y con mis papeles.

Oyó misa el gran patriota, exponiéndose a que le reconocieran.

Llegaron a Port-Vendres, a las cuatro de la madrugada, en el tren. En la estación, nadie, ni un carruaje, ni un mozo. Esplá cargó con el equipaje del ilustre político y, dando tumbos y trompicones, llamaron a las puertas de un hotel. Era la tercera noche de viaje: la primera, de París a Marsella; la segunda, de Marsella a Cette; la tercera, de Cette a Port-Vendres. Hacía un frío intenso, con la nieve hecha piedra, con un huracán violentísimo, en una noche oscura, infernal...

A las cinco de la tarde salieron en el *Onsala*, que hoy se llama *Levante*. La travesía fué buena. Y a las diez de la noche del martes llegaron a Valencia. Desembarcaron tranquilamente, sin ocultarse, por la escalera principal del muelle. Un automóvil les aguardaba, que les llevó a una casa particular, donde poco después llegó Rafael Sánchez-Guerra. Enfadóse su padre al verle. Pero Esplá exclamó:

—Piense, don José, en que usted hubiera hecho igual...

Y Sánchez Guerra, comprendiéndolo, abrazó a su hijo.

En aquella casa se celebró en seguida una reunión, y don José supo que Castro Girona se hacía atrás. Los artilleros vacilaban... Se acordó aplazarlo todo hasta el día siguiente, para saber lo que había pasado en otras partes. Eran las tres de la mañana del miércoles. Al llegar Esplá a la casa en que iba a descansar unas horas, se encontró con dos artilleros, que al principio tomó por policías. Estos oficiales buscaban a Sánchez Guerra para decirle que el 5.º de Artillería esperaba la presencia de Sánchez Guerra para sublevarse. En vista de ello, Esplá les acompañó hasta la casa donde había quedado don José. Estaba acostado. Se levantó en el acto, y todos se dirigieron al cuartel. Toda la oficialidad, menos el coronel, estaba reunida. Allí Sánchez Guerra habló del viejo y del llamado nuevo régimen, de la moralidad de unos y otros, del patriotismo... Y en seguida escribió una carta a Castro Girona, que Esplá llevó e hizo pasar al interesado, recibéndole a poco la señora del general, la cual dijo que su esposo estaba enfermo, con fiebre alta... Esplá replicó que aquella carta podría tener una contestación afirmativa o negativa; pero decir que el capitán general estaba malo no era contestar... Esplá volvió al cuartel. La enfermedad

de Castro Girona hizo apagar el entusiasmo de los artilleros, y, entre alternativas de valor y miedo, se decidió (a las seis de la mañana) echarse a la calle... Mas instantes después se acordó lo contrario. En Valencia estaba preparada la huelga general. Pero nada quiso hacerse que no fuera dirigido por Sánchez Guerra. Los elementos civiles estaban dispuestos a todo; pero detenido ya Sánchez Guerra, no se quiso ir al caos sangriento, quedando a la expectativa de lo que ocurriese en otras poblaciones.

Carlos Esplá permaneció en Valencia un mes, haciendo vida casi normal, a pesar de que había orden de detenerle. Viendo que nada ocurría, se volvió a París, burlando a la Policía y a la Guardia civil, a pesar de la gran tirada que se hizo de su retrato...

Ya en París, Esplá fué seguido por la Policía. Quiñones de León quiso expulsarlo a todo trance. No pudo. Hubo una intervención en la Cámara de Diputados sobre esto. La Asociación Internacional de Periodistas de la Sociedad de las Naciones estaba presta a intervenir en favor de Esplá.

Y he ahí, a grandes rasgos, bosquejada la actuación de este gran periodista, que si trabaja doce horas diarias, está cada día más enamorado del Ideal.

A R T E M I O P R E C I O S O

Del ideal de Libertad, Justicia y República, en el que
cifra la salvación de su patria.

EL GENERAL LOPEZ OCHOA

Don Eduardo López de Ochoa, general de brigada, fué uno de los más encarnizados enemigos de Primo de Rivera y comparsa.

Hombre sencillo, simpático, tras del que se oculta uno de los varones más decididos y valientes que puedan imaginarse.

Cuando, el 12 de septiembre de 1928, fué detenido en su casa por dos jefes de la Guardia civil, López Ochoa les dijo:

—Perfectamente. Estoy a sus órdenes. Espérenme aquí un momento...

Los visitantes estaban en el pasillo de la entrada. Y López Ochoa desapareció por la puerta de su despacho, repitiendo siempre:

—¡Un momento! Un momento..., y soy con ustedes...

Los jefes de la Benemérita esperaron diez, quince, treinta minutos, tal vez una hora... Hasta que comenzaron a impacientarse. ¿Aquel general les estaría tomando el pelo? Y se decidieron a parlamentar con la criada:

—Dígale al señor que haga el favor de salir en seguida, porque estamos esperando un siglo...

¡Un siglo! Y diez siglos, y veinte siglos podían haberle esperado... El general López Ochoa, ágil como un gamo, se había descolgado por una ventana, había caído en un jardín y corría, corría, mientras los que habían ido a detenerle esperaban en el recibimiento de su casa de Barcelona...

¿Qué hizo López Ochoa? ¿Dónde marchó? Se ocultó durante varios días en casa de un amigo hasta que pudo traspasar la frontera y refugiarse en París...

¡En París! López Ochoa hizo la vida de un estudiante bohemio... Su sueldo lo siguió recibiendo de la Junta secreta, que tenía fondos para derribar la Dictadura... Pero ese dinero, a veces, le llegaba con retraso, con bastante retraso. Y así yo conocí un día, en un *bistro* de París, a un hombre joven, modesto, simpatiquísimo, descuidado en el vestir... Era el general López Ochoa, sencillamente... ¡Un general de cincuenta años!

Hombre de gran corazón, capaz de jugarse la vida por una causa y de enamorarse de una mujer...

En enero del año pasado, cuando lo de Valencia, López Ochoa vuelve a Barcelona, permanece oculto

cuatro días; tiene que regresar a Francia, también de *ocultis*...

¡Triste vida la del conspirador español, que, por la cobardía ambiente, tiene, si no quiere dejarse estúpidamente encarcelar o fusilar, que pasar su vida huyendo, ocultándose, apareciendo aquí para reaparecer allá, como los ojos del Guadiana! Así veis que López Ochoa llegó a la perfección en el arte de descolgarse por los balcones, huir, volver, huir de nuevo...

Pero esta vez, al llegar a la *Ville Lumière*, la Policía francesa le sigue de cerca. Primo de Rivera y Martínez Anido están furiosos contra su colega. Quiñones de León recibe órdenes a rajatabla. Es preciso echar de Francia al general López Ochoa. Fijaos bien. Dos generales del Ejército español, desde el Poder, exigen la persecución *en Francia* de otro general español. Dos compañeros, desde el Mando, quieren perseguir, hasta en el extranjero, a un colega... Porque que no permitiesen que estuviera en España, que lo encarcelasen aquí, si lo cogían, pase... Pero no querer dejarlo tranquilo ni en Francia, no respetar el sagrado derecho de asilo, a que todo desterrado político tiene derecho en otros países... Esto prueba el grado de lealtad, caballerosidad e hidalguía que reina en ciertos sectores...

Quiñones de León va, viene, ve a Briand, ve a Tardieu, ve a Chiappe... Y, por fin, el lacayo puede presentar a sus amos el triunfo de sus desvelos por la

patria: al general López Ochoa, a fines de febrero del mismo año (1929), los agentes de Policía (dándole tan sólo doce horas de tiempo) le acompañan hasta la frontera belga; y allí, como un fardo, depositan a un general del Ejército español, después de recogerle la carta de identidad francesa...

Y llega a Bruselas López Ochoa. Y allí no sólo se le recibe con los brazos abiertos, no sólo no se ve molestado por la Policía belga, sino que ésta impide a los agentes españoles que vigilen al general... Porque en Bruselas mismo la Embajada de París quiso que López Ochoa siguiese custodiado... Pero las autoridades de Bélgica lo impidieron con la mayor energía, diciendo:

—Aquí, en nuestro suelo, los refugiados políticos son inviolables, mientras no falten a nuestras leyes.

Y hasta el 12 de febrero el general López Ochoa permaneció en Bruselas. Días después llegaba a España, acogándose a la amnistía del gabinete Berenguer.

Pero López Ochoa está procesado hoy por la publicación de un libro donde refiere sus andanzas políticas y sus querellas personales con la Dictadura.

La hoja de servicios de este joven e ilustre general es brillantísima.

EL EX SENADOR MANTECA

José Manteca es el político por antonomasia. Lo demás no existe para él. Ha sido senador albista, goza de la confianza de don Miguel Villanueva, fué uno de los conspiradores de la noche de San Juan y fué multado por la Dictadura en la cantidad de veinte mil duros, con lo que el pobre Primo de Rivera hizo el ridículo. Si hace años el señor Manteca era rico, después se quedó sin una peseta por su espíritu inquieto, emprendedor y nómada. Claro que tiene, pendientes de resolución, asuntos importantes que seguramente le llevarán a la Fortuna.

Don José Sánchez Guerra le dedicó un retrato, en París, que dice:

«Más decidido que nunca
y dispuesto a trabajar
le ha dejado la aventura
de la noche de San Juan.»

En París, Manteca ha estado en sus glorias, porque ha convivido con Sánchez Guerra y con Alba. El ex senador daría años de vida, si no la vida misma, por estar siempre entre las más ilustres personalidades de la política.

Es abogado y hombre de negocios. Compró a la ex emperatriz Eugenia grandes bosques y constituyó, para explotarlos, una Sociedad anónima. Ha recorrido Europa entera.

Es de esas personas antipáticas al principio, simpáticas después. Y es un hombre bueno.

—¿Qué puede contarme de su fuga después de la sanjuanada?—le pregunté un día.

—Poca cosa—me contestó—. Podría comprometer a los que nos ayudaron con riesgo de sus vidas. Bástele saber que, mientras la Policía me buscaba, yo estaba oculto en la costa mediterránea, esperando un barco que me llevase a Francia. Por fin llegó y, tras unos rodeos peligrosos, casi en las narices de la fuerza pública, salté a bordo, entrando a mediados de julio del año 1926 en tierra francesa sin documentación, sin equipaje, con el pantalón agujereado... Por todo capital, cuarenta duros...

En este libro existen diversas alusiones a este romántico de la política, que, además, ha publicado novelas cortas en *El Liberal*, de Madrid.

Y ahí lo tenéis, dispuesto a presentar su candidatura para diputado a Cortes en las próximas elecciones.

Personalmente yo guardo gratitud a Manteca porque fué uno de los que me escribieron, cuando publiqué mis primeras novelas cortas, hace varios años, felicitándome, sin que personalmente me conociese. Es, pues, un espíritu generoso, cordial. Y esto, en los hombres, compensa de muchas deficiencias y defectos.

París, 1930.

INDICE

	Págs.
Líneas preliminares	7
Don Santiago Alba	11
Sánchez Guerra, en París	69
Recuerdos de Blasco Ibañez	165
Don Miguel de Unamuno	253
Eduardo Ortega y Gasset	267
Carlos Esplá	275
El general López Ochoa	285
El ex senador Manteca	291

Obras de Artemio Precioso

El hijo legal.

Rosa de carne.

Flores de pasión.

¡Viva Lutecia! (*agotada*).

Las rubias del principal (*agotada*).

Espanoles en el destierro.

NOVELAS CORTAS

La doble pasión.—La que quiso ser libre.—La virgen casada.—Isabel-Clara.—El légamo de la tragedia.—El triunfo de Carmela. — Vivir dos veces.—El juego de la vida.—La verdadera mujer.—El crimen del otro.—¡Lavó su honra!—Villa-Miel.—El millonario polígamo.—La muerte de un juerguista.—Cuando el amor nace.—El crimen de un celoso.—Por qué engañan ellas.—Memorias de un médico.—Evas y manzanas.—Judías verdes.—¿Más fuerte que el amor?—Pasión y muerte.—El doctor y sus amigas.

SIN PUBLICAR, ENTREGADAS A «LA NOVELA DE HOY»

Materia vil.—Un reportaje a lo vivo.—La tragedia del gordo.—De lo que no debe huirse.—Vida nueva.

Volpone. (*Traducción con Rafael Sánchez-Guerra.*)

LIBROS EN PREPARACION:

El amor de cada día.—*Mi calvario.*—*La tragedia de Marta.*—*Mis memorias de editor.*—*Los nuevos ricos de la moral.*—*Una mujer y cuatro hombres.*

Lea usted los tres grandes éxitos de la literatura
francesa de hoy:

CLIMAS DE AMOR

NOVELA

POR

ANDRES MAUROIS

(TRADUCCIÓN DE ARTEMIO PRECIOSO)

5 pesetas.

EL ADULTERIO DE GEORGINA

NOVELA

POR

DOMINIQUE DUNOIS

(Premio Fémina de 1928)

TRADUCCIÓN DE J. CAMPO MORENO

5 pesetas.

CORTESANA DE DÍA

NOVELA

POR

J. KESSEL

(TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE ARTEMIO

PRECIOSO)

5 pesetas.

PEDIDOS:

EDITORIAL VULCANO

Fernando el Católico, 58

MADRID

Esta obra
terminó de imprimirse en
TALLERES POLIGRÁFICOS, S. A.,
el día 15 de noviembre
de 1930

